



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN

“DE AQUÍ PARA ALLÁ, RECUENTO DE UN
CAMINO LLAMADO PERIODISMO. NARRACIÓN DE
EXPERIENCIAS EN CAMPO LABORAL.”

INFORME DE DESEMPEÑO PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE: LICENCIADO
EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
P R E S E N T A:
SERGIO LAGARDE MOGUEL

ASESOR: ALDO SILVESTRE DE LA O TAPIA



BOSQUES DE ARAGÓN, ESTADO DE MÉXICO. ENERO DE 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Esta memoria no habría sido posible sin la colaboración invaluable de mi compañera, Blanca Isabel Almaguer Cervantes, universitaria y talentosa mujer que me animó a terminar el camino que una vez comencé a andar, induciendo en mí la confianza en la academia como base innegable del periodismo.

Este ejercicio tampoco hubiera sido posible sin el apoyo de cuatro personas sumamente importantes en distintos momentos de mi vida: Berenice Carrillo, María de la Luz Hudtler, Guillermo Bustamante Vera y Roberto Marmolejo. En cuya amistad se nutrió mi inspiración para superar los obstáculos que se me han presentado en estos 30 años de vida y 9 de profesional en mi carrera.

Es también un tributo a mi padre, Humberto Lagarde Saavedra, y mi madre, Lilia Moguel Mauricio, quienes armados sólo de valor y entusiasmo me enseñaron un camino en la vida que hasta ahora trato de seguir: honradez, confianza y valor.

Por supuesto. A Fernanda, Lalo, Juan Carlos y Beto, mis hermanos, quienes han estado cerca de mí en esta travesía que aún no ha llegado a ninguna parte, por el contrario, comienza un nuevo ciclo dentro del curso inexorable de la vida.

Aunque suene raro, agradezco a tres animalitos que llegaron a mi vida luego de haber vivido en situación de calle; ellos me enseñaron que la nobleza, la humildad y el agradecimiento también son grandes tesoros. Gracias “Tache”, “Lucas” y “Tita”.

Y por encima de todo, gracias a Dios, esa fuerza omnipresente cuya religión única y absoluta es el amor.

Índice de contenido

Introducción.....	7
I. La vocación.....	11
La ilusión	12
Caminos de Rancho Seco y la huelga de 1999	14
II. La magia del primer trabajo	17
<i>El Universal</i> , mi segunda escuela.....	20
Mi novatada involuntaria.....	29
Adiós a las prácticas	31
Departamento de Introdutores	34
Intentos de un novel reportero.....	38
Aprender de los grandes.....	44
El salto a primera plana	50
Romance con el reporteo.....	60
Lecciones de cómo cobrar el trabajo.....	63
Adiós a los Introdutores	68
Periodismo de ciudad: reportear al monstruo.....	77
III. El adiós a <i>El Universal</i>.....	87
<i>Seguridad Magacín</i> : tiempo de freelance	92
El cambio hacia <i>Cambio</i> de García Márquez	97
Dos nuevos géneros: crónica y semblanza.....	111
2004 una realidad diferente	114
De nuevo, las mieles de la portada	118
<i>Milenio</i> , comienzos como colaborador	122
Lo inesperado, el cierre de <i>Cambio</i>	123
Los dos meses del gran reto.....	129

<i>Milenio</i> : la experiencia se consolida	135
IV. 2005: entre el desempleo, el gobierno, el diarismo y el sexo.....	141
Desafuero de AMLO: conociendo la línea dura.....	147
Asamblea Legislativa del DF: el sabor amargo del poder.....	152
El giro radical hacia <i>H para Hombres</i> y el sexo.....	160
El proyecto más exitoso de mi carrera	163
Las “Diputadas sexys”, el éxito total	167
Las decisiones importantes	174
V. Del periodismo de negocios al interés comercial.....	177
Conclusiones.....	185
Bibliografía.....	189

Índice de anexos

Anexo 1. “Drogas online”. <i>El Universal</i> . 13 de oct. 2002.....	191
Anexo 2. Portada de <i>Nueva Izquierda</i> Núm. 10, “La izquierda que nació del polvo”.....	192
Anexo 3. Portada de <i>Cambio</i> . 2-8 may. 2004, “La adicción del siglo XXI”.....	193
Anexo 4. Portada de <i>La Crónica de Hoy</i> , 11 mar. 2005, “De Washington, página que paga por El Chapo”.....	194
Anexo 5. Portada de <i>H para Hombres</i> , May. 2006, “Destapamos a las 3 políticas más sexys de México”.....	195

Introducción

Antes de comenzar quiero dejar claro que este texto no pretende ser, ni por casualidad, las memorias de un hombre que estudió para ser periodista, de un periodista que trabajó para ser famoso o de un famoso cuya vida resuelta pasó por peligros controlados para llegar a una vida “estable”. Eso sólo existe en las películas.

Pienso que la vida periodística pintada en tonos pastel resulta un poco pretenciosa. Llamaría, sin dudar, mentiroso a quien presuma semejante suerte, e ingenuo a quien termine la universidad esperando ello.

Lo único que pretendo es hacer el ejercicio modesto de contar con el mayor detalle las situaciones reales por las que ha pasado un periodista de a pie (trabajo, desempleo, ilusiones, viajes, etcétera), durante siete años de ejercicio del “oficio más bello del mundo”, que paradójicamente se parece mucho “al más antiguo del mundo”, ya ustedes sabrán por qué.

Ya les cuento. Era 1991. Entre otras cosas importantes cumplía mis primeros once años de vida, mi país se oscurecía en la emoción de un eclipse total de sol un día 11 de julio, ... ¡qué coincidencia! Comenzaba además una más de las locuras bélicas de nuestros vecinos norteros, algo que dieron en llamar “Tormenta del Desierto”, una guerra estúpida, como todas las que hasta ahora se inventan.

Respecto del eclipse, recuerdo muy bien que fue gracias al terrorismo televisivo que no tuve la oportunidad de ver directamente el tan sonado fenómeno. “Si ves el eclipse te quedas ciego” repetían hasta el cansancio los conductores de todos los noticiarios con un tonito olímpicamente alarmista. Así, saturado de mensajes negativos alrededor de tan bello acontecimiento, tuve que conformarme con ver la forma cóncava del sol reflejada en un charco a través de los hoyitos de una coladera vieja que mi madre no había ocupado para la sopa de ese día, sábado, por cierto.

Ese episodio fue, tal vez, el primero que recuerdo en el que los medios de comunicación influyeron conscientemente en mi conducta, y a partir del cual comencé a indagar con más interés la forma en la que operaba una telaraña

mediática de la que apenas conocía un hilillo. Es precisamente en este ambiente, sazonado por mi naciente curiosidad mediática que comencé a consumir masivamente muchos de los noticiarios y periódicos de entonces.

No era raro para mi familia hallarme desayunando el noticiario del canal 2 desde las siete hasta casi las ocho de la mañana, hora en la que cerraban la puerta de la escuela. Pero, la Primaria Profesor José Dávila, mi alma máter de entonces, me quedaba a media cuadra de la casa, por eso podía salir, con todo y bigotes de leche, faltando dos minutos para las ocho y no había problema; lo peor que podía pasar es que entrara en la fila de los retardados.

Del noticiario recuerdo a un conductor llamado Crispín Barrera, presentador del malogrado proyecto ECO, de la televisora oficial vitalicia: Televisa. Mientras Crispín se rezaba su monólogo, con algunas cosas interesantes, no lo niego, yo me peinaba y me cepillaba los dientes. Pero el punto no era ése, lo interesante es que al cruzar la puerta de mi quinto “B” yo ya traía toda la película informativa del día. Pronto descubriría para qué me servirían tantas “horas-tele”.

Mi maestro José era un buen hombre; su corazón norteño era tan grande como el tacón barrido de sus botines. Algún día platicando con él, de hombre a alumno, se enteró de mi inusual fascinación hacia las noticias y se dio cuenta de que no sólo miraba las notas, sino que me las aprendía casi como *speech* de guía turístico de pueblo.

Pronto en el quinto “B” se había hecho una costumbre que dos o tres días a la semana, antes de empezar con las materias “de cajón”, nuestro amigo norteño me pidiera pasara al frente del salón para recetarles con borrador en mano un resumen de las noticias más importantes.

Era clásico que los “gandallitas” que se sentaban hasta atrás, liderados por un gordinflón al que le apodábamos “el Poñoñín”, siempre pedían que se comentaran primero las noticias deportivas y de los marcadores del fin de semana, mientras que las niñas sólo querían enterarse de espectáculos. Me llegaban a preguntar hasta de horóscopos y del estado del tiempo.

En ese año de grandes cambios, hubo otro día que me marcó para decidirme a ser periodista de una vez por todas.

Era jueves, aunque por más que he querido, no recuerdo la fecha exacta. Antes había sólo un noticiario de la noche, *24 Horas*, el vocero oficial

del viejo régimen, conducido por el presentador Jacobo Zabludovsky. Luego de la cortinilla de entrada, súper ochentera por cierto, entró aquel hombre de lentes gigantes para decir “éstas son las noticias”. La nota del día era el ataquea Israel del gobierno iraquí, del hoy ahorcado Saddam Hussein, con misiles SCUD, de fabricación soviética; motivo por el cual se hizo un enlace en vivo hasta Tel Aviv para saber de primera mano lo que estaba pasando. La corresponsal comisionada en Tierra Santa era la reportera Erika Vexler.

La reportera, escondida en un baño, abrazando a su perro, entró al aire en cadena nacional:

— ¡Sí Jacobo, estamos en medio de un ataque iraquí!

— Sí, Erika, ¿en dónde te encuentras?

— Estoy refugiada en un sótano y estoy en posibilidad de informarte que éste es un ataque con misiles SCUD de material nuclear.

— Erika, ¿dijiste nuclear?

— Nuclear, Jacobo, nuclear— y se quedó al parecer bloqueada por el pánico y el ruido de las explosiones, por lo que repitió la palabra “nuclear” varias veces.

Entonces Zabludovsky, sin saber qué decir, pasó saliva y preguntó:

— ¿Estás segura, Erika?—y de plano dijo con un tono que denotaba claramente preocupación — ¡ah caray, pues sí está difícil!—.

Nunca más lo volví a dudar, yo tenía que ser periodista.

I. La vocación

Un día de invierno del reciente 2007, durante un viaje, me encontraba en el Aeropuerto Pearson, en Toronto, mientras esperaba la salida del *shuttle* que me llevaría hacia el centro de la ciudad. Tras ojear y ojear (sin 'h', porque me refiero a 'ojo', no a 'hoja'), encontré en el botadero una revista colombiana llamada Soho, una de esas publicaciones para hombres bien hechecitas, como sólo saben hacer los "paisas" colombianos. Dentro de sus páginas saltaba a la vista un puñado de modelos hechas como por la mismísima mano de Dios, y entre tanta "frondosidad" un artículo del periodista sudamericano, Ricardo Silva Romero, cuya primera línea me hizo levantar la ceja: "La vocación es un lujo de la gente acomodada". El texto, lo recuerdo bien, se llamaba "Vocación".

Del momento que les cuento hasta una hora después que demoró en llegar el autobusito, la provocadora afirmación me dio vueltas en la cabeza. Podría llegar a ser muy incómoda e impopular, debido a que no me imaginé a mucha gente conocida, en particular a ex-compañeros de escuela, trabajando detrás de su escritorio un jueves por la tarde y de un momento a otro tirándose a llorar porque de pronto se dieron cuenta de que en verdad no hicieron lo que quisieron en su vida profesional. Aceptarían de facto que su vida es una mierda. Por obvia conveniencia, para ese ente extraño llamado "la gente", la vocación es cualquier otra cosa, menos eso.

A qué se habrá referido el periodista colombiano con eso de "acomodada". Me aventuro a recordar que no se refería a la gente con dinero, no, sino a la gente que vive en un entorno propio para tener algo de tiempo para oír el llamado de un oficio (me gusta más decir oficio que profesión, cuando me refiero al periodismo; ha de ser propio de mi vocación).

En este plano concuerdo en que la situación económica, la hostilidad de una ciudad como el Distrito Federal (que para muchos es en sí una suma de ruidos) y los medios de comunicación basura, nos impiden identificar realmente el significado de la palabra "vocación", que es, creo yo, una voz que nos revela quiénes somos en verdad, más allá de berridos demandantes que nos

dicen "hagan dinero", "alimenten su arrogancia", "escápanse de ustedes mismos".

Pocas personas, apuesto veinte a uno, pueden sentarse en casa satisfechos de decir que fueron lo que de niños desearon. ¿Quién se atreve a confesar que un día, en un inesperado momento de calma, descubrió que tenía que ser cura o bombero o cirujano para sentirse cómodo en la vida? Por lo pronto yo me siento afortunado por haber escuchado ese llamado y estar sentado aquí escribiendo la memoria laboral que ustedes leen.

Pero no todos alcanzan a encontrar ese silencio para encontrarse a sí mismos. Luego entonces, el planeta está lleno de misioneros frustrados, de futbolistas que no se atrevieron a entrenar en un equipo de verdad, de soldados que se han conformado con "chanclearse" a sus hijos todas las noches por no obedecer a sus mayores.

Lamentable. El mundo está plagado de gente que se ha quedado sorda a fuerza de rendirse ante los hechos: pobreza, ignorancia, desempleo, y un largo etcétera. Y de personas que caen en la trampa de creer que sólo se estudia para ganar dinero y que, de abogado o de médico, lo importante no es ni cegar la injusticia ni curar una enfermedad, sino cobrar una buena cuota para poder decir "yo soy alguien en la vida".

La ilusión

Una de las mejores experiencias, o por lo menos de las más formativas de mi vida, fue haber estudiado en el CCH Oriente, por los rumbos de Ciudad Neza. Más adelante les digo exactamente porqué. Ahora sólo les adelanto que fue un periodo en el cual de lo que se trataba era de vivir tres años de libertad, sentimiento que cualquiera agradece.

Mi ambiente preparatoriano, o "ceceachero" para ser más preciso, no fue común. Entrar en un sistema educativo no lineal, fue una tabla de salvación. Aprendí, entre otras cosas, a desaprender, sí, a desaprender las verdades de un sistema social que no deja lugar a duda o a la reflexión, donde todo está dicho, hecho y escrito.

En este punto me sumergí inevitablemente en Platón y su *República*, en Engels (y su *Papel del trabajo en el transformación mono en hombre*, que pareciera que hoy día se está revirtiendo lentamente a “hombre en mono”), en Marx, y conocí la brillantez crítica del maestro Lorenzo Meyer. Me nutrí tanto de un conocimiento que más adelante me enteraría exactamente de su utilidad.

Allí conocí a Séneca y su estoicismo ante la desgracia, e incluso ante su propia muerte. A Sócrates y su gran seguridad en que la única diferencia entre los seres humanos es la sabiduría y que poco importan los bienes externos si donde realmente radica la satisfacción es del pecho para adentro. También de Sócrates me quedó grabada su necesidad intelectual por ser pionero de verdades realmente difíciles en un ambiente aciago, en el que se creía aún que la Tierra era cargada por mandriles o elefantes.

Así aterricé hasta 1997, año en el que tengo que hacer la elección de mi área preuniversitaria, aún dentro del CCH, hecho que no fue difícil, pues la ilusión de ser periodista había germinado en mí, y ya nada podía pararla.

Dentro de las materias encaminadas a la comunicación, que llevé en dicho periodo previo a la licenciatura, recuerdo muy bien la de Ciencia Política. La impartía el profesor Mario Flores. Un ilustrado “nezatlense” vecindado en la colonia Maravillas.

Era un tipo rudo con la ignorancia, casi nadie pasaba sus materias, y no obstante lo anterior decidí “enlistarme” en su clase. Hago esfuerzos por recordar con más detalle aquel otoño del 97 y veo las banquitas de los corredores escolares llenos de hojas cayendo, desprendidas por un viento frío y triste, incluso lluvioso; afuera del último salón del edificio “B”. Nos hallábamos nosotros (unos veinte compañeros), mordiéndonos las uñas antes de ver a Mario Flores cruzar el pasillo con una sonrisa de comercial. Eso era los lunes y los viernes.

Luego de varias clases, me di cuenta de cuán importante era la política en la vida de nuestro país y en mi vida diaria, no exactamente la política de partidos, sino la política entendida como el ejercicio de nuestros derechos y obligaciones ciudadanas en un marco legal determinado. En otras palabras, comenzaba a despertar.

El ingrediente “política” sería fundamental para reafirmarme como periodista de información general, enfocado hacia visiones críticas de una

realidad “cosmética”, como la que nos presentan los medios de comunicación masivos y que usualmente, en vez de cuestionar, solamente reproducimos.

Caminos de Rancho Seco y la huelga de 1999

Más tardé en darme cuenta de lo que en mi conciencia pasaba, que en terminarse los tres años del CCH. Se fueron como agua. El día menos pensado se acabaron las clases con Mario Flores, las discusiones de política, las bohemias vespertinas, las cervezas en bolsa y los sopos de cinco pesos. ¡Qué tiempos aquellos! Pero como dice la celeberrima Sonora Santanera “Dios sí perdona, el tiempo no”.

Poco antes de dejar de ser un bachiller, tuve que elegir cuál licenciatura quería cursar, y, como lo mencioné párrafos arriba, no dudé en poner de primera opción la carrera de Ciencias de la Comunicación, impartida en la Facultad de Ciencias Políticas, en Ciudad Universitaria; y como segunda Sociología, en la Facultad de Ciencias. Estaba tan seguro que mi promedio de 8.1 me alcanzaría para estudiar en la tan afamada CU. Pero, por extrañas razones, la realidad fue otra.

El día que el señor de la ventanilla de aspirantes me dijo “Periodismo, Aragón”, supe que tendría que cruzar media ciudad para llegar a la universidad. Me hice el valiente, puse una sonrisa acartonada y salí hacia Avenida del IMAN buscando el metro y queriendo no pensar en que mis ilusiones de estudiar en CU se hallaban en el bote de la basura.

En ese entonces sabía casi nada acerca de la ENEP Aragón (ahora FES), sólo que estaba ubicada en la Avenida Rancho Seco, un nombre que ya de sí, suena desolador. Es más, hasta esa fecha nunca había conocido ni pasado por Aragón, lo cual alimentaba mi temor. Pero el *shock* no fue instantáneo, vino como en “abonos”. Tuvieron que pasar unas vacaciones de verano para llegar al primer día de clases.

Recuerdo que fue una tarde como cualquiera de agosto de 1998, cuando me bajé de un pesero con el letrero “Impulsora-ENEP-Valle1ª”. Y aunque realmente fue una travesía desde casa de mis padres en Iztapalapa, no era lo que yo había imaginado, la entrada y la gente lucía un poco más amable, con

un ambiente casi como el del CCH, lo que me tranquilizó un poco. Había cruzado ya el umbral, estaba cursando una licenciatura.

Aunque suene a lugar común, los semestres se pasaron volando. Ni bien me había instalado en el segundo, cuando estalló la huelga de 1999. Más allá de la falta de clases, para mí la huelga fueron nueve meses en los que las enseñanzas se movieron de salón, y no me refiero a haber tomado clases en el programa extramuros, no lo hice, hablo del proceso que me tocó vivir, al conocer de cerca un fenómeno informativo que ocupó casi religiosamente las portadas de los diarios durante más de doscientos setenta días. Fue muy raro de pronto ser parte de la noticia, hecho que me llevó a conocer de primera mano el real funcionamiento y papel de muchos medios, de los cuales, recuerdo, tenían como deporte favorito llamar a todo mundo “seudoestudiante”.

Al principio pensé que la huelga sólo se trataba de ausencia de clases y que para actuar tenía que aplicar los paradigmas que inconscientemente me había enseñado el cine gringo, es decir “buenos contra malos”, y asunto arreglado. Estaba seguro (pensándolo bien, tal vez ni me molestaba en estarlo) de que lo correcto era estar del lado de “lo buenos”, es decir, las autoridades universitarias, los medios de comunicación oficiales y en general de “las instituciones”, y alejarme de “los malos”, entiéndase la punta de rufianes, violadores, mariguanos, groseros, mugrosos, ladrones, “políglotas” y marxistas que apoyaban el movimiento estudiantil.

Pronto viviría directamente aquello que en los libros de comunicación se esfuerzan por contar, pero frecuentemente son rebasados por la realidad. Aunque no participé directamente en dicho movimiento, sí sentía una ligera empatía con las demandas de los estudiantes disidentes, mismas que después se volvieron una “lista para los Reyes Magos”, en donde ya no importaban las discusiones de fondo, sino la inmediatez de la política de lavadero.

Este evento—digo evento, porque fue inesperado para mí— me revolcó ideológicamente y puso a rascarme la cabeza tratando de descifrar el papel de los medios de comunicación en una realidad que nadie me contaba, yo la estaba viviendo; debo confesar que se trató de un momento de desilusión. Para ser más claro, todo mundo decía que los medios mentían y manipulaban, pero yo lo estaba viendo con mis propios ojos. Me sentí engañado y dudé por un momento de mi vocación.

Acudí a dos o tres sesiones del autodenominado Consejo General de Huelga, en particular recuerdo una en la Facultad de Química. Usualmente, cuando iba, escuchaba las posiciones de los estudiantes activistas y trataba de analizarlos por mi propia cuenta y contrastarlos con opiniones de amigos y compañeros de escuela. Pero había un tema en particular que me llamaba la atención, y ése era la presencia de los medios de comunicación: reporteros, cámaras, micrófonos, unidades de transmisión satelital, etcétera. Recuerdo que me entretenía revisando los periódicos del día posterior a los actos de la huelga para encontrar inconsistencias entre los hechos y las versiones periodísticas. Me entristecía saber que a mí también me iba a tocar mentir.

El trance de la huelga pasó como un tornado, después ya nada fue igual. Y es que al regresar al segundo semestre todo lo que yo creía del periodismo, o casi todo, se hallaba muy lejos de mi ilusión infantil.

Con todo y ese cambio de situación, seguí estudiando con empeño esmerándome y participando en clase, hasta que un día llegué a casa y me enteré de que mis padres ya no podrían sostener mi carrera, la estábamos pasando mal y había días en que ni para el pasaje completaba.

Dejé de ir una o dos semanas a la escuela mientras se normalizaba la situación, pero era inútil, era esperar lo que no llegaría. Lo que sí llegó entonces fue el punto en el que tuve que decidir si desertar de la universidad o meterme de lleno a trabajar y estudiar.

Luego de darle algunas vueltas me decidí a buscar trabajo. Y ahí comenzó mi historia en los medios de comunicación.

II. La magia del primer trabajo

Dos o tres meses antes de terminar la huelga en la UNAM, comencé con el hábito de revisar todas las mañanas, de domingo a miércoles, un periódico cuyo nombre paradójicamente, unos años después, sería algo así como mi segundo apellido.

Cada mañana, el chico que atendía el puestito de periódicos, que quedaba dos cuadras detrás de mi casa, me guardaba ese gordo diario. Recuerdo que en ese entonces todavía costaba seis o siete pesos.

Luego de darle una ligera hojeada (ahora sí me refiero a hojas, no a ojos) a las secciones de Ciudad e Información General, abría el Aviso Oportuno. Ya me sabía la ruta: dentro de este famoso suplemento, tenía que brincar las primeras cinco secciones, que eran, “Contadores”, “Médicos”, “Secretarías”, etcétera. Hasta llegar a la parte de decía “Otros”; dentro de esa sección recuerdo que lo primero que hacía era correr la vista hacia la letra “r” en busca de la palabra “reportero” (qué ingenuidad la mía), o a la “c”, rastreando palabras como “comunicación” o “comunicólogo”. En esta búsqueda no pocas veces me encontré leyendo entre labios cosas como “r... r... r.... aquí está... ra... re... recolector de basura, solicito para parque”, o tal vez “c... c... c... canastas, no... ca.... ca.... co, aquí está, comedor con cinco sillas casi nuevo, véalo”, el periódico siempre terminaba en mi mano hecho bolita y yo detrás limpiando las ventanas de mi casa. Nunca sirvió la búsqueda, excepto para saber que estaba buscando en el medio equivocado.

Eran los últimos meses de 1999, ya casi pegándole al cambio de milenio, y mi vida se veía auténticamente habitando la nada. No estudiaba, no tenía trabajo, no tenía dinero y, tal vez, ya ni ganas. En medio del mar depresivo (lo acepto) un día, mi hermano mayor, Beto, me sugirió que buscara empleo en Internet, que era una dizque nueva herramienta para casi todo.

Debía creerle, ya que él, que también había estudiado periodismo, se hallaba haciendo dinero en el negocio de las computadoras.

Así, le pedí prestada su Pentium 1 de gabinete minitorre, con un disco duro de ocho “gigas” (ahora tiene más capacidad mi Ipod), que en ese momento

era casi un monstruo. Era como la segunda o tercera vez que me animaba a navegar en una computadora (realmente la computación llegó muy tarde a mi vida), y comencé a navegar por una página que alguien me recomendó, occ.com, ahora, por cierto, muy famosa. Allí envié un correo electrónico a una vacante de monitorista de medios. Lo hice con una buena dosis de escepticismo, ya que al no estar familiarizado con el medio cibernético, tuve poca fe en que el empleador viera mi currículum.

Con todo y mi resistencia tecnológica, a los cuatro o cinco días me hallé contestado la llamada del Coordinador de Monitoreo de una empresa denominada Public International. El tipo que me telefoneó se llamaba Ogilvie Campos, y me dijo que tenía que presentarme al día siguiente al cuarto para las seis de la mañana para empezar a trabajar haciendo un monitoreo de medios impresos. Sin pensarlo mucho le dije que sí a todo; de la emoción no advertí que el sueldo era de quinientos pesos quincenales, algo así como cincuenta diarios, ¡ni lo de los pasajes!

En un ataque de ansiedad, corrí a mi ropero a ver qué diablos me pondría para mi esperado, ansiado, primer día de trabajo en los medios de comunicación. ¡Qué acontecimiento, y yo sin garra que ponerme! Recuerdo que tenía dos pantalones, los cuales lavaba el fin de semana, y para el jueves, día en que tenía en que presentarme a trabajar, ambos ya tenían un par de puestas. Ni para donde correr.

Esa noche dormí como perro de velador, por ratitos. Me torturaba la idea de saber que sería el primero de mi salón que iba a trabajar en algo relacionado con “la carrera”, ya que durante la huelga supe que muchos de mis amigos se emplearon en actividades distintas, como la “mesereada” o el trabajo en negocios propios, muy dignamente, por cierto.

Y llegaron las cuatro y media de la mañana del día siguiente. Cuando salí de bañarme me sentía como quinceañera antes del vals. Ah, lo de la ropa quedó resuelto con una visita al cuarto de mi hermano Humberto, mientras él dormía; una camisita nueva y un pantaloncito de pana remediaron mi angustia. Y que me lanzo. Ogilvie Campos me había comentado en la llamada telefónica de un día antes, que debía llegar como máximo a las 5:45 de la madrugada hasta la colonia Anzures, allá por los rumbos de Chapultepec, y yo, viviendo en Iztapalapa, tenía exactamente cincuenta minutos para llegar de polo a polo de

la ciudad, con veinte pesos en la bolsa, sin auto, sin experiencia, pero con muchas ganas de trabajar.

Al diez para las 6:00 de la mañana estaba tocando el timbre de la casa-oficina marcada con el número 144, de la calle Leibnitz, en la colonia Anzures. Me abrió él, para mí, famosísimo Ogilvie Campos, un tipo de unos veintisiete años, amable y sincero, quien me dio una bienvenida exprés, y enseguida una torre de periódicos para revisar. Las indicaciones eran precisas, había que buscar todo lo relacionado con servicios de Internet en México, ya que la empresa contratante del servicio de monitoreo era America Online, que meses después llegaría a operar a México.

Luego de leer todas las páginas del diario que pudieran contener información al respecto, incluyendo columnas y artículos, tenía que recortar lo que considerara importante para nuestro cliente, AOL como comenté arriba, y pegarlo en una hoja con un formato que incluía, la fecha, el medio, la ubicación y la ciudad de publicación.

El monitoreo debía estar listo antes de las 8:20 de la mañana, ya que lo debíamos mandar a las oficinas de AOL en los Estados Unidos, para que los gerentes de mercadotecnia de aquella compañía tomaran decisiones más acertadas acerca de las estrategias que seguirían en su lanzamiento en nuestro país. No sé si el monitoreo salió mal o qué fue lo que pasó, pero la incursión de AOL fue algo más que un fracaso. Luego me enteraría de que la estrategia que eligieron los mercadólogos a quienes les llegaba nuestro monitoreo, había llevado a la bancarrota a la empresa, ya que al decidir regalar discos de instalación hasta en las “cajitas de cereal”, gastaron tanto que luego ya no tuvieron dinero para seguir operando en buenas condiciones ante una competencia casi patrocinada por el gobierno de entonces (Ernesto Zedillo), representada por la omnipresente Telmex y el ahora hombre más rico del mundo, Carlos Slim.

Las desmañanadas continuaron por tres meses, yo seguía trabajando para Public International y cada vez entendía un poco más acerca de la realidad actual de los géneros periodísticos y los medios de comunicación escritos en sí. Ese contacto directo que tuve todas las mañanas con los columnistas, reporteros y articulistas (por lo menos en el papel) me dio un panorama mucho más amplio de lo que yo sospechaba que era mi campo

laboral. Con el tiempo ya me sabía unas buenas pistas de la agenda nacional en distintos campos de la información.

Un día de esos noventa que duró mi trabajo en esa empresa, se acabó la huelga. De pronto, al regresar a la escuela, me hallé en una actividad diaria de más de diecinueve horas, ya que comenzaba mi día levantándome a las 4:30 de la mañana, para llegar al monitoreo a las 6:00; salía a la 1:00 de la tarde y me iba rápido a la entonces ENEP Aragón, para hacer mi tarea de dos a cuatro y entrar a clases a las cinco de la tarde; de clases salía a las 9:30 de la noche y tenía que irme hasta Iztapalapa en transporte público, es decir, llegaba a mi casa, me bañaba y estaba de nuevo en la cama como a eso de las 12:30.

El Universal, mi segunda escuela

En mi salón de clase yo tenía un par de compañeritas muy buena gente, Rosa y Anahí, quienes llegaban siempre tarde a la clase de 6:00 de la tarde y juntas. Un día no resistí la curiosidad de preguntarles el porqué del sistemático retraso: me contaron que estaban haciendo sus prácticas profesionales en un periódico, ya saben cuál. Saciada mi curiosidad, dejé pasar el hecho hasta que un día en medio de una fiesta organizada en alguna de las cervecerías cercanas a la entonces ENEP, Anahí me comentó que habían abierto la convocatoria para que nuevos becarios entraran a *El Universal*, detalle que no dejé pasar inadvertido y anoté hasta el teléfono y el contacto para ir a hacer la prueba al famoso diario de Bucareli 8.

Unos días después salí del monitoreo como a eso de las 12:00 del día, temprano, y me fui a casa, pues esa tarde no tendría clases. En mi ruta hacia casa, solía siempre pasar por la esquina de Reforma y Bucareli, la llamada “Esquina de la Información”, para dirigirme al metro Balderas y de ahí hacia el metro Zapata (cuando aún no existía la línea ocho del metro). Ese día decidí, no sé porqué, bajarme allí y preguntar por Cristina Winkler, la responsable del programa de Prácticas Profesionales de *El Universal*.

A pesar de lo difícil que se veía traspasar los estrictos controles de seguridad del enorme edificio, llegué a la recepción y en tanto pregunté por Cristina, la chica de la recepción me dijo “ah sí, vienes a lo de las prácticas,

creo que ya están empezando el examen, pasa”, y me dio un gafetito. Me sentí como chico fresa influyente en antro, pasé de inmediato. Llegué hasta un lugar llamado Centro de Documentación en el quinto piso, donde sería el examen y me recibió Cristina. En principio no le agradó mucho la idea de que hubiese llegado tarde al examen y que no me remordiera la conciencia de haber sido impuntual, lo que ella no sabía era que yo ni siquiera estaba registrado para ser candidato a practicante. Enseguida revisó la lista y lo resolvió con un práctico, “creo que no te apuntaron”, y me sentó a hacer el examen en una mesita flanqueada por torres y torres de periódicos.

Cuando me enfrenté a la prueba en cuestión me di cuenta de que no sería fácil entrar, ya que había preguntas, sobre todo de temas específicos, que eran difíciles de contestar. No obstante, cuando más oscuro se veía todo, entró mi amiga Anahí a ese lugarcito y sin que Cristina se diera cuenta, me pasó un papelito con algunas de las respuestas más difíciles, que eran, coincidentemente las que me faltaban. Así, cuando todo parecía que terminaría bien, regresó Cristina y me pidió que escribiera una historia de lo que yo quisiera, ya que la misma sería leída por el Coordinador General, Alejandro Jiménez, y que sería él quien decidiría si yo podía ser practicante.

Cuando me dijo lo anterior, sentí como si me hubieran cortado el oxígeno, ya que en lo profundo de mí sabía que mi ortografía no era precisamente mi mejor virtud, al contrario. Comencé pues, a escribir una historia acerca de una pareja de excursionistas que se perdían en el bosque. Recuerdo que no era malo el argumento. Eran dos desconocidos que se encontraban en un bosque y que se perdían juntos y resultaban enamorados. Fueron como tres o cuatro horas de examen.

Un par de días después la señorita Winkler me llamó a casa para solicitarme que fuera a una entrevista con Alejandro Jiménez, el Coordinador del Centro de Documentación y jefe directo de todos los practicantes del periódico.

Esa tarde, para no variar, llegué tarde y fui el último en pasar a la oficinita de Jiménez. Antes de mí habían pasado ya alrededor de quinceveinte personas, y todas salían sonrientes con su carta de aceptación en la mano y con una tarea y un departamento asignado en donde se desenvolverían, unos

a Ciudad, otros a Información General y otros más a Deportes. Pero yo me hallaba aún sentado en la antesala viendo cómo se vaciaba poco a poco.

Cuando me di cuenta de que sería el último en pasar supe que algo andaba mal. Por lógica a mí me iban a rechazar, lo sabía. Al momento de cruzar la puerta de la oficina de Jiménez, lo primero que me dijo fue “aquí hay un bote de basura para que tires tu chicle”, lo cual hizo que me sonrojara. Y prosiguió diciéndome que en el proceso de selección se habían dado cuenta de dos detalles por los cuales no podría entrar como practicante. El primero, que no tenía aún el 75% de créditos obligatorios para ser practicante y el segundo (lo sabía ya desde antes) mi mala ortografía.

Mientras escuchaba cómo Jiménez se encargaba de ponerme en mi lugar, en mi mente generaba consolaciones similares a “¿y qué?, al fin que ni quería”. Me sentía realmente como una cucaracha. Me estaban “encuerando”. Pero cuando todo parecía perdido, Jiménez me dijo que me aceptaría sólo si prometía que mejoraría mi ortografía ya que le pareció que la historia que conté, la de los enamorados del bosque, no era “boba” y que creía que tenía oportunidad. El compromiso era grande, ya que en un par de semanas me harían un nuevo examen de ortografía en la que de cien reactivos, sólo podría tener dos errores, si lo reprobaba, me harían como al chinito, ¡cuello! A pesar de que estudié y estudié, el citado examen nunca llegó.

Salí de esa oficina tan triunfante como Napoleón, me había costado demasiado, pero ya estaba dentro.

La tarde que fui aceptado en el periódico telefoneé a mi entonces jefe de Public International para agradecerle la oportunidad de trabajar y para renunciar, hecho que no le pareció ni por poco importante; ahora lo entiendo, mi actividad era totalmente mecánica y era 100% reemplazable.

Dentro de las primeras dos semanas de trabajo ocurrió otro hecho destacable: la obtención de mi primera credencial de prensa. O al menos en ese momento para mí era importante tenerla; hecho que hoy me resulta intrascendente ya que he conocido bien que el periodismo serio no necesita credenciales para hacer un buen trabajo. No obstante, para mí era un logro “tener mi charola”, ya que crecí bajo los remanentes de esquemas de pensamiento propios de la vieja guardia periodística, donde el periodista era

tan poderoso como el mismo político corrupto y que podía tener el mismo derecho de “agandalle” que cualquier burócrata del viejo régimen.

Digo lo anterior, no sin reconocer que dichos parámetros pseudoconcretos que podían regir el poco juicio que entonces tenía, son hoy una entera estupidez.

Para no alargar mi relato, a la semana tenía mi “charola” (qué hilarante me suena hoy), que aunque decía “prácticas profesionales”, absurdamente me daba tanta seguridad traerla en la bolsa, “para cualquier cosa”.

Conforme fui conociendo el oficio (que no la profesión), me di cada vez más cuenta de que el periodismo serio no se estudia en las escuelas, y que los periodistas respetables no tenían credencial, y comprendí que sólo se trababa de un accesorio que no tenía nada que ver con la real valía del trabajo periodístico.

Con mi citado gafete en las manos, “calientito”, corrí a mostrárselo a mi madre, a quien le importaba mucho que yo saliera de la tradición familiar de “mequetrefismo” y que “fuera alguien en la vida”. De ahí en adelante ella sería mi principal lectora en todos los medios en los que escribiría.

Un par de días después me presenté a mi primer día de trabajo. Había sido asignado al Centro de Documentación, un área de apoyo a los reporteros en donde se buscaba información para nutrir las notas diarias o reportajes especiales. Por ejemplo, cada que se moría un personaje o que era nombrado en un nuevo cargo, el jefe de información o el redactor llamaba ahí para pedir que le elaboráramos un perfil del individuo en cuestión. Ése sería mi trabajo. Pero vayamos más despacio, antes de ponerme a redactar perfiles de muertos y burócratas primero era lo primero: había que “talachearle” desde bien abajo.

Los primeros dos meses entraba a las 9:00 de la mañana y estuve bajo las órdenes de Cristina Winkler, quien me puso a realizar una entretenida actividad: recortar periódicos. Se trataba de hacer seguimientos informativos de los acontecimientos más importantes del mes, mismos que eran anotados en un pizarrón, para que “el practicante nuevo”, como me decían hasta antes de conocer mi nombre, buscara las noticias relacionadas y rellenara cajones enormes que nadie consultaba. Sin embargo, eso de la recortada de periódicos era una experiencia fresca, así que por lo menos me iba derecho y no me comía las letras con la tijera.

Las dos amigas que me habían pasado el tip, Rosa y Anahí, primero se alegraron de que yo hubiera entrado, no obstante pienso que vieron en mí una competencia fuerte para el final de ciclo de prácticas, un periodo en el que la empresa decide quiénes son los mejores practicantes y les da contrato de trabajo. Y así fue, poco después ellas no lograron pasar a la siguiente etapa y tuvieron que regresar a la escuela, lamentablemente el periódico no había tenido lugar para ellas.

Lo interesante de esta etapa de mi vida, es que estaba comenzando una segunda escuela, como le titulo a este capítulo. Pareciera ridículo, pero con cada nota que leía y con cada periódico que recortaba y pegaba, mi visión del mundo profesional cambiaba.

Era el verano de 2000 y el proceso de alternancia era un tema de cualquier sobremesa. El entonces presidente Vicente Fox estaba convertido casi en superhéroe y las notas informativas eran casi todas positivas. Nunca había visto en mi vida un romance más tórrido entre el poder, los medios y la opinión pública; parecía que de verdad este país podía cambiar. Casi siete años después sólo quedó, ustedes lo saben, la tristeza.

Mientras el país entero fingía un orgasmo democrático, yo me hallaba atormentado rellenando un libro de ortografía y leyendo todo lo que se me atravesaba, todo para mejorar mi escritura.

Siguiendo con otro romance, el mío con *El Universal*, las cosas se complicaban por momentos. Como lo hacía con el anterior trabajo, donde tenía que partirme en dos, aquí era lo mismo. Diariamente mi deber como recortador de periódicos me citaba por las mañanas, y me mantenía con las tijeras ocupadas hasta las dos de la tarde, hora en la que tenía que salir disparado hacia la ENEP.

Como a los cuatro meses, de tanta tijera, mis manos habían hecho callos y me comenzaba a aburrir, a pesar de que cada mañana me mentalizaba de que dicha actividad sólo era un medio para llegar a mi fin, que era ser “periodista”. A la hora de llegada me tocaba ver cómo los practicantes más experimentados, por así decirlo, sacaban una torre de hojas de la impresora y las engrapaban, actividad que repetían cada tres o cuatro horas. Al preguntar me enteré que se trataba del monitoreo de medios electrónicos e Internet que se les pasa cada determinado tiempo a los jefes de sección, para que ellos

tomen el pulso de cómo va—informativamente— el día, y para que estén enterados de lo que están publicando los medios que tienen posibilidad de hacerlo en tiempo real.

El monitoreo era, notablemente, una tarea un poco más periodística y me entró el interés por realizarla. Un día coincidió la situación de que varios de los practicantes no fueran a trabajar y sólo había una persona para sacar los monitoreos de cada tres horas y los pedidos de investigación de los reporteros y editores. Fue sólo en esa situación cuando la encargada del departamento, de cuyo nombre no me acuerdo, me pidió que dejara las tijeras y que le ayudara a armar un perfil de algún politiquillo. Entonces me senté en la computadora más cercana y comencé a navegar por algunas páginas de Internet de información general y buscadores que había conocido gracias a mi ex-jefe OgilvieCampos.

Ahora parece ridículo decir que me ponía muy nervioso buscar información para que un reportero “X” la procesara y probablemente ni la utilizara en su nota. Me pasé más de mis cuatro horas “reglamentarias” ayudando a la encargada del departamento a buscar información y creo que sirvió de algo para sacar el trabajo.

Al día siguiente lo primero que hice fue buscar el periódico donde había salido publicada la nota de la que yo había ayudado a buscar información, y allí estaba, aunque pequeña, y claro redactada de otra forma.

Ese día también hubo una llamada de atención para los practicantes que no se presentaron a trabajar sin previo aviso, y mi jefa, Cristina Winkler, me dijo que la semana siguiente me integraría al equipo de monitoristas del Centro de Documentación. Era algo así como una condecoración de guerra, mi primer triunfo o reconocimiento dentro del proceso real de elaboración de un medio de comunicación.

Y así fue, habían pasado cuatro meses desde mi entrada al periódico, cuando ya era monitorista. Mi ortografía mejoraba paulatinamente, pero nunca mandaba algo sin pedirle a alguien más que le echara un vistazo.

Días después pedí ser yo la persona que entregara en mano a los editores los monitoreos de cada tres horas. El multicitado Centro de Documentación se hallaba en el cuarto piso del edificio de Iturbide 6, y para entregar de mano las impresiones de los monitoreos tenía que subir al quinto

piso, “el piso de las deidades”. Ahí se encontraban lo que se denominan las “secciones duras” —Información General, Ciudad, Estados y Política—; era además el lugar de la oficina del Director General, que en ese tiempo era Roberto Rock.

En el recorrido que hacía a las 9:00 y 12:00 del día, saludaba a grandes personalidades del periodismo que para mí sólo eran, en ese entonces, los jefes de sección. Por nombrar algunos estaba Jorge Zepeda Patterson, Martha Ramos, Carlos Ferreira y Paco Ignacio Taibo II.

Así pasaron por lo menos los siguientes dos meses. Poco a poco conocía y saludaba con mayor familiaridad a todos, eso me gustaba. Una de las personas a quien entregaba diariamente el monitoreo era Martha Eugenia Ortiz Elizondo, la editora de la sección de Estados, quien tenía fama de ser muy dura con sus colaboradores, aunque no parecía. Poco a poco fui trabando una cierta relación de amistad con ella, quien semanas después me abriría la puerta para subir al quinto piso, o como le decíamos en el argot del Centro de Documentación, “las grandes ligas”. El asunto es que uno de sus colaboradores había renunciado y como la empresa no quería ya llenar la plaza, se le ocurrió que yo podría hacer la labor de redactor, pero sin dejar mi calidad de practicante. Lo habló con mi jefa, Cristina Wikler, y ella aceptó, no sin antes advertirle que yo tenía problemas con la ortografía todavía.

Ni bien me había instalado como monitorista, cuando me notificaron que habían aceptado mi cambio a la sección de Estados como Redactor Becario. Para estas alturas ya había “madurado un poco”, si así se le puede decir. Lo tomé con más calma. No obstante, había un pequeño detalle que me hacía dudar de que el cambio fuera buena idea, y ese detalle era que el trabajo era en la tarde, durante la elaboración real del periódico.

En ese momento no lo pensé demasiado, tenía que cambiarme de turno y rápido. Mientras hacía el trámite, pasaron como dos semanas sin poder ir a clases, pero no me importaba mucho, mi prioridad era en ese momento el trabajo.

Al siguiente día me presenté a mi nuevo trabajo y conocí a mis nuevos compañeros: María Elena, una redactora entrada en los cuarenta de muy buen trato; Esther Sánchez, una simpática ama de casa que ejercía su profesión por

las tardes, y César Pineda, un columnista de música y redactor de Estados cuya mitomanía era su principal enemiga.

Tenía que llegar a eso de las 12:00 del día y mi labor era integrar los adelantos de los treinta y seis corresponsales que el periódico tenía en la República. Todos los días mi primera actividad era echar un ojo al fax, el cual a esa hora ya estaba repleto de metros y metros de mensajes enviados por los corresponsales, ya sea con sus adelantos o con notas ya hechas.

Con base en esos faxes, los cuales tenía que cortar con regla de aluminio y clasificar, comenzaba a darle forma a mis adelantos de cada día. Ya que tenía capturado el primer párrafo de cada nota, comenzaban las llamadas de los corresponsales para dictarme sus adelantos. Aquí surgió un problema, ya que hasta esa fecha sabía escribir sólo con los dedos índices y los corresponsales a veces dictaban muy rápido.

Al principio, quien me indujo en esta tarea fue César Pineda, de quien les contaba en párrafos anteriores. A pesar de todo, Pineda me enseñó mucho acerca del oficio de la edición. Por ejemplo, gracias a él afiné mi criterio para jerarquizar la información, ya que se daba el caso de que ni el mismo reportero sabía exactamente qué calibre de nota estaba enviando, y nosotros, como enlace de los corresponsales con el diario, debíamos estar muy atentos a la agenda de sucesos del día y de la semana.

Mi trabajo en Estados fue muy gratificante; desde los primeros días los corresponsales me saludaban con amabilidad y me daban la bienvenida, ellos sabían que la relación que tuvieran con su enlace directo (nosotros los redactores) era vital para que sus notas salieran lo mejor publicadas.

Era común vernos a mí y a César Pineda corriendo y muy a prisa tratando de respetar la barrera de las 2:00 de la tarde, hora en que nuestra jefa debía tener todos los adelantos en la mano para entrar a la primera junta de editores. En esa reunión a la que asistían los jefes de todas las secciones “duras”, se comenzaba a perfilar el eje informativo del día, ya que cada uno de ellos “cantaba” las principales notas que traía en sus adelantos hacia esa hora, hecho del cual partían para comenzar a repartir páginas, asignar probables notas de portada y adelantarse en la elaboración de infografías o ilustraciones para determinadas historias.

Dicha reunión duraba alrededor de una hora y media, luego de lo cual nuestra editora, siempre recta y respetuosa de los tiempos y espacios editoriales, salía del salón de juntas y nos convocaba tanto a César como a mí (quienes llegábamos más temprano), para comentarnos cómo venía el día y de lo que había que estar atentos en los monitoreos de Internet y de agencias informativas. Fue precisamente en este punto cuando comencé a comprender la importancia del trabajo de las agencias para el armado de un medio de comunicación.

En el tiempo que yo estuve en Estados curiosamente, me tocó el proceso de automatización en varios de los procesos de producción del periódico, uno de ellos incluía a la información de las agencias.

Resulta que anteriormente para consultar agencias, era necesario bajar al Centro de Documentación, para pedir que las informaciones de un determinado tema fueran impresas y enviadas al departamento que las solicitara, ya que los cables llegaban por medio de sistema télex, un viejo sistema de conexión privada, en el que la información “caía” procedente de la central de la agencia, a una sola computadora, la cual tenía que estar prendida las veinticuatro horas del día. Lo mismo pasaba con Reuters y AP.

Fue precisamente en el verano de 2000, cuando se implantó en *El Universal* un programa de producción editorial llamado Good News, el cual concentraba varias tareas del proceso editorial en un solo *software*. Por ejemplo, en el caso de las agencias, se había eliminado la conexión por télex, y ahora se hacía por banda ancha de Internet, y los cables de todas las agencias llegaban a un servidor central al que todos los redactores, reporteros y editores teníamos acceso. En esa interfase ya había una herramienta muy valiosa, que era la búsqueda por palabra clave, hora de publicación, sección, país, etcétera. Era una maravilla tener todos los servicios informativos en tu propio escritorio y sin hacer más trámite que sólo abrir una ventanita más.

Mi paulatina introducción a los sistemas de computación hizo que no se me dificultara en lo mínimo el uso del Good News. Por el contrario, los demás redactores, quienes estaban acostumbrados a trabajar del modo tradicional, sí acusaron problemas de adaptación al nuevo programa. Poco a poco me fui haciendo experto en la búsqueda de información en agencias, y poco después aprendí a buscar fotografías. Incluso, había redactores de secciones vecinas,

como Ciudad e Información General, quienes me llegaban a preguntar acerca de la forma en cómo tenían que usar el Good News, hecho que me servía para hacer nuevos amigos y sentirme un poco más arropado en un ambiente que no dejaba de ser hostil.

Había optimismo en mí. Me gustaba superarme cada día y, no sé porqué, el espíritu de demostrarle a la gente que yo podía hacer mejor mi trabajo, era casi una obsesión. Ese espíritu de confianza en mí mismo, estoy seguro, influyó en que desde el primer día de trabajo Martha Eugenia Ortiz, la editora de la sección, me tratara como persona adulta, lo cual al principio me extrañó mucho, ya que usualmente mis anteriores jefes ponían demasiados cuidados para que no fuera a equivocarme, y no me ganaba su confianza.

Mi novatada involuntaria

Los primeros días de octubre, nuestra jefa citó a una junta para organizar la Reunión Anual de de Corresponsales que se realizaría a propósito del ochenta y cinco aniversario del periódico. Mi tarea era hablarles por teléfono a todos los corresponsales que vendrían al Distrito Federal, y pedirles que me pusieran en contacto con el reportero suplente que ellos dejarían en cada uno de sus estados mientras durara su estancia en la capital.

La esperadísima reunión se realizó un día jueves en las instalaciones del Hotel Sevilla Palace, ubicado en Paseo de la Reforma. Mi presencia no era esperada, pero le pedí a mi jefa que me dejara terminar temprano e ir. Para entonces, mi relación “telefónica” con muchos reporteros de los estados era incluso buena. Ya en el lugar, comencé a identificar a muchos de ellos por su voz, y entablamos pláticas muy buenas. La mayoría de ellos me decía que se imaginaba que yo era más grande y algunos hasta traían regalitos típicos de su lugar de origen, como quesos, dulces de café y hasta camisetas. Por cierto, iba con un saco prestado, ya que no tenía uno sólo y jamás había usado traje.

Cuando dieron las 8:00 de la noche, el presentador oficial llamó a los invitados a ocupar sus lugares en las mesas para que los meseros comenzaran a servir la cena. Recuerdo que me senté al lado de un compañero corresponsal de Ciudad Juárez, llamado Luis Carlos Cano, con quien hasta hoy llevo una buena amistad. En la mesa tomaron lugar también Rebeca Jiménez,

experimentada reportera del Estado de México y otros periodistas de los que ahora no recuerdo su nombre. La mesa circular era completada por mí, que me ubiqué del lado del pasillo y por un hombre grande de facha no muy ejecutiva, que se sentó junto a mí.

Con la pequeña intriga de quién era el señor sentado a mi derecha, seguí platicando y departiendo la mesa con los compañeros periodistas; y pidiendo mojitos. En la conversación surgieron temas de política, sociedad e incluso chismecillos internos del periódico, todo parecía normal. Poco a poco fui notando que al señor de mi derecha los reporteros le trataban con mucho respeto y educación, lo cual aumentó mi curiosidad. En un momento de franco relajamiento e impulsado por los buenos tragos, cinco o seis para entonces, le pregunté al misterioso personaje en cuestión algo así como “¿y usted de dónde es corresponsal?” A lo que Óscar Hinojosa contestó “Yo trabajo de subdirector”. No tengo que describirles mi cara de asombro al saber que estaba brindado con total desparpajo con el segundo directivo más importante del diario más grande del país. Ese gran susto, sin querer fue mi novatada.

Los presentes en la mesa, no pudieron disimular la risa al darse cuenta de tan peculiar situación y me hacían señas de que todo estaba en orden ya que Óscar Hinojosa se caracterizaba por su trato amable y que comúnmente le gustaba pasar inadvertido, como en esta ocasión.

Unos minutos más tarde vendría el clímax de lo que yo calificué, se los comento de nuevo, como mi “novatada involuntaria”. El presentador de la ceremonia pidió a diversas personalidades del diario pasar al escenario a decir unas palabras. Mientras esto pasaba, todo mundo se levantó sorpresivamente de sus sillas y de la puerta apareció la figura de uno de los hombres más poderosos en los medios de comunicación de Latinoamérica, Juan Francisco Ealy Ortiz, citado en todas partes del diario como el “Presidente y Director General” (nótese que era obligatorio siempre escribir su cargo con mayúsculas). De súbito se interrumpió la ceremonia e Ealy Ortiz pasó al lugar de cada uno de los doscientos otrescientos presentes, para saludarlos de mano, incluyéndome a mí.

Todo parecía mejorar, luego de la sorna que me propinó mi imprudencia de reportero novato. Lo único que quería era que la ceremonia se terminara para alejarme de tan penoso ambiente de mesa. No obstante, mi jefa, Martha

Eugenia Ortiz, me mandó a decir con un mesero que preparara un pequeño discurso de agradecimiento, ya que debía pasar al frente como el elemento más joven del equipo de información de los estados. Pensé que era una broma hasta que un edecán me llevó de la mano y me puso frente al micrófono. No recuerdo exactamente, pero me salió bien mi panegírico al poder. “Gracias licenciado Ealy por la oportunidad que se nos da a los jóvenes... blablabla”. Hubo felicitaciones y abrazos, incluso el magnate se levantó de su lugar y me agradeció con un abrazo. Yo quería que me tragara la tierra.

Este episodio, no lo niego, fue muy aleccionador, ya que poco a poco vería lo difícil que es estar cerca del poder y no “bolear zapatos”. Fue mi primer encuentro del tercer tipo con la política cercana a los medios, un ambiente en el cual muy a menudo se espera que uno “tenga voluntad” para con el de arriba. Estaba conociendo eso que hoy todo mundo llama “relaciones públicas”.

Al día siguiente en la redacción todo mundo me veía raro, y es que la versión no oficial de lo que ocurrió en la fiesta ya se había corrido por los pasillos. Unos estuvieron a favor de mis huecas palabras y otros (con mucha razón) criticaron que me haya prestado a una muestra tan ruin de oficialismo. Como dijo una vez el ex-presidente del Partido Verde: “Me chamaquearon”.

Adiós a las prácticas

Llegó la Navidad del 2000 y yo me sentía en un proceso de consolidación anímica como practicante. Cuando llegaba a la redacción y prendía mi máquina, sentía como si estuviera en la sala de mi casa viendo televisión, no obstante y sin darme cuenta, estaba pagando costos muy altos por ello. Para entonces ya casi no iba a la universidad, una o dos veces a la semana por lo mucho. Estaban embelesado con el funcionamiento del periódico y las grandes ventanas que me ofrecía en el campo laboral, que olvidé por completo mi proceso como estudiante: ya me sentía todo un “periodista”.

Llegaba a ocurrir que me tomaba demasiado en serio mi trabajo. Todo el tiempo pensaba en información, adelantos, cabezas, páginas y personajes públicos. Salía del periódico y a los pocos pasos descubría que seguía adentro. Me sentía menos ciudadano que nadie, más periodista que ninguno. Soñado y subido en un tabique.

No pasó mucho tiempo para que además de hacer los adelantos, se me permitieran hacer ediciones, es decir, si una nota estaba demasiado grande para llenar el espacio requerido, había que ajustarla, y al revés, si no llenaba la plantilla, debía buscar más información con el corresponsal o en agencias.

Otra de las modalidades de edición era la de hacer fusiones de dos o más notas informativas que versaran sobre un mismo tema. Por ejemplo, en esa temporada invernal, era común que llegaran a la redacción varias notas de los corresponsales sobre muertes a causa del intenso frío, mismas que se integraban junto con la nota dura del Servicio Meteorológico Nacional, para hacer una historia general. A propósito, recuerdo que en la sección teníamos un absurdo “contador de muertos por frío”, un numerito con apariencia de cubitos de hielo, colocado en la página principal de Estados, que llevaba la cuenta de cuántas personas habían perdido la vida a causa de las bajas temperaturas. No eran personas fallecidas, las trataban como números.

Pronto llegó el 2001 y uno de mis deseos de Año Nuevo fue quedarme a trabajar en el periódico, luego de que mis prácticas terminarían el último día de ese enero. Como no conocía otra área mejor que Estados y ya sabía muy bien su funcionamiento, deseaba realmente quedarme.

Pocos días antes de terminar oficialmente mi periodo de prácticas profesionales, hablé con Martha Eugenia Ortiz para hacerle saber mi intención de trabajar en la sección luego que finalizasen mis prácticas. Aunque ella estaba notablemente satisfecha con mi trabajo, no hizo demasiados rodeos para atinar en decirme que los últimos cinco practicantes que habían pasado por la sección le habían pedido lo mismo, y que a ninguno se les había abierto la plaza, ya que “no hay por el momento”.

Aunque después agradecería mucho su sinceridad, al principio dolió como un coscorrón infantil, seco y sin advertencia. Luego de salir de su oficina con una cara de derrotado profesional, comencé a pensar en la solución para quedarme a trabajar en el periódico. Y es que no regresaría a la escuela después del 1 de febrero con mi cara de “siempre no”. Fue entonces cuando otra casualidad me salvó.

Mi amigo Javier Campos, un buen hombre que ocupaba el cargo de introductor, me dijo que un par de días antes habían despedido a una mujer de su departamento. Lo pensé un poco, ya que el trabajo de introductor era un

poco distinto al de redactor que venía realizando en Estados. Los introductores recibían los escritos que los reporteros mandaban por fax y los transcribían sin faltas de ortografía, aparte de contestar las llamadas de los corresponsales para tomar el dictado de notas completas por esa vía. Además, un servidor aún escribía con los dos dedos índices. En ese contexto veía prácticamente imposible igualar la velocidad de captura y corrección que tenía un introductor.

Aun así, mi deseo de quedarme en el periódico me hizo hablar en serio con Javier Campos, quien tomó nota y me sacó una cita con su jefe directo, el contador Miguel Ángel Cisneros, quien ese mismo día me recibió para recetarme un burocrático “¿en qué te puedo servir?”. Mis veintiún años no me fueron suficientes para no ponerme nervioso ante el regordete Miguel Ángel, a quien sólo pude decirle que quería trabajar en el periódico y que deseaba hacer la prueba para la plaza de introductor que estaba vacante. En un acto de caridad me dijo: “Date una vuelta mañana, a lo mejor me pongo de buenas”.

Su respuesta me puso un signo de interrogación en la cabeza ya que, aunque sabía que en este trabajo me encontraría personas raras, esto era ridículo. Con todo y su poca disposición, al día siguiente ahí estaba haciendo antesala. De nuevo el inseguro y torpe “Cisnecitos” me recibió para decirme que había cinco personas más queriendo el puesto y que me presentara al día siguiente en Recursos Humanos y que me alistara para el examen. Era evidente que nuestro amigo tenía cosas más importantes en qué pensar.

Nunca hice el examen para el puesto. Mientras llegó el día último de enero del 2001, día en que formalmente tenía que abandonar mi puesto de redactor becario ya que mi reemplazo estaba ya en capacitación. Me sentí más prescindible que nunca, hasta entonces. Esa tarde, con mi mochila llena de papeles personales, lápices, libretas y periódicos propios, me encaminé hacia la salida, ya sin gafete, mismo que había entregado a mi jefa directa. Me disponía a tomar el elevador, cuando decidí tocar a la puerta de la oficina de “Cisnecitos” para gastar mi última carta. Extrañamente el tipo gozaba de un humor transitorio inusual en él y me preguntó que cómo iba mi contratación. A lo que yo le contesté “pues no me han llamado, pero aquí traigo todos mis papeles”. En ese momento levantó el teléfono y llamó a la Coordinadora de Recursos Humanos para preguntarle si yo podía subir a entregar mi contratación. Minutos después, sin salir del periódico y a escondidas de los

elementos de seguridad, que tenían avisado que me retiraría definitivamente del periódico, me presenté en Recursos Humanos a entregar mis documentos y la trabajadora del mostrador me dio un número telefónico de Bancomer para tramitar lo más pronto posible la tarjeta de nómina para mi contratación.

Una vez más la diosa Fortuna me había dado el empujoncito para hallar recompensa a mi esfuerzo. El telefonazo de Cisneros a Recursos Humanos fue entendido como una orden de contratación. Yo no podía aclarar la situación, me convenía y mucho. Me sentía como ladrón de banco después de haber burlado todas las alarmas y los filtros para llegar a la bóveda del tesoro, lo difícil ahora era sacar el botín de la misma manera y temía no correr con la misma suerte.

Una semana pasó sin que me presentara en el periódico, lo único que hacía en el día era vigilar el teléfono para esperar la llamada del periódico. Como comentaba párrafos arriba, en ese momento de mi vida la escuela había llegado a importarme “un pepino”.

Departamento de Introdutores

El 7 de febrero de 2001, un par de días antes de mi cumpleaños, se inició una nueva etapa para mí. Comenzaba mi primer empleo fijo con prestaciones y hasta vales de despensa. Un trabajo en serio, como diría mi madre.

El primer día tuvo muchos aspectos interesantes y otros tantos inciertos. Con mi llegada al departamento de introductores hubo algunos cambios. Mi amigo Javier Campos se convertía en el coordinador del departamento, al ser el de mayor experiencia de todos. Después me enteraría que Javier es hasta el día de hoy el trabajador que más tiempo tiene de toda la empresa, con treinta y un años de servicio.

Primero quiero precisar acerca del trabajo del departamento de Introdutores, que no es tan común hoy en día, o por lo menos en los medios en los que me ha tocado trabajar. Como frase ejecutiva, diré que éste era el lugar donde se hacía todo eso que no quieren hacer los reporteros: capturar textos, escribir notas y buscar cables de agencias.

Se situaba en un extremo del quinto piso —ese de las grandes ligas— y en el momento en que yo entré se componía de seis personas en dos turnos.

El primer turno de 7:00 a 16:00 horas, daba servicio a lo que en ese entonces era *El Universal Gráfico Vespertino*; y el segundo, de 16:00 al cierre, que se ocupaba de atender las necesidades del diario grande.

Cuando me presentaron conocí, además de Javier, a Horacio, Violeta, María Elena y Liliana, quienes conformaban el equipo completo del departamento. Yo me integraba como nuevo, pero ya conocía a todos de vista y no me fue difícil comenzar la relación con ellos.

Mi primera actividad como introductor fue capturar la nota de un corresponsal de Chiapas, la cual había llegado vía fax. Yo estaba seguro de que no sería problema e incluso llegué a menospreciar el trabajo de los introductores, quienes “sólo capturaban la información”, pero estaba equivocado. Tuve muchos problemas para terminar la nota, ya que venía con muchas faltas de ortografía e inconsistencia en la sintaxis, e incluso en la información. Mi tarea era transcribir la nota, pero también limpiarla de errores y señalar inconsistencias, si es que las hubiera, al editor.

Otro problema fue la velocidad de captura. Era muy importante este rubro pues cuando los reporteros o corresponsales llamaban al periódico para dictar una nota, ya sea para el portal de Internet, o para el diario, la rapidez en los dedos era fundamental.

En mi segundo o tercer día de trabajo llegué a tomar dos o tres notas por vía telefónica y no fue poco lo que sufrí cada vez que me atrasaba en el teclado y el reportero me tenía que repetir toda la idea. Mi lentitud era un obstáculo mayor si tomamos en cuenta que la mayoría de las notas dictadas vía telefónica, eran armadas en el momento por el reportero, quien en la mayoría de los casos se encontraba aún en el lugar donde se había generado la información.

En ese tiempo recuerdo que era el *boom* electrónico y en particular de noticias por Internet; la competencia entre diarios como *El Universal*, *Milenio* y *Reforma* comenzaba a salirse de las páginas para trasladarse a la red. Allí, el departamento de introductores jugaba un papel muy importante, ya que cuando surgía una noticia de último momento, había empresas de *rating* contratadas por el periódico que nos indicaban qué medio electrónico había sacado primero la nota, lo cual nos generaba una puntuación interna. Si ésta bajaba, era seguro que viniera un regaño por parte de algún jefe o hasta un despido, o por lo

menos eso era lo que nos decían para que afináramos la velocidad de captura y de corrección.

Cada nota que terminábamos de redactar y corregir nos era anotada en una tabla de productividad. La mayoría de los introductores estaban en un nivel de más de dos mil líneas diarias, y las primeras semanas yo no llegaba ni a setecientos. Ése era un problema y mi jefe me lo hizo ver a las tres semanas de haber comenzado a trabajar. “O lo mejoras o te vas”, así me despachó Miguel Cisneros, quien no se tentaba el corazón para “darle las gracias” a cualquiera que medio fallara en su tarea laboral.

Viéndome en esa situación no me quedó más que poner mi cabeza a pensar. Tenía un fin de semana libre en el que no tenía otra cosa que hacer que comenzar a utilizar mis restantes ocho dedos que nunca habían trabajado para escribir en máquina. Fue entonces cuando una de mis primas por parte de la familia de mi padre, Rosa María, llegó a casa para pedir o entregar no sé qué cosa y me vio apurado practicando en la computadora de mi hermano. Se acercó y me dijo que si quería aprender a escribir con los diez dedos, no estaba utilizando el método adecuado, y que si quería, ella me podía ayudar. Esa noche no dormí practicando los ejercicios que me enseñó para cada dedo, y asombrosamente, con sólo una semana y media de práctica aprendí a escribir prácticamente sin ver el teclado.

Pronto subí mi nivel de líneas a dos mil quinientas, casi al nivel de mis compañeros que llevaban meses o años en el departamento. Después de superar el detalle de la rapidez —progreso que aún agradezco al escribir esta memoria—, otro aspecto importante a mejorar era la corrección de estilo, aunque en este aspecto no sufrí tanto. Durante mi estancia en el departamento, recibimos un par de cursos de capacitación, en el que se nos enseñaron diversas técnicas de corrección de estilo, e incluso se nos entregó un manual para la correcta escritura de notas, que incluía un glosario de las palabras de las que frecuentemente los reporteros y redactores hacíamos mal uso.

Entré entonces en un periodo de calma y de cierto relajamiento. Podría decirse que me sabía ya al derecho y al revés el funcionamiento del periódico y de algunas de sus áreas. Sabía de primera mano el camino que llevaba una nota, desde que era enviada por el reportero, hasta que salía en la página de

Internet o al día siguiente en el diario impreso. De algún modo, ya no me asombraba demasiado con las cosas nuevas dentro de la empresa.

Otra transformación que sufrió mi vida al instalarme ya como empleado fijo fue el cambio de horario en la escuela, ya que originalmente cuando entré a la ENEP (ahora FES), mi turno fue el vespertino, pero ahora que tenía un horario de 4:00 de la tarde a 11:00 de la noche, me era materialmente imposible asistir a clases. Entonces tramité mi cambio de turno, el cual me fue aceptado para el cuarto semestre, y volví al ritmo de vida agitado con un día que duraba veinte horas, desde que salía de casa por las mañanas, hasta que cenaba por las noches, a eso de las 12:30.

Ese ritmo de vida, parecido, e incluso peor al que viví cuando era monitorista en Public International, me hizo descuidar aún más la escuela. Ese semestre, el cuarto, fue el último que más o menos cursé normal en la escuela; los venideros los pasé con mucho esfuerzo y prácticamente a distancia, con trabajos mandados por Internet y exámenes sin presentar. Aun así, yo estaba convencido de que aquella experiencia en el “Gran Diario de México”, era la oportunidad de mi vida.

Poco antes de cumplir un año como introductor, obtuve mi primer gran regaño. Resulta que de Información General me entregaron una nota para transcribir y corregir acerca de una conferencia que dio en México el Subdirector de Relaciones Internacionales del diario *El País*, Miguel Ángel Bastenier, quien además era y es, una de las voces más autorizadas para hablar del periodismo europeo.

Todo resultó sin novedad el día de la edición, transcribí la nota y recuerdo que modifiqué uno o dos párrafos cuya estructura sintáctica no tenía mucho sentido. Pero al día siguiente, cuando la edición salió impresa, uno de los subdirectores, Francisco Santiago, le preguntó a mi jefe directo, Javier Campos, quién había transcrita la nota. A los veinte minutos me hallaba en la oficina de Santiago, quien tenía una ganada fama de tirano.

— ¿Sabe usted quién es Miguel Ángel Bastienier?”, me preguntó con un tono entre irónico y relajado.

—Sí señor, pero ¿qué no es Bastenier?, le corregí.

Mi respuesta provocó una carcajada de enojo en él, quien sólo atinó a advertirme que era la última vez que me equivocaba y que me estaría vigilando constantemente para que no me distrajera, ya que ése tipo de errores, según él, son por falta de concentración. Finalmente lo entendí, ése era su trabajo y hasta la fecha lo es; Francisco Santiago era como el gran policía de la redacción, y tenía sus sargentos, a quienes luego conocería.

Intentos de un novel reportero

Era ya septiembre de 2001 y comprobé que de tanto leer a veces dan ganas de escribir. Sí, luego de ser un ferviente lector de medios por más de diez años, me nació por primera vez un fuerte instinto por escribir, y no era para menos, si ya había aprendido a redactar con propiedad y velocidad, era lógico que en ese momento tuviera evolucionadas las herramientas principales del reportero.

En ese punto de mi carrera también conocí la importancia de la jerarquización de la información, una de las principales tareas a las que se enfrenta el periodista, reportero o editor, la cual puede llegar, incluso, a ser un conflicto político y ético. Y es que, como lo dice Ernesto López Portillo, experto en temas de medios y seguridad pública, a quien alguna vez entrevisté: “¿Hay alguna duda en cuanto al poder que supone decidir qué es noticia y qué no?” , y es que cuando uno selecciona una nota como importante y la escribe, equivale a proponer una ventana de observación, misma que se orienta, más que a informar acerca de realidades dadas, a construir realidades orientadas hacia cierto tipo de proyectos ideológicos y empresariales en el mercado editorial y periodístico. En pocas palabras, lo que para un medio puede ser una noticia de ocho columnas, en otro puede que se publique en ocho líneas, todo depende del tipo de medio y los intereses que pueda haber en torno a la noticia. Decidir en medio de este pequeño conflicto era entonces mi tarea.

Regresando a lo que acontecía en mi trabajo diario, de nuevo el Internet sería un factor clave para elegir e identificar temas para reportaje. Y es que el trabajo como introductor era parecido al de un tendero, de repente no hay ni moscas que se paren por la tienda y en sólo un instante todo mundo se junta y quiere comprar blanquillos, refrescos o lunetas. Generalmente, había tiempos muertos por las tardes y por la noche, cuando la edición estaba ya casi

completa y sólo esperábamos a que se muriera el Papa o alguna noticia tan fuerte que moviera las notas que ya estaban formadas para primera sección. Por cierto, lo del Papa me tocaría cubrirlo años después, pero para otro medio.

En ese tiempo, recuerdo que navegaba a través de páginas diversas. Desde portales de noticias extranjeros, hasta *chats* y *blogs*, éstos últimos apenas comenzaban a conocerse en el ciberespacio. Al pasar tanto tiempo frente a la pantalla me fui volviendo experto en la vida virtual y casi siempre me escapaba a recorrer rincones prácticamente inhóspitos.

En uno de mis recorridos cibernéticos de algún día cuya fecha no recuerdo, conocí la historia de Metlatonoc, el entonces municipio más pobre de México, ubicado en Guerrero. Fue en ese momento cuando decidí investigar más acerca de la situación de los municipios de México y porqué había unos tan pobres, como Metlatonoc, y otros tan ricos como San Pedro Garza, en Nuevo León, el más opulento del país. Parecía, en primera instancia un tema aburrido, pero luego no lo fue tanto.

Primero hice un breve análisis de los dos principales diarios del país, y encontré que la agenda llamada “social”, era el rubro informativo al que menos espacio se le daba dentro de las secciones de Información General. Llegué a la conclusión de que, por lo menos a estos dos periódicos, la pobreza les importaba “un pepino”. No me equivoqué.

Seguí adelante por mi cuenta con mi investigación; consulté informes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), que apuntaban a que la distribución de las partidas federales para los municipios en México, acusaban un severo conflicto en cuanto a la equitativa repartición de la riqueza y que en nuestro país era necesaria la mentada reforma política nacional para reasignar recursos y darles más atribuciones fiscales a los municipios.

Estuve como tres o cuatro semanas investigando el tema, cuando un día reparé en lo que sucedería cuando lo terminara, y es que no conocía absolutamente a nadie de los editores de Primera Sección, los que tomaban las decisiones para la publicación o no de un determinado tema. Con todo y esa preocupación me animé a hacer mi primera cita para una entrevista. Me consideraba tan bien informado sobre el tema, que me fui a lo grande. Llamé al Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), y pedí a la gente encargada de prensa que me hiciera el favor de ayudarme a conseguir a un

experto en el tema. No fue difícil, ya que el CIDE es uno de los centros de investigación social y política más prolíficos del país.

Luego de una semana me citó un doctor en Ciencia Política (cuyo nombre no recuerdo) en su oficina en las instalaciones del CIDE, ubicadas por el rumbo de Cuajimalpa, cerca de la salida a Toluca, por la carretera vieja. No sé de dónde tomé el valor para presentarme con un tema tan complejo frente a esta eminencia del análisis de la administración pública del país.

Fue una entrevista esencialmente corta, duró como tres minutos. Y es que al verme, así hecho un inexperto reportero, me dijo:

— Espero que tenga una buena batería de preguntas ya que yo atiendo usualmente a otro tipo de prensa— hecho que me desmoronó por completo.

Sólo pude responder:

— Gracias doctor, es todo por mi parte. Ese es el problema de ustedes los intelectuales, se creen una élite. Si he venido hasta aquí es precisamente porque no sé todo lo que usted sabe, sino no le preguntaría. Con permiso.

Y entonces salí de su oficina sin mediar otra palabra. Sentía tanta rabia y en el fondo me preguntaba: “¿Porqué me metí en esto? Nunca debí venir a jugarle al reportero. Debería estar haciendo mi trabajo y sólo eso, eso me pasa por tener iniciativa”.

Llegando a la salida del instituto la asistente del doctor me alcanzó para decirme que estaba muy apenada y que el doctor me pedía que volviera a continuar la entrevista. Le agradecí y con mi convicción de necio me retiré.

Ese día llegué al periódico a cubrir mi turno normal. Me hallaba desilusionado, y no era para menos, mi primera entrevista formal para un medio había sido un fracaso. Me cuestioné toda la tarde acerca de si era el momento para comenzar a escribir temas o simplemente me estaba precipitando. Me embargó un frío intelectual. Sentí muy lejano el día en que publicara una nota o un reportaje con mi nombre. Estuve a punto de claudicar.

Pasaron un par de semanas más, días en los que mi actividad como introductor ya comenzaba a ser un poco monótona. No debía hacer mucho esfuerzo para atormentarme con la idea de que en este puesto estaba perdiendo el tiempo y que lo que debía hacer era insistir en buscar temas para un reportaje y lograr que se pudieran publicar en el periódico. En pocas palabras, me sentía desperdiciado como introductor, no sé si en verdad era la

indomable vocación lo que me llamaba o sólo mi arrogancia de querer siempre destacar entre los demás.

A la tercera semana después de mi primer fracaso como entrevistador, me animé a buscar un segundo posible entrevistado. Para ese entonces a mi mejor amiga del departamento ya le había contado acerca del trabajo que estaba haciendo con el tema de los municipios, y si bien me apoyó, también me advirtió algo muy cierto: “Ten cuidado de no ir muy rápido. Vas a llegar; de eso no tengas duda”.

Sus palabras me hicieron eco durante algunos días, aun así llamé a la oficina del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), para pedir una cita con el representante del programa en México, Thierry Lemaesquier. Uno de sus asistentes me contestó y luego de escucharme, me pidió que le diera un par de días para agendar una entrevista.

Dos días después sonó mi teléfono. Era de la oficina de Lemaesquier, para comentarme que la entrevista había sido aprobada y que sería a las 9:30 de la mañana del día 11 de septiembre de 2001. Tenía exactamente tres días para preparar mis preguntas, el primer entrevistado de mi carrera reporteril era triple A y no podía titubear un momento.

El día de la entrevista llegó y me levanté temprano. Volví a dar una repasada a mis apuntes de apoyo y me sentía más confiado que nunca para lanzar una buena batería. Pero mientras pensaba en cómo llegaría a mi cita y comía mi cereal, miré en la televisión una escena que de primera instancia pensé que pertenecía a alguna película. Se trataba de un avión estrellándose contra una de las torres gemelas del WorldTrade Center de Nueva York. A la segunda o tercera toma supe que para ser una película, la escena estaba muy bien elaborada. Cuando estuve seguro de que se trataba de la realidad transmitida en vivo a todo el mundo supe que mi entrevista había sido automáticamente cancelada.

Treinta minutos después, mi teléfono sonaba con una llamada de Javier Campos, quien me diría que por órdenes de la Dirección General del periódico, todos los redactores debían presentarse inmediatamente para cubrir el gran suceso informativo. Cero e iban dos. Tal parecía que el cosmos estaba conspirando para que no terminara mi nota.

Habría sido por los espíritus o por quién sabe qué otra cosa, pero en realidad nunca terminé el reportaje de los municipios. Y es que la orgía informativa que vino luego de los acontecimientos del 11 de septiembre me dejó muy poco tiempo libre para poder pensar en culminar mi nota o pensar en nuevos temas.

Y cuando digo “orgía informativa”, créanme que hablo en serio. Durante los dos meses siguientes a ese día que cambió el curso de la historia, una avalancha de noticias se dejó venir sobre nuestras líneas telefónicas. Recuerdo que fueron dos los reporteros que el diario mandó a la Zona Cero de Nueva York para que enviaran información exclusiva. Esta situación hizo que se establecieran guardias más prolongadas por varias semanas, es decir, el último de los introductores que se quedaba a esperar el cierre debía aguantar hasta las tres de la mañana, para esperar cualquier suceso imprevisto, como un supuesto ataque que lanzarían los Estados Unidos a Afganistán, donde se escondía Osama Bin Laden, supuesto autor de los atentados.

Debido a que en gran parte del este de los Estados Unidos el Internet había sido restringido sólo para uso militar, los enviados al “campo de acción” sólo tenían su teléfono satelital para hacer llegar la información al diario. De esta manera el papel de los introductores se hacía más importante, ya que éramos nosotros el primer contacto de ellos con el diario.

Recuerdo que uno de los enviados llamó al periódico una noche de la tercera semana después del atentado. Dijo que debía dictarme una nota muy importante, y vaya que sí lo era. Se trataba de declaraciones de familiares de pasajeros de uno de los aviones, quienes por primera vez hablaban para medios extranjeros. Me sirvió mucho estar en antecedente y haber sabido jerarquizar la información, pues con ello ya sabía lo que debería de hacer. Terminando la llamada con el reportero Carlos Benavides, llamé al encargado de la edición para comentarle. De inmediato me dijo que la corrigiera y que buscara más información para vestirla, ya que era muy probable que se fuera a ocho columnas. Con la experiencia que me había dado el Centro de Documentación y Estados para la búsqueda de información en agencias e Internet, integré dos párrafos de información adicional, los cuales envié al Coordinador de Edición. Al día siguiente ¡taraaan!... Mis primeras líneas, tales como las escribí, salieron publicadas en primera plana.

Lo anterior me dio un aliento extra. A pesar de que mis dos intentos de entrevista habían sido fallidos por diversas circunstancias, mi redacción no estaba tan mal, y prueba de ello es que ni el editor, ni el corrector de galeras (quien corrige directo sobre pruebas láser), me hicieron modificación alguna.

Pronto llegaría a mi primer año como trabajador y junto con ese aniversario, un corte de caja. Atrás habían quedado ya mis ansias desbordadas “de novillero”, no así el deseo de escalar más y más dentro del medio. Antes me emocionaba con sólo entrar a las instalaciones del periódico, un año después, quería ascender. ¿Demasiado rápido?, eso lo descubriría pronto.

De esta experiencia aprendí de primera mano que las dificultades siempre preceden a una realización o éxito, aunque lo segundo a veces tarde, e incluso parezca nunca llegar. De acuerdo con Friedrich Nietzsche, las dificultades de cualquier tipo deben ser vistas por una persona inteligente como parte de un proceso normal de aquel ser humano que aspira a realizarse: “Si el placer y el dolor están tan indisolublemente ligados el uno con el otro que el que quisiera experimentar tantos placeres como pudiera, se vería obligado a experimentar tantos dolores como es posible...”

La anterior cita me ilustra mucho acerca de la situación de frustración profesional que estaba viviendo entonces. Y es que con la experiencia que adquirí en los años siguientes me di cuenta que nadie es capaz de crear un gran reportaje sin experiencia y sin un trabajo previo para granjearse cierta posición en el medio periodístico. La vida del periodista, creo firmemente, divaga caprichosamente entre intervalos que van del logro al fracaso, de la pobreza a la abundancia, de la brillantez a la estulticia. Es, como bien lo hace notar Nietzsche, la naturaleza misma del ser humano.

Con esa nueva visión de que la plenitud no llegaría con facilidad, seguí mi camino, ya un poco más relajado. En cierto modo tomé una conciencia de mayor respeto hacia el oficio mismo y su complejidad, ya que al principio me generé una fantasía cercana a que lo más importante era estar dentro del medio de comunicación, y que los reportajes se harían prácticamente solos.

Aprender de los grandes

Mientras transitaba en ese tipo de reflexiones, ocurrió que me fui enterando un poco más del trabajo del que era considerado el mejor reportero del periódico. Se trataba del famosísimo Marco Lara Klahr, reportero de asuntos especiales, quien, por cierto, tenía su oficina cerca de donde yo me sentaba.

Vagando por Internet, se me ocurrió teclear su nombre en google.com para saber porqué tanta fama, y me encontré que el día que Lara comenzó a escribir en los medios, yo aún no había dejado el hospital en brazos de mi madre, en el año de 1980. Reportajes realmente brillantes como la serie que realizó en 1997 acerca de la secta de La Luz del Mundo, una organización en la cual se infiltró para lograr insólitos testimonios de lo que puede causar el fanatismo en una sociedad con sendas limitaciones intelectuales, entre muchos otros temas que me llamaron poderosamente la atención.

Enterado ya de quién era Marco Lara Klahr, lo primero que se me vino a la mente fue pararme en su oficina para decirle que quería aprender de él. Más tardé en pensar lo anterior, que en estar a la puerta de su oficina.

— Hola señor, yo soy Sergio Lagarde y trabajo en la mesa de redacción, pero lo que quiero es aprender a escribir.

Desde el momento que lo conocí, Marco fue un hombre de pocas palabras y grandes ideas. Tenía muy bien puestos los pantalones para confrontar al poder. De hecho, en esos días me enteré de que él estuvo presente en aquella reunión anual de los corresponsales de *El Universal*, donde pasé a recitar mi panegíricofrente al director. Por cierto, luego me enteraría de que Marco fue el único de los presentes en aquella ocasión, que se rió a carcajadas en pleno acto.

A pesar de saber de primera mano mi inmadurez, Marco me dijo que mis ideas le parecían interesantes y, aunque él no era agencia de colocaciones, podía darme el teléfono de un amigo suyo, Guillermo Bustamante, quien en ese momento estaba dirigiendo una revista de corte político.

— Llámale a este chavo y dile que de mi parte te reciba para que te pida textos, y si quieres ayuda para documentarlos vienes ya.

Salí de su oficina un poco contrariado por su resequeidad emotiva, pero con el papelito del teléfono en la mano, el cual me aseguraba, por lo menos, que alguien me recibiría para pedirme alguna colaboración.

Al día siguiente llamé a Guillermo Bustamante, quien me contestó de muy buena manera y me citó en sus oficinas, ubicadas en la Torre del Caballito, en el corazón del Paseo de la Reforma. Acudí a la entrevista con mi currículum vacío, lo único que tenía en mi favor era que trabajaba en *El Universal*, no precisamente haciendo una labor muy periodística, ni intelectual, pero allí estaba.

En el momento que conocí a Bustamante supe que todo marcharía muy bien con él, ya que su manera de enfocar los objetivos y leer las realidades decía mucho acerca de su calidad moral y su alto nivel intelectual.

Luego de una breve charla, Bustamante me pidió un trabajo acerca de la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos, y me dijo que en cuanto tuviera algún avance lo viera directamente con Marco Lara, quien fungiría como el editor de la revista. En principio me emocionó comenzar a escribir para *Nueva Izquierda*, como se llamaba la revista, lo único que me amargaba la experiencia era la frialdad del tema, y es que la instrucción era que tenía que hablar de las cifras de la migración a los Estados Unidos y presentar un panorama general acerca de las políticas públicas que estaba articulando el gobierno de Fox en aquel entonces. Yo, por el contrario, estaba ávido de contar una historia más “real”.

Y es que luego de conocer la historia de Metlatonoc y dar un vistazo al panorama de la pobreza en México, decidí, por cuenta propia, dar un giro radical a lo que había acordado con Bustamante, y comencé a buscar una historia paralela que hablara sobre migración, y la encontré.

Era diciembre de 2001, unos meses apenas después de los atentados que derribaron las Torres Gemelas en Nueva York, y muy a propósito de ello encontré una pista para mi investigación en un periódico —no recuerdo cuál— que me encontré “volando” por la redacción. La información se intitulaba “Poblanos invaden Nueva York”, y daba cuenta del intenso fenómeno migratorio que se da entre pueblos de la sierra poblana y la Gran Manzana. En un párrafo, casi al finalizar la nota, mencionaba el caso de Tulcingo del Valle, el cual me llamó la atención de inmediato. Decidí recortar la nota y comenzar.

Aunque sabía que de facto me estaba brincando una orden de trabajo, poca idea tenía de las implicaciones de ello. Con esa conciencia vaga de lo incorrecto, comencé a investigar.

Al buscar a Tulcingo del Valle en google.com, el principal buscador del mundo, que para esos años ya se encontraba más que consolidado, me llevé una interesante sorpresa, ya que había dos o tres páginas dedicadas exclusivamente a la comunidad mexicano-norteamericana de Tulcingo: una especie de *blogs* para que los migrantes “chatearan” y colocaran fotografías de sus experiencias en aquel país; de esta manera las familias en ambos países estaban enteradas de las noticias de la comunidad. Era una interesante historia en la que el Internet tenía un papel preponderante en la comunicación humana.

Fue un sábado el día que revisé lo anterior en la red, y el lunes siguiente estaba montado en un autobús de la línea AU, a las 6:00 de la mañana con destino a la ciudad de Puebla. Mi objetivo era llegar a Tulcingo ese mismo día y conocer de primera mano la historia de “El Pequeño Nueva York”, como lo bauticé desde ese momento.

Un día antes llamé a Karen Trejo, una reportera de *El Universal de Puebla*, que había sido mi compañera en las prácticas profesionales del Centro de Documentación, y quien me ayudaría a encontrar antecedentes acerca del tema, mismo que calificó como interesante, incluso dentro del contexto de la información estatal. Al recibirme en la central de autobuses, Karen me dijo que había pocas cosas que ver en la sierra sur del estado, que sólo había pobreza y mucha sequía, pero que la nota lo ameritaba. Estuve con ella medio día y me advirtió acerca del autoritarismo de algunos alcaldes de municipios serranos, quienes no gustaban mucho de que los visitaran periodistas, ya que tenían mucho que esconder.

Luego del prefacio informativo dado por mi colega, regresé a la Central de Autobuses de Puebla, y compré mi boleto para Tulcingo y un mapa de la sierra poblana. Llegué a sentir miedo cuando miré la cara de la señorita del mostrador de la línea de autobuses, quien me preguntó que si tenía familia allá y que si ya sabía que el autobús hacía cinco horas. No contesté a ninguna de las dos preguntas —yo creo que a causa del *shock* de oír “cinco horas”— y me retiré a la salita de espera.

Cuando miré el autobús supe que el destino estaría igual de precario. Salió de Puebla como a las 9:00 de la mañana y luego de un caluroso recorrido por las infames carreteras poblanas, llegó a uno de sus destinos, que también era el mío. Al bajar, nadie esperaba a nadie y en la calle sólo un par de perros caminaban hacia perderse en la quietud. Junto conmigo descendieron del camión otras dos personas, ya que las demás se habían bajado pueblos atrás o bajarían más adelante.

Me hallé allí, solo y frente a la pregunta que más se hace el periodista durante toda su vida: “¿Por dónde comienzo?” Elegí entonces caminar y buscar lo que todo pueblito tiene, una plaza con una iglesia, es decir, el centro. No tuve que pasar más de dos cuadras para encontrar lo que parecía la plaza principal. Me impresionaba la desolación del lugar, propia de una película de los hermanos Almada.

No pasó mucho tiempo para tener mi primer contacto con un lugareño, y es que don Nacho García, un hombre de setenta años, que se hallaba sentado viendo pasar la vida desde una banca del parque, me contó que la migración en Tulcingo del Valle era una tradición desde hacía más de cincuenta años. Me contó que él, junto con un grupo de trescientos hombres de la región, fueron parte de los primeros braceros legales que llegaron al estado de Nueva Jersey, para realizar labores de agricultura y ayudantía en diversas empresas estadounidenses.

A aquella plática se unieron otros dos hombres maduros, quienes reafirmaron la versión de don Nacho, acerca de que lo único que sabían hacer los pocos jóvenes que nacían en Tulcingo era emigrar. “Los chamacos no piensan en estudiar una carrera, ‘casi casi’ pasan su primaria sólo para esperar a cumplir su edad para irse para el otro lado”, comentó uno de ellos.

Con esa información tenía la pauta para una buena nota, había razones de peso para creer que no estaba frente a un hecho aislado, sino que se trataba de todo un proceso histórico de migración digno de analizar.

Luego de dejar a mis septuagenarios entrevistados me dirigí al palacio municipal, una pequeña casa de dos pisos, con una bandera mexicana deslavada en el techo. Allí sólo había un par de secretarías, una de las cuales me dijo que el presidente municipal sólo iba a su oficina los jueves, y que si quería sacar una cita que ella trataría de agendarla. ¿Qué clase de servidor

público trabaja un solo día a la semana y cobra un sueldo completo? Era la pregunta obligada para cualquier persona con tres dedos de frente.

Hice dos o tres entrevistas más, entre ellas a la familia Márquez, que perdió a uno de sus integrantes en los atentados del 11 de septiembre de 2001, historia que le daría un muy buen marco de actualidad a mi reportaje. Un dato que me aportó Angélica Márquez, la mayor de tres hermanos —y que después corroboraría con estadísticas del Gobierno del Estado— es que Tulcingo del Valle tenía en ese momento seis mil habitantes, mientras que se calculaba que el total de originarios de Tulcingo que habitaban en zonas cercanas a Nueva York, era de cuatro mil, es decir, más de medio pueblo se encontraba “exportado”, por así decirlo, en aquel país.

Un poco antes de tomar el autobús de regreso, me convencí de que la facha de pobreza de Tulcingo era, en cierta manera, un poco falsa, ya que las remesas que mandaban quienes trabajaban en los Estados Unidos eran el 70% de la economía local. Esa cifra la calculé con sólo ver que aunque en el pueblito no había prácticamente tierras arables, sí había dos casas de cambio, una sucursal de HSBC y cinco cafés Internet.

Así, con una historia bajo el brazo, la cual confiaba estaba bien nutrida de información y podría ser noticiosa, tomé el último camión a Puebla alrededor de las 8:00 de la noche. Aunque varias personas de las que entrevisté me habían ofrecido su casa para pasar la noche, era necesario llegar, pues al día siguiente tenía que llegar a trabajar por la tarde en mi puesto de introductor, y por la mañana debía transcribir las entrevistas que había realizado ese día.

“El pequeño Nueva York” fue la cabeza que escogí para mi reportaje. Estaba seguro que tenía una pieza informativa de calidad que no se había publicado anteriormente y comencé a escribirlo con mucha dedicación.

Al cabo de una semana mi trabajo estaba listo, bueno eso creía yo. Recuerdo que antes de entregarlo, le pedí a un compañero corrector, José Rodríguez, Coordinador de Corrección del periódico, que me hiciera favor de darle una pasada a ojo de buen corrector; él con toda la experiencia de treinta años en el oficio, me hizo algunas adecuaciones y me comentó que el tema era muy bueno y me deseó mucha suerte cuando se lo entregara a Lara Klahr.

Al día siguiente, le mandé mi trabajo a Marco Lara, escribiendo las razones por las que había “adecuado” la orden de trabajo que me había dado

unas semanas atrás. Me gustó tanto mi trabajo que estaba seguro de que no habría ningún problema para que me lo aceptara, que me daría dos palmadas en la espalda y me felicitaría por mi iniciativa. Gran error.

Pasó una semana después del envío de mi reportaje por correo electrónico; no le había llamado ya que me daba miedo que me fuera a reprender por desacatar sus órdenes de editor. Casi finalizando la segunda semana, me animé a escribirle un correo electrónico en el que le preguntaba acerca de mi trabajo, y Marco me contestó que al ver la “pobre” explicación acerca de porqué había desobedecido la orden de trabajo para hacer un trabajo “simi”, como él lo denominó, ni siquiera se tomó la molestia de leerlo, pues no tenía tiempo para perderlo, “así que —me dijo— tenía dos opciones, o arreglarlo u ofrecerlo en otro medio”.

Al ver la respuesta tan soberbia de Lara, con una conducta insolente le contesté algo así como: “Lo siento, pensé que te gustaría, aunque sea poca la iniciativa, siento que mi trabajo fue bueno de todas maneras”. Ese párrafo que le escribí bastó para que nunca más me volviera a tener dentro de sus discípulos. “Ni falta que hacía”, pensé en ese momento, pero después me daría cuenta de la gran lección que en ese momento estaba recibiendo.

Mientras, mis colaboraciones en la revista *Nueva Izquierda* tendrían que esperar, por lo menos hasta que Lara dejara de ser el editor. En contraste, por razones que no tengo muy claras, comencé a hacer muy buena relación con Guillermo Bustamante, el director de la revista. Conforme iba conociéndolo supe que *Nueva Izquierda* no sólo era una publicación, sino todo un movimiento mayoritario en el partido de izquierda mexicano PRD, y que Bustamante no era sólo un director editorial, sino asesor estrella del entonces senador Jesús Ortega Martínez.

La amistad con Bustamante, un hombre sencillo y honrado “hasta las cachas”, comenzó a crecer pues entre plática y plática, ambos nos enteramos de que mucho tiempo vivimos muy cerca, por los rumbos de Iztapalapa, en la colonia Bellavista, lugar donde durante nuestra infancia tuvimos muchos conocidos y algunos amigos en común. Sería de él de quien recibiría las mayores enseñanzas no sólo periodísticas, sino de vida. Y es que su manera de pensar y actuar me comenzaban a decir que el periodismo no siempre se aprende en las redacciones y que más que cualquier otra cosa se trata de “vivir

para contar”, como diría un gran maestro que tendría años más adelante: Gabriel García Márquez.

Más adelante Marco Lara volvería a aparecer en la escena de mi vida periodística, pero siempre en el papel antagónico.

El salto a primera plana

Eran los primeros meses de 2002 y habían pasado más de año y medio desde que pisé por primera vez las instalaciones del periódico; cumplía también mi primer año como trabajador de base y me hice acreedor a una semana completa de vacaciones, días en los que no salí de la ciudad, por el contrario, me quedé y aproveché para meterme a la hemeroteca del periódico a hojear diarios. Ello me serviría para hacer un breve análisis de los reportajes interesantes que ya se habían publicado o simplemente notas que me dieran ideas para un reportaje de verdad.

En mayo de ese año encontré una nota en el periódico *El País*, de España, acerca del aumento de todo tipo de delitos en Internet. El experto entrevistado decía que en la red estaba ocurriendo un fenómeno de reproducción de la realidad, es decir, al mismo ritmo que crecía Internet, se iban formando redes sociales y la gente hacía una segunda vida dentro de lo virtual, decenas de conductas y prácticas de las sociedades estaban arribando a este terreno, entre ellas, las delictivas. Daba la impresión de ser una más de las notas que leía semanalmente, pero se me quedó muy grabada.

Todo ese mes me dediqué a hacer hipótesis acerca de qué conductas delictivas podrían estarse dando en Internet, sin que los medios nos hubiéramos dado cuenta: ya se había escrito de los fraudes con tarjetas de crédito, la prostitución, la trata de personas o la extorsión.

Como de la nada, la palabra narcotráfico surgió en mi cabeza. Mi investigación sería entonces inductiva. No sabía si en realidad la nota existía, pero gracias a todo el contexto informativo que tenía, estaba seguro de que podía apostarle al tema.

Me dediqué a buscar en la Hemeroteca Nacional algunas notas que hablaran acerca de tráfico de drogas por Internet, pero no encontré nada. Agoté mi búsqueda en medios nacionales y extranjeros, pero parecía que el

delito que yo suponía se estaba dando, no existía, o por lo menos no había sido documentado por otros periodistas.

Y cuando parecía abandonar mi inferencia, la diosa Fortuna aparecería de nuevo en escena para darme un empujoncito. Una noche recibí un correo de invitación para asistir a un *rave*, una fiesta de música electrónica que se realizaría en las pirámides de Teotihuacan. El *mail* de invitación tenía adjuntos varios *banners* con ligas, hacia los sitios web de los patrocinadores, entre los cuales destacaba un portal llamado elektorave.com, al cual decidí entrar.

Navegando por dicha página, comencé a explorar algunos *chats* internos y foros, en donde los miembros de la comunidad intercambiaban información acerca de fiestas, lugares y precios. De entre todos esos foros, uno llamó mi atención a la primera. Titulado “Drugs& Rave”, era un espacio en donde chicos podían comprar y vender algunas drogas sintéticas, las cuales son frecuentemente consumidas en este tipo de fiestas. De inmediato supe que había encontrado la nota, y como no había otro periodista en Latinoamérica que lo hubiera documentado, también sabía que sería una nota importante.

En esa misma sesión, me inscribí con el nombre de “serch” y me di de alta con una identidad falsa. Comencé entonces a escribir a algunos miembros de la comunidad inscritos en ese foro, aunque preferí no mencionar nada acerca de drogas en los primeros acercamientos. Toda la noche estuve en línea explorando cada rincón de esa página y anotando coincidencias o ligas que me llevaran a algún otro sitio que me diera más pistas.

Logré, sin que los miembros del foro se dieran cuenta, entrar como uno más de ellos. A los pocos días acudí al *rave* cuya invitación había detonado esta pista. Cerca de las pirámides de Teotihuacan, en un predio enorme, miles de jóvenes comenzaron a llegar desde distintos puntos del Distrito Federal y el Estado de México. En ese lugar conocí a Rebeca, una chica universitaria de diecinueve años, quien también era miembro de elektorave.com. Con ella entablé una plática breve, pero sustanciosa. Me dijo que ocasionalmente consumía éxtasis, pero que era mejor negocio venderla. Y cuando la plática se empezaba a poner buena, y parecía que me diría quién le distribuía al mayoreo, un tipo se la llevó a bailar.

De inmediato comencé por primera vez a sentir miedo. Me dirigí a la salida del evento y sentía como si todos supieran que los estaba descubriendo.

Iba solo y apresuré el paso hacia la avenida principal, donde tomé un taxi hacia el metro Indios Verdes y de ahí rápido hasta el periódico, ubicado cerca del metro Juárez de la línea verde.

Pasada la medianoche llegué a las oficinas del periódico, que me quedaban más cerca que la casa de mis padres, ubicada en Iztapalapa. Y es que ya no aguantaba las ganas de cotejar algunos de los datos que traía con los publicados en los foros. Y comencé a escribir. Los nombres que escuché en el lugar y las denominaciones coincidían con las de la página, lo que me llevó a pensar que el canal de comunicación del foro estaba vivo. Entonces, ya tenía pistas sólidas para sospechar que realmente el tráfico de drogas por Internet se estaba dando en México.

Por primera vez en mi vida supe que tenía algo grande en mis manos, ahora sólo faltaba saber de qué tamaño era el pez.

Yo había comenzado a trabar amistad con Jorge Alejandro Medellín, uno de los reporteros que cubría el sector justicia y narcotráfico para el periódico. “Mede”, como le decíamos los compañeros, era un tipo abierto a ayudarte, inusual entre quienes detentaban un cargo de reportero en el diario.

A él le conté acerca de mi tema, y asombrado me preguntó cómo me había metido en ese círculo. No obstante, me dijo que era una temática muy buena, y que de ser cierta, resultaría algo exclusivo en el periodismo latinoamericano.

Con ese espaldarazo profesional comencé a buscar en un archivo electrónico que “Mede” me recomendó. Se trataba de una página con todos los informes mensuales de la DEA (DrugEnforcementAdministration) de los Estados Unidos. Allí, ¡lotería! Encontré un informe reciente sobre la detención de tres ciudadanos norteamericanos en los estados de Florida y Maine, quienes tenían relación con una red de venta de drogas sintéticas (particularmente ketamina y LSD) y cocaína, mediante Internet. En ese informe, la DEA catalogaba a estos delincuentes como *e-traffickers* y mencionaba que se había detectado esta actividad principalmente en países de Europa como España y Francia, y en América Latina. Pero no mencionaba México.

Desde aquella noche en que conocí la página de electrorave.com habían pasado un par de semanas, y aunque me consideraba empapado del tema, aún no tenía la seguridad para “cantárselo” a alguno de los editores y me

dijeran si era publicable. No podía “quemarme” soltando un tema cuyo rigor periodístico no estuviera suficientemente sustentado.

Mientras, seguí con mi investigación en línea. Me encontré con que el problema se salía con mucho de lo que inicialmente había supuesto, y es que había más enlaces y más foros en donde se comunicaban los compradores con los vendedores, e incluso pactaban una cita o la entrega de la droga por un sistema de paquetería.

También encontré que en páginas como psiconautica.org y blueliqth.nu, el fenómeno de los foros como punto de encuentro para narcotraficantes y adictos, se reproducía. Fue entonces cuando decidí terminar con el reportaje, y es que se había extendido por más de dos meses y medio, lo cual podía hacer que alguien lo detectara y me lo ganara.

Desde que me comenzó el interés interno de escribir algo por mi cuenta para que fuera publicado en el diario, comencé a hacer suposiciones acerca de cuál de los editores de Información General podía interesarse lo suficiente e impulsar mis temas. Podría decirse que vigilé a cada uno, o por lo menos estuve al tanto de sus reacciones para con temas novedosos y el trabajo de los jóvenes en general.

En esos meses el periódico había sufrido un cambio radical en la administración, con la entrada del empresario Ramón Alberto Garza a la Dirección Editorial, y con él su gente más cercana en los puestos clave. Entre esos editores nuevos, había uno cuyo semblante de amabilidad me impulsó a tocarle la puerta de la oficina. Se trataba del periodista Carlos Acosta Córdova, reconocido reportero hecho en la revista *Proceso* y en otros medios nacionales, quien en ese entonces estaba al frente de la Coordinación de Asuntos Especiales de *El Universal*.

—Buenas tardes, señor, ¿tendrá dos minutos?— le dije.

—Sí, pásale.

—Vengo a comentarle un tema que he estado haciendo, verá...

Con oído de violinista y semblante analítico, Acosta me dijo, lo recuerdo bien: “Y a ti, ¿qué jabón te patrocina?”. A lo que sólo atine a responder: “pues el oficio”.

Sin mayor trámite, Acosta me aceptó el tema. No sin antes pedirme que le mandara al día siguiente un avance y un estatus general de toda la investigación, así como la metodología que había seguido.

No existen palabras para describir el júbilo que sentí al pensar que esa nota sí pegaría. Corrí a mi lugar a desahogar el trabajo acumulado. Esa noche me quedé en vela en el periódico escribiendo el avance del mi trabajo. Lo pulía y lo pulía, hasta que al día siguiente, como a las 6:00 de la mañana, le di *send* al correo con destino a la bandeja de entrada de Acosta.

En la tarde llegué al periódico con los nervios de punta debido a la expectativa que me generaba la opinión de Acosta. Me aposté en mi lugarcito del departamento de introductores y esperé. Un día, dos, tres, y la llamada de Acosta no llegaba. Llegó el fin de semana y la duda me seguía asaltando, las ansias me comían.

El lunes siguiente sonó el teléfono interno del departamento de introductores, contestó mi jefe, Javier Campos, quien ya estaba al tanto de mis aspiraciones y trabajos reporteriles. Sonrió y de inmediato me dijo “te hablan allá arriba, con Acosta”. Estaba más nervioso que papá de maternidad y antes de subir, me fui a fumar un cigarro. Cinco minutos más tarde volví a tocar la puerta de la oficina de Acosta.

— ¿Cómo estás, muchacho?

— Bien, señor.

— Te mandé llamar para comentarte unos detalles acerca de tu tema, que por cierto gustó mucho en la junta editorial.

Sentí alivio cuando me comunicó que lo había comentado en la junta editorial ante todos los editores de las secciones y que se había discutido la pertinencia de publicarlo o no. Con un poco más de confianza, Acosta me confesó que en cuanto soltó el tema como propuesta de su coordinación, no se hicieron esperar los comentarios favorables, debido a su oportunidad y exclusividad. Al mismo tiempo, después me enteraría que el Director Editorial. Roberto Rock, se sorprendió de que la propuesta y todo el trabajo de investigación vinieran, no de un reportero o colaborador externo, sino de un redactor novato que no cumplía aún los veintitrés años de edad.

Estaba del otro lado. Con la anuencia de la junta de editores, lo demás sería relativamente más sencillo.

Debía terminar el tema antes del 2 ó 3 de octubre de ese año 2002, para que el departamento de diseño hiciera una presentación especial, ya que el reportaje iría desplegado en una plana completa. Pero antes de pensar en la forma, debía centrarme en no descuidar el fondo, es decir, la calidad de la investigación. Para ello Acosta me pidió que comprobáramos que efectivamente este tipo de comercio de drogas por Internet se estaba dando, y para esto había que comprarlas.

Esa misma tarde revisé mis pistas y me volví a conectar a la comunidad de electrorave.com, esta vez dispuesto a comprar droga. Tremenda sorpresa me llevé cuando inicié mi sesión en el portal, al darme cuenta de que ese día (estoy seguro de que fue un jueves), había muchos más mensajes de lo normal, para “conectar” drogas. Muchos de ellos ofrecían “tachas” en precios dedoscientos a cuatrocientos pesos, las cuales entregarían en un *rave* a realizarse el fin de semana inmediato. Entre los *dealers* que estaban en el foro se hallaba Rebeca, la chica de diecinueve años que había conocido en la fiesta electrónica de unas semanas atrás. Enablé mensajes con ella y le di mi celular para que me llamara. Tres minutos después mi celular sonaba con un “número privado”. Era ella, pidiéndome que confirmara el número al que llamaba.

— Hola, ¿cómo estás?...¿cuántas van a ser? Son de a doscientos.

— Pero primero dime de dónde son y si son buen material.

— Éstas me las trajeron de Monterrey, pero son holandesas, no te viajan mucho, están bien si vas empezando en esto.

— Está bien, que sean tres.

— Te veo en una hora en la calle Pomona, número 32. Voy a estar en la banqueta, te bajas de tu coche y me saludas. Adiós.

En su voz pude notar que Rebeca, a pesar de su edad, no era ninguna principiante, probablemente llevara en el negocio uno o dos años. No negociaba nada, daba órdenes al comprador y no respondía preguntas. Se sentía como de una sangre muy templada.

Luego de oír el “tu... tu.... tu...” del teléfono, me quedé helado. Uno siempre oye hablar de narcotráfico y narcotraficantes, pero pocas veces se halla uno hablando al tú por tú con uno de ellos.

No grabé esa primera conversación con la *dealer*, ya que no me había dado tiempo de meter la grabadora entre mi oreja y el teléfono. Ese detallito era

uno de los trucos que pronto aprendería de Jorge Alejandro Medellín. En una tarde mientras platicábamos del tema, me comentó que en este trabajo no eran necesarias tantas armas de espionaje, sólo bastaba con un teléfono, una grabadora de reportero, unos audífonos y mucha inteligencia.

Me explicó que para grabar este tipo de conversaciones sorprendidas sólo debía encender la grabadora y conectarle los audífonos. Luego poner uno de los audífonos en mi oído y el micrófono de la grabadora directamente en la bocina del teléfono, así automáticamente se grabaría toda la conversación y yo lo estaría escuchando por el audifono. El único problema es que a las grabadoras reporteras se les mete demasiado ruido en grabación directa, por lo que había que abarcar muy bien la unión entre la grabadora y el teléfono con una de las dos manos, o con cinta adhesiva si la conversación iba a ser larga y la situación lo permitía.

A propósito, o “Mede” me comentó que había que hacer esta operación cuidando no hacer mucho ruido, para que nuestro interlocutor no sospechara que estaba siendo grabado. Por lo regular, el golpeteo de la grabadora y los constantes “bueno... bueno”, ponen al descubierto a los reporteros inexpertos.

Pero esta vez no me habían descubierto. Todo marchaba viento en popa. Minutos después telefoneé a Carlos Acosta para comentarle que había logrado establecer el contacto con la *dealer*, y que necesitaba recibir instrucciones para la compra de la droga. Subí a su oficina y lo pensamos bien. Minutos después mandó llamar al jefe del Departamento de Fotografía, quien dispuso de un fotógrafo y dos autos para la operación. El reportero gráfico me acompañaría a distancia con un lente telefoto gigantesco, casi un telescopio, con los cuales se hacen tomas de los partidos de fútbol. Tomaría placas de todo el proceso de compra-venta.

Veinte minutos después nos hallábamos saliendo hacia nuestra cita. Parecía una situación como de película. Antes me había colocado en la cintura una grabadora de voz con un cable de micrófono que me llegaba hasta la mano derecha para grabar las incidencias del trabajo.

Carlos Acosta me dijo antes de salir “no pongas en riesgo ni el trabajo ni mucho menos a ti; si ves que no se puede hacer la entrega retírate y no aceptes entrar en ningún lugar cerrado donde el fotógrafo no te pueda ver”. La indicación seria en voz de una persona tan seria me había puesto en alerta y

había prendido mis focos de miedo, ya que de repente, en esa etapa de mi vida actuaba mucho más por instinto y por hambre de destacar, que con un razonamiento previo.

Salimos de la redacción el fotógrafo y yo. En el elevador platicamos y me felicitó por el buen tema, que incluso ya había despertado comentarios en el departamento de fotografía acerca de que nunca los fotógrafos querían hacer ese tipo de “misiones” peligrosas, y que en esa ocasión a él le había tocado.

Manejamos, cada uno en un auto, por espacio de diez minutos, hasta que llegamos al lugar donde se haría la entrega. Se trataba de una cuadra muy cercana al metro Insurgentes, abandonada a chicos de escuelas técnicas en horas de asueto y con cigarro en mano, “franeleros” y prostitutas. Jorge se siguió derecho y ocupó su lugar en la esquina opuesta, a unos cincuenta metros de la casa marcada con el número 32. Yo esperé afuera en el Focus negro que un compañero de trabajo me había prestado para la ocasión, y llamé a otro número celular que Rebeca me había proporcionado. Ella no contestó, sino que salió de un vehículo donde había dos o tres personas más. Se paró en la banqueta y entonces me miró. Yo bajé del auto muerto de nervios, ya que me había percatado de que Jorge ya estaba tirando fotografías a los cómplices de Rebeca que se hallaban en el auto y a Rebeca misma. Fui hacia ella y la saludé de beso, mientras ella me decía al oído: “Son seiscientos, aquí en el sobre van tres, súbete a tu coche y si quieres checarlas, te espero”.

Al subirme al auto, únicamente y sin pensar pisé el acelerador y me dirigí hacia donde estaba Jorge, ambos salimos del lugar sin ir directamente al periódico, ya que podían haber estado siguiéndonos y darse cuenta de que éramos periodistas, lo cual seguramente nos generaría conflictos grandes.

Al llegar al diario mis manos temblaban incontrolablemente, nos estacionamos y vimos las fotos antes de entrar en el periódico. Cruzamos la calle que divide el estacionamiento de las instalaciones del diario y subimos de inmediato a la oficina de Acosta, quien para esas horas de la tarde (las 4:00 ó 5:00) se encontraba en la junta editorial. Cuando subimos por el elevador uno de los guardias avisó a no sé quién, que ya habíamos llegado y se suspendió la citada junta de editores por un momento.

Acosta nos comunicó que había sido reprendido por el Director del periódico por tomar la decisión de que fuéramos a comprar la droga sin

seguridad adicional, y que resultó ser un acto muy peligroso para “alguien que ni siquiera estaba trabajando como reportero”. No obstante, Acosta nos felicitó y dijo que la publicación del tema seguía en pie.

Minutos después de hablar con nosotros, se reanudó la junta editorial. Allí se mostraron las imágenes de la entrega de droga, las cuales daban un aspecto de una película de acción, no obstante era la realidad.

Al día siguiente entregué una nueva versión del reportaje casi terminado, con extractos de algunas de las conversaciones de los foros ocultos y con un informe que había encontrado un par de días antes, de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE), organismo perteneciente a la ONU, en el cual se alertaba por primera vez en la historia del uso de Internet en la comisión de este tipo de delitos. No había mejor día para publicarse que en ese mismo momento.

No obstante, nos faltaba documentar mejor el marco referencial informativo, porque podíamos publicar al día siguiente nuestro hallazgo, pero algo me decía que me faltaba la opinión de un experto en derecho, quien nos dijera cuáles eran las armas con las que las legislaciones internacionales y mexicanas, podían combatir este delito. De este modo, contacté al doctor Julio Alejandro Téllez Valdés, del Instituto de Ciencias Jurídicas de la UNAM, cuya ficha curricular encontré en Internet y con quien concerté una entrevista un par de días después. Con poco tiempo, confieso, no preparé bien mi entrevista con el académico, pero afortunadamente él resultó ser muy buen conversador y me llevó de la mano en el tema.

A pesar de que se trataba de un tema nuevo, el doctor Valdés estaba al tanto de la problemática que yo planteaba en mi reportaje, ya que había trabajado de cerca en Francia con casos similares en el campo de ciberjusticia.

Al tener la opinión de este experto triple A en el tema, envié una nueva versión el jueves 10 de octubre de 2002, sin respuesta de Carlos Acosta en ese día. Dos o tres tardes dejé descansar el asunto, ya que había sido mucho ajetreo y una avalancha de situaciones nuevas para mí, que ciertamente me habían dejado exhausto. Mientras, la situación en el interior del departamento de introductores se comenzaba a tornar difícil. Al ver que mi nombre ya había llegado a las juntas y me comenzaba a mover casi como reportero; nacieron los celos normales. Compañeros que anteriormente me deseaban lo mejor en mi

reportaje, al ver la posibilidad real de que me publicaran en el diario, se volvieron hurraños, y comenzaron a circular comentarios acerca de que estaba descuidando mi trabajo por hacer mis reportajes, lo cual no estaba del todo alejado de la realidad.

Recuerdo que para ese entonces mis días de descanso eran los domingos y lunes. El sábado 12 de octubre llegué a trabajar a las cuatro de la tarde, como de costumbre. Prendí la televisión de la oficina, que se hallaba enfrente de mi lugar y le puse al partido del Toluca, que en esa temporada jugaba en La Bombonera los sábados a las 3:00 de la tarde. Estaba en el trámite de prender mi computadora para esperar las notas del día cuando me percaté que directo a mí venía Carlos Acosta. Disimulé un poco y segundos después, él me tocó el hombro para llamarme a la sala de fumadores, allí me dijo: “Muchacho, disfrútalo, tu trabajo va en portada mañana”.

Toda esa tarde me secuestró un ansia extrema. Mientras tecleaba y corregía las notas, me sentía como niño de diez años el día previo al 6 de enero. Quería que toda esa tarde pasara en un instante para bajar las escaleras y ver mis juguetes. Pero el día transcurrió muy lentamente. Pronto “radio pasillo” se encargaría de correr la noticia en todo el piso. Algunos compañeros me veían y me sonreían, en otros era más notoria su rabia.

Cuando llegué a casa de mis padres no dije nada. Traía la emoción en las venas y así traté de pegar pestaña, pero no lo logré sino hasta las 4 de la mañana. Al día siguiente me levanté nervioso, como si tuviera una resaca de semanas. Me puse unos *pants* y me dirigí al lugar más importante de la tierra en esos momentos, por lo menos para mí: el puesto de periódicos. Al llegar, el mismo chico que apenas dos años atrás me apartaba el Aviso Oportuno para buscar trabajo, me saludó y me vendió el diario. En plena calle abrí el periódico con el frenesí de un bachiller. Y ahí estaba, en la página veintitrés, desplegado a plana completa y con un llamado en portada. Ahí comenzaron días de gloria.

Ese domingo no tenía que ir a trabajar y pasé todo el día en casa. Mi familia, al enterarse de mi gran logro se alegró mucho. Por fin estaba sucediendo, los frutos de mi esfuerzo periodístico estaban brotando. Mi madre me preparó mi plato preferido, *hotdogs* con tocino, y convivimos con mi padre y mis demás hermanos como hace mucho que no lo hacíamos.

El día siguiente, lunes, recibí un par de llamadas. La primera de Carlos Acosta para felicitarme por mi nota, que estaba siendo ampliamente comentada en radio y televisión. Y la segunda, de un comandante de la Policía Federal Preventiva adscrito a la Policía Cibernética, quien reservó su nombre. Deseaba verme para platicar acerca de las fuentes de información que había usado para mi reportaje, ya que ellos se encontraban en el curso de una investigación similar. “¿Cómo consiguió mi teléfono celular?”, me preguntaba, al tiempo que comenzaba a conocer el verdadero impacto que tiene el trabajo periodístico en la sociedad y las instituciones, era mucho mayor de lo que creía.

El martes 15 de octubre por la mañana tuve que ir a la escuela a dejar algunos trabajos y a asistir a clases. Y aunque tenía el periódico bajo el brazo, me resistí a mostrarlo a mis amigos, quienes ya me sentían un poco lejano debido al trabajo.

Por la tarde entré a la redacción como torero en paseíllo. Sabía que mi trabajo había sido bien recibido y el logro no había sido menor; con todo y mi juventud el sueño se estaba cumpliendo. Mi extensión sonó apenas llegué al periódico, era Carlos Acosta, quien me llamó a su oficina de nuevo. “Vele pensando en el siguiente, porque éste gustó mucho, busca un seguimiento y no lo sueltes”. Además me dijo que le platicara un poco más de cuál era mi actividad principal en el Departamento de Introdutores, porque si seguía presentando buenos trabajos, podría ganarme un ascenso a reportero. Esa idea sería mi próximo objetivo.

Romance con el reporte

Como les conté en párrafos atrás, un comandante de la PFP quería verme para tratar asuntos relacionados con la publicación de mi primer trabajo. El jueves de esa misma semana acudí a una cita en las oficinas de la corporación, ubicadas al sur de la ciudad. Allí, al dar mi nombre y mi cargo “Sergio Lagarde, de *El Universal*” (se oía muy bien, por cierto), un par de agentes me condujeron a una zona de alta seguridad ubicada entre los pisos diez y doce. Allí me introdujeron en una lujosa oficina y me presentaron al ex-militar, general diplomado de Estado Mayor, Nicolás Suárez Valenzuela, nada menos que el

Coordinador General de Inteligencia de la PFP. Cuando lo saludé supe que había llegado al reporte de grandes ligas muy pronto.

Hablamos del combate a este tipo de delitos cibernéticos, y además de darle seguimiento al tema de las drogas en Internet, le cuestioné sobre el tema de la pederastia, acerca de lo cual me habló de una red a la cual se estaba siguiendo la pista. Se trataba de una banda establecida en puntos como Cancún y Puerto Vallarta y liderada por el mexicano Alfonso Arciniega, quien meses más tarde sería detenido. Esta organización operaba en la red a través de chicomex.com, y ofrecía catálogos en línea de niños y niñas mexicanos para que extranjeros escogieran desde su lugar de origen a los menores que querían corromper durante su estancia “vacacional” en México.

Saliendo de la oficina del policía, estaba seguro que el nuevo tema ya estaba listo, y sólo había que afinar y corroborar algunos de los detalles que Suárez Valenzuela me había dado en la entrevista.

Al llegar a la oficina, mi jefe Javier Campos me dio trabajo, y mucho. Estaba extraño, así que le pedí que me acompañara a fumar. Me comentó que el celo profesional de algunos de mis compañeros había llegado a molestarlo, así que para evitar problemas internos, me tendría que cargar de trabajo por un tiempo razonable, para demostrar que aunque tuviera una actividad extra dentro del periódico, me trataría como cualquier redactor, sin privilegios. Lo acepté y agradecí su sinceridad.

Debido a mi excesiva carga de trabajo estuve un par de días sin poder tocar mi siguiente reportaje. Cuando lo pude hacer fue en mi día de descanso, el domingo siguiente, día en que me la pasé metido en la redacción buena parte del día. Como parte de esta nueva investigación, comencé por averiguar en Internet la existencia de la página que Suárez Valenzuela me había dado como exclusiva, y ahí estaba operando aún. Gracias a mis conocimientos de Internet, pronto obtuve su dirección IP y con ello le pedí a un amigo ingeniero en sistemas, que me averiguara dónde estaba radicada la página. Ese mismo día me inscribí como participante en un *chat* que encontré en la página citada

Cuando entré al *chat*, no fue difícil atraer algún “cliente”. Mi perfil decía que era un chico mexicano de quince años, que estaba en busca de hombres maduros de entre treinta y cincuenta años. De inmediato, me escribieron tres o cuatro hombres, todos ellos de los Estados Unidos y en inglés. No recuerdo

qué les inventé, pero lo que sí es que estos señores sabían muy bien que no podían dar absolutamente ningún dato que los comprometiera en la red. Sólo querían fotos, que les mandara fotos, pero al no enviarlas los tipos mostraron desconfianza y salieron del sistema. Este solo hecho me daba la pauta para inferir que el fenómeno también existía en la red.

El día siguiente, lunes, visité a Carlos Acosta en su oficina para presentarle los avances del nuevo reportaje, necesitaba que me diera la pauta para saber por dónde darle a la información. Me dijo que se lo enviara por correo y dos días después me contestó que estaba muy bien la información acerca de la pederastia por Internet que había encontrado, pero él sugería que la guardara para otra ocasión, ya que era un poco peligroso “golpear dos veces seguidas”. Según él, yo requería de bajar un poco el perfil de la información, ya que aún no se manifestaban las posibles consecuencias —amenazas o intimidaciones—araíz del primer trabajo. En pocas palabras, me dijo que había que llevarla más tranquila.

Con tal indicación, centré mis baterías informativas en el trabajo que realizaba la Policía Cibernética de la PFP. Sólo tuve que regresar una vez más a las instalaciones de la corporación. En mi segunda visita conocí a policías poco comunes, gente estudiada (ingenieros) con conocimientos avanzados en sistemas y redes, quienes uniformados como policías de calle, patrullaban “a bordo” de sus potentes computadoras en busca de delincuentes cibernéticos.

Me enteré además, que los delitos que más persigue la policía cibernética de la PFP es el fraude mediante instrumentos bancarios, la piratería y en el tercer lugar, la pederastia, dato revelador.

Con estos datos partí para delimitar mi reportaje. Entonces comencé por tratar de visualizarlo bien, incluso ya puesto en plana. Mi experiencia anterior con el reportaje de “Drogas Online” cuyo método de investigación había sido deductivo, había servido para darme cuenta que no siempre podía proceder de esta manera, ya que si bien me había funcionado una vez, era mejor delimitar con mayor estrechez las posibles vertientes de mi información, partiendo de un hecho concreto y de antecedentes conocidos, y no desde y hacia lo desconocido, lección básica.

Esta experiencia también fue el punto de partida para formar mi propio método de investigación. Me hacía preguntas como: ¿qué relevancia tendría

para el lector saber acerca de lo que escribo? ¿cuál es el objetivo principal de escribir este reportaje? Estos cuestionamientos me llevaron a comenzar todos mis trabajos, de ahí en adelante, con la redacción del intro de la nota, es decir, del resumen. Primero redactaba esa parte y luego lo demás, tomando de guía mi cabeza y mi sumario.

Mi segundo trabajo, titulado “Ciberpolicía”, estuvo listo el 25 de octubre, cuatro días antes de su publicación, también a plana completa, pero esta vez sin llamado a portada. Allí se daba cuenta de una información exclusiva. Se trataba de una iniciativa de ley de la PFP y la Cámara de Diputados para obligar a las empresas que dan el servicio de Internet, a reportar la información que les pueda ser requerida por las autoridades judiciales en investigaciones sobre prostitución, pornografía infantil, terrorismo, fraudes y otros delitos.

Esta información, que no había sido revelada por ningún otro medio fue muy comentada en las secciones de negocios de programas de radio y TV, citando como fuente “una nota del reportero Sergio Lagarde, de *El Universal*”. Y es que a partir de mi reportaje, las principales prestadoras del servicio de Internet en ese momento, que eran Prodigy, América Online y Avantel, pararon las antenas y comenzaron a meterse en el cabildeo de la nueva ley, ya que de aprobarse, se afectaría, según ellos, la confidencialidad de los datos que los clientes reciben o envían.

Pero dicha iniciativa no era nada, comparada con la que un año atrás se aprobó en el Congreso de los Estados Unidos. La llamada ley “USA PatriotAct”, promovida por el partido Republicano, daba facultades al FBI para monitorear cualquier comunicación electrónica en territorio estadounidense, con sólo la mínima sospecha de que pudiera tratarse de un caso de terrorismo, narcotráfico y otros delitos graves. El gran hermano vigilando a los ciudadanos.

Lecciones de cómo cobrar el trabajo

Pero mientras disfrutaba de la emoción de publicar mi segundo trabajo a página completa y saboreaba aún las mieles de la primera plana, detalles importantes se estaban escapando a mi campo de visión. Y es que un día de aquellos al llegar a casa, uno de mis hermanos me preguntó acerca de cuánto

iba a cobrar por los reportajes que estaba haciendo. Arrugué la ceja y entonces me puse a pensar.

Y me dije... “hoy, en un mundo en el cual se considera natural que todo es mercancía y tiene su mercado... ¿es el periodismo también una mercancía que se puede medir o pesar para ser vendida?” Luego me imaginé a una señora de mandil yendo al mercado a comprar $\frac{3}{4}$ de reportaje o $\frac{1}{2}$ de nota informativa. “¿Para llevar o para comer aquí?”. Ciertamente es muy diferente a cualquier mercancía de cambio, no obstante, es innegable el valor monetario que tiene la información, ya que como decía algún eslogan publicitario del periódico *El Economista* de España, “la información es poder”.

Recuerdo que me costó mucho trabajo entender que lo que yo escribía luego de ser terminado como una pieza informativa, poseía ya un valor económico determinado, pero ¿cómo saber cuánto valía mi información? Tampoco hay un manual para cobrar reportajes o notas informativas, lo cual agrava la situación.

Así, lo único que me quedaba era preguntar a las personas de mi confianza cuánto podía cobrar por determinada nota o reportaje. Acudí primero a Carlos Acosta, quien me dijo que era muy relativo y que aunque él me dijera un aproximado de cuánto vale mi información, era sólo la experiencia la que me iba a dar las herramientas para llegar a hacer una buena negociación.

Había otros compañeros ya experimentados, como Alejandro Lelo de Larrea, reportero de la sección Nacional de *El Universal*, quien me comentaba que a pesar que el trabajo hubiera sido muy bueno, dependía del tipo de empresa a la que lo pretendías vender, pues aunque se tratara de un Pulitzer, si lo quería negociar, por ejemplo, con el periódico *El Economista*, debía estar enterado que su tabulador no es tan alto como el de otras publicaciones.

Uno de los problemas que entonces ya me advertían algunas voces experimentadas en el reportero *freelance* o colaboraciones es que uno de los principales obstáculos es la frecuencia con la cual las empresas periodísticas pagan tarde. Después me enteraría que casi por regla, todo el mundo jinetea tu dinero, y que hay quienes dicen que te van a pagar una cantidad y luego no se acuerdan y te pagan otra (por supuesto, inferior a la primera), y que está la opción marciana, que consiste en ir a la empresa, y decir que quieres cobrar. Te dicen: “pásate mañana o pasado”, o lo que sea, y cuando vas por fin, sale

un señor con un sobre y te dice que te metas con él en un despachito, en plan misterioso. Entrás con él en el despachito, pensando que te va a dar dinero, y saca el dinero del sobre, lo cuenta delante de ti con cara seria, y te lo paga como si le estuviera dando su raya a un maestro albañil, con todo respeto para los “magos de la cuchara”.

Pero todas estas consideraciones las medité a posteriori, en ese momento tuve que conformarme con lo que quiso darme la empresa. El primer reportaje, el de las drogas por Internet, me fue pagado en dos mil quinientos pesos, más seiscientos pesos de sobrepago que se me bonificó de la compra de la droga, lo cual había sido hecho con dinero de mi bolsa. El segundo reportaje fue de dos mil pesos y así se mantuvo en lo subsecuente. Aunque ahora suene poco, en ese entonces me sonaba poco menos que una fortuna, ya que mi sueldo mensual no sobrepasaba los cuatro mil quinientos pesos.

La óptica del reportero

Con dos reportajes en mi currículum, mi modo de ver el oficio cambió por completo. La tarea de introductor paulatinamente se me hizo aburrida y plana. Incluso llegó un momento en el que me pensé “desperdiciado” en dicha área. Ahora veo que en ciertos aspectos me volví un poco arrogante. Reconozco que fueron momentos en los que me llegué a portar soberbio y petulante, de ahí que muchos de mis antiguos compañeros dejaran de hablarme.

En ese momento se comenzó a generar un clima extraño en torno a mí. Cada que recorría el pasillo que me llevaba a mi lugar en la redacción, los cuchicheos se oían como sonido ambiente, me sentía el blanco de críticas y ese era un peso muy grande para mis veintidós años, tomando en cuenta que el reportero más joven del equipo de primera sección tenía alrededor de veintisiete años.

Al calor de este clima de cambio y desconcierto, fui estrechando relación laboral con quien más adelante sería uno de mis principales mentores periodísticos: Miguel Ángel Ferrer, un “viejo lobo de mar” cuya sabiduría me deslumbró desde el primer momento que estreché su mano.

Una tarde de ese octubre de 2002, Ferrer, quien ese entonces era el editor de la sección de Opinión, fue hasta el lugar de los introductores y al no estar mi jefe, siendo sábado, me encargó una extensa colaboración del

columnista Juan María Alponente: “Hijo, chíngale, porque aunque sé que estás solo, esto urge para antes de las ocho de la noche, transcrito y corregido”. Y con esa consigna comencé a teclear y a corregir la columna de este brillante intelectual mexicano. El trabajo estuvo listo diez minutos antes de la hora que Ferrer me había pedido y entonces bajé al cuarto piso, a Opinión, para avisar que el trabajo estaba terminado. Al tocar la puerta, abrió Ferrer y me agradeció, al tiempo que me preguntó acerca de cuánto tiempo llevaba trabajando para el periódico, pero sólo quedó ahí. No hubo más preguntas.

Días más tarde Miguel Ángel Ferrer me saludó en uno de los pasillos de la empresa, para agradecerme por haberlo sacado del apuro el sábado anterior, para lo cual me invitó un refresco en la maquinita de la sala de fumadores. Ahí a petición suya, le conté un poco acerca de cómo había llegado a trabajar al periódico. Pero la plática no se centró en ello, por lo menos en primera instancia, ya que de inmediato me di cuenta de que Ferrer era un hombre de izquierda, con un vasto conocimiento de la historia de México, lo cual hizo que me sumergiera desinteresadamente en la plática. Desde ahí me identifiqué mucho con su persona y pensamiento.

Luego de treinta minutos de charla, me dijo que en el departamento necesitarían una persona para la edición y el cierre, y que me habían escogido a mí, ya que además de los trabajos reporteriles que había hecho semanas atrás, él y Abner Chávez, coeditor de la sección, creían que yo tenía la calidad suficiente en actividades de corrección y captura de textos. La propuesta me había dejado helado, y es que si bien ya estaba metido en una avalancha de satisfacciones profesionales, ésta vendría a poner la cereza en el pastel.

Las siguientes semanas fueron de disfrute absoluto, y es que además del ciertoprestigio que me habían dados mis dos primeros reportajes, sólo yo me saboreaba un eventual cambio de departamento; no quería que aún nadie supiera, hasta que fuera ya un hecho.

Mientras vivía ese proceso, fui estrechando relación con otra persona que sería muy importante en mi desarrollo como profesional, se trata de Jonathan Torres, un experimentado reportero que había conocido cuando comencé mis prácticas profesionales, pues usualmente pedía muchas búsquedas al Centro de Documentación. En ese momento, Torres era

reportero de asuntos especiales, y su escritorio se ubicaba muy cerca del departamento de introductores.

Por alguna razón que no recuerdo bien, un día me hallé platicando en el escritorio de Torres acerca de temas que tenía en mente para realizar, entre ellos uno que tenía que ver con el movimiento de los *hackers*, el cual se me ocurrió mientras realizaba mi primer reportaje, el de las drogas en Internet. Cuando reportaba dicho tema, me encontré con que las actividades de “hackeo” eran utilizadas tanto para violar el código secreto de una cuenta bancaria, como para desarrollar herramientas alternativas de desarrollo de *software*. Ante lo cual surgió el leitmotiv de mi tema, “¿Todos los *hackers* son malos?” Y entonces puse manos a la obra.

En medio de la plática, Torres me comentó acerca de una nueva revista que iba a salir al mercado, llamada *Seguridad Magacín*, que se especializaría en temas de inseguridad pública y estrategias de protección civil y comunitaria, y para la cual él estaba preparando un tema. La plática quedó allí, sólo se me quedó muy grabado el nombre de la revista.

Al día siguiente, saliendo de la estación del metro Hidalgo, donde me bajaba para ir al periódico todos los días, me encontré a Guillermo Bustamante, aquel buen tipo quien Marco Lara Klahr me había presentado. Lo saludé y me comentó que era una fortuna haberme hallado, ya que como había perdido mis teléfonos, no había podido invitarme a un proyecto que estaba coordinando. Recuerdo que le gustaron los artículos que escribí acerca de seguridad pública y narcotráfico en *El Universal*, por ello y no por amistad me invitaba.

Nos fuimos a tomar un café a La Habana, el tradicionalísimo café de periodistas que se ubica en la esquina de Bucarely y Morelos, a dos cuadras de *El Universal*. Ahí Memo, como comencé a decirle de cariño, me dijo que dentro de un par de meses saldría a la venta la revista *Seguridad Magacín*, la misma de la que un día antes me había hablado Jonathan Torres. Al preguntarle que cuál sería su función dentro del nuevo medio, Bustamante me dijo que sería el director editorial, ¡vaya tino! Esa tarde, quedé de enviarle algunas propuestas de temas, entre ellas la de los *hackers*.

Una semana después, Bustamante me llamó para comentarme que ya estaba conformado el equipo editorial y me invitó a una reunión con todo el equipo, la cual se llevó a cabo en la redacción, ubicada en la calle de Florencia,

en la Zona Rosa. Ahí concurren periodistas como Osvaldo Anaya (quien más adelante sería un buen amigo), Karen Trejo (mi-ex compañera de prácticas, que vivió un tiempo en Puebla) e Ivette Camacho, una chihuahuense quien también trabajaba en ese entonces en *El Universal*.

Llegamos todos puntuales a la cita, comenzamos a platicar, pero la junta no empezaba porque sólo faltaba quien sería el editor de la revista. Estaba a punto de preguntar quién sería el ungido, cuando por la puerta de la salita entró la figura desaliñada de Marco Lara Klahr, quien se sentó en la cabecera y comenzó a “predicar”, digo, a presidir la junta.

Sentí escalofrío, pues sabía que le había quedado mal a Lara y que ya no era de su gracia. Me vio con indiferencia, pero me saludó con agrado, me imagino que porque yo me había convertido en buen amigo de Bustamante, quien era el virtual jefe de Lara.

En la reunión se presentó el proyecto ejecutivo de lo que sería *Seguridad Magacín* y se comenzaron a perfilar las órdenes de trabajo, aunque cuando terminó la reunión muchas cosas seguían en suspenso.

Unos días después me llegó a mi *mail* una orden de trabajo del correo de Marco Lara Klahr, donde se me pedía investigar acerca de la seguridad canina, un tema ciertamente “¡muy perrón!” Tenía dos semanas para entregar un reportaje “digno”, como él usualmente le decía a las cosas bien hechas.

Aunque comencé de inmediato a trabajar el tema de seguridad canina, unos días más tarde el mismo Marco Lara me dijo que lo parara, ya que los inversionistas del proyecto habían determinado que los últimos meses del año eran una mala época para hacer el lanzamiento y que esperarían el 2003 para concretarlo. Otra vez, la espera.

Adiós a los Introdutores

Mientras, en ese noviembre de 2002, en *El Universal* mi situación parecía estar pasando por un mar de calma, el año ya casi se nos iba y cuando todo indicaba que cerraría con esa misma tranquilidad, una tarde de los primeros días de noviembre, Miguel Ángel Ferrer me marcó a mi extensión para decirme que me despidiera de mis compañeros del departamento de introductores, pues debía

presentarme al día siguiente a laborar en mi nuevo cargo: Asistente Editorial de la sección Opinión. Mi esperado ascenso.

Y lo hice. Esa tarde me despedí de todos mi compañeros del departamento, principalmente de Javier Campos, de quien aprendí no precisamente buen periodismo, sino rectitud en la vida. Al día siguiente por la tarde me estaba presentando con Guillermo Favela, Subdirector de Opinión del periódico, quien sería mi *bigboss* y con Miguel Ferrer, que sería mi jefe directo.

No tardó nada para que Ferrer me pusiera a trabajar en el nuevo puesto. El trabajo se me hizo sencillo de primera impresión, pues a la distancia sólo se trataba de recibir las colaboraciones de los columnistas, revisarlas de ortografía y ponerlas en plana mediante el programa de administración de bases de información llamado Good News, y listo. Pero poco a poco me fui dando cuenta que se trataba de algo un poco más complicado que ver pasar la información y acomodarla en un lugar “bonito”.

Mi horario no cambiaría, pero sí mis tareas, y mucho. El primer paso fue reconocer la sección. Eran en ese entonces de tres a cuatro páginas, en las que entraba un promedio de tres artículos por página, o dos si se trataba de textos grandes. Había sorpresas cuando uno de los colaboradores “se emocionaba” y escribía una o dos cuartillas más; mi trabajo era ése: editarlos.

En la primera semana Ferrer me dejó de tarea que leyera diario absolutamente toda la sección, para ir conociendo el estilo de cada columnista o articulista, porque “nuestra chamba es detectar errores, por eso nos pagan, por no apendejarnos”, era una de sus letanías más frecuentes. Y en efecto, mi trabajo era encontrar errores de forma y de fondo.

Había un rol de colaboraciones que indicaba qué pluma tocaba cada día, por ejemplo, recuerdo que los lunes entraba Jorge Chabat, Ifigenia Martínez y Ramón Cota Meza, quienes enviaban su colaboración en el transcurso del día a editor@eluniversal.com.mx, correo que me tocaba revisar para copiar el artículo y pegarlo en un documento nuevo dentro del sistema que se utilizaba.

Con base en mi lista, comenzaba a hacer carpetas donde estuvieran los artículos de la primera, segunda y tercera páginas. Y de acuerdo con los tiempos de cierre, enviaba correos electrónicos a los colaboradores para que no olvidaran enviarlo, un poco para presionarlos. En la mesa de redacción,

como ustedes lo saben, el tiempo es el peor enemigo de la calidad periodística y el mejor amigo de los errores.

Cuando reportaba que los artículos de una página ya habían llegado, me encargaba de pedirle al diagramador que me hiciera favor de subir al sistema una plantilla máster para comenzar a trabajar los artículos ya en plana. Con “trabajar” me refiero a medir si venían chicos o largos para el espacio que el diagramador me había designado en la plantilla, darles la primera corregida de ortografía y hacer una primera propuesta de sumario, es decir, el pequeño texto introductorio, que va abajito de la cabeza.

Todo eso me llevaba de las 4:00 a las 8:30 de la noche, hora en la que llegaba Ferrer a la oficina y ponía las manos de viejo experto sobre la computadora para afinar los detalles de la edición y aclarar palabras u oraciones. Era un tipo realmente culto, una verdadera enciclopedia andante.

Rápido me acoplé al ritmo de trabajo en mi nuevo puesto oficial de Asistente Editorial de la Sección de Opinión, un título un tanto peyorativo para Ferrer, quien nos decía: “Ustedes no son asistentes, asistentes son los que van por las tortas, ustedes son editores y por eso deben de cultivarse, leer el periódico, estar enterados... vivos chamacos; es su chamba”.

Ésta fue una etapa muy formativa en mi vida (como si hubiera alguna que no lo fuera): cada que recibíamos una colaboración por correo electrónico, debíamos comunicarnos por teléfono al autor para agradecerle personalmente (decía Ferrer, “somos personas educadas... es cortesía, no somos animales”) el honor de escribir en nuestras páginas. Entonces tomaba el directorio telefónico de la sección y ahí me tenían hablándole a un tal Leo Zuckermann, o a Jean Meyer, en ese entonces unos perfectos desconocidos para mí.

Sigo con la idea de lo formativo. Poco a poco comencé a leer a estos grandes intelectuales mexicanos y me nació una inquietud por ahondar un poco más acerca de las ideas que vertían en las páginas de Opinión. Poco a poco pasé de devorar notitas de información general, a detenerme minuciosamente para analizar y tratar de documentarme más y más para opinar sobre un tema. A la distancia lo veo y creo que este fue el punto decisivo de mi formación como periodista de análisis y no haber seguido por el camino del “dijo, agregó, señaló, fustigó, concluyó”.

Unos días después de mi incorporación a la sección de Opinión, Ferrer solicitó a la gerencia de Relaciones Industriales que mandaran un practicante para que me apoyara en las tareas de revisión y edición de artículos. A los dos o tres días se presentó Jesús Vázquez, un fotógrafo-reportero-poeta, que venía llegando de Cancún, donde trabajó por espacio de dos años en el *Diario de Yucatán*, sólo que al llegar al DF nadie le dio trabajo directo, por eso tuvo que recurrir a las prácticas para acercarse a un medio de comunicación.

Cuando me presentaron a Chucho supe de inmediato que me llevaría bien con él, pues tenía casi mi edad, tal vez un poco más, pero no más de dos años. Hablábamos el mismo lenguaje, de la misma generación y ambos ya con experiencia reporteril. Además el tipo tenía una manera de ser que los chilangos le llamamos “banda”; el tipo era entonces “banda”, de esos que se toman las cosas con calma, arreglan los problemas en corto y nunca “rajan”.

Chucho y yo aprendimos casi al mismo tiempo a usar los programas de edición del periódico y demás funcionamiento que ya les contaba: “el teje y maneje”, para usar un lugar común que me gusta.

Ferrer se sintió de inmediato identificado con nuestra forma de ser y se comenzó a formar un buen equipo. Algo que recuerdo muy, pero muy bien, son los momentos cuando surgían dudas acerca de ciertas palabras o enunciados a la hora de corregir. Ferrer y nosotros comenzábamos a discutir, por ejemplo si “gazapo” podía utilizarse como sinónimo de “error”; o si “óbice” era lo mismo que “obstáculo” (ambas palabras eran desconocidas para mí). Pronto hicimos del lugar físico de la sección Opinión una zona donde incluso redactores o reporteros de otras secciones se acercaban a preguntar acerca de alguna duda. Yo les decía mi opinión, pero les advertía que “el máster era el máster”, es decir, Ferrer.

Casi toda mi estancia en *El Universal* fue de satisfacciones, pero este momento era especial (vélgase el lugar común). Se trataba de llegar, leer cosas interesantes, nuevas; hablar con la primera línea de intelectuales mexicanos, editar y comentar dudas y curiosidades de la lengua española, la cual, por cierto, había olvidado en mi loco camino reporteril.

Antes de terminar el año, Ferrer me comentó que no dejara mis colaboraciones, pues el trabajo de editor no bastaba para ser un periodista completo, era necesario, según él, continuar generando y escribiendo temas

para el periódico. Adicionalmente me comentó que tenía la libertad de tomar algunas horas de trabajo para escribir, siempre y cuando le avisara. Me tenía buena fe.

Con esa recomendación, me senté a revisar cuáles eran los temas que tenía en mente, pero no había sacado. Fue entonces cuando recordé uno que había visto perdido como una nota cualquiera en la sección de Estados de *El Universal*; se trataba de la historia del municipio de San Francisco Magú, una pequeña localidad ubicada en la parte norte del Estado de México, cuya leyenda decía que nunca había pagado impuestos pues un laudo virreinal les eximía de dicha obligación.

El argumento de la historia de inmediato me llamó la atención, esta vez no como elemento noticioso, sino como leyenda. No esperaba abordar el tema de una manera inquisidora, es decir, no iba a Magú a descubrir lo injusta que era la evasión fiscal; en esta ocasión me interesaba el lado romántico de la leyenda misma. Como lo comentaba un par de párrafos arriba, mi concepción del periodismo había cambiado. La convivencia periodística y los consejos de Ferrer me estaban ayudando a ser menos pragmático y más analítico.

Durante los primeros días de noviembre comencé la investigación. Lo primero que hice fue hacerme de unas buenas pistas en Internet, para después abrirme a otras fuentes de información. Una persona importante en el proceso de este trabajo fue Juan Manuel Barrera, corresponsal de *El Universal* en la zona norponiente del estado de México. A Juan Manuel lo había conocido cuando estuve como redactor practicante en la sección de Estados. Me acerqué a él pues sabía que era su zona geográfica y amablemente me dio una pequeña introducción al tema, comenzando por decirme que alguna vez había intentado hacer un reportaje del caso, pero los vecinos del municipio y el municipio mismo se habían portado muy herméticos e incluso agresivos.

Con este *brief* informativo, un lunes, día en que descansaba en Opinión, me decidí a hacer la primera visita a San Francisco Magú. En ese entonces vivía aún en casa de mis padres, en Iztapalapa, y el trayecto hasta Magú duró tres horas y media. Primero había que llegar a Tereo y de allí aún debía tomar tres camiones más.

Pasábamos pueblos y pueblos, en el camión urbano en el que me monté, pero siempre supe el momento en que me tenía que bajar; presentí

haber llegado a Magú, y no me equivoqué. Al descender del camión me encontré con un pueblito muy peculiar, sin gente en las calles y alejado totalmente de la urbe. Había silencio y pocos carros.

Me quedé sentado en una banca del centro, esperando a que la información me dijera por dónde comenzar. Pronto me hallé hablando con unos niños que jugaban fútbol, quienes me tomaron confianza paulatinamente y comenzaron a contarme un poco acerca de lo que quería saber.

Después de hablar con los niños ya sabía, por lo menos, que la leyenda era más que conocida entre los mismos pobladores. Luego seguí caminando y me encontré con una casa de gobierno, que era la representación del gobierno del municipio de Nicolás Romero, municipio al cual pertenece Magú. Intenté buscar a alguna autoridad ahí, pero me dijeron que los regidores se reunían “allá en Nicolás” (refiriéndose al palacio municipal de Nicolás Romero), más o menos como a una hora de distancia de Magú.

Decidí no perder más el tiempo en tratar de buscar la versión de las autoridades en ese momento y me concentré en la belleza que entrañaba la historia. Pronto me topé con el cronista del pueblo, Xavier Esparza, quien me contó que en el año de 1735, el virrey Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta huía luego de tener serios problemas con la Corona Española, y en su camino hacia el norte de México, se refugió durante unos días en San Francisco Magú, lugar donde los pobladores le dieron todas las atenciones y lo guarecieron hasta que el ejército colonial cesó su búsqueda. En premio de ello, y restablecido ya su poder, De Vizarrón emitió un laudo virreinal que dispensaba a los habitantes de Magú del pago de impuestos por los próximos cien años.

Eso era lo que quería escuchar. El cronista, con esa primera entrevista, me había dado mucho más de lo que esperaba. Tenía una base más sólida para proseguir en mi búsqueda de información alrededor de la leyenda. Como les repito, mi objetivo no era en ese momento hallar si era verdad o mentira, pues creí, y creo firmemente, que los mitos y leyendas también son parte del trabajo periodístico diario; claro, abordados responsablemente.

Con esa base me dirigí a buscar testimonios de habitantes, quienes resultaron ser un poco reacios a platicar con un servidor al ver la grabadora de reportero que les ponía enfrente, como si fueran políticos o funcionarios. Fue en ese momento cuando decidí comenzar a reportar como los clásicos, con

libreta en mano y de memoria. Algo muy nuevo para mí, pero que me abrió las puertas de un tipo de periodismo sin pretensiones y me remitió a los orígenes del periodismo: comunicar de boca en boca.

Fue muy simbólico tomar mi grabadora reportera y guardarla en la mochilita que traía; como si me dispusiera a volar con instrumentos, o a hacer un examen de cálculo sólo con un lápiz en la mano y sin calculadora. Ese día me encontré a grandes mexicanos, como don Rosalino, un adulto mayor nativo de Magú, que me contó que nunca pagó un peso de impuesto por su parcela de maíz; o como doña Eva Pérez, quien atendía una reparadora de calzado en un “localito” del centro del pueblo y no pagaba ni predial, ni hacía declaración fiscal; todo porque así se lo habían enseñado sus abuelos.

Regresé dos veces más a Magú, una de ellas para platicar con el recaudador del municipio, quien me recibió en su oficina para darme datos muy interesantes. Y es que a pesar de que todo mundo sabe que la existencia del laudo virreinal es uno de los mitos más grandes alrededor del cual se ha ido edificando Magú, los habitantes se lo habían tomado muy en serio en los últimos años, ya que, según el recaudador, defendían terminantemente su “derecho” de no pagar impuestos. Es así como, para evitar problemas, el municipio había optado por hacer una recaudación voluntaria en Magú, de la cual se desprendía una cifra que le vino muy bien a mi trabajo: “De ocho mil habitantes, sólo alrededor de cien pagaban sus obligaciones fiscales”.

Un par de semanas después de iniciada la investigación se la entregué a Carlos Acosta, quien por decirlo de alguna manera “ya me extrañaba”. Hacía dos meses que no publicaba nada de especiales, pero la historia de Magú, aunque no se la conté previamente, le gustó y se la quedó para ofrecerlo en la junta de editores.

Casi por esos mismos días volví a hacer contacto con Jonathan Torres. No recuerdo si me lo encontré en el café o en el pasillo, pero tuvimos una plática interesante acerca de nuevos temas para reportaje, y más con la confianza que ambos ya nos teníamos, pues nos habíamos encontrado en las reuniones previas al lanzamiento de *Seguridad Magacín*, mismo que se retrasó unos meses.

Recuerdo que cometí un error de reportero novato: ser completamente transparente y contar los reportajes que estaba llevando a cabo, cuáles eran

mis fuentes y qué enfoque les estaba dando. No pienso que Torres me quisiera robar tema alguno, pero sí pienso que quería “sopear”, para saber realmente la calidad del trabajo que estaba realizando y si yo representaba competencia para él en un futuro cercano dentro de la plantilla de reporteros de asuntos especiales del periódico.

A cambio de la información que inocentemente le di, él, ya como todo un reportero consagrado y maduro, me invitó a que escribiéramos un reportaje juntos. Se trataba de investigar en el archivo histórico de la Universidad Iberoamericana para obtener una serie de cartas desconocidas escritas al presidente-dictador Porfirio Díaz, las cuales se encontraban “perdidas” en ese archivo y Torres tenía información para sospechar que el hecho de conocerlas y publicarlas podría ser noticia.

De primera impresión no me pareció que un montón de cartas pudieran significarse en un notición de primera plana, no obstante, era una etapa en mi vida en la que estaba aprendiendo a no dejar escapar la información y las historias, más allá de que estuvieran condenadas a páginas interiores, debido a la naturaleza del medio de comunicación en el que trabajábamos. Digamos que cuando comencé a escribir para que me publicaran en *El Universal*, mis primeras notas eran diseñadas prácticamente para ser non plus ultra dentro de la jerarquización de la información, en otras palabras, escribía sólo para ser primera plana, “lo demás no servía”.

Un par de días después, en las primeras semanas de noviembre de 2002, quedé de acuerdo con Torres para ir temprano a hurgar en el archivo de la Ibero y encontrar las epístolas de “Don Perfidio”. Las fuimos encontrando de una en una, con datos interesantes que podían no ser rimbombantes, pero en lo personal me decían mucho acerca del modo de vida de la sociedad de aquel tiempo y su relación con la clase gobernante.

Era la primera vez que trabajaba una nota junto con otro reportero, y fue una experiencia diferente y enriquecedora. Al abrir sacos de correspondencia, encontramos cartas desde 1897 hasta los años revolucionarios. Una sensación rara, diría, aunque suene a lugar común, que era un encuentro con el pasado. Me sentía como bandido de película luego de haber robado el tren del correo y tratando de buscar los sobres con dinero.

Una carta me llamó poderosamente la atención. Se trataba de la letra de Evaristo Madero, abuelo del demócrata mexicano Francisco I. Madero, en la cual se deslindaba claramente de las revueltas políticas que organizaba su nieto: "... aprovechamos, muy distinguido don Porfirio Díaz, para comunicarle que tanto yo, Evaristo Madero, como mis hijos, somos totalmente ajenos al movimiento antipatriótico que encabeza mi nieto, Francisco..." y con mucha elegancia la carta era firmada con un cortes: "Su muy adicto amigo..."

El epistolar texto estuvo listo el 19 de noviembre de 2002, mismo día en que se fue a edición por orden de la junta de editores para salir publicado al día siguiente. Es decir, gustó. A la mañana siguiente tenía mi tercera participación como reportero dentro del periódico. La nota se tituló "Cartas a un dictador" y esta ocasión no se llevó una plana completa, fueron tres cuartos, con una fotografía del casco militar que usó Díaz flanqueado por algunas cartas, imagen que yo mismo tomé con una cámara réflex que había comprado para la materia de comunicación gráfica.

El 20 de noviembre en la tarde, al llegar a la redacción para mis labores cotidianas de en la sección de Opinión, me saludó en el pasillo el editor de Ciudad, que en ese entonces era Jorge Andrés Gómez Pineda, quien me preguntó si el texto de Magú era la última versión o si le iba a hacer cambios. Le contesté que no sabía, pues ese texto tenía que ser revisado por Carlos Acosta. En ese momento Acosta se acercó hacia donde estábamos platicando y me dijo que había olvidado decirme que mi texto había sido aprobado por la junta de editores para ser publicado en la sección de Ciudad, lo cual me dio mucho gusto pues ese día ya traía una nota publicada. Eran dos al hilo, lo cual no estaba mal para ser redactor y no reportero.

Hice unos ligeros cambios a la nota de San Francisco Magú, principalmente de redacción, pues era la primera crónica periodística que publicaba en mi vida y me costó mucho hallar un tono que no se oyera bobo o demasiado pretencioso.

Al día siguiente, el 21 de noviembre, el reportaje salió publicado en la página cuatro de la sección de Ciudad con el título "Magú: donde la vida no cuesta nada". El trabajo recibió buenas críticas, pero eso no era lo mejor, el regocijo mayor era que volvía a estar presente en las páginas del diario más

importante de este país, con trabajos especiales, apenas a la edad de veintidós años.

Así terminó el 2002, un año lleno de trabajo y buenas noticias para mi carrera. Pero como dijo alguien, alguna vez: “lo importante no es llegar, sino mantenerse”. En 2003 vendrían retos aún más difíciles, especialmente situaciones que nada tenían que ver con el ejercicio estricto de la profesión. Me refiero a las situaciones políticas y las llamadas “grillas” internas de los medios de comunicación.

Periodismo de ciudad: reportear al monstruo

Era enero de 2003 y me enfilaba por mi segundo año con contrato trabajando en *El Universal*, con tres reportajes publicados y con una aparición en primera plana, una situación que no me pude haber imaginado ni en mis más desatadas fantasías.

En esos días en que me sacudían los estragos de las fiestas de diciembre recibí una llamada de Marco Lara Klahr, para comentarme que ya se había aprobado el proyecto de la revista *Seguridad Magacín* y que ahora sí iba en serio, el único problema es que debía entregar el texto acerca de seguridad canina a más tardar en una semana. No sé si Lara me avisó de última hora a propósito, pero el asunto es que tenía el tiempo encima.

Con la prisa me moví a buscar fuentes de información. Los caminos del reporte me llevaron a una escuela de adiestramiento canino que mantenía uno de los primos políticos de mi cuñada Nadia, esposa de mi hermano Humberto, el mayor. Ahí recabé información acerca de la manera en que las agencias de seguridad públicas y privadas enseñan a los caninos a defender personas, bienes y hasta a encontrar droga.

Recuerdo que la instrucción de Lara era hacer un tema informativo, profundo, pero sin dejar del lado el aspecto servicial del texto, pues había que escribir sin olvidar el servicio social que el periodista le debe a su lector. Me refiero a que el texto debía ser didáctico e ilustrativo, con “ABC”, por ejemplo de “para hacer más seguro nuestro hogar”, o “decálogo de prevención de incendios”. Así debía de ser el tono.

Con esto en mente, cada entrevista que hice para este tema fue dirigida a sacar ideas contundentes y concretas: si mi fuente decía que “el propietario de un perro guardián gasta mucho dinero en su adiestramiento”, mi obligación era preguntarle “¿cuánto dinero?, ¿cuánto dura un entrenamiento?, ¿cada cuánto hay que llevar al perro?”. O cuestiones por el estilo que me ayudaran a completar el recuadro que en el momento de la entrevista me había figurado en mente. Eso me sirvió mucho en posteriores ocasiones para no sólo reportear, sino darle una ayudadita al editor en sugerencias de recuadros, tablas y hasta infografías. Y por fin entregué el texto.

A la par del texto para *Seguridad Magacín*, estuve pensando en temas para no perder el hilo de publicaciones en *El Universal*, pues muchas voces me decían que lo importante era no perder el espacio, para que poco a poco la gente del medio me empezara a “ubicar”.

En el diciembre que terminaba, en alguna fiesta de barrio por casa de mis padres, en Iztapalapa, había conocido a un chico de malas mañas que era “valedor” de un muy buen amigo mío llamado Armando. “El Gordo” tenía fama de “raterillo”, en palabras de uso frecuente entre las señoras de delantal y chancletas que aplanan las calles de la colonia donde viví veintisiete años.

Era el hombre de las tres “F”: “feo con f de foco fundido”. Nunca trabajó, pues era fácil “talonear” a dos o tres repartidores de tienditas, a quienes les brindaba “protección” para que otros como él no los asaltaran otra vez. Cobraba una especie de renta por tener el monopolio delincriminal entre los camioncitos de Coca Cola, Bimbo y Clarasol.

Con todo y su mala fama, cruzamos una buena plática acerca de fútbol un domingo mientras echábamos una cascarita. Como les digo, me lo presentó mi amigo Armando, a quien conocía desde el jardín de niños.

Entre esa plática que les comento, “El Gordo”, quien cada que me veía me saludaba “... ése mi López Dóriga”, me comentó que debería hacer un reportaje acerca de un lugar en Santa María Aztahuacán, conocido como “La Ford” (que años después sería expropiado), donde por una cuota semanal, te enseñaban a robar carros.

De inmediato me llamó la atención y, con ese olfato que sin darme cuenta había desarrollado, intuí que ahí estaba un reportaje digno de ser realizado, sólo que éste podría ser más peligroso que los anteriores. A los

pocos días me volví a encontrar con “El Gordo” y le dije que quería saber más de ese lugar y que si era posible me llevara para vivirlo de primera mano. No pasaron ni un par de días cuando me dijo “ya está, mañana en la tarde vamos, pero chitón de que yo te dije”, palabras más, palabras menos, me advirtió.

Hasta el día de hoy no sé exactamente por qué mi contacto se arriesgó tanto para delatar a quienes estaban montando esta “escuelita del crimen”. Sospecho que tenía alguna cuenta pendiente por ahí. Sin mucho trámite quedé formal para verlo cerca de la avenida Ermita Iztapalapa y Periférico La única indicación que había que cumplir era ir mal vestido, “pandroso”, pues.

Nos montamos en un pesero que nos llevó hasta una colonia llamada “El Hoyo”, que vaya que le hacía honor a su nombre. Dicho territorio sin ley, que es considerado una de las zonas más peligrosas del Distrito Federal, se halla enclavado a los pies del Cerro de las Minas, también conocido como el “Molcajete”, en los límites de la Delegación Iztapalapa. Ahí me presentó a otros tipos, que por la manera en que hablaron, no tenían gran amistad con “El Urco”, quien fungía como el “director” de este peculiar instituto del crimen.

Estuve cerca de dos o tres horas platicando con dos delincuentes “hechos y derechos”, hablando de conceptos criminales, en lenguaje de criminales. Ellos me dieron detalles cómo era que se enseñaba a los chicos que iban a aprender las malas artes en el multicitado lugar, e incluso me pusieron ejemplos en un auto desvalijado que tenían en su garaje, por supuesto, de dudosa procedencia.

Recuerdo muy bien que uno de ellos, cuyo nombre preferí no preguntar, me dijo a media entrevista: “El carro nuevo, por lo regular lo agarramos en el semáforo o afuera de la casa del cristiano, porque ya viene muy tecnológico, pero si es un chico, como ‘vocho’ o Tsuru, ese sí lo podemos agarrar parado”. Pero la parte más escalofriante fue escuchar unos a otros contarse anécdotas, con un lenguaje peculiar, acerca de cómo habían “reventado” (asesinado) a ésta o aquella víctima afuera del carro, “para entregarlo limpio”.

El miedo que llegué a sentir en esa ocasión fue tan puro como el alivio que me llegó cuando salí del lugar. Cuando me despedí de mis informantes, “El Gordo” y yo salimos caminando muy tranquilos por las calles oscuras de “El Hoyo”; medio mundo lo conocía en los bajos mundos, por lo que me sentía, en cierto modo “con fuero”.

Al llegar de nuevo a la colonia, mi informante me habló tal como se lo pedí, derecho. “No hay pedo, a estos cabrones de la Ford ya se los van a chispar, no vas a decir nada que no se sepa, pero para ti está chingón el reportaje”, lo que me tranquilizó un poco. En ese momento comencé a creer que “El Gordo” en verdad me quería ayudar a tener una buena historia, más allá de obtener un beneficio, además supe que quedó en muy malos términos con la banda de La Ford, quienes regenteaban la “escuelita del crimen”.

Eran días peligrosos. Esa noche cuando llegué a casa me sentí tan asesino como el que más, mis manos temblaban y no podía dormir, pensando en si debía completar el reportaje o si era demasiado arriesgado. No obstante, la emoción de reportero novato pudo más, y es que sabía que tenía una gran historia para contar.

El tema me quemaba las manos, pues era como dinero sin gastar. Quería dar un segundo gran campanazo y volver a primera plana. Con esa prisa, al día siguiente volví a ver al “El Gordo”, quien me dijo que ya no podía darme más información y que si quería más podía ir a ver a “El Conejo”, un amigo suyo que “estudiaba” con los de “La Ford”.

Con los datos que mi primer informante me dio, me fui a buscar a “El Conejo”, un hombre de treinta años que, con la recomendación de “El Gordo” accedió a contármelo todo, desde cómo se convirtió en ladrón, hasta cómo llegó a perfeccionarse en la “escuelita”.

“El Conejo” se convertía en mi salvación para conocer todos los pormenores de cómo vivía un alumno de la escuela del crimen, sin necesidad de arriesgarme tanto a meterme en “la boca del lobo”. Era una fuente confiable, pues lo estuve contrapunteando con datos que ya tenía y hasta donde mi olfato periodístico me llegó, sus testimonios fueron verídicos.

Con toda esta maleta de información “calientita”, para usar términos de la jerga, me decidí a buscar la postura de las autoridades para cerrar la pinza informativa y no presentar un reportaje sólo con mi versión de los hechos. Es así como di con el comandante Federico Piña Arce, hermano del ex-jefe delegacional René Arce Islas, a quien entrevisté en sus oficinas de la delegación esa misma semana.

El “jefe Sagitario”, como le denominaban en la frecuencia de la policía, quedó sorprendido de que estuviera tan documentado acerca del fenómeno y

no le quedó más que comentarme “en corto” que el fenómeno de la “escuelita de ladrones”, existía y que ya lo tenían denunciado por vecinos del lugar. Igualmente me aseguró que “La Ford” era ya un tema que preocupaba a la administración de la ciudad, aunque no me habló acerca de alguna posible expropiación, como finalmente ocurriría cuatro años después.

Arce me dijo que mi investigación reafirmaba la hipótesis que tenía el Secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal, Marcelo Ebrard, el modus operandi de varias bandas delictivas, que para asegurar su supervivencia, de alguna manera “capacitaban” nuevos cuadros delincuenciales.

Esa misma noche, la pasé en vela escribiendo el intrincado tema, con todos los elementos que había reunido y a la mañana siguiente me hallaba tocando la puerta de la oficina de Carlos Acosta, quien primero se extrañó de que no le hubiere comentado acerca de mi investigación, y después me pidió que lo dejara en su escritorio para revisarlo cuando tuviera tiempo.

La mañana siguiente tenía en mi celular una llamada de Acosta, pidiéndome que me reportara de inmediato en el periódico, pues mi investigación, de acuerdo con la junta de editores, iría en primera plana, aunque me pedía que le confirmara todo lo que ahí decía, pues era una historia difícil de creer. Le crucé los datos y él me dijo que aunque era arriesgado, debíamos publicarlo, sólo dudaba de la pertinencia de que apareciera mi nombre en el artículo. Luego de unas cuantas reflexiones decidimos que valía la pena.

Luego de escuchar precisamente lo que quería escuchar, me dirigí al periódico e hice unos cuantos cambios al texto. Finalmente, el jueves 16 de enero de 2003 salía publicado mi texto con llamado en portada: “Opera escuela de ladrones en Iztapalapa”, era la cabeza.

La noche previa a la publicación del reportaje, tampoco dormí pensando en lo que podría pasar con los hampones que delataría. No obstante que las situaciones eran reales, debo decir que todos los nombres que manejé en la historia estaban cambiados, pues así lo acordé con Acosta, para aminorar el riesgo de represalias.

En la mañana de ese jueves no tardé en recibir llamadas. La primera de ellas era de Federico Piña, para decirme que había sido muy arriesgado exponer a los delincuentes de esa manera y que si yo lo quería, me mandaría

vigilancia a casa de mis padres, pues conociendo a las bandas que operaban en esa zona de Iztapalapa, mi vida podía estar en riesgo.

Lo consulté con Carlos Acosta, a quien entonces ya veía como el súper jefe, la persona que había confiado en mí y me había guiado. Acosta me comentó que no era necesario, pero se dio la orden a los telefonistas de todo el periódico, mediante una circular, que no se dieran informaciones acerca de domicilios ni teléfonos de ninguno de los reporteros de Información General.

Me sentí resguardado por el diario para el que trabajaba. Al igual que en las ocasiones anteriores en las que publiqué, se levantó una ola de comentarios a favor y en contra, para los cuales estaba un poco más preparado. Uno de los días subsecuentes recibí una llamada de la producción de Radio 13, en la cual me pedían que acudiera como invitado al noticiario de Jorge Santacruz, para comentar la experiencia que tuve conociendo de cerca las conductas delictivas de las que daba cuenta en mi reportaje.

Acerca de la invitación le comenté a Acosta, quien me señaló que él no estaba posibilitado para darme autorización, y que sólo el director podía decir quién hablaba en nombre del periódico en ese entonces. Ese era un pequeño problema, ya que en ese preciso momento, *El Universal* carecía de director, pues el periodista Daniel Moreno había dejado de serlo apenas unos días antes, producto de conflictos internos que se suscitaron por la presunta venta del periódico al empresario regiomontano Ramón Alberto Garza, a quien luego de nueve meses, el dueño mayoritario del diario, Juan Francisco Ealy, arrebató el control del mismo, casi por la fuerza.

Fue así como quedó temporalmente al frente del diario el periodista Ignacio Rodríguez Reyna, quien pronto se allegó de sus más cercanos amigos en puestos clave. Aquí comenzarían algunos problemas con personas que no querían verme publicado en el periódico, entre otras cosas, porque “era muy joven”, así, textual, me lo dijo Rodríguez Reyna cuando acudí a su oficina para solicitarle permiso para ir al programa de radio. Me dijo que él cuando tenía mi edad, apenas estaba en la universidad y que yo tenía que esperarme un poco más para poder escribir, pues aún estaba inmaduro. En resumen, no me dio permiso para ir al radio, ése me lo di yo solo. Puede que “Don Nachito” tuviera mucha razón en cuanto que era un chico inmaduro entonces, pero para mí no era un argumento válido.

Tras haberme topado con un montón de realidad, desafiante, acudí al programa de radio que me habían invitado. Se trataba de una mesa redonda con relación a la propuesta de disminuir la edad penal, ante la disminución de la edad promedio de los delincuentes, como muchos de los chicos que acudían a “la escuelita del crimen” de la que daba cuenta en mi reportaje. Había chicos de hasta quince años que llegaba a aprender las “mañosas artes”.

Era la primera vez que me encontraba del otro lado del micrófono, pero actué con calma, los nervios no me traicionaron y el espacio de media hora fue ideal para explicar muchos de los detalles de la investigación que no fue posible escribir o detallar. Ahí comprendí que ningún medio es absoluto, que todos se complementan con ventajas y desventajas. El punto es cómo el comunicador, en medio de un mar de restricciones burocráticas y caprichos personales, puede navegar de la mejor manera.

Cuando salí de la estación de radio sabía perfectamente que acababa de hacer algo políticamente incorrecto. Ahora que lo repienso me doy cuenta que comenzaba a dejar, por momentos, el oficio y su rigor, para trabajar por el reconocimiento de la gente. No es lamento, sí autocrítica.

Mientras llegaba el vendaval, mi villa aún estaba en calma, e incluso en franco goce. Un par de días después del reportaje de “la escuela de rateros”, como le pusieron jocosamente algunos compañeros reporteros, Carlos Acosta me llamó a su oficina para pedirme que escribiera una crónica acerca de los arrancones que se realizaban en varias partes del Distrito Federal, que para ese entonces ya se estaban convirtiendo en un problema serio para la ciudad.

Ese par de semanas fueron de trabajo en extremo, pues además de tener que atender mi trabajo como asistente editorial en la sección de Opinión, tenía que reportear, y en serio.

Ese mismo sábado contacté a un par de amigos que sabía que les gustaba eso de tentar al peligro y en la noche quedé de verlos para asistir a unos “jalones”, como se le decía en el argot, que se organizarían por el rumbo de Tlalpan y División del Norte, al sur de la Ciudad de México.

Esa ocasión conocí a Víctor, cuyo negocio era la instalación de alarmas automotrices y películas antiasalto; el tipo era tan apasionado de los arrancones que no dudé en decidir que él sería parte de mi siguiente historia, y

es que tampoco había demasiado tiempo para elegir entre varias historias de vida, pues Acosta me había pedido el texto para el viernes siguiente.

Ese sábado y domingo fui a los arrancones con Víctor, quien me tomó confianza, pues a él le encantaba la idea de que su historia saliera en el periódico. Lo veía como publicidad, y en cierto modo a mí me convenía. Con la guía de Víctor conocí de primera mano cómo era el mundo de la velocidad al extremo, y si bien sabía que no era una conducta plausible, traté, al igual que en el reportaje anterior, de ser observador, pero sin prejuicios. No buscaba a los delincuentes irracionales que merecían cadena perpetua por correr a ciento sesenta kilómetros por hora en el periférico, buscaba una historia humana que me diera una pista de porqué lo hacían ¿Qué necesitaban? ¿De qué carecían? Lo veía desde un punto de vista, como lo dije arriba, menos amarillo de lo que algunos editores quisieran haberlo visto escrito, más adelante les cuento porqué.

El domingo en la tarde, día en que me tocaba trabajar en Opinión, le pedí al editor de fotografía del periódico que me hiciera el favor de mandarme a un fotógrafo para cubrir las incidencias de la carrera de arrancones de esa noche. A la primera, Manuel me comentó que no tenía por el momento a ningún fotógrafo disponible, pero que vería si podía hacer algo por mí.

Los periodistas éramos odiados por los chicos que participaban en los arrancones y con excepción de Víctor y su novia, nadie sabía que yo lo era, lo cual hacía sumamente difícil la tarea de tomar fotografías. Pero en vista de que nadie podría cubrir la orden, debía ingeniármelas para conseguir algo de material gráfico con qué ilustrar mi historia.

Como a las siete de la noche de ese domingo, el editor de fotografía me llamó a mi celular para comentarme que había un fotógrafo disponible, un tipo llamado Sergio Suárez, quien me acompañaría para la difícil misión. Aquí comenzaría el principio del fin de mis participaciones como reportero de *El Universal*. Les cuento.

Aliviado porque un profesional de la fotografía me iría a asistir al reportaje, salí de la redacción del periódico para ir, ahora por mi propia cuenta, sin Víctor a unos arrancones que se llevarían a cabo en la Avenida del IMAN. Al lugar llegó el fotógrafo del periódico, a quien le di los pormenores acerca de mi trabajo periodístico y las fotografías que necesitábamos tomar.

Antes siquiera de saludarme, Suárez me comentó que su novia, Lili Valadez, una reportera novata de *El Universal Gráfico*, periódico hermano, vendría con nosotros para reportear la nota. De inmediato me di cuenta de que algo andaba mal, pues lo que yo hacía en esos momentos era una investigación especial y nada tenía que hacer una reportera de nota diaria en mi reportaje.

Cometí el error de no decirle nada al fotógrafo, pero era claro que él y su novia me estaba “chacaleando”, como se dice en el argot, el reportaje. Con todo y eso, no me detuve en mi reporteo y dejé que el fotógrafo hiciera su “trabajo”, mientras yo compraba una grapa de coca, para saber quién y dónde se vendía la droga en los arrancones, otro mito que supe que no era mito, pues era cierto. También tomé una cerveza, o dos, en mi mano y me la pasé caminando por entre las máquinas rugientes por casi media hora, para ver qué pescaba de información.

Esa noche salió buena información, suficiente para cumplir con Acosta, aunque debo confesar que el tema no me apasionaba como los anteriores, pues éste no se me había ocurrido a mí, sino que era un encargo de Acosta.

Con la historia de Víctor en las manos y algunas vivencias más decidí escribir la nota, esta vez no sería un reportaje “fuenteado” con decenas de “declarantes”, sino una crónica, en la que la versión de la autoridad o de los vecinos quejosos no era necesaria. La escribí y el jueves 6 de febrero la estaba entregando a Acosta en su oficina. Esa vez mi jefe dijo algo así como “te vas a hacer rico, cabrón”, ya había mucha confianza entre alumno y maestro.

Al viernes siguiente me escribió un correo electrónico para decirme que lo había revisado, pero que no le había gustado demasiado y que “se veía que era un bomberazo”. Y no adiviné, pues fue él quien me lo pidió con apenas siete días de anticipación. Llegó el fin de semana y me fui a descansar merecidamente a casa, pero sólo un día, pues el domingo siguiente debía ir a trabajar un tema de la revista *Seguridad Magacín*, que tenía un poco atrasado, el de los perros, del que les platiqué párrafos atrás.

Me levanté temprano ese día 9 de febrero, domingo por cierto, y acudí a una cita que tenía para la toma de fotografías y entrevistas con los expertos entrenadores de canes, para el reportaje que Marco Lara me había encargado para entregar el lunes siguiente. Como no había fotógrafo para la cita, el

viernes anterior había conseguido que me acompañara para tomar las placas mi compañero de la sección de opinión Jesús Vázquez, con quien me la pasaba muy bien trabajando allí.

Llegamos al lugar de entrenamiento ubicado en la colonia Olivar del Conde, en el poniente de la Ciudad de México, y al bajar, lo primero que hice fue mirar un periódico que tenía uno de los entrenadores, *El Universal*, para buscar si había salido publicado mi reportaje de los arrancones. Y ahí estaba, en la sección de ciudad a plana completa. No me dio tanto gusto verlo por la manera en la que lo editaron, pues le quitaron toda la intención de “no juicio”, que la había dado al principio, y lo cabecearon con un lapidario: “Arrancones, peligro latente”.

Continué con mis entrevistas para el reportaje perruno, donde en lo personal no había mucha información. Me fue difícil pues era un tema muy obvio para el lector; en ese entonces no estaba acostumbrado a trabajar con temas que no fueran “dignos” de portada o de investigación. Digamos que ese fue un proceso anormal en mi carrera, ya que antes de pasar por la nota diaria o la información “cajonera”, como se dice en el argot, me brinqué hasta el campo de las investigaciones especiales.

Dos días después entregué la nota de seguridad canina, misma que no me gustó, pues creo que intelectualmente estaba cansado y también fue, digamos “un maquinazo”. A la par continuaba mi trabajo en la sección de Opinión, donde pronto todo cambiaría radicalmente.

III. El adiós a *El Universal*

Para esas fechas, como ya les comentaba, *El Universal* había sufrido cambios importantes, pues apenas acababa de salir el periodista Daniel Moreno de la dirección editorial y junto con él, todo su equipo de profesionales, como Dante Parma, Editor de Portada; Daniel Esqueda, famoso por haber rediseñado los periódicos más importantes de Latinoamérica, y el malencarado Jefe de Información, Gerardo Galarza.

Esta ruptura se debió a que el accionista mayoritario de la empresa, Juan Francisco Ealy Ortiz dio marcha atrás al inicial propósito de vender la empresa al empresario y periodista regiomontano Ramón Alberto Garza, quien durante su estancia en el diario como Director General, de aproximadamente nueve meses, puso a Moreno y a su equipo al frente del diario.

Cuando eran los tiempos de Ramón Alberto Garza como cabeza del proyecto a mí me fue muy bien, pues como buen empresario con visión, daba oportunidad a la gente joven de su equipo y había cabida para nuevas plumas como yo. Hay que recordar que en una organización de ese tamaño, hasta la letra más pequeña es aprobada por el director general, además de la junta de editores, es decir, nada se publica gratuitamente; los directivos del diario saben muy bien el negocio.

Podría decirse que de no haberse dado ese cambio temporal en la dirección del periódico, no se me hubieran abierto los espacios para dar salida al trabajo que hacía y es que Carlos Acosta, aunque no renunció al mismo tiempo que Daniel Moreno, era de la gente nueva que había llegado al diario.

A partir de ese mes de febrero de 2003, quedó al frente de periódico el periodista Ignacio Rodríguez Reyna, quien por años había sido relegado dentro del organigrama directivo y recibía ahora su oportunidad.

No sé a ciencia cierta por qué nunca fui de la preferencia de Rodríguez, pero lo sospecho. También como les contaba párrafos arriba, la ocasión en que acudí a la oficina de Rodríguez para solicitarle a él, como cabeza temporal del diario, permiso para acudir a una entrevista a Radio 13, donde comentarían mi tema de la “escuela de ladrones”; él me había comentado que aún era muy

joven para andar en el reporte y que debía de estar “de asistente”, como él lo hacía cuando tenía mi edad.

Detrás de esa negativa estaban varios factores que pronto investigué. Cuando Reyna trabajaba en *El Financiero*, se convirtió en líder de un cuadro de “nuevos” reporteros, entre los que se encontraban Alejandro Almazán y el *Chuck Norris del periodismo*, Óscar Camacho, quienes hacían un trabajo sobresaliente haciendo investigaciones especiales. Luego todo ese equipo emigró a *El Universal*, donde fue acotado por quienes me dieron la oportunidad, es decir, Carlos Acosta y Daniel Moreno. Se trataba entonces de una venganza que no me incluía como persona, pero sí como objeto de la represalia contra Carlos Acosta y el equipo de Moreno. No me dejarían escribir más porque “era gente de Acosta”.

En este punto comencé a saber porqué ser periodista era tan difícil en este país. No por el trabajo de investigación o por las amenazas de los políticos o narcotraficantes, sino por las guerras intestinas entre diferentes grupos de poder. Los golpes bajos, hoy lo sé, son la especialidad de mucha gente que hoy está arriba y que se autodenomina periodista.

Aquí abro un paréntesis para citar al “multillevado” Marco Lara, respecto del término “periodista”. Él siempre decía que nosotros los reporteros tenemos la tentación semiótica de llamarnos “periodistas”, lo cual se le hacía muy ambicioso, pues el “periodista” es aquel que realmente analiza la realidad que sucede a su alrededor y puede aportar algo más que un “dijo, agregó, señaló”, a un texto. “El periodista es aquél que puede hacer un texto de autor, propio y con propuesta original”, ¡y qué razón tenía!

Siguiendo con la ruta crítica que seguiría en mi última etapa como trabajador de *El Universal*, era claro y me lo dijo alguna vez Carlos Acosta, que Rodríguez Reyna se encargaría de que yo no volviera a publicar en el diario, pues era una afrenta para sus reporteros cuarentones que un chico de veintidós años estuviera poniendo temas en portada o en páginas principales con tal frecuencia como yo lo estaba haciendo.

De ahí en adelante traté de no desanimarme y generé más temas para reportajes. El último texto que escribiría para el periódico sería uno acerca de un chico mexicano que había sido reclutado para acudir al ejército norteamericano.

Una vez más me enteraría del tema platicando con amigos del barrio, quienes ya me conocían como “el periodista” o “el Lopezdóriga”. Creo que fue en las quesadillas cuando alguien me comentó que porqué no le sacaba una nota a George Hall, un vecino de la colonia también conocido como “El Gabacho”, por tener las nacionalidades mexicana y estadounidense, quien pronto se iría a la guerra a Irak.

Aunque sonaba descabellado literalmente “reportear en la colonia”, la historia era muy buena, pues tenía mucho de sentido humano, pero también era informativa. Fui a buscar a George Peña Hall, quien vivía a escasas dos cuadras de la casa de mis padres, en la colonia El Rodeo, en el sur de la delegación Iztapalapa.

Poco a poco me di cuenta que era una historia que tenía un muy buen potencial para ser contada y decidí comentársela a Acosta, quien me dijo que era muy buen tema y que podríamos proponer en la junta que hiciéramos la historia del último día de George en México y ponerlo en el contexto de un informe que dio recientemente la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en el sentido de que el 57% de los soldados del ejército estadounidense eran de origen hispano y el 34% con raíces mexicanas.

El asunto era pensar rápido, pues Peña tomaría su vuelo con destino a Minnesota el miércoles 18 de marzo, y ya era lunes. Ese mismo día Acosta me pidió que me coordinara con el departamento de fotografía, pues quería que siguiera a Peña Hall en su último día en México, con su gente, antes de ir a una guerra del otro lado del mundo.

Le comenté al Editor del departamento de Fotografía acerca de la nota que necesitábamos realizar, y me dijo que designaría al fotógrafo Jorge Ríos y me daría una camioneta para salir temprano y poder cumplir el objetivo de seguir a Peña desde que se levantaba hasta el siguiente día, en que abordaría su avión hacia Minneapolis, Minnesota.

Recuerdo que esa noche Miguel Ángel Ferrer no llegó a la redacción, pues estaba enfermo, así que entre Jesús Vázquez y yo tuvimos que sacar adelante la edición.

Como yo era el de más experiencia en la sección, en mí recaía la responsabilidad de ser el editor, ya que Abner, el coeditor oficial, estaba de descanso esa tarde. Con mucha presión sobre mí, le pedí a Jesús Vázquez

que hiciéramos un buen equipo para terminar bien el día. Aunque cerramos a las 12:30, lo más tarde que podíamos cerrar, la sección salió sin errores e incluso, bien editada.

Al día siguiente debí levantarme a las ocho de la mañana, pues en la orden de fotografía al fotógrafo lo citaron a las nueve y media en la redacción, para salir conmigo para cubrir la orden de trabajo del tema que estaba realizando, acerca del último día de un soldado mexicano-norteamericano en territorio nacional antes de ir a unirse a las filas del ejército de los Estados Unidos en la invasión del Irak.

Llegué puntual a la cita con el fotógrafo y partimos hacia Iztapalapa, donde George Peña nos esperaba en casa para desayunar. Quise cumplir las órdenes de Acosta y seguir a cada rincón a George, y es que lo acompañamos hasta a desayunar a un puesto de quesadillas, donde Ríos sacó unas muy buenas placas para el reportaje. Después estuvimos presentes cuando se despidió de su abuela, su madre y su novia; había buen material para una crónica de nivel.

Terminamos la asignación a eso de las cuatro y media de la tarde cuando George tomó su avión que lo llevaría hacia una guerra que él no comenzó, un destino incierto que personalmente me deprimía. Por la noche había que tener el texto redactado, ya que Acosta lo quería presentar en la junta de editores, pues el día iba un poco flojo de información, lo que le daba buenas posibilidades a mi texto de ir bien colocado.

Al día siguiente todo el trabajo de un día anterior se fue a la basura. La junta de editores, presidida por Ignacio Rodríguez Reyna, nos había dado sólo media plana, en la sección de El Mundo. Se veía venir. Cuando miré el periódico ese 19 de marzo, supe que no volvería a escribir en *El Universal*, mientras estuviera Rodríguez Reyna al frente. Lo tomé con calma y con cierta madurez que el mismo medio me había dado. A partir de ahí, Carlos Acosta estaría relegado en la toma de decisiones en la junta de editores y, por consecuencia, yo con menos posibilidad de seguir publicando.

No obstante ya había probado lo que era aparecer en la primera plana, sólo en seis meses desde que comencé a publicar, que no era cosa menor. Lo que hice a partir de esos meses fue refugiarme profesionalmente en mi trabajo como asistente editorial, el cual me daba una cierta comodidad económica y

mucho tiempo libre para ponerme al corriente en la escuela, algo muy difícil si consideramos que llevaba prácticamente un año sin asistir a clases.

Sin sobresaltos pasaron los meses de febrero, marzo y abril, mes este último en que pasaría algo que aceleraría mi salida del periódico, y es que antes de finalizar sucedió lo que no debió haber ocurrido para mí: a la dirección del periódico regresaba Roberto Rock, el director que estaba antes de que Daniel Moreno llegara.

Con Rock regresaron las restricciones hacia todo el personal, la vieja línea editorial de centro derecha y la mano dura contra quienes se equivocaran en su trabajo; y es que cuando Ramón Alberto Garza tomó el diario, había eliminado los castigos económicos para los trabajadores que se equivocaran en la edición. También se cerrarían las perspectivas para mí en cuanto a reportear se refiere, pues para Rock los reporteros de siempre podían hacer el trabajo, sin necesidad de mantener un departamento de asuntos especiales.

Con la llegada de Roberto Rock habría drásticos cambios en todo el periódico, entre ellos la intempestiva salida del subdirector de Opinión, mi *bigboss*, Guillermo Fabela, a quien despidieron para que en su lugar se instalara un desconocido llamado Joel Hernández Santiago.

El nuevo jefe sería un embajador de la política del terror y la mano dura en la sección. Pronto tuvo sus primeros roces con mi jefe directo, Miguel Ferrer, quien dos semanas más tarde prefirió renunciar, antes que soportar algunos tratos humillantes que Hernández Santiago llegó a mostrar. Al quedarme sin un mentor, debía desenvolverme profesionalmente sin errores, pues ya no habría nadie que reflexionara conmigo acerca de cómo hacer mejor el trabajo, pues no habría margen de negociación con el nuevo jefe.

Desde la partida de Ferrer, la sección de Opinión se había quedado desolada. La alegría que nos caracterizaba cuando el maestro nos ponía a discutir acerca de una falta de ortografía o del correcto uso de una frase, había desaparecido. En su lugar sólo quedaría una oficina con funcionamiento frío y burocrático, en la que mi tarea había sido relegada a mero ejecutor de órdenes con poco sentido periodístico.

Por ejemplo, para Hernández el trabajo de editar una “seccioncita” de tres páginas con artículos que ya mandaban hechos era el trabajo de una sola persona, y que era absurdo que los cierres de edición se hicieran tan tarde.

En su reunión de “bienvenida”, Hernández nos haría el anuncio de que debíamos competir por un solo puesto de coeditor, pues no tenía caso seguir manteniendo “tanta” gente en el departamento. Entonces tuve mi primer enfrentamiento profesional con él, pues me decidí a comentarle que la edición de la sección era un tanto más complicada que la otras secciones de nota diaria, pues aquí había que cuidar muy bien hasta el más pequeño detalle de forma y de contenido, pues las plumas que escribían con nosotros tenían mucho más peso y un error se haría mucho más grande.

Además, si bien los intelectuales que nos enviaban sus artículos eran notables pensadores, a muchos de ellos, como Rosario Ibarra de Piedra y Juan María Alponente, había veces que les fallaba la claridad en la redacción y debíamos hacer un buen trabajo de editor para clarificar detalles.

No era difícil darse cuenta de que Santiago nunca había sido editor de un periódico, pues otra de sus desorientadas instrucciones era que nunca cambiáramos una cabeza de un artículo, pues “con la que mandan los colaboradores es suficiente, no tenemos que inventar cosas que ellos no escribieron”. Una total aberración, pues como bien me lo decía Ferrer, “la edición es un oficio tan cuidadoso como el del carpintero”, no se trata sólo de pegar los pedazos de madera que nos mande la maderería, hay que pulirlos, detallarlos y hacerlos atractivos para que el comprador guste del mueble.

Transité a través de constantes conflictos desde la llegada de Santiago, hasta que hubo alguno que precipitó lo inevitable. El 22 de agosto de 2003, presenté mi renuncia irrevocable al puesto de Asistente Editorial. Lo hice sin intermediarios y acudiendo directamente a las oficinas de Relaciones Industriales del diario. Mi estancia en el diario ya era estéril pues, por un lado, se había cerrado prácticamente la posibilidad de seguir reportando, por los motivos que ya relaté, y por el otro, en la sección de Opinión, ya no había mucho que aprender. No me guié por la necesidad económica, pues mis convicciones personales y periodísticas seguían aún intocadas.

Seguridad Magacín: tiempo de freelance

Tres horas después de decidirme a presentar mi renuncia en la oficina de Relaciones Industriales del periódico, estaba de regreso en casa de mis

padres. Lo primero que me preguntó mi madre al llegar, en tono de broma fue que si me habían corrido. En el mismo tono, con un cierto alivio, le dije que no, que había renunciado.

Esta decisión significó para mi carrera una prueba muy dura, porque, aunque nunca dudé de la pertinencia de la misma, sí tuve que pagar un alto costo por, como se dice en el medio, “no estar”. Si ya había conocido el trabajo periodístico desde adentro, no sospechaba que buena parte del proceso de un periodista se daba también “afuera”, en el desempleo, en el café, en los tiempos libres, en el estrés, en la depresión.

El primer día después de haber renunciado, me desperté raro, como si me hubieran quitado una parte importante, la parte que me daba una cierta seguridad para actuar y confiar en mí mismo. Es importante no perder la pista de que había sido una decisión mía y que estaba asumiendo los costos.

Una semana después, con la mente y el cuerpo un poco más despejados luego de la separación, me surgió la pregunta obligatoria de “¿y ahora qué?” No tardé mucho en responderme, pues sabía que no me quedaba del todo en la calle, pues por esos mismos días salió el primer número de la revista *Seguridad Magacín*, el cual tenía entre sus páginas mi reportaje sobre seguridad canina que había reportado poco antes de salir de *El Universal*. Pero ése no había sido el único tema que había preparado para la revista de Marco Lara y Guillermo Bustamante.

Mientras aún estaba en la sección de Opinión, recuerdo que leí en el periódico *The Miami Herald*, que entonces se imprimía en las rotativas de *El Universal*, una historia acerca de la controversia que se había suscitado por la supuesta existencia de un sistema de espionaje internacional que los Estados Unidos llevaban a cabo mediante una red de comunicaciones de última generación, con la cual podía ser intervenida cualquier comunicación (llamada telefónica, fax, correo electrónico), en cualquier parte del mundo, tomando como pretexto su supuesta lucha contra el terrorismo.

Esta información se me hizo interesante, así que recorté la nota y en mis tiempos libres comencé a investigarla, pero de manera muy diferente, pues se trataba de un reportaje que no tendría fuentes primarias de información, sino que tendría que ser documental y a distancia, pues los hechos se generaban en otro país.

La red “Echelon”, como se le denominaba, no terminaba de ser un mito, pues hasta el momento en que comencé a indagar sobre ella, ninguna autoridad estadounidense había aceptado su existencia formal, no obstante organizaciones en pro de los derechos humanos la denunciaban en distintos foros internacionales.

Mientras desarrollaba el tema, recuerdo que comenté acerca del mismo con Jorge Alejandro Medellín el brillante reportero de la fuente de seguridad nacional de *El Universal*, quien me dio una muy buena pista para averiguar más acerca del tema. Me dijo que mientras el gobierno de los Estados Unidos no aceptara la existencia de dicho sistema de espionaje, no había mucho que hacer, pues todo eran especulaciones, lo que sí podía hacer era revisar en el Archivo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, (National Security Archive), que periódicamente publicaba —y publica— los documentos que la inteligencia estadounidense va desclasificando.

Este archivo manejado por la Universidad George Washington de aquel país, tiene una base de datos muy amplia en Internet, la cual me fue de mucha ayuda. Después de un par de semanas de sumergirme esporádicamente en los documentos desclasificados en la sección del Pentágono, me topé con informes que apuntaban a que en el 2000 se habían comenzado a desclasificar los primeros documentos que mostraban la génesis del proyecto de inteligencia, y por ende su existencia.

Y así fue. Semanas más tarde me topé con un documento secreto de abril de 1971, elaborado por el Pentágono, que reportaba el avance de la construcción de este sistema, mediante la puesta en órbita de satélites y estaciones de “escucha”, estratégicamente localizadas en diversos puntos del mundo, desde Misawa, Japón, hasta Oregón, Estados Unidos, donde supuestamente se localizaba la central operativa.

Al leer esos informes mi asombro era “interplanetario”, pues mi antecedente inmediato de ese tipo de documentos, lenguajes y situaciones, eran las películas o acaso la serie de los “X Files”.

Uno de los obstáculos para esta búsqueda documental fue el idioma, pues mi nivel de inglés en ese entonces era, para ser amable conmigo mismo, elemental. Tuve que echar mano de algunos traductores de Internet y un buen diccionario para poder extraer de apoco la información del documento.

Cuando tuve la mayor parte de elementos sólidos, documentados, para hacer una entrevista, me animé a escribirle a Patrick S. Poole, uno de los investigadores estadounidenses que más sabía del tema, para pedirle que me diera una entrevista vía correo electrónico. Éste accedió unos días después.

Luego de analizar muy bien el tipo de preguntas que le haría a este investigador experto en seguridad nacional, le escribí en inglés las preguntas y me las devolvió contestadas unos días después. Sus respuestas me asombrarían aún más pues este científico, quien trabajó muchos años para el Congreso estadounidense, me confirmó la existencia actual de “Echelon”, que operaba mediante la detección de palabras clave en las comunicaciones vía Internet y telefónicas de todo el mundo.

Por ejemplo, el sistema se programaba para buscar todas las llamadas telefónicas, los correos electrónicos y páginas de Internet con palabras como “Sadam Hussein”, “CIA”, “FARC”, “EZLN”, “Hezbollah”, etcétera. Mismas que, por obvias razones, representaban intereses para la política estadounidense. De esta manera, las comunicaciones son grabadas y posteriormente analizadas en centrales de “escucha” propiedad del gobierno gringo.

Para respaldar sus dichos, Poole me envió documentos oficiales más recientes a los que yo tenía, que advertían incluso que la inteligencia canadiense había espiado a diversos funcionarios mexicanos previo a la firma del Tratado de Libre Comercio.

Con toda esa información escribí mi reportaje “Echelon, vyerismo imperial”, el cual ofrecí a Marco Lara, poco antes de salir de *El Universal*. A Marco le pareció bueno el tema y me pidió investigar un par de datos más, pues lo metería en la edición del mes que corría. Así, el trabajo salió publicado en el número de julio de 2003 de *Seguridad Magacín*, donde aparecería, por primera vez, en un directorio editorial junto a nombres como Jorge Chabat, Ernesto López Portillo, Salvador Frausto y Témoris Grecko. Y eso de veras me daba mucho gusto.

En los próximos cuatro meses seguiría publicando historias y reportajes en *Seguridad Magacín*. Otro de los reportajes que recuerdo fue uno acerca de los avances tecnológicos de los sensores contra incendio, que me puso en orden de trabajo Marco Lara.

La semana que comencé el reportaje fue la misma en que decidí abandonar *El Universal*. La orden de trabajo era en el mismo sentido que el reportaje de seguridad canina: había que hacer un artículo de servicio para el lector, que le dijera paso a paso cómo evitar un potencial incendio en su casa u oficina. Esa vez decidí comenzar por el final de la historia, y mostrarle al lector las consecuencias de no prevenirse ante un eventual siniestro. Comencé a investigar acerca de la posibilidad de acudir a un incendio real y lo solicité ante la central de bomberos del Distrito Federal, pero me fue negado, argumentando que sería muy peligroso y que tanto el fotógrafo como yo arriesgaríamos nuestras vidas.

Ante la negativa, no sostuve más la idea de hacer la crónica real de un incendio, para la entrada de mi reportaje. Intentando por varias vías y con algunos contactos que conseguí en el medio de la prevención de siniestros y protección civil, llegué al Centro Internacional de Prevención de Riesgos, ubicado en el norte de la ciudad de México, por la calzada Camarones.

Ahí entrevisté a su director, Rasynskas Sosa, quien me dio un muy buen panorama acerca de las nuevas tecnologías para la detección de incendios, e incluso me puso en contacto con alguno de sus amigos bomberos de la estación de Atizapán de Zaragoza, con quienes él creía que sí podía hacer la cobertura de un incendio en el momento.

Y así fue, uno de los comandantes del sector me dijo que podía acompañar al cuartel durante una noche y que si entonces salía un servicio, podía ir con ellos. Con la invitación hecha, un sábado me trasladé hasta Atizapán para comenzar una tarde de servicio junto con el turno de las 8:00 de la noche. Entrevisté a varios bomberos e incluso experimenté cómo bajar por el famoso tubo de bomberos.

No tuve que esperar mucho en la salita de espera para que saliera un servicio: a las 2:10 de la mañana tomé mi cámara fotográfica, pues la fotógrafa se rehusó a hacer la guardia con un servidor y me subí al camión bomba. La frecuencia guiaba al equipo hasta una de las colonias céntricas del municipio Las Águilas, no muy lejos de donde se ubica la estación.

Como reportero novato, aún llevaba mi grabadora encendida todo el tiempo, y me preocupaba más por anotar detalles, que por percibir el momento. Llegamos al lugar de incendio y la realidad rebasó mis expectativas, pues se

trataba de una casa totalmente envuelta en llamas —imaginé que dentro dormía una familia—, pero afortunadamente los habitantes habían salido ilesos.

Fue toda una experiencia profesional haber cubierto un incendio, pues me daba muchos elementos para hacer una buena crónica. No obstante, una de las enseñanzas que adquirí en el camino fue que por más elementos de calidad y vivencias que tenga un reportero, si no tiene lenguaje suficiente, el cual se adquiere sólo en los libros, es imposible escribir una crónica de calidad.

Eso fue lo que me pasó con el texto, el cual salió publicado en la edición de septiembre de *Seguridad Magacín*, titulado “Fuego en mi casa”. Hasta hoy el único texto del que realmente me avergüenzo de haber firmado en toda mi carrera, pues deja mucho que desear en cuanto a estructura sintáctica e incluso respecto de la jerarquización de la información. Recuerdo que para ese entonces ya conocía la fórmula para un “maquinazo” bien hecho, pero esto era ridículo. Algo me decía que aún faltaba mucho camino por recorrer.

El cambio hacia *Cambio de García Márquez*

Habían pasado ocho días desde la firma de mi renuncia a *El Universal*, cuando volví a llamar a Bustamante para ver si nos tomábamos un café en un día de tantos que comencé a tener libre. Apenas me contestó, me dijo que era urgente que nos viéramos, pues quería saber mi opinión acerca de un proyecto editorial que él y sus socios tenían. Pensando que era el mismo para el que ya colaboraba, es decir *Seguridad Magacín*, le dije que sí, sin mucho afán.

Quedamos de vernos en las oficinas del Senado de la República, donde Bustamante tenía un despacho; para entonces ya se había consolidado como uno de los hombres fuertes del equipo más cercano del senador del PRD Jesús Ortega, y no le iba nada mal.

Esa tarde, Bustamante me confesó un secreto: un día antes se había reunido con el mismísimo Gabriel García Márquez, pues estaba negociando que la empresa editorial de la que él era socio, comprara el cabezal de la revista que el Premio Nobel había fundado algunos años atrás en Colombia, la revista *Cambio*.

La empresa de la que hablo se llamaba Contendencia, y había sido formada en 2002 por iniciativa de Bustamante y la prima del senador Jesús

Ortega, una mujer de negocios llamada Aideé Reséndiz Martínez. Contendenciase había formado para administrar los proyectos editoriales a los que Bustamante me había invitado: *Nueva Izquierda* y *Seguridad Magacín*.

Con un poco de incredulidad, respecto de la reunión con García Márquez y el plan de revivir la revista *Cambio*, que meses antes había sido desterrada de Editorial Televisa, seguimos la plática y le comenté que era una gran idea si querían invertir en una de las pocas revistas de calidad que republicaban en este país, y cuando digo calidad, no me refiero al papel, sino a la seriedad y capacidad crítica de cada artículo.

La idea de hacer renacer *Cambio* dio vueltas en mi cabeza por una o dos semanas, cuando un día Bustamante me volvió a contactar para decirme que ya se había firmado la transacción de compra de la revista por una suma de treinta millones de pesos. Ahora, el reto era mayúsculo: conformar un equipo de profesionales que continuaran con la calidad que en sus primeros dos años de vida había demostrado *Cambio*; incluso con editores colombianos venidos a México para darle el toque fino que el escritor Gabriel García Márquez quería que la revista tuviera.

Dentro de ese equipo, el cual comenzó a conformarse la primera semana del mes de agosto de 2003, se encontraban periodistas como José Ramón Huerta, Jonathan Torres y Mari Carmen Sánchez Ambriz, un equipo de los mejores en esos años.

Aún faltaban dos o tres lugares por ocuparse dentro de la nómina de la empresa, cuando Guillermo Bustamante, al verme sin trabajo fijo, luego de haber renunciado a *El Universal*, me invitó a incorporarme como redactor de la sección de Vida Moderna y Tecnología, con un sueldo de diez mil pesos mensuales, 30% más respecto de mi último sueldo ganado en el periódico.

En realidad no lo pensé mucho, pues era una oportunidad única para aprender del más grande maestro del periodismo y la narrativa latinoamericanos, el "Gabo", como le decía todo mundo en la redacción. Así, el primero de septiembre de 2003 me incorporé a una redacción en la que todos éramos nuevos, desde el personal de limpieza hasta el director. Cada uno de nosotros comenzábamos un proyecto con las mejores expectativas.

El primer día de trabajo tuvimos una junta general para presentarnos todos y rápidamente fijar los objetivos por los que trabajaría la revista. La

plática corrió a cargo de la accionista mayoritaria de Contendenciay del maestro Gabriel García Márquez, quien resumió su intervención con una idea: “No necesitamos hacer el mejor periodismo, pues nadie sabe cuál sea el mejor, lo que necesitamos es hacer nuestro trabajo con cariño y creer en él”.

Después de la junta comenzaría una nueva etapa en mi vida como periodista, pues por primera vez me enfrentaría al hecho de ser reportero, y traer semana con semana a mi redacción temas nuevos que fueran dignos de publicarse en una revista internacional cuyo respaldo principal era un escritor y periodista con Premio Nobel en la vitrina.

Fui conociendo la dinámica de trabajo de una redacción de revista, donde, si bien no hay cierres diarios, la presión es la misma, o tal vez mayor al saber que tienes unos días más para preparar un mejor artículo, que supere en calidad a una nota del día que se hace para un periódico.

Debido a las presiones económicas derivadas de la compra del cabezal, los treinta millones de pesos que les contaba, la empresa se vio obligada a sacar al mercado el primer número en menos de quince días, así que, contrario a lo que mandan los cánones editoriales respecto de que antes de editar cualquier publicación, debía primero de editarse por lo menos uno o dos números de prueba (los llamados números cero), del 1 al 15 de septiembre teníamos que trabajar toda una edición, y así se hizo.

Mi primer orden de trabajo era traer tres o cuatro ideas de temas para la sección Vida Moderna, en donde había sido asignado como reportero. Si bien tenía experiencia en escoger y proyectar temas, en el periódico lo hacía con mucho más tiempo de anticipación, y no como mi trabajo central, lo que me quitaba cierta presión de tiempos de entrega y cierres. En la sección Vida Moderna éramos tres personas: la editora, Mariela Gómez Roquero; la coeditora, Adriana Hernández Uresti y yo, quienes nos reunimos para “cantar los temas” que elaboraríamos.

A mí se me ocurrieron un par de temas; sinceramente estaba confundido acerca de los que podía proponer para la revista. Uno de esos temas trataba acerca de los miedos de los niños. Me proponía contar qué pasaba con la tranquilidad de los infantes en un mundo cada vez más lleno de violencia y más expuesto, por aquello de la apertura indiscriminada de contenidos violentos en los medios de comunicación.

Mi editora, Mariela, me dio una semana para trabajar el texto, pues había que empezar a armar la revista una semana antes de que saliera al mercado. Así, sin mucho conocimiento del tema me lancé a escribir mi primera historia para *Cambio*. El primer problema parecía sencillo. Si estaba escribiendo una historia acerca de niños, lo primero era conseguir niños, que además estuvieran dispuestos contar sus miedos, fobias y el impacto que en ellos tenía la violencia del mundo que los rodeaba.

Tuve un par de entrevistas con una psicóloga de un centro de apoyo en conflictos infantiles, quien me confirmó la tesis: cada vez aumentaba el número de niños con problemas serios de autoestima y angustia con respecto a su vida, su salud y el bienestar de sus padres. El tema parecía perfilarse bien, pero no terminaba de cuajar dentro de mi concepción reporteril. Para ser sinceros, no sé por qué lo propuse.

Seguí adelante con el trabajo y conseguí entrevistar a tres niños, hijos de algunos conocidos míos y un sobrino. Entre sus tímidos testimonios encontré palabras perturbadoras como “pistolas”, “matar”, “asesinato” o “madrazos”, que me decían mucho acerca de los estímulos negativos a los que estuvieron o están expuestos.

El trabajo seguía con buenas perspectivas, pero curiosamente me pasó lo mismo que me había ocurrido con el último tema que escribí para la revista *Seguridad Magacín*: no supe encamarlo en el momento de escribirlo.

A la hora de entregarlo a mi editora, empezaron los problemas con el texto pues ella con toda la honestidad que la caracterizaba, me dijo que el texto tenía muchas fallas, incluso de redacción, y que no le quedaba claro cuál había sido o cuál pretendía ser el *nutgraph* (el “párrafo nuez”) o la idea principal de mi texto. Ahora que lo veo, cinco años después, creo que tenía mucha razón.

Las fallas habían sido evidentes y me desanimé mucho en primera instancia. Luego comencé a pensar la manera de resolver el problema, pues Mariela me había pedido que le reenviara el texto, totalmente rediseñado, un día después, pues los tiempos de edición estaban encima.

Entonces me vino a la mente el recurrir a un amigo que conocí en mi última etapa de trabajo en *El Universal*, su nombre era Jesús Yáñez, coeditor de la sección de Deportes del diario y un viejo lobo de mar, a quien llamé una

tarde para que ayudara a encontrar lo que estaba fallando en mi redacción. El tipo sabía del negocio.

Luego de analizar mis textos recientes y habiendo conocido mi trayectoria como redactor de periódico, Yáñez me sugirió que el problema era muy común e incluso hasta normal, pues estaba cambiando intempestivamente de un medio inmediato como el diario, a otro que debe de tener un enfoque diferente en cuanto a la concepción de temas, redacción y presentación. En pocas palabras, estaba resintiéndome el “cambio”, y lo único que hizo fue ayudarme a rehacer el texto, bajo los parámetros necesarios de una revista y darme aliento para que no me desanimara en el proceso.

Me apresuré y un día después estaba entregando mi reportaje. Ciertamente había quedado con una mejor estructura que en un principio, pero no acababa de convencerme. La semana del 7 al 15 de septiembre de 2003 fue de mucho trabajo para todos, pues el domingo 15 debía estar la revista en el puesto de periódicos y en los locales cerrados, y cuando se habla de un tiraje de treinta mil ejemplares no es cualquier cosa.

Los días comenzaban muy temprano y terminaban ya entrada la madrugada, y aunque mi trabajo como redactor de una sección “blanda (*softnews*, les llaman en los Estados Unidos) no terminaba tan tarde, me gustaba quedarme con los demás editores.

El domingo 15 de septiembre la revista salió a la venta con un primer número muy bien presentado. En contenido y plumas no tenía nada que envidiarle al *Cambio* que mantuvo Televisa con muchos más recursos.

La revista era semanal y se ponía a la venta todos los domingos. Al día siguiente, es decir el lunes (más bien todos los lunes), se hacía una junta denominada post mórtem, a la cual acudía frecuentemente Gabriel García Márquez, quien opinaba de la edición en general y hacía, junto con los editores de todas las secciones, una tertulia periodística muy enriquecedora.

Según me enteré, uno de los reportajes que no gustaron en esa primera junta con “El Gabo” fue el mío, titulado “Terroros infantiles”, pues, según mi editora Mariela Gómez, no justificaba su pertinencia informativa y el requisito fundamental de interés general que todo artículo debe tener.

Al principio me molesté mucho, pues había quedado en ridículo frente a las grandes plumas que escribían en la edición nueva de *Cambio*, pero traté de no desanimarme y de aprender del fracaso.

Con la primera publicación en *Cambio* mis problemas de adaptación apenas comenzaban, pues como dice el canon editorial, “el problema no es sacar el número uno, lo complicado es el número dos”. No sabía lo que quería decir esa frase hasta que me hallé frente a la computadora el martes siguiente, con el gran problema de presentar un mejor tema que el anterior.

A la junta editorial siguiente, yo debía llevar por lo menos tres temas buenos para sugerirlos; de lo contrario, mi editora me asignaría órdenes para cubrir que no necesariamente se publicarían. Lo entendí como un acicate para sacar de mí un poco más de creatividad.

Así fue como propuse un tema acerca del Internet inalámbrico, una tecnología que por aquellos años comenzaba a llegar a nuestro país. El tema fue aceptado, y mi editora me dio instrucciones de hacerlo con un perfil muy de servicio para el lector, tipo de redacción que había aprendido escribiendo para *Seguridad Magacín*, por lo cual no me fue tan difícil conceptualizar el tema y aclararlo, primero, antes de escribirlo, como me aconsejó Jesús Yáñez.

Busqué información al respecto, pero como aún no se masificaba el tema, me fue difícil. Pregunté a un primo que es ingeniero en sistemas acerca del tema en particular, y me dijo que ya había varias empresas dedicadas a instalar redes inalámbricas, entre ellas una denominada movilspot.com.

Concerté una entrevista con el director de la empresa, Axel Rosemberg, un experto en redes inalámbricas, quien me explicó paso a paso cómo funcionaban. Y es que si quería hacer un reportaje de servicio, primero era indispensable que entendiera muy bien cómo funcionaba aquello que quería explicar. Dos días después el trabajo estaba terminado, y aunque era para dos páginas, una menos que el primero, la redacción me costó mucho más trabajo y me fue más estresante, pues tenía la angustia de hacer un buen segundo tema, ante el fracaso de mi primer trabajo.

Antes de entregarlo a mi editora, le pedí de favor de nuevo al experimentado Jesús Yáñez que le diera un vistazo para darme sus apreciaciones. Me lo devolvió luego de unas horas con algunas correcciones y

me felicitó, pues ahora sí había entendido lo que era la claridad de ideas y el orden de las mismas.

De inmediato se lo envié a mi editora por correo electrónico y quedé en espera de que todo siguiera marchando bien, es decir, que le gustara. Unas horas más tarde, me dijo que el texto estaba mucho mejor que el primero que había entregado y que sólo hacía falta cumplir una orden de fotografía para ilustrar el texto. Se tituló “Sin ataduras” y fue publicado en el número 90 de la revista, el segundo de la nueva época.

El lunes siguiente de la aparición del número, se volvió a reunir la junta de editores con el maestro García Márquez, y se analizó todo el número. En esta ocasión, según me comentaría mi editora, la sección salió mejor librada y no se hicieron observaciones acerca de mi tema e incluso se obvió que era un trabajo “cumplidor”.

Lo anterior me consolaba mucho, pues por lo que sabíamos de oídas, para que Gabriel García Márquez se interesara por un tema y lo comentara en la junta, éste tenía que ser o muy bueno o muy malo, y por lo menos el mío ya no estaba dentro de los segundos. No obstante, sabía que debía trabajar mucho más, pues la oportunidad que había recibido de manos de Bustamante era inmejorable a mis veintitrés años.

Para el siguiente número mi editora me asignaría un nuevo trabajo. Además de mi reportaje semanal, debía dedicarme a buscar información interesante de vida y tecnología para la sección Aldea Global, una serie de cápsulas de lo que ahora se conoce como “infoentretenimiento”, en las que lo mismo podíamos incluir un avance tecnológico, que un *gadget*, o una nota de estilo de vida.

Por lo regular las notas de Aldea Global eran un poco difíciles de encontrar, pues los criterios eran rigurosos: novedad, oportunidad e interés general. Pero la cosa no paraba ahí, como redactor, debía conseguir las imágenes que pudieran ilustrar la capsulita y entregar por lo menos cuatro semanales, para ponerlas a competir con las que encontrara la coeditora y la editora, una muy buena forma de trabajar para elevar la calidad de los contenidos de la publicación.

El tercer número de la revista es uno de los que más recuerdo, y que a la distancia a veces me avergüenza como profesionista. Resulta que en una de

las juntas editoriales se acordó meter más temas de deportes, pues no había una sección dedicada expresamente para ello. Por lo menos los estudios de mercado arrojaron que el lector, que entonces no era un número menor, según me cuentan, deseaba ver un poco más de temáticas deportivas, para descansar un poco de los contenidos duros de política, cultura o ciencia.

Entonces me puse a pensar en cómo le haría para generar un tema novedoso de un deporte interesante, fue así como me enteré de la gran actividad de los seriales automovilísticos en México, que regularmente pasaban inadvertidos en los medios masivos.

Lo comenté como mi editora en una charla y quedamos en que sería un muy buen texto el de contar cómo se organizaban los *pits* para una carrera automovilística y después de unas llamadas a algunas asociaciones y escuderías como la Herdez y la Canel's, concluí que lo mejor, para conocer el trabajo de cerca de una escudería, más que una entrevista telefónica, sería acudir a una carrera en vivo.

En esas fechas, todavía septiembre, se corría el serial de la Fórmula Corona-Mustang, un campeonato de autos turismo con fama de ser una de las más competitivas del país. Llamé a las oficinas de prensa en el Distrito Federal y me invitaron a la fecha que se correría el domingo siguiente en el Autódromo de Aguascalientes.

Aunque ahora me suena sumamente fuera de lugar, en ese momento mi lógica reporteril me indicó que debía pedir permiso a mi editora para ir al certamen y traer una buena crónica. No sé porqué me dijo que sí, que podía irme con gastos pagados de la empresa.

A las veinticuatro horas de comenzar a barajar la idea, me hallaba manejando en mi auto con destino a la capital hidrocálida. Estuve todo el sábado y el domingo, día en el que finalmente se desarrolló la carrera. Mi trabajo de reporteo fue interesante, pero en el momento en que realizaba el trabajo de campo, yo mismo no sabía en qué iba a terminar, ni cómo enfocaría finalmente mi reportaje. Únicamente me preocupé por recabar información al mismo tiempo que comenzaba a angustiarme. ¿Habría valido la pena venir hasta Aguascalientes sin pensarlo mucho? El tiempo me diría que no.

Como no hubo presupuesto para enviar conmigo un fotógrafo, yo mismo cargué mi cámara réflex, aún de las de rollo, e hice mis propias fotografías,

encaminadas no a una idea, sino a la necesidad de enfocar y disparar a todo lo que se moviera.

El lunes siguiente estaba de regreso en la oficina, con un montón de información desperdigada y en busca de un enfoque para desarrollar la información. Todo ese tiempo perdí de vista que la orden de trabajo era reflejar el “funcionamiento” de los pits en una carrera de autos. Por el contrario, estaba yéndome más del lado de crónica de color, a la cual escapaba totalmente el espíritu de “servicio” que requería el tema.

Ese era mi primer viaje “oficial” como reportero, tal vez por eso no medí algunas circunstancias que todo enviado debe de enfocar; por ejemplo, luego de hacer cuentas para reportar los gastos de viaje, me percaté que eran alrededor de cuatro mil pesos gastados en un par de días y que había olvidado pedir comprobantes fiscales en algunos servicios que solicité. Lo anterior, además de inflar mi presupuesto, me ponía el problema para poder cobrar el reembolso.

Al entregar éste, mi tercer tema para la revista, me volvió a ocurrir lo del primero. Falta de idea clara en el objetivo del tema, deficiencias en la redacción y la estructura narrativa del mismo, y exceso de confianza.

Este último punto me daría las claves para mejorar en los subsecuentes, y es que sin darme cuenta estaba confiando demasiado en mi experiencia para resolver mis reportajes. Finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir. En la edición número 91 de la revista apareció mi reportaje titulado “Escuderos de motores” a tres páginas y con una edición totalmente diferente a lo que yo había escrito, hecho que me preocupó.

Al preguntarle a mi editora la razón de los radicales cambios en el enfoque que le había dado al texto, ella me explicó que nuevamente tenía serias deficiencias en la redacción, el enfoque e incluso la ortografía y me confesó que se estaba pensando en removerme de mi empleo si en los próximos números no mejoraba mi trabajo. En esa ocasión ella prefirió hacer el trabajo, o más bien, rehacerlo, pues había que aplicar cirugía mayor.

Realmente entré en un momento de crisis, pues se estaba cuestionando con justa razón mi calidad periodística y de no hacer algo rápidamente, podría perder mi empleo, una posición realmente difícil que me enfrentaba a lo que era el trabajo real de un reportero que todos los días se tiene que levantar

pensando en la información y no sólo publica un trabajo cada mes o cada quincena, como lo hacía habitualmente en *El Universal*.

La adaptación del trabajo de reporte profesional me estaba siendo difícil, más de lo que inicialmente había pensado. En medio de la crisis acudí a otro viejo conocido, gran profesional del reporte, mi entonces compañero Alejandro Lelo de Larrea, de la sección de Política. En mi estancia en *El Universal* había trabado muy buena amistad con Alejandro, pues en ocasiones en mi trabajo como introductor, me tocaba escribir notas que él me dictaba por teléfono o simplemente lo veía en los pasillos de la editorial.

Le comenté a Alejandro lo que me estaba pasando, todo el proceso que estaba viviendo y me dijo que la respuesta no la encontraría en otro lugar más que en los libros, y con ello no se refería a la escuela, sino a la lectura de novelas, ensayos y demás literatura bien escrita que desarrollara en mí más herramientas para contar una historia, porque al fin cada tema que uno aborda es una historia para contar.

Al día siguiente, Alejandro me prestó uno de los libros que él leyó cuando era estudiante y que le ayudaron a desarrollar más lenguaje y mejores recursos literarios para escribir periodismo. Se trataba de *Quién mató a Palomino Molero*, una novela del maestro Mario Vargas Llosa que se desarrollaba en torno a un misterioso crimen en un pueblo peruano que se parecía mucho al “Macondo” de García Márquez.

Ansioso por remediar mi problema y no perder mi empleo, me sumergí en la sabrosa lectura. Al terminar el libro una semana después me hallé aparentemente como al comienzo, y tal vez con más preguntas que respuestas. ¿Y ahora, cuál es la mejoría? ¿Desperdiqué mi tiempo leyendo una novela, en vez de buscar temas novedosos en los periódicos y las revistas?

A la distancia, con un poco más de experiencia me di cuenta de que hasta antes de ese episodio, había dejado el hábito de la lectura, que yo pensaba una pérdida de tiempo en la vida agitada de un reportero. ¡Qué equivocado estaba!

La observación de Lelo de Larrea me caló hondo y me hice el hábito nuevamente de no soltar la lectura, aunque el trabajo diario fuera muy demandante. Reactivé lecturas que había dejado inconclusas, como *Cien años de soledad*, del maestro García Márquez, que en ese entonces increíblemente

era mi jefe. Entre otros libros. Traté de no precipitarme y de bajar mi ansiedad relacionada con el trabajo en *Cambio* para saber cómo detectar mejores temas y, sobre todo, encontrar la mejor manera de abordarlos y contárselos a una página en blanco. Los libros me estaban salvando el pellejo.

Otro de mis problemas, ahora lo identifico, era querer que cada tema que escribiera fuera el mejor nunca antes escrito, lo que me llevaba a documentarme demasiado, y perder el objetivo del mismo. Tal vez era la inercia de *El Universal*, donde lo que publiqué, fue en su mayoría destacado en portada o en una página completa. Había que dejar de ser tan pretencioso, informativamente hablando.

Con ese pensamiento, casi deber, comencé a elegir algunos temas para las juntas posteriores con mi editora, y enfocarme no sólo en la calidad del tema mismo, sino en visualizar su desarrollo y hasta su puesta en plana. Y me funcionó. Poco a poco comenzaría a planear mejor mis temas. Y al pensar en ellos procuraba sacudirme la idea de que todos debían ser de primera plana; debía ir a lo básico, a temas bien resueltos en lo particular, en cada una de sus líneas, para después tratar de a superarme a mí mismo. Seguí publicando temas en *Cambio*, pero algo cambió.

Era octubre de ese 2003, ya un poco más instalado en mi trabajo como reportero de la sección de Vida Moderna, seguía viendo, casi diario, a Guillermo Bustamante, el líder del proyecto de *Cambio* que despachaba en el mismo edificio donde se ubicaba la redacción, les recuerdo, en Chiapas 184, en la Colonia Roma.

La empresa de Bustamante, Contendencia, pasaba por un buen momento, con una revista internacionalmente reconocida y con un Premio Nobel entre sus filas. Todo parecía *a piece of cake*. Entre esa “bonanza”, Bustamante quiso revivir el proyecto editorial de la revista *Nueva Izquierda*, en la que se malograron las colaboraciones que pretendí mientras Marco Lara estaba al frente. Por cierto, la llegada de García Márquez significó la salida de la editorial de Marco Lara, pues creo que no le encantaba la idea de tener a alguien notoriamente mejor que él.

Ya sin Lara, Bustamante quiso reorganizar a la par de *Cambio*, a *Nueva Izquierda*; para ello le dio una buena rediseñada e invitó a nuevas plumas a

escribir. Él confiaba ciegamente en mi capacidad periodística, así que me invitó a colaborar en el número de relanzamiento de la revista, el 9.

Me pidió que escribiera un artículo acerca de la polémica que se presentaba en ése momento acerca del voto eclesiástico y la intervención decidida que habían realizado distintas facciones católicas en las recientes elecciones intermedias del 2 de julio de 2003.

Era el primer “artículo” al que me enfrentaba como periodista, y mi inexperiencia me hacía dudar ante el encargo. No obstante, uno de los impulsos más fuertes para comenzar la investigación y hacerla de buena calidad era la presencia en el número de plumas tan destacadas como Raúl Álvarez Garín y León Ferrer.

Así comencé a documentarme en distintas bibliografías, entre ellas, la Biblia, pues como dicen los cánones del periodismo, un articulista debe estar mucho más enterado de lo que está escribiendo que un reportero, pues su trabajo no es tanto consignar los hechos de manera objetiva, sino darle un análisis interpretativo que a la par aporte elementos informativos. Difícil mezcla en el momento profesional que vivía, con la cabeza seca de ideas y a punto de perder mi trabajo por incompetente.

Pronto llegué a uno de los expertos en el tema de la relación Iglesia-Estado, el Doctor en Teología Elio MasferrerKhan, profesor de tiempo completo e investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Le solicité una entrevista y en vez de ello me invitó a una de sus clases, donde expondría un tema parecido, pero antes me recomendó leer el texto que había dejado a sus alumnos.

Leído el texto, me presenté como un alumno más a la clase del doctor Masferrer en la ENAH, al sur de la ciudad. Obtuve información muy importante para normar mi criterio, lo primero antes de escribir cualquier artículo. Además de una lista bibliográfica que incluso los alumnos del doctor me ayudaron a confeccionar. Seguí leyendo y escribí el tema para *Nueva Izquierda* en un par de semanas, pues me aterraba hacer el ridículo ante las plumas tan importantes que nutrirían la revista.

Antes de entregarlo a Bustamante, le pedí a Osvaldo Anaya, gran amigo ahora y entonces Coeditor de la sección de Política, que le echara un ojo a mi

texto, pues desde ocasiones anteriores me había gustado mucho su manera de editar, de hecho él es el mejor editor de textos que conozco.

Discutimos un par de puntos acerca del contenido del tema, pero estuvo listo pronto y lo entregué a Bustamante. El artículo "Polémica por el voto eclesiástico", significaba para mí una manera de reponerme de los descalabros sufridos en *Cambio*, por ello le puse todas mis ganas y todo mi conocimiento periodístico. Y dio resultado.

La revista salió de la imprenta hacia finales de octubre, y a mi texto no le habían hecho más que dos o tres correcciones, y no de fondo. Era un honor verme junto a Álvarez Garín, Ferrer, Gabriel Vargas Lozano y Francisco Huerta, ya no como reportero, sino como articulista. Otra vez, creo que me adelanté a mi proceso.

Con todo y ese adelanto, mi artículo recibió buenas críticas, incluso al interior de la revista *Cambio*, donde poco a poco comenzaba a mejorar mis temas. Hacia finales de año recuerdo un par de temas con los que rescataría mi reputación y mi empleo. La exigencia para mí era ahora buscar temas novedosos en el campo de la tecnología y su aplicación para una mejor vida, esa era la instrucción de García Márquez.

Bajo esas coordenadas, me llamó la atención un tema que me encontré leyendo un blog de animales. Se trataba de una asociación cuyo nombre era alrescateperruno.com, la cual se encargaba de recoger animales en situación de calle, pero utilizando el Internet como herramienta fundamental.

Ahora puede verse como muy común el uso de Internet para cualquier actividad, incluida la adopción de perros y gatos de la calle, pero en ese momento, en el que incluso el Internet inalámbrico era objeto de asombro, sobresalía la manera en que distintos estratos de la sociedad comenzaban a integrarse a una vida paralela, lo que ahora se le conoce como redes sociales virtuales. En el fondo eso era lo que el maestro Márquez quería que reflejáramos en la revista.

Localicé a la organización cuyo principal centro de reunión era virtual y me platicaron cómo hacían para aprovechar al máximo el Internet para su fin, en este caso altruista ciento por ciento.

Conté la historia, ahora sin esperar tanto de ella, sólo dejé que hablaran quienes la hacían y tratando de armar una buena redacción con ideas claras y

sencillas. Y sí, el tema era tan bueno que no necesitó más que una buena manera de ser contado, sin tantas fuentes, sin tantos datos, sólo los justos, quedó un trabajo que me gustó. Lo importante es que también pasó la prueba de mi editora, quien lo publicó prácticamente como lo había entregado y me felicitó porque le pareció un tema interesante y bien llevado.

El texto que fue encabezado como “Está perrón”, fue publicado en la edición 94 de la revista, que se puso a la venta el 26 de octubre de 2003. Un día después, la temida junta con García Márquez lo comentó para bien y resaltó el cumplimiento de las observaciones del Nobel, quien semanas antes había sugerido, como les comentaba, temas similares.

Aunque los perros de la calle y el Internet parece que me estaban salvando, no podía relajarme más de la cuenta, y es que se acercaba el final de año, y con ello, los tres meses de prueba que a todo mundo en la revista nos manejaron a la hora de firmar contrato. Podía pasar cualquier cosa.

El segundo tema que escribí por esas fechas y que me ayudó a obtener más confianza fue uno muy pequeño, pero no por ello menos importante. Se trató de un avance tecnológico logrado por un grupo de ingenieros mexicanos de la empresa NIC, que había diseñado un *software* avanzado a nivel mundial para hacer más rápidos los enlaces entre páginas de Internet cuyo código de país fuera “.mx”, es decir, páginas mexicanas.

Seguí el mismo procedimiento que en el reportaje del rescate perruno, dejé que el tema se contara de acuerdo con su propia importancia, sólo ordenando las ideas y procurando llevar al lector con un poco de antecedentes.

Hice la entrevista con el ingeniero Gustavo Lozano, a distancia, pues él radicaba en Monterrey. Una entrevista sólo de tres preguntas, pues había identificado que en este tipo de temas, que se publicarían en páginas interiores, más vale una entrevista corta, con información sustanciosa y de preguntas teledirigidas, que una con preguntas obvias y en ocasiones hasta innecesarias.

En sólo una tarde hice mi entrevista y redacté mi texto, el cual yo mismo cabecee como “México se escribe .MX”, y sugerí que se resaltaran las siglas, para darle un diseño atractivo. Otra vez, seguí lo que me habían aconsejado tanto Jesús Yáñez, como Alejandro Lelo de Larrea, pensando el tema no sólo como una buena historia, sino como una historia bien contada y bien escrita.

Volví a tener éxito con mi editora, quien me dijo que era visible que le estaba poniendo ganas por hacer más claros mis textos y más interesantes los temas de los mismos.

Dos nuevos géneros: crónica y semblanza

Si bien mi experiencia para ese entonces eran tres años en el medio periodístico, me faltaba por conocer más de los géneros periodísticos. Recuerdo que a principios de diciembre, Bustamante me platicó acerca del número 10 de la revista *Nueva Izquierda* del bimestre diciembre- enero, la cual ya iba muy retrasada y necesitaba completarse.

Por tanto, me pidió que hiciera una crónica acerca de los primeros izquierdistas del municipio de Chalco que formaron el PRD en aquella zona del Estado de México. Un tema en sí “flojo”, como se dice en el argot, pero ahí radicaba el reto periodístico. Acepté el tema y de inmediato me contactó con dos activistas de aquellos años que aún vivían en Chalco. Agendamos un día entre semana para hacer la visita y las entrevistas.

Apenas un par de días después de haber recibido la orden de trabajo me hallaba rumbo a aquel municipio del oriente del Estado de México junto con el fotógrafo. Contactamos al entrevistado, Antonio Sánchez y comenzamos a hablar de los orígenes de los movimientos de izquierda que “entre remolinos de miseria y caminos de marginación”, surgieron previo a 1987, año en el que se institucionalizaron ya como PRD.

Con la angustia de aún no tener algo lo suficientemente “fuerte” para desencadenar el hilo narrativo de mi reportaje, como lo estaba aprendiendo con mis lecturas y el repaso a los libros de teoría, cuestioné a Antonio acerca de otras posibles fuentes para mi reportaje. Él me refirió a don Jacinto Buendía, un septuagenario luchador social cuya historia me hizo cambiar lo que inicialmente tenía pensado para el reportaje.

Y es que ya en la entrevista, don Jacinto me contó la manera en cómo le cerró la puerta de su casa a Carlos Salinas de Gortari, mientras el malafamado presidente (entonces candidato) se encontraba de gira regalando despensas de casa en casa para hacer campaña política previa a las elecciones de 1988, en las que la caída del sistema lo haría el ganador de las elecciones.

Ese pasaje y el romanticismo con que don Jacinto me contó la historia de su vida activista, me hicieron virar hacia él como personaje principal de mi historia, así titulé a mi trabajo: “La izquierda que nació del polvo”, y procuré redactarla con un tono natural y menos político de lo que el tema podía exigir.

Un par de días después lo entregué, pues, como había comentado la edición ya estaba retrasada. Osvaldo Anaya se encontraba haciendo las veces de editor de *Nueva Izquierda* y revisó mi texto.

El asunto es que luego de una semana, el texto ya estaba formado, editado y corregido, casi para mandarse a la imprenta. Antes lo leyó Bustamante y le encantó, tanto que lo llevó previo a su impresión, a una reunión del consejo editorial de la revista, integrado por Silvia Gómez Tagle, Macario Schettino, Gabriel Vargas y Luis Villoro, puro peso completo en el medio del periodismo y el análisis. En esa reunión, me contaría después Bustamante, se decidió llevar las fotografías del reportaje en portada y con ello mi texto. Así, el tema principal de la revista sería no la reunión anual de la corriente *Nueva Izquierda*, como se tenía planeado, sino la redefinición del rumbo del partido, con apego a la realidad que vivían muchos de los fundadores del partido: el olvido.

Pero el texto de *Nueva Izquierda* no sería el último reto profesional que enfrentaría ese final de 2003, año que había estado muy ajetreado en términos laborales. Había llegado nuevamente a primera plana de *El Universal*, había sido ascendido a Asistente Editorial de la sección de Opinión, y hasta había cambiado de trabajo, llegando a integrarme al equipo editorial del maestro Gabriel García Márquez. Uno de los últimos trabajos reporteriles que realicé en 2003, ya a finales de diciembre, fue la semblanza. Género periodístico que nunca había trabajado como tal.

Y es que previo a Navidad, *Cambio* editaría, como lo venía haciendo desde que comenzó con Editorial Televisa, un número especial sobre los personajes del año: políticos, deportistas, académicos o comunicadores eran escogidos por su trascendencia en el año que terminaba y se elaboraba de cada uno una pequeña semblanza.

Cada sección debía escoger a quienes se merecían ser considerados por *Cambio*, como los mejores en su área de influencia. La sección Vida Moderna decidió que los más destacados eran David Beckham, Lucero, Yahir,

la científica Linda Manzanilla, Alejandra de Cima, el Volkswagen Sedán, Ricardo *El Finito* López, el árbitro de fútbol Miguel Ramos Rizo y el pitcher Esteban Loaiza; los tres últimos me fueron asignados.

Cuando pregunté si los tenía que entrevistar, la cara de mi editora fue como si le hubiera preguntado que si la semblanza era oral o escrita. Era de obviarse que había que buscarlos. El problema era el tiempo. Me pasé los dos siguientes días buscando a *El Finito* y a Ramos Rizo, pues daba por descontado a la estrella de los Medias Blancas de Chicago, que radicaba en aquellas latitudes.

Por medio de mi amigo Jesús Yáñez, el entonces coeditor de deportes de *El Universal*, me hice del contacto de Ramos Rizo y de algunas personas que podían tener el de López Nava. Al primero lo encontré y entrevisté un jueves por la noche en plenas posada.

La de Rizo no fue una entrevista fácil, pues Ramos Rizo venía saliendo de una polémica por un supuesto caso de corrupción por arreglar un partido, situación que lo obligó a retirarse prematuramente, luego de participar como árbitro en la recién terminada Copa del Mundo Corea-Japón 2002.

Mi técnica fue preguntar cosas sencillas al principio para que el entrevistado me fuera dando el contexto de la entrevista, pues por las prisas, no había podido documentarme bien acerca de mi entrevistado. Lo que sí sabía era que para hacer una semblanza debía ir en orden cronológico y cuestionarle acerca de sus comienzos como silbante, su familia y aficiones.

Y si la entrevista fue difícil, la redacción lo fue un poco más, pues había que encontrar un punto medio entre el reconocimiento a su trabajo y la adulación barata. No quería, como periodista, elogiar el trabajo de mis personajes, sino dejar que sus propias historias lo hicieran. Creo que lo logré.

Me la pasé buscando por mar y tierra y de hecho hablé telefónicamente con Ricardo López Nava, el ex-campeón mundial, pero se me escurrió de las manos. No le pude sacar una cita, a pesar de que había logrado hacer lo más difícil, que era contactarlo, siendo que es un hombre que viaja mucho y una figura pública de primera línea.

Así, con *El Finito* y Loaiza tuve que documentarme muy bien vía Internet, revisando la confiabilidad de las páginas de donde extraía información, pues como no los entrevistaría, la semblanza sería 100% con información de

terceros. Aquí el reto periodístico fue discriminar información buena de la basura que flota en Internet y es que de ambos, las versiones de sus comienzos, e incluso lugar de nacimiento, eran contradictorias.

A pesar de no poder entrevistarlos, las semblanzas me gustaron, pues pude encontrar información buena de ambos, que me dio un panorama para editorializar en algunos renglones. Comenzaba entonces a tomar un ritmo en la revista, pues ya no había tenido problemas ni con redacción, ni de enfoque, y estaba granjeándome nuevamente la confianza de mi editora. Así terminó ese 2003, otro año de aprendizaje masivo.

2004 una realidad diferente

El nuevo año comenzaba con buena cara. Luego de una fiesta de fin de año con los compañeros de la revista y múltiples brindis con gente cercana a los medios de comunicación, con quien poco a poco me iba relacionando fuera del trato acartonado que imponen los esquemas gerenciales de las empresas.

Podía asegurar que mis dificultades en la redacción y el enfoque habían terminado. Ahora pienso que se trataba, como bien me lo decía el periodista Jesús Yáñez, de un problema de adaptación que todos los periodistas suelen experimentar al trabajar en un medio nuevo. Y aunque continuaba el trabajo de pulirme como periodista, ya comenzaba a ambicionar los temas que me pusieran en portada, aunque en mi fuente era algo difícil, a menos que trabajara en un tema que le robara la atención a la política, la economía o la seguridad. Pero llegar a ese punto sería difícil y tomaría su tiempo.

Realicé temas de tecnología como el publicado el 18 de enero de 2004, titulado “Las viejas llegan del norte”, donde abordé con el género del reportaje la historia de la apertura de las fronteras mexicanas para la libre importación de equipo de cómputo usado proveniente de los Estados Unidos y Canadá.

El título, que yo mismo escogí, me dio la pauta para hacer un reportaje redactado en un sentido ameno y didáctico. Un detalle interesante es que éste fue uno de los primeros trabajos en los que comencé a afirmar una manera de trabajo que hasta hoy conservo.

Antes de iniciar el reporte de cualquier nota, lo que comencé a hacer era preguntarme: “¿cuál es el objetivo o la importancia del texto que quiero

realizar?”. Con base en la respuesta, iniciaba una mini-lluvia de ideas en mi cabeza para encontrar conceptos verbalizables con el fin de hallar un encabezado provisional y con base en él trabajar el cuerpo de la nota.

Lo anterior no quiere decir que si de pronto encontraba algún otro ángulo más interesante, la cabeza no pudiera cambiar; es más, el reto personal comenzaba a ser el cuestionar a cada momento la pertinencia de la cabeza y el enfoque elegidos, para ponerlos a competir y aumentar la calidad de mi escrito.

Muy diferente a lo que hacía hasta antes de ese momento, pues como les platicaba páginas atrás, lo que acostumbraba era reunir la mayor cantidad de información posible, leer la mitad (era cierto, pues a final de cuentas me llenaba de documentos en exceso), y quedar frustrado por no poder meter toda la información en la redacción final.

Y eso fue. Aprendí a jerarquizar realmente la información, con la mira específica a perfilar una fórmula que más o menos me ayudara a facilitar el proceso periodístico. Vaya, era, como se dice en el fútbol, aprender a recibir el balón y hacerme un autopase en la misma acción.

Teniendo el título, escrito ya en una hoja en blanco, procedí a preguntarme quién podía tener información sobre el tema, hipótesis que también anoté, y hasta ese punto ya comenzó mi labor reporteril en documentos, entrevistas e información de gobierno.

Así terminé mi texto, pensado para dos páginas, con medidas que había ido ajustando dependiendo de la publicación. Por ejemplo, sabía que para una plana de revista un texto no debía pasar de dos mil seiscientos cincuenta caracteres para poder ser complementado por una fotografía y una buena cabeza. El texto debe también dejar un buen espacio para que los diseñadores lo presenten ingeniosamente.

El artículo “Las viejas llegan del norte”, representó para mí el primero bajo mi nuevo esquema de trabajo. Luego de trabajar temas de tecnología e Internet por casi cuatro meses de trabajo en *Cambio*, mi editora me comentó que debía también aportar ideas novedosas para temas de estilo de vida, espectáculos y vida.

Ella sabía previamente acerca de mi gusto por los temas de política y me propuso que fusionara las dos fuentes y que tal vez saldría algún tema novedoso. Lo vimos en una junta y le propuse hacer un tema acerca de los

“comederos de los políticos”, un tema, si bien de estilo de vida, muy conectado con la política. Me gustó y le puse manos a la obra pues tenía un par de días para reportarlo.

Con todo y mi nuevo método, un tanto científico, un tanto empírico, para trabajar, me fue difícil introducirme a una fuente que jamás había reportado. Y me preguntaba, ¿cómo hacer un tema acerca de los comederos políticos si no conozco a los políticos? Para ello me acerqué con Alejandro Lelo de Larrea, él conocía de arriba abajo a la plana mayor de los políticos mexicanos, senadores, diputados, funcionarios, etcétera.

Primero me dijo que debía conocer cómo se manejaba la información en donde trabajan los políticos, para poder acercarme a algunos de ellos y preguntarles directamente cuál era el restaurante de su predilección y si es cierto que en las comidas es donde se cierran muchos acuerdos parlamentarios y “apoyos” hacia uno u otro candidato.

Fui con Alejandro a la Cámara de Diputados una tarde, y él me explicó cómo funcionaba una sala de prensa tan complicada, con alrededor de ciento veinte reporteros pendientes diariamente de lo que sucede al interior de sus instalaciones y con cada uno de los quinientos diputados.

La sala de prensa está pegada al salón de plenos, y en pantallas uno puede seguir lo que pasa dentro. Salvo que uno tenga un permiso especial o conozca bien a la gente de Comunicación Social, el reporte normalmente debe hacerse en la salita, y no dentro del recinto, como se hacía antaño. De otra manera, uno puede acceder al llamado “corralito de la ignominia”, que no es más que una pequeña zona en el rincón del salón de plenos, donde se puede tener contacto con los legisladores, eso sí, separado de una cerca de madera de un metro y pico de alto.

Luego de darme los antecedentes generales para allegarme de información en un mundo tan “peculiar”, como lo es la Cámara de Diputados, Alejandro se dedicó a lo suyo. Yo, me armé de valor y con mi grabadora en mano y un montón de novatez, decidí colarme en el salón de plenos y tratar de “pepenar” a alguno de los legisladores que estuvieran cerca del “corralito”.

Aun así no era sencillo, mis preguntas eran bobas, en contraste con lo que preguntaban los otros colegas, con notas del día e información relevante. No iba a meter mi grabadora para preguntarle al entonces presidente de la LIX

Legislatura, el panista Juan de Dios Castro, en medio de un “chacaleo”, si le gustaban las enchiladas o qué lugar prefería para comer sushi. Debía ser un poco más en corto y relajado con cada uno de los entrevistados.

Así, logré dos o tres entrevistas con diputados que Alejandro me indicó que podían prestarse al tema, pues no a todos, según él, les gustaba ser entrevistados para temas tan “banales”.

Luego de esa experiencia en la Cámara, tuve un poco más de panorama, para ya lanzarme a los lugares, a los restaurantes. Visité el Balmoral, lugar donde le gustaba comer a la dirigente magisterial Elba Esther Gordillo; el Cardenal, preferido de la clase política hasta el momento por estar muy cerca de la Cámara de Senadores y de las principales oficinas de gobierno (Av. Juárez, enfrente de la Alameda Central). Y otros como el ChampsEliséesy el Café Miró, de Insurgentes y Bucareli.

En dos días, amasé una buena cantidad de historias, platicando con los gerentes, meseros y hasta con los mismos comensales, tomando como norte lo que había investigado previamente en mi visita a la Cámara de Diputados, y en una posterior que hice a la Asamblea Legislativa del D.F., donde también entrevisté a algunos legisladores.

Dentro de esas historias, conté la de un encuentro del ex-secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, con la maestra Elba Esther. En un comedero llamado Balmoral, en el interior del hotel Presidente Intercontinental de Polanco. Ambos políticos de corrientes irreconciliables dentro del PRI se reunieron precisamente el día que yo reportaba en el lugar y pude contar muchos detalles de ello. Precisamente, ese tema sería la historia guía de mi reportaje, titulado con toda intención “Si los manteles hablaran”.

De ese trabajo aprendí lo deliciosa que es la Ciudad de México en cuanto a las ofertas culinarias, y lo asqueroso de las cuentas de nuestros funcionarios, que le dan rienda suelta a su obesidad en dichos lugares. Además, comenzaba a conocer las entrañas de la política: oscuras y agrias, sólo aptas para conciencias con poca vergüenza, y ya les contaré por qué.

El tema de los comederos de los políticos fue bien recibido por la junta de editores. De hecho uno de ellos, el Editor de Política, Salvador Frausto, me comentó que le había parecido un enfoque diferente al del tema de política duro y con lenguaje reporteril. Había refrescado, me dijo, la sección.

Seguí publicando temas cada semana; era un ejercicio constante de aplicación periodística y de jerarquización para ofrecer un tema ingenioso. Dentro de ese periodo de mi vida publiqué decenas de temas, cada semana mi trabajo salía en la revista, firmado. Ya me había acostumbrado.

Dentro de esos temas ubico también como importante uno titulado “¡Me enferma la oficina!”, que sería uno de los primeros textos acerca de salud que realizaría en mi carrera. Dentro de la sección de Vida Moderna, también supuestamente ésa era mi fuente, pero hasta entonces sabía poco del periodismo enfocado a la salud y el movimiento informativo de éste.

El tema se me ocurrió platicando con un médico especialista en infectología que conocí durante una conferencia de prensa en la UNAM. Él me platicó que las personas que trabajan en oficinas en todo el mundo, son más propensas en enfermarse con mayor frecuencia, pues la calidad del aire, la distribución física y el contacto con otras personas, genera un ambiente laboral que literalmente enferma a las personas.

Le pedí una entrevista al doctor Erick López, y me ayudó a ahondar sobre el tema. Una vez más, apliqué mi esquemita de enfocar primero, muy bien mi tema, antes de dar pasos hacia cualquier lado. Desde que lo comencé, sabía que el texto se llamaría así, “¡Me enferma la oficina!”, y eso me ayudó mucho a diseñar la vía por la que transitaría mi reporteo.

Fue un poco complicado acercarme a fuentes de información de salud que reforzaran lo que me había platicado el doctor López, pues era mi primera incursión dentro de del área. Pero al acercarme a Adriana Hernández Uresti, la Coeditora de la sección, quien tenía más experiencia que yo, me pude dar una buena idea de ello y resolverlo mejor.

El tema quedó muy bien presentado, pues procuré hacer un texto claro y corto, para dejar una página completa a la ilustración de referencia, que visualmente resuelve muy bien y se convierte en el “gancho” para que el lector comience a leer el cuerpo de texto.

De nuevo, las mieles de la portada

Había trabajado por nivelar la calidad de mis trabajos periodísticos acorde al medio de comunicación en el que trabajaba y con los grandes periodistas que

hacían de la revista *Cambio* un gran medio de comunicación, aunado con la presencia de García Márquez, como su espíritu central del trabajo.

Entonces, lo había logrado. Ya estaba, sino al nivel, sí muy cerca. Entonces, al saberme casi al salvo, comencé a relajarme y a disfrutar un poco más mi estancia en la revista. Al mismo tiempo tenía una intención latente de regresar a hacer temas fuertes, que fueran comentados en los medios y que generaran polémica. Era ego, lo admito.

Mi objetivo era claro: ser portada de *Cambio*. Pero, como lo conté cuartillas atrás, ahora era un tanto más difícil que en *El Universal*, pues mi fuente, Vida Moderna, no daba mucha información de interés general o “fuerte”, para competir con un tema de portada de las secciones de Negocios o Política, que eran las que se llevaban los temas principales semana con semana.

No obstante, no me iba a dar por vencido tan fácilmente. Lo tenía que intentar, por lo menos. Pero antes de proponer cualquiera de los temas que ya tenía pensados, debía documentarme muy bien, para sostenerlos ante la junta de editores. Uno de los temas que tenía ya investigados era sobre la supuesta adicción a Internet. Y es que mi vida, ya desde entonces comenzó a sumergirse cada vez más en la red.

Comencé a seguir el tema a partir de una nota publicada en el portal de la BBC, que hablaba acerca de la discusión de expertos británicos para incluir en el DSM IV (el manual para definir enfermedades mentales), el supuesto trastorno de la adicción a Internet, pues recién se había aprobado científicamente un cuadro clínico específico para adicción al juego, denominado ya “ludopatía”. Me interesó el tema y lo fui siguiendo desde principios de 2004 y hasta marzo fue cuando di con las primeras informaciones que apuntaban a que el tema podía saltar a la portada.

Y es que buscando a algún investigador mexicano que estuviera abordando el tema, me encontré con que la psicóloga Georgina Cárdenas, de la Facultad de Psicología de la UNAM, tenía un estudio en curso, cuyos primeros resultados sugerían que el uso excesivo de Internet se trataba de un trastorno serio y no sólo de una manía pasajera.

Busqué a Cárdenas y me comentó en una entrevista que aún no quería dar a conocer nada a los medios de comunicación, pero que conforme la

investigación avanzara, yo sería el primer periodista que lo supiera, pues había sido el más interesado en divulgar el trabajo que ella realizaba.

Así esperé unas semanas, aunque pensaba que probablemente la doctora no me llamaría. Además, del tema ya había investigado mucho. De hecho hasta realicé un par de entrevistas, una vía Internet con un profesor de la Universidad de Cincinnati, y otra con la psicóloga Carmen Bayón, una española pionera en el tema, quien incluso montó un sitio en Internet llamado adictosainternet.com.

En espera de que la doctora Cárdenas me llamara para entonces poder “cantar” el tema a mi editora, me venció el ansia y se lo platicué. Inicialmente le pareció sobrevalorado para ser un tema de portada, pero al paso de los días me pidió más información de cómo iba con la investigación. Se convenció entonces de que aunque sonara descabellado, el tema de la adicción a Internet merecía un tratamiento serio y, habiendo fuentes de información de tamaño, merecía ser puesto a consideración de la junta de editores. Para ello, debía tener noticias de la doctora Cárdenas y su autorización para hacer pública su investigación, que arrojaba datos concretos: 10% de los mexicanos sufría una adicción a la computadora, en particular a Internet.

Cuando menos lo esperaba, ya a finales de abril, la doctora Cárdenas llamó a la redacción y me dio una cita en su casa de la colonia Narvarte para platicar acerca de los resultados de la investigación. Me confirmó lo que ya presentaba en el adelanto que le escribí a mi editora y me dijo estar dispuesta a darme la exclusiva de la investigación.

Lo platicué con mi editora y, ahora sí, lo expuso en la junta de editores el lunes siguiente. Mientras me dedicué a reportear el tema, a la par de mis notas semanales que debía cubrir, lo que me acarreó una muy buena carga de trabajo extra, como nunca, tal vez.

A esas alturas, ya había “terminado” la escuela. O mejor dicho, había concluido el ciclo escolar oficial, y sólo me encontraba cursando una que otra materia y “cazando” las inscripciones para los exámenes extraordinarios. Ocho materias reprobadas no eran pocas, más de un semestre completo, lo sabía. Así que tenía un poco más de tiempo para mi trabajo reporteril.

La opinión de la junta de editores fue satisfactoria en términos generales. Al maestro García Márquez, me contó mi editora, le gustó el tema y pidió que

se hiciera desde un enfoque social, con historias de personas reales detrás de la computadora, pues corríamos el riesgo de hacer sólo una nota informativa de divulgación; él quería “que le contáramos”, como él mismo se refería, la historia de nuestra nota, no la nota propiamente en frío y en dos dimensiones.

En búsqueda de esa tercera dimensión me senté a escribir el reportaje que significó mi regreso a la portada. No obstante, no podía cantar victoria, pues antes de ser publicado, el tema debía pasar por los ojos de todos los editores, pues así estaba acordado desde el principio. Había que cuidar mucho la presencia de la revista.

Un día me tardé en la redacción del *teaser* del reportaje, no podía tardarme más. El adelanto debía tener toda la información dura que incluiría en el texto y estar esquematizado para sólo incorporar las historias que había pedido García Márquez que se incluyeran como marco del tema.

No fue difícil conseguir quién tuviera algo importante que contarme en relación de su forma adictiva de usar Internet. Esa misma noche, al calor de las prisas periodísticas, me sumergí en dos o tres *chats* de expertos “ociólogos”, y lancé la pregunta directa en la pantallita: “¿alguien aquí cree que es adicto a Internet?”.Rápidamente se prendieron muchas ventanitas en mi barra de herramientas, con internautas interesados en responder mi pregunta.

Fue extraño hallarme, no escribiendo sobre Internet, sino reportando dentro de Internet con personas del otro lado de la computadora. Luego les dije que era periodista y que estaba haciendo un reportaje acerca de la adicción a Internet; tres de ellos accedieron a contestar una entrevista virtual e incluso con uno de ellos tuve una cita en persona al día siguiente. Todo urgía, pues el reportaje debía estar listo ese mismo día.

Desvelado de dos días, terminé de escribir las historias de mis entrevistados y las incorporé a mi *teaser* informativo que había entregado a la junta de editores. Me gustaba cómo estaba quedando. Ya sólo esperaba las últimas correcciones que le hiciera el Director Editorial, José Ramón Huerta.

Sin muchas correcciones de fondo, la portada de la revista publicada el 2 de mayo de 2004 fue el reportaje titulado “La adicción del Siglo XXI”, en la que aparecía un chico calvo con un símbolo “@” dibujado en la cabeza. De nuevo estaba allí donde me gustaba, en el tema principal.

El tema fue bien recibido por la junta de editores, a la que me invitaron por única ocasión, sabiendo, asumo, que mi caso era especial, pues había pasado de estar a punto de perder mi trabajo por novato e incompetente, a estar en la primera línea: la portada.

***Milenio*, comienzos como colaborador**

Antes de finalizar mayo, acudí como reportero a un viaje de prensa, de los famosos FAM de prensa. En esa ocasión fuimos invitados por una agencia de relaciones públicas llamada MartecPorterNovelli, para asistir al Congreso Internacional de Nutrición 2004. En ese viaje conocí a Consuelo Contreras, editora del suplemento *Salud de Milenio*, quien me invitó a colaborar en el periódico luego de leer mi reportaje acerca de las oficinas enfermas que había escrito unos meses atrás.

Así comencé una relación profesional que duraría más de un año, en la que cubriría esporádicamente eventos y realizaría artículos referentes a información de ciencia y salud, ah, eso sí, por muy poca paga. No obstante lo acepté pues miré en ello la manera de regresar a un diario sin perder mi trabajo de la revista *Cambio*.

Regresando a México después del viaje, Consuelo me encargó mi primera asignación. Debía ir a la granja “El Oyameyo”, propiedad del químico Luis Manuel Guerra, a entrevistarlo acerca de algunos temas ecológicos que repercuten directamente en la salud. Bien a bien, la orden de trabajo no era clara, sólo había que ir a la granja y obtener una buena nota. Después me daría cuenta que sólo se trataba de un “favor” editorial, logrado mediante una agencia de relaciones públicas que manejaba la imagen del químico Guerra.

Con todo y mis dudas acerca del enfoque del tema, llegué al lugar, un hermoso rancho a las afueras de la ciudad, a unos minutos del pueblo de Topilejo, en la delegación Tlalpan. Poco a poco, fui escarbando en entrevista al químico Guerra y encontré varios puntos informativamente valiosos que, lejos del “chayotazo” que pretendía mi editora, podían ser un tema de relevancia.

Resulta que Luis Manuel Guerra vivía en unas de las tres casas totalmente autosustentables de México, es decir, hogares que podían generar

su propia energía eléctrica, sus propios alimentos, y reciclar sus desechos, tema que abordé con mucha importancia.

El científico también me reveló datos importantes que apuntaban que para el 2010, la Ciudad de México podría sufrir un colapso hidrológico de proporciones catastróficas, ello por la poca filtración de agua hacia los mantos freáticos y la sobreexplotación del agua del subsuelo.

Así, titulé a la entrevista “Inminente colapso ecológico en el DF”, que mi editora me pidió para una plana completa, para publicarse en el número 26 del suplemento mensual, que saldría el 28 de junio de 2004. Pero no todo eran buenas noticias para entonces. Vendría un cambio, y vaya de qué tamaño.

Lo inesperado, el cierre de *Cambio*

Llegó el fin de mayo y al mismo ritmo comenzaron los rumores acerca de la poca venta de la revista en los espacios de punto de venta. Sabíamos ya de antemano que costaba mucho que entraran inserciones publicitarias pagadas a la revista, pero los reporteros ignorábamos hasta donde podía influir en la subsistencia de la revista.

El caso es que la directora general de proyecto, había reñido unas semanas antes con García Márquez, pues el Nobel se estaba “desmarcando del proyecto”, es decir, ya no iba muy seguido a las juntas y había tenido diferencias de criterio con el manejo comercial de la revista.

El caso es que la última semana de mayo, se nos convocó a una junta extraordinaria a todos quienes formábamos parte del proyecto. En ella Guillermo Bustamante y Aideé Reséndiz, nos comentaron que el proyecto no podía sostenerse por más tiempo, pues la parte colombiana de la revista había decidido ya no participar más ni económica ni editorialmente, incluyendo a “Gabo”, con lo cual, la empresa quedaba un tanto en indefensión financiera y con muchos compromisos económicos que afrontar. No obstante que se nos había dicho que la editorial dueña del proyecto, Contendencia, tenía recursos para sostener la revista durante por lo menos un año.

El mercado fue implacable con este noble proyecto. El 7 de junio de 2004, se nos anunciaba en una junta que se prolongó hasta la madrugada, que el siguiente número no saldría, pues la empresa había perdido liquidez para

pagar la nómina y se hacía insostenible la situación. El proyecto de *Cambio* había terminado sin siquiera haber empezado del todo. Pero, aprendería luego, “el medio de los medios” es así, itinerante, incierto, inesperado.

Todo mundo se quedó sin empleo, excepto yo. Guillermo Bustamante me llamó días después para invitarme a formar parte de un proyecto alterno de la empresa Contendencia, la revista *Encuesta*, del que ya les había hablado páginas atrás. El asunto es que Bustamante, además de ser mi amigo, sabía cuánto necesitaba el trabajo, pues apenas en diciembre de 2003 me había comprado un auto nuevo y tenía que pagar una mensualidad. Lo anterior se conjugó con la necesidad de la revista *Encuesta* de un reportero pues el anterior había renunciado.

La revista *Encuesta* fue la primera dentro del grupo editorial Contendencia, y su buen andar dio pie a nuevos proyectos como *Seguridad Magacín* y posteriormente *Cambio*; era la revista más rentable de la empresa y se mantenía aún firme.

A mediados de junio me integré a la redacción de *Encuesta*, donde trabajaba como editor el maestro y gran intelectual mexicano León Ferrer; el periodista Miguel Uriarte, como jefe de redacción, y la coordinadora editorial, Julieta Arévalo. Yo llegaba como reportero, el puesto más bajo, pero se trataba de un proyecto interesante, serio y que me podía dejar enseñanzas nuevas, en especial por el contacto con un medio diferente al periodismo convencional: las encuestas y los procesos de opinión pública.

De mis primeras tareas en la oficina de *Encuesta* fue auxiliar en la parte de edición en el cierre de la revista del siguiente mes, julio. El número ya iba retrasado y me encargué de redactar algunos textos, cabecear secciones y revisar corrección de estilo de otras. Era mi primer trabajo de edición como tal en revista, pero el maestro León Ferrer me tuvo confianza.

Digo que había mucho que aprender, pues la naturaleza de la revista lo permitía. *Encuesta* tenía como consejeros editoriales a personalidades como Roy Campos, Director General de la encuestadora Consulta Mitofsky; Francisco Abundis, Director General de Parametría; Jesús Silva-Herzog Márquez, y Alberto Begné Guerra, todos intelectuales con mucha influencia en el momento, pues el país recién salía de una elección crucial, la intermedia de 2003, y se dirigía con todo hacia la épica batalla electoral del 2006.

Como parte del equipo de *Encuesta*, debía asistir a las reuniones con algunas de las personalidades que anteriormente cité; particularmente me tocó platicar varias veces con Roy Campos y Francisco Abundis, con quien trabé una cierta amistad.

Centrándome en mi trabajo concreto, para el número 21 de *Encuesta* redacté dos notas. Una fue un análisis acerca de las encuestas que daban como favorito a la presidencia al dueño de las “farmacias similares”, Víctor González Torres. Para sustentar mi hipótesis de que dichos sondeos de opinión no eran más que un ejercicio de vanidad personal y que carecían de toda credibilidad, entrevisté tanto a Daniel Lund, Presidente de la encuestadora Mund Américas y a Austreberto Torres, socio Director de Alducín y Asociados. El segundo me dio una explicación metodológica para obtener el margen de error de una encuesta, resultando que la supuesta encuesta que se realizaba a las personas que acudían a una farmacia “similar”, no cumplía ni con la mínima reglamentación para considerarse siquiera un sondeo.

Busqué, como todo periodista lo debe hacer, la versión de González Torres, misma que, obviamente no obtuve, pues el señor se caracteriza (y eso cualquiera lo sabe), por ser intolerante a la crítica y poco diplomático.

El segundo tema que me tocó preparar fue la sección Con-sentidos, en que se hacía semblanza de los personajes, valga la redundancia, consentidos de distintos ámbitos de la vida del país. Por ejemplo, se hacía una encuesta nacional para determinar quién era el actor o actriz mexicano más querido por la opinión pública y si Demián Bichir resultaba ganador, había que hacerle una entrevista y unas fotografías para presentarlo como el “consentido del mes”. La fórmula era interesante.

Una encuesta que la revista hizo a nivel nacional mediante Investigaciones Sociales Aplicadas (ISA), arrojó que el comunicador más popular de México en ese momento era Javier Solórzano, que entonces tenía su noticiario *Hoy por Hoy* de la tarde en Televisa Radio.

El encargado de buscar a Javier Solórzano era yo. Menuda tarea me habían dejado los encuestados, pero ni modo, así es la opinión pública. Y aclaro eso de “menuda”, pues Javier venía saliendo de una situación muy delicada, que fue el cierre del periódico *El Independiente*, propiedad del

empresario argentino Carlos Ahumada, entonces prófugo de la justicia por fraude contra el Gobierno del Distrito Federal.

Recordemos que el verano de 2003, se desató una crisis en el sistema político nacional, al mostrarse en televisión los videos en los que distintos personajes de la izquierda, entre ellos René Bejarano, entonces líder de la Asamblea Legislativa del DF, recibían recursos millonarios en dólares, maletas para ser exactos, por parte de Ahumada, hecho que desató la persecución del empresario, la detención del ex-secretario de Finanzas del DF, Gustavo Ponce y el cierre del periódico *El Independiente*.

Solórzano era nada menos que el Director de *El Independiente*, y fue acusado en su momento de cierta complicidad al no revelar nada a los periodistas que estaban a su cargo acerca de la procedencia del dinero que sustentaba el 'megaproyecto' que significó el diario, cuyas instalaciones eran las más modernas y costosas entre los diarios del país. Era, dicen, demasiada la cercanía con Ahumada, que era imposible no haberse enterado de los negocios turbios del empresario.

Desde el cierre del citado periódico hasta finales de junio, cuando le solicité la entrevista, Solórzano no había hablado con ningún medio, pero al aclararle que no pretendía abordar nada acerca del incidente de Ahumada, aceptó, en parte también motivado por ser el periodista "consentido" de nuestra encuesta de ISA. A los pocos días de haberla solicitado, Solórzano me concedió la entrevista en sus oficinas de Televisa Radio. En su oficinita modesta, me recibió con una actitud fresca.

Durante más de dos horas hablamos de todo, desde sus comienzos en Imevisión, al lado de la querida Carmen Aristegui, hasta su familia y vida personal. Me acompañaba a la entrevista la fotógrafa Lizeth Arauz, quien le haría la sesión fotográfica en el patio de la radiodifusora.

Todo iba muy bien en la entrevista, había obtenido lo que había querido, y como lo prometí, no tocaría el tema de Ahumada y la crisis de *El Independiente*, pero como la plática estaba muy buena, se decidió a contarme muchas cosas que él consideró como su verdad.

Ya fuera de entrevista, me hallaba sentado en la oficina de un "peso completo" de los medios, platicando de "tú a tú" sobre temas que entonces sólo había visto en la televisión o leído en los diarios; ¡vaya! todo el mundo sabía

que existía una crisis por los “videoescándalos”, pero ahora estaba hablando con uno de los que estaban haciendo la historia en ese momento.

Le hice preguntas como: “¿no me digas que no sabías que Ahumada andaba en cosas chuecas?”, mismas que aguantó a pie firme, con un gran colmillo, pero sí me di cuenta de su necesidad de, en cierta manera, desahogarse acerca del tema.

Entre otras cosas me contó cómo fue que conoció a Ahumada y acerca del cabildeo que él, personalmente hizo, para que se diera una cita entre el empresario argentino y Andrés Manuel López Obrador, cita que oficialmente nunca sucedió, pero lo interesante del asunto es que Solórzano aceptaba que por momentos se había convertido en publirrelacionista de Ahumada.

Me contó también la historia de la cancha de futbol que Ahumada mandó a instalar en los terrenos de *El Independiente*, palabras más, palabras menos “... le dije una vez a Ahumada cuando comenzábamos el proyecto, que estaría bueno ir de vez en cuando a echar una cascarita, a lo que él me respondió al día siguiente mandando a construir una cancha de futbol para el personal del diario... lo sentí como un regalo personal...”

Eran revelaciones que no podía dejar de apreciar, pues a nadie, según el mismo periodista, se las había contado. Al terminar la charla sólo me aclaró que fuera discreto con lo que me había contado.

Con esa buena entrevista bajo el brazo, tenía muy buena “carnita” para escribir un nuevo género periodístico en mi carrera. Había empezado, como lo han podido ver con el reportaje, luego seguí con la nota informativa, el artículo informativo, la semblanza y ahora, la entrevista, tal y como lo dicen los cánones, donde el entrevistado es el sostén y motivo de todo el texto.

A la hora de redactarla recordé mucho las clases de entrevista que recibí de una gran docente y periodista, la profesora Elba Chávez, quien me impartió esa materia en segundo o tercer semestre. Ella siempre nos decía que la entrevista era un género periodístico de los más difíciles, pues además el proceso intelectual comenzaba mucho antes del contacto propio con el entrevistado, y terminaba hasta después de haber puesto el punto final al texto. Un proceso largo en el que no podíamos descuidarnos, pues corríamos el riesgo de que, como se dice en el argot “se nos fuera la nota”.

El texto final tuvo como título “A mí nadie me compra”, y propiamente me gustó el resultado, pues había logrado por un lado plasmar el sentimiento de mi entrevistado, un tanto melancólico por lo que no fue, así como hacer atractiva la redacción de mi texto, incorporando elementos exclusivos respecto de un tema que aún robaba las primeras planas de los diarios.

Comenzaba julio y se generaba un ambiente de compañerismo en la revista, me estaba adaptando con apenas dos o tres semanas dentro. Mientras, aún seguía latente el efecto colateral del cierre de la revista *Cambio*, pues todos los periodistas que laboraban en ella decidieron entablar una denuncia laboral contra Guillermo Bustamante y Aideé Reséndiz, pues Contendencia aún no daba visos de querer pagar las indemnizaciones pertinentes por el despido del personal, arguyendo una quiebra.

Pero cuando estábamos a punto de concebir el número de agosto de *Encuesta*, se dio una noticia inesperada. Al verse ahogados de deudas, los dueños de Contendencia vendieron ambas revistas a Editorial MAC, que publicaba los diarios *Rumbo de México* y *Estadio*, y que además tenía varias frecuencias de radio, entre ellas Radio Capital.

La noticia de un día para otro significó que nos desalojarían del edificio de Chiapas 184, que habíamos ocupado por cerca de diez meses.

Se interrumpió la producción de la revista de agosto y dejamos de trabajar durante una semana, tiempo en el que no sabíamos si nos volverían a llamar para trabajar con la nueva empresa, dueña de ambas revistas.

Me llamaron por teléfono para que asistiera a una reunión a las oficinas de MAC, ubicadas en la calle de Montes Urales, en las Lomas de Chapultepec; ahí negociamos situación contractual todos los del equipo de *Encuesta*, excepto el maestro León Ferrer, quien prefirió retirarse inteligentemente.

Mi vida laboral había caminado demasiado en sólo unos meses. El nuevo dueño, un tal Luis Maccise, nos dio la bienvenida y tuvimos que esperar un periodo de quince días para regresar al trabajo, pues debían traer todo el equipo de cómputo a la nueva sede.

En esos quince días pasaron muchas cosas. Me enteré, como era de esperarse, que la editorial MAC reviviría la revista *Cambio*, para lo cual ya estaban afinando las condiciones. Sonaban varios nombres para dirigir esta

nueva etapa de la publicación, entre ellos, el mismo Javier Solórzano o incluso Raymundo Riva Palacio, pero sólo eran especulaciones.

En una plática con Reséndiz, le comenté que sería bueno invitar a Salvador García Soto, pues había también visto el proceso de *Cambio* desde que el cabezal pertenecía a Televisa, y su probada calidad profesional y reputación, lo hacían un buen candidato. Reséndiz lo llamó al instante y agendó una cita.

Días más tarde García Soto, ahora famoso por ser el creador del ingenioso formato de opinión editorial de “El Duende”, estaba sentado en una sala de juntas discutiendo el proyecto con los ejecutivos de MAC.

Hablé con él, pues lo conocía previamente de algunas fiestas, y le pedí que me incluyera como redactor en el proyecto del nuevo *Cambio* lo que me contestó positivamente; es más me pidió que fuera su coeditor de la sección de Información General, lo cual me llenó de satisfacción. Todo parecía salir así, bajo el guión anterior, pero un mal día García Soto declinó participar en el proyecto. Lo dijo sólo un par de días antes del comienzo del armado del número de relanzamiento, es decir “al cuarto para las 12”.

El proyecto corría el peligro de malograrse por la declinación de García Soto, pero los nuevos propietarios del cabezal decidieron que yo, como único sobreviviente de la segunda era de *Cambio*, me hiciera cargo del relanzamiento de la revista. Cuando me lo comunicaron y me hicieron una oferta económica que superaba un 100% mi contrato, supe que iniciaba un gran reto.

Los dos meses del gran reto

Con sólo unos tres años de experiencia en medios me estaba sacando la rifa del tigre, auténticamente, y poco después me daría cuenta realmente del porqué. Sería entonces el Coordinador Editorial de la nueva etapa de la revista *Cambio*, hecho que causó extrañeza entre todos los ejecutivos de MAC, pues alguien más esperaba el cargo. No obstante, los dueños apelaron a mi experiencia y conocimiento del producto para sacarlo adelante en el momento crítico.

Me hallaba ahí, a mis veinticuatro años de edad, con todo un proyecto editorial a cuestas y pronto tuve que salir del asombro para dedicarme a hacer

lo que sabía: trabajar. Lo primero fue reunir un nuevo equipo editorial; en ello me dieron una “ayudadita”, por decirlo de la mejor manera, los dueños de MAC, recomendando a cuanto conocido tenía sin trabajo, muchos de los cuales no tenían ni la más remota idea de lo que era trabajar en una revista y mucho menos escribir un párrafo de forma coherente.

Estaba en ese proceso de selección de personal, cuando me dieron una de las peores noticias y que determinaría mi corta estancia en el proyecto. Me presentaron a quien sería el Director Editorial, que no era ni Solórzano, ni Riva Palacio sino un tal Alejandro Envila Fisher, viejo lobo de mar hecho al sazón del viejo régimen priísta, cuyo mayor mérito era haberse granjeado la confianza de los Maccise. Y no lo digo yo, pregúntenle a personalidades como Jenaro Villamil, especialista en medios que sabe mucho del caso.

Desde mi primera plática con Envila, me di cuenta de que algo olía mal, muy mal. Su manera de ejercer la autoridad rayaba en lo fanfarrón y su criterio editorial no se regía más que por la cantidad de billetes que un funcionario pagara porque en la revista se le tratara bien. Era, de alguna manera, mi primer contacto con el mecanismo frío e implacable de financiamiento de los medios de comunicación, de la mayoría, por lo menos. Mi inocencia no me ayudaba en mucho para tratar con un nivel de intereses tan elevado. Todo mundo en la nueva empresa estaba esperando “tomar” de la revista una buena parte para ejercer algo de poder, pero Envila quería llevarse todo.

Con todo en mi contra, tuve que cumplir con un ritmo frenético de trabajo, pues en diecisiete días exactos debía tener la revista quemada en un disco para que la llevaran a la imprenta.

La tarea de reunir a un buen equipo de colaboradores fue difícil, pues la primera condicionante de Envila fue reducir los sueldos en un 60% con respecto a los que se pagaban en *Cambio* segunda etapa, es decir, tenía que conseguir reporteros de siete mil pesos mensuales y editores de once mil. Una locura para el nivel de exigencia que tiene un cabezal como el de *Cambio*.

Con todo, logré que se incorporaran tres ex-elementos de la segunda etapa: Alejandro Lelo de Larrea, como Editor de Política; Osvaldo Anaya Oliver, como Coeditor General, y Mario Carrasco Teja, como Coeditor de Cultura. Completados por la gente que me impusieron en la empresa, con quienes hubo que remar. Se comenzó a trabajar en habilitar los servidores y en que los

diseñadores hicieran una identidad de la revista un tanto diferente a la de la revista pasada, pues había que ofrecer novedades para los lectores.

Todo eso ocurría cuando ni siquiera habían llegado las computadoras para trabajar. No había luz en las nuevas oficinas, ubicadas en una parte nueva del corporativo, y no teníamos ni secretaria ni mensajero.

Todas las condiciones eran perfectamente adversas, ahora veo que macabramente diseñadas para que mi equipo y yo fracasáramos y alguien más se aprovechara de nuestra falla. Incluso, una vez ya a avanzada la edición de la revista de relanzamiento, uno de los diseñadores me alertó de que se estaban perdiendo archivos de la red, y al día siguiente nos dimos cuenta de que nos había borrado media revista del servidor, así, como si nada.

La situación comenzó a agravarse cuando comencé a entrar a las juntas que realizaban los dueños para revisar el arranque de los nuevos proyectos, y en ellas se trataba a la información sólo como moneda de cambio. Me daba literalmente “asco” ver cómo la idea que tenía del periodismo y del trabajo serio era despedazada por este puñado de empresarios.

No obstante, a mis veinticuatro años intenté una defensa de la agenda informativa seria, argumentando que la revista tenía una reputación sólida como un medio con credibilidad y de investigación, a lo que el accionista mayor, llamado AnuarMaccise, me contestó: “Ésas son ‘chingaderas’, don Sergio, a ver dígame dónde está el negocio, aquí vamos a volver a hacer el negocio, y nos vamos a ‘chingar’ al que no le entre con su publicidad”.

Era de esperarse que los gánster actuaran como gánster. Entendí que ése sería el nuevo modelo editorial de la revista: golpear funcionarios con una mano para cobrar publicidad con la otra. No obstante el coraje que sentí, no me dio tiempo siquiera de deprimirme, pues teníamos el tiempo encima para la publicación de la revista.

Sin variar las condiciones anteriores y tras semanas enteras de desvelo, la revista salió a la venta el 29 de agosto de 2004, unos días antes del Cuarto Informe de Gobierno del entonces presidente Vicente Fox Quesada. Salimos en portada con una encuesta de Roy Campos, que mostraba la caída de la popularidad del presidente desde que asumió el poder en 2000.

Ver la revista realizada y saber que en ella quedaba mucho de mi trabajo fue una de las más grandes satisfacciones que tuve. El número de

relanzamiento tuvo nuevas secciones, que añadí con el consenso de los editores a mi cargo. Por ejemplo, Secretos, columna de una página con los trascendidos de la semana, con cierta “jiribilla”. Otra innovación fue una columna especializada en temas de sexo, que se llamó Leyendas Sexuales; a escribirla invité a una compañera periodista que meses antes se había ganado el Premio Nacional de Periodismo en Salud 2004, la reportera Rocío Sánchez.

Ambas secciones tuvieron desde el inicio mucho éxito y son hasta hoy, parte fundamental de la revista. En términos generales la prueba había sido superada. La edición recibió buenos comentarios y yo me sacudí mucha presión. Pero el descanso fue pasajero.

Dice, y dice bien el dicho: “lo más difícil no es sacar el número uno, sino el número dos”. Ya lo había escuchado antes, cuando relanzáramos por primera vez a la revista, recién comprada por Contendencia, pero hasta ese momento me tocaba experimentarlo en carne propia.

En puesta estaba, como lo comenté, el cuarto informe de gobierno de Vicente Fox, para lo cual me acredité aún como Coordinador Editorial. De hecho, cuando fui a recoger mi acreditación a la sala de prensa de la Cámara de Diputados, nadie me creyó que yo tenía ese puesto, de hecho la persona que me atendió revisó varias veces en los memorándums de invitados para corroborarlo. Mi cara de niño era entonces un hándicap.

Preparábamos ya el siguiente número de la revista, y frecuentemente revisaba los avances de los editores, pues algunos, como los de Vida Moderna y Espectáculos, no tenían experiencia en el medio y había que darles una pequeña gran ayudita.

Llegó el día del informe, miércoles por cierto. Y lo cubrí junto con Alejandro Lelo de Larrea, el ahora editor de Política y quien meses antes me había enseñado cómo reportear en la Cámara de Diputados. Paradójicamente ahora yo era su jefe, pero no por mucho tiempo.

Ese mismo día, 1 de septiembre de 2004, teníamos que cerrar la revista para mandarla a imprenta, y lo logramos. El último pliego fue enviado por el sistema FTP de transmisión como a las 6:00 de la mañana, hora en la que terminamos de escribir el reportaje del Informe. La tarea parecía terminada, pero una llamada a mi celular me despertó a eso de las 11 de la mañana. Era la administradora de la empresa para comentarme que habían hablado de la

impresión y que habían encontrado un error grave en la revista, que para esas horas, supuestamente, ya se estaba imprimiendo.

Fui inmediatamente a la oficina y convoqué a los diseñadores y editores. Llamé a la imprenta, instalada en Toluca, Estado de México, y me dijeron que el problema había sido un mal envío de los archivos, pues venían sin “rebase”. Un rebase es el espacio de tolerancia que se le deja a la página de la revista para que por allí se corte y se refine durante el encuadernado final. Pero, si en el proceso de pre-prensa no se encuentran los rebases, es materialmente imposible iniciar la impresión. Eso lo sabría después. Es decir, todo era una mentira para “ponerme un cuatro”, y lo lograron.

Días después, ante el supuesto error “evidente”, directivos de la empresa me comunicaron que no sería más el Coordinador Editorial de la publicación, y que si quería podía quedarme como reportero. Una injusticia se estaba cometiendo flagrantemente contra mí, pues la mayoría del trabajo del relanzamiento había sido hecho por un servidor. Era un proyecto del cual me había preocupado por hacer renacer, no obstante me estaba siendo arrebatado de las manos, así sin más.

No sé porqué decidí quedarme en la publicación como reportero, y aún más, me arrepiento de no haber luchado con más tenacidad por mis derechos laborales, a pesar de que entonces había firmado un contrato. Con todo, decidí que no era momento de retirarme y que haciendo alianzas al interior de la revista aún podía rescatar algo del “poder” perdido; al final del día, la mayoría de la gente que estaba trabajando era “mi gente”, por decirlo de alguna manera. Comencé entonces una nueva etapa en *Cambio*. Era ya octubre de 2004 y pronto se llegaría el fin de año.

Quien se quedó con el puesto de Coordinador Editorial fue el periodista Alejandro Lelo de Larrea, uno de mis mejores amigos hasta hoy. Alejandro me encomendó la tarea de ser el “reportero estrella” de la sección principal de la revista y empecé a reportear temas de política.

Mi primer trabajo en esta última etapa de trabajo en la revista *Cambio* fue un reportaje especial acerca del poder que estaban ganando los gobernadores de los estados luego de la ruptura de la hegemonía del PRI en la Presidencia, un fenómeno al que denominé “feudalización electoral”, y es que dentro de los círculos remanentes del viejo régimen y la herencia organizacional de éste, el

poder se había centrado ya no en el presidente (que además en Fox, era una ausencia de poder como tal), sino en los gobernadores, que manejaban su “feudo” a placer, en detrimento de los gobernados.

Muchas cosas habían cambiado de aquel *Cambio* de García Márquez. Ahora ya no había junta de editores; había sido censurada por el dueño, AnuarMaccise, pues la consideraba innecesaria. La decisión no era gratuita, pues él era quien decidía lo que estaba bien o mal de la revista, con un criterio que, me fui dando cuenta, no estaba normado por la experiencia periodística ni mucho menos por el sentido común, sino por la conveniencia económica. Tan ocupado estaba con los “fierros” de la revista, es decir con su operatividad, que poco a poco traicionaba la esencia que le había dado vida: el periodismo serio.

Mi segundo trabajo fue acerca del reciente fracaso que había tenido la delegación mexicana en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004. Para ello me basé en la lucha eterna que han tenido dos dirigentes deportivos: Felipe *El Tibio* Muñoz y Nelson Vargas, entonces presidente de la Conade.

Entrevisté a ambos personajes para construir una historia del deporte mexicano en competiciones olímpicas recientes, pero en su lugar me topé con una turbia trama de peleas intestinas a nivel directivo que han frenado el crecimiento de los atletas de alto rendimiento que compiten por nuestro país en las Olimpiadas.

Pero una de las aristas más interesantes y periodísticamente vendibles, fue una confesión que me hizo en entrevista Nelson Vargas, y es que aceptó que en el negocio de sus acuáticas, era socio del ex-presidente Luis Echeverría Álvarez, quien en ese entonces estaba en la escena pública por el juicio, de malogrados resultados, que se le siguió por crímenes de lesa humanidad, al ordenar, como secretario de Gobernación, la represión de estudiantes el 2 de octubre de 1968, en la que decenas murieron y muchos más quedaron desaparecidos. Y así cabeceamos la nota: “Las confesiones de Nelson”, un texto incómodo que no le dejó muy contento.

Luego de ese texto seguí cubriendo otras notas y sugiriendo temas, pero mi inconformidad iba en aumento, pues gradualmente la revista se fue convirtiendo en lo que ahora es, un órgano informativo de un sector rancio del PRI del Estado de México y de quien pueda pagar treinta mil pesos por una inserción publicitaria, sea quien sea, incluso narcotraficantes. Esto último no lo

digo en falso, pues entre septiembre y diciembre de 2004, cuando comenzaban las elecciones internas en los partidos para elegir candidato para la alcaldía de Tijuana, el hijo de *El Profe* Carlos Hank, el polémico Carlos Hank Rohn, pagó cuatrocientos cincuenta mil pesos por una serie de inserciones en *Cambio* que hablaran de su historia como político y lo candidatearan para la próxima elección.

Pronto llegó lo que tenía que llegar y el 27 de octubre de ese año decidí no ser parte de la destrucción de un proyecto tan noble y renuncié sin mediar explicación. Sólo dije “gracias” y al día siguiente estaba en casa en la mañana paseando a mi perro luego de levantarme a medio día. Por segunda vez estaba decidiendo acerca de mi futuro laboral, aunque doliera.

La salida de *Cambio* representó para mí mucho más que una pérdida de trabajo, se trató de un punto de ruptura en el que me ubiqué con mucho más madurez dentro del oficio. Mis inicios como reportero despistado contrastaron con mis últimos meses como líder de un proyecto. ¿Quién iba a pensar que entre ambos puntos sólo habría un año de distancia?

***Milenio*: la experiencia se consolida**

Al hallarme fuera del proyecto de *Cambio* comencé a buscar nuevos foros dónde trabajar y no perder el ritmo periodístico que traía. Así, busqué de nuevo a Consuelo Contreras, la editora de *Milenio* que había conocido en el FAM de prensa de Acapulco. Con gusto me invitó nuevamente a colaborar en el periódico en los dos suplementos que editaba, el de Salud y uno nuevo de turismo llamado *Tornavuelta*.

Contreras me pidió que le diera una lista de temas de turismo que me gustaría abordar en el suplemento y me dio un par de órdenes de trabajo que como reportero me tocaría cumplir.

Uno de los primeros temas que le sugerí fue uno acerca de la hotelería española en México, que había estado investigando desde la última etapa de *Cambio*, pues había asistido a una conferencia de prensa del Ministerio de Economía y Turismo de España, donde se habían revelado cifras que apuntaban a un gran crecimiento de la inversión turística y principalmente hotelera del país ibérico en México.

Pedí nuevamente una entrevista con Pedro Jesús Fernández, consejero de Turismo de la Embajada de España en México, con quien abundé en detalles sobre los números de las inversiones. Visité además a ejecutivos de la cadena española de hoteles NH, quienes me dieron más información del tema.

Luego de detalles, quedó una nota bien nutrida de información, y cómo no iba a ser así, si inicialmente la tenía pensada para reportaje, pero el espacio en los periódicos es mucho menor que las revistas, así que tuve que recortarlo para que entrara la mayor cantidad de información posible, sin perder la intención inicial que quise darle al texto.

La nota “España invierte fuertemente en la hotelería mexicana”, salió publicada en la página trece del suplemento *Tornavuelta*, encartado en el diario ya citado. No me culpen por el superlativo en cabeza, la editora así lo decidió. Para ese entonces había adquirido un muy buen nivel en redacción y corrección, luego de las experiencias de *El Universal* y *Cambio*; tal vez fue por eso que a mi editora gustara tanto de mandarme a cubrir órdenes de trabajo, pues sabía que la información estaría pronto, bien escrita y casi lista para publicarse (¡qué poca modestia!, lo acepto).

Comenzó entonces una nueva etapa en mi vida periodística, pues tan sólo ese fin de año me tocó viajar para cubrir notas de turismo por lo menos tres veces. La primera salida fue a la ciudad de Cholula, en Puebla, donde por encargo tendría que realizar una crónica de este sitio turístico famoso por sus “mil y una iglesias”. En realidad no tenía tantas, pero la leyenda dice que tanto era el afán de los conquistadores por imponer la religión católica entre los criollos e indígenas, que mandaron a construir una iglesia para cada día del año, es decir, trescientas sesenta y cinco. Mi tarea era ver si era cierto.

Nunca esperé encontrar tal cantidad de iglesias, y presumí por anticipado que era sólo un mito, sin embargo, es de llamar la atención que en un pueblo del tamaño del primer cuadro del Centro Histórico de la Ciudad de México, contaraciento cuarenta y cinco iglesias. Algo impresionante. Pero más allá del lugar, lo interesante era que estaba conociendo un nuevo género dentro del periodismo impreso: la crónica de viaje.

Nadie me había enseñado cómo se hace una crónica de viaje, pero leyendo revistas como *Travesías* y el mismo suplemento *Tornavuelta*, pude darme una idea. Básicamente, la técnica que usé fue el reporte de claves de

información, sin utilizar grabadora y siempre pensando en la idea del viajero dentro del reportero. No es fácil, con todo, salirse del tonito del diarismo basado en el “dijonimo”, para refrescar la escritura y provocar al lector a que se interese en el lugar que estás visitando.

El texto “Cholula, la ciudad sagrada” salió publicado en el mismo número del artículo de la hotelería española que recién les comenté, (28 de noviembre de 2004) como portada del suplemento y con dos páginas centrales casi completas dedicadas al texto. Quedó bien, aunque releéndolo a fondo creo que le hizo falta una editada de calidad, pues repito algunas palabras y uso algunos “lugares comunes” que hoy me da risa leer.

En esos mismos días, luego de mi salida de *Cambio* estuve trabajando textos para el otro suplemento de *Milenio* del que también ya era colaborador oficial, el de *Salud*, donde mi editor, Juan Gerardo Reyes, me envió a un viaje de prensa a Puerto Vallarta para participar en el Congreso Nacional de Diabetes Mellitus, auspiciado por los Laboratorios Bayer. Mi segundo viaje en menos de una semana, pensé “no está nada mal haberme quedado sin trabajo”. Pero no todo era lo que parecía.

Ahí conocí más acerca de cómo funciona el tejido de las relaciones públicas y los medios de comunicación. El juego, pagado por las empresas, se trata de lo siguiente. Una agencia externa a la “marca” diseña una estrategia de relaciones públicas (entiéndase publicidad a bajo costo), dentro de esa estrategia se hallan los llamados viajes de prensa o FAM, que no son más que “tours” donde invitan a periodistas de medios escogidos dependiendo del perfil de su producto o servicio.

Luego, estos periodistas asisten, por ejemplo, a un congreso en Cancún o Turquía, se hospedan en hoteles de cinco estrellas para arriba, con *roomservice*, servir y comidas de cuentas extravagantes, que por supuesto paga “la marca”. En general los reporteros invitados son muy bien tratados por la agencia de relaciones públicas, para luego sugerir, en ocasiones exigir, la publicación o la mención de la marca en sus medios respectivos.

A muchos comunicadores les gusta jugar así, pues a nadie le cae nada mal uno que otro viajecito por el mundo o unas vacacioncitas entre semana en un destino de playa del país. Al principio, cuando aún no sabía bien el movimiento, confieso que me llegó a parecer estupendo, pero analizándolo

bien, sólo se trata de un truco mercadológico en el que los periodistas sólo hacemos un papel menor y las marcas se ahorran fortunas al no pagar publicidad convencional.

No obstante, esa limitante “comercial” de los viajes de prensa, personalmente procuraba siempre buscar información que diera buena nota, sin necesidad de ponerme el traje de mequetrefe y hablar bien de un producto, servicio o marca, que en ocasiones dejaba mucho que desear.

En el viaje a Puerto Vallarta que les comentaba, trataba de cubrir el citado congreso de diabetes, interesante, pero el problema fue que también iba una reportera del diario, es decir de *Milenio*, de manera que debía hacer un trabajo diferente al de la nota diaria, pues ella lo abordaría como una nota de interiores y desde un punto de vista de diario.

Me quebré la cabeza, con mis pocos conocimientos médicos de entonces, para tomar una arista interesante y desarrollarla para el suplemento. Escuché gran parte de las conferencias y pláticas que se dieron al interior del lujoso salón del hotel Grand Velas, de Nuevo Vallarta, y procuré entender el tema, pues de otra manera iba a ser imposible hacer algo más que una nota informativa de hechos.

Así, me acerqué a varios médicos de la Federación Mexicana para la Diabetes, a quienes literalmente les “saqué la sopa”, y digo ese término pues fue muy difícil que un profesional de la Medicina me explicara, en términos socialmente entendibles, las claves informativas de la enfermedad. De esta manera reuní varios puntos importantes para fundamentar mi nota, entre ellos saltaba a la vista la historia de la célula beta, que muere en cantidades millonarias dentro del páncreas de un diabético, lo que provoca la insuficiencia para generar insulina y cuya consecuencia es la aparición de la enfermedad.

De regreso en México, comencé a buscar en Internet cuántos periodistas habían escrito la historia de la célula beta, una trama de muerte celular digna de un relato. Me di cuenta que no había demasiada información divulgada del tema, aunque sí en páginas científicas.

Así comencé la redacción del texto “¿Quién mató a la célula Beta?”, con la misma técnica reporteril que había diseñado meses antes: visualizar el tema, verbalizarlo, escribir claves y proponer una cabeza y una intro.

A propósito opté por omitir todas las fuentes de información “formal” que había reportado en el congreso de Vallarta, pues lo que la agencia de relaciones públicas quería era que se mencionara a uno de los ponentes y al evento, pero para mi trabajo no era necesario, pues la historia de la muerte de millones de células beta era suficiente para llevarse toda la nota. Y así fue. Únicamente mi editora me cuestionó algunos párrafos e hicimos algunas adecuaciones en la información, pero era una apuesta diferente para tratar de contar un tema científico-médico con el tono de una historia de nota roja. Al final, también se trataba de una muerte, pensé.

El texto salió publicado el lunes 29 de noviembre de 2004, un día después de los textos de turismo, que escribí para *Tornavuelta*. Terminaba el 2004 y no dejé de publicar en ambos suplementos; lo hacía después esporádicamente, para no desligarme totalmente de los medios, mientras me colocaba en otro medio.

IV. 2005: entre el desempleo, el gobierno, el diarismo y el sexo

Este subtítulo realmente es descriptivo, ya verán por qué. Empezaba el año con pocas expectativas, por lo menos eso es lo que me decía mi depresión. Sí, escribí “depresión”, y es que de pronto me hallé fuera de los medios, del círculo de amigos, del prestigio cosmético y efímero que te da el medio.

Con todo mi malestar interior que se alimentaba de Rivotril y Sertralina una vez al día, me decidí a seguir buscándome la subsistencia como reportero. Mientras, continuaba con mis colaboraciones eventuales en *Saludy Tornavuelta*, suplementos de *Milenio*, viajando a cubrir congresos y eventos a lugares como Cancún, Los Cabos y Mazatlán. Pero eso del trabajo *freelance* aún no me sentaba bien; estaba acostumbrado a la incertidumbre y presión de todos los días al pendiente de una fuente informativa, de un cierre o una edición especial. Necesitaba esa droga que da el olor a redacción; el sonido de las teclas es muy adictivo.

Me dispuse a buscar una oportunidad de nuevo en medios masivos. Antes de salir a algunas entrevistas estaba seguro que mi experiencia tanto en *El Universal* como en *Cambio*, me abriría las puertas casi en automático para algún puesto. Sólo sería, sospechaba, cuestión de un poco de tiempo.

¡Qué equivocado estaba! Estaba siendo mucho más difícil conseguir un nuevo empleo, pues, aunque ya tenía algo de experiencia, el medio estaba saturado. Recién había cerrado el periódico *El Independiente* y el Canal 40 se encontraba en huelga. Decenas de profesionales estaban en la calle, al igual que yo, esperando una oportunidad para reincorporarse al medio.

A finales de febrero fui al diario *La Crónica de Hoy* a solicitar una entrevista con el Editor, el periodista cubano Rubén Cortés. Luego de ver mi currículum el hombre me citó una semana después, para una breve cita en la que me comentó que había que elevar el nivel de reporteo y que podría encajar bien mi perfil con las necesidades del diario, eso sí, con un sueldo bajo.

Con todo y los diez mil pesos que ofrecían mensualmente, acepté ser reportero de *La Crónica de Hoy*, medio de comunicación con una nada honrosa reputación de ser “salinista”, es decir, de Carlos Salinas de Gortari.

Quienes decían que este diario era el órgano informativo de los intereses del ex presidente puede que tuvieran razón. Pongo dos ejemplos: el dueño del periódico era Jorge KawhagiGastine, padre del empresario-boxeador-actor del mismo nombre y reconocido prestanombres de “CSG”. Además, muchos de los colaboradores eran gente probadamente cercana a Salinas, como su ex-vocero y jefe de prensa de la Presidencia durante su gestión, José Carreño Carlón.

Sospechando lo anterior, dudé mucho si iniciar carrera en ese medio, pero mi necesidad era mucha, pues tenía deudas atrasadas y debía tomar el trabajo. Ésta sería mi primera experiencia como reportero de diario (es decir de nota del día), y me angustiaba no hallar la manera de allegarme de información. Me presenté a trabajar el último lunes de febrero y mi primera tarea fue auxiliar a la guardia durante todo el día para conocer el movimiento y la operación de la mesa de redacción, así como familiarizarme con mis compañeros reporteros. Así estuve tres días.

Se me facilitó mucho adaptarme al ritmo del periódico, pues ya conocía el flujo de trabajo de un diario. Al cuarto día mi jefe inmediato, el periodista David Romero Ceyde (D.E.P.) me comentó que me asignarían de fijo las fuentes de Gobernación y organismos electorales, es decir, tenía que cubrir la información de todo lo referente a la Secretaría de Gobernación, el Secretario y sus subsecretarías, como Migración, Asuntos Políticos, Asuntos Religiosos y Enlace Político.

Sin embargo, el primer día comencé con la fuente de Senado de la República, un lugar y un tipo de información totalmente desconocida para mí. A tal grado era neófito en el tema que no conocía siquiera el edificio sede de la llamada Cámara Alta, un histórico edificio de la calle de Xicoténcatl esquina con Donceles. Pero como dice el filósofo (el que sea), “siempre hay una primera vez”. Llegué a cubrir al reportero José Contreras, compañero de *Crónica* y titular de la fuente, pues ese día se había enfermado.

Nada fue fácil, pues además tocaba sesión, y el lenguaje que se habla en tribuna o en las iniciativas es muy peculiar, y mucha de la información que

se genera del día, no lo es tanto, pues tiene sus antecedentes en documentos, pronunciamientos o conferencias que se dieron semanas atrás.

No obstante, me tenía que comportar como un profesional y estudié el problema para sacar a flote mis fortalezas por encima de mis carencias. Por ejemplo, en mi experiencia como Coordinador Editorial de *Cambio* atesoré varias contraseñas para bajar información en línea de las agencias, así lo que hice fue monitorear las noticias que Notimex estaba difundiendo en tiempo real para irme por la misma línea. No haría por lo pronto un Pulitzer; sólo había que salir del hoyo. Como ustedes saben, cuando uno reporta debe mandar un corte de información a medio día, generalmente antes de las 13 horas: los famosísimos adelantos. Que no es más que, valga la redundancia, el adelanto de la información que se mandará en el día.

Preparaba los míos para el día, cuando por casualidad me encontré a un viejo conocido, el periodista Jorge Herrera, de *El Universal*, quien literalmente me salvó la vida, pues me dio un *brief* de cómo estaba informativamente la semana y de cuáles eran las notas del día. No estaba tan mal en los adelantos que había hecho, pues una nota estaba enfocada como me la contó Herrera, mientras que a la otra le tuve que incorporar más información.

A la mañana siguiente llamé muy temprano a la redacción para pedir mi orden de trabajo del día y me habían asignado, como me lo comentó mi jefe días atrás, Gobernación y organismos electorales. Me presenté directamente en la sala de prensa de la Secretaría de Gobernación para revisar la información del día y me acredité como el nuevo reportero fijo de la fuente. Más tarde revisé vía telefónica el departamento de prensa del IFE, el IEDF y el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (Trife).

Al firmar contrato con *Crónica* el trato fue que cubriría mis fuentes diarias, tendría dos días de descanso semanal y presentaría un reporte exclusivo cada semana. Para llegar a este último punto tardé un par de semanas, pues me costó trabajo asentarme de nuevo en la dinámica de nota diaria y al mismo tiempo hacerme un espacio para hacer reportaje, género que tenía un poco más dominado.

Al principio mis adelantos eran de cuatro a cinco notas, me preocupaba porque mi editor viera que estaba trabajando, pero poco a poco me di cuenta de que lo que a él le importaba era las notas de calidad, y no tanto el volumen.

Eso me permitió hacerme tiempo para preparar mi primer “especial”, como le denominaban entonces. Mi contratación en el diario había generado expectativa entre los demás compañeros y editores, pues se supone que traía el “cartel” de haber estado en *El Universal* y trabajado con García Márquez. Por ello, y para sacudirme esa presión, el especial que prepararía debía ser un muy buen tema y ya tenía varios que pensaba que podían funcionar. Uno de ellos tenía que ver con narcotráfico y tecnología, un tema que me llamó mucho la atención desde que hice el reportaje de “Drogas online” para *El Universal*.

Eran principios de marzo de 2005 y la nota más comentada era la aparición de unos carteles y la página de Internet delatealnarco.com, donde se ofrecía una recompensa de cinco millones de dólares por información que llevara a la captura del hombre más buscado por la DEA de los Estados Unidos, Joaquín *El Chapo* Guzmán.

Al leer la noticia en el periódico e incluso ver los carteles pegados sobre Paseo de la Reforma, me llamó poderosamente la atención el caso, pues sospeché que sabía cómo localizar el servidor primario y la computadora donde se había subido la información que ofrecía una millonada por información para la captura del capo de la droga más grande del país en la historia reciente.

No tardé mucho en documentarme más acerca del tema e incluso llamar a la línea telefónica sin costo que se ponía en el cartel, donde unas voces eminentemente norteamericanas, contestaban con un inconfundible tono militar y decían que de tratarse de información valiosa, se daría la recompensa, guardando todo anonimato. No obstante, varios compañeros de otros medios de comunicación se me adelantaron, y como era obvio trataron de rastrear las llamadas, sin éxito.

Recordaba que uno de mis entrevistados, que había contactado para algún tema acerca de *hackers*, me había advertido acerca de la existencia de un programa para rastrear la procedencia geográfica de una comunicación de Internet, es decir, si yo mando un correo a la dirección de un amigo en Europa, el programa puede descifrar en qué ciudad e incluso en qué domicilio está radicada dicha computadora, en caso de no ser un correo electrónico de uso masivo, como lo es hotmail.com y yahoo.com, los cuales tienen varios servidores alrededor del mundo.

Conseguí el programa llamando nuevamente a mi contacto y lo corrí en la computadora de la redacción de *Crónica*, y me llevé una gran sorpresa. La dirección delatealnarco.com se localizaba en un servidor y una computadora radicados en la ciudad de Washington, DC, e incluso me arrojó la dirección IP de dónde era manejada la cuenta: la llave para dar con la localización geográfica de los responsables de “postear” la oferta de recompensa.

En el mismo momento que mi rastreo resultó exitoso, telefoneé a mi editor, David Romero, para comunicarle el hallazgo y que de hecho podía tener listo el reportaje para esa misma noche. No obstante, me dijo que la edición de ese día ya estaba designada, pero que podíamos esperar un par de días más si estaba seguro que lo que estaba obteniendo era una exclusiva que no corría peligro de ser ganada por otro medio. Le respondí que sí, que era exclusiva de nosotros y que de todos modos se la escribía para que él la revisara.

No tuve que hacer demasiado, sólo rastreeé mediante otra herramienta llamada Who-is, un recurso abierto de Internet que tiene los registros básicos de cualquier página de Internet, es decir quién la dio de alta, quién es el responsable, cuándo se habilitó y cuándo ocurrió la última actualización.

Con lo anterior completé mi reportaje, cuya información principal era el hecho de que la página había sido elaborada y subida a Internet desde computadoras localizadas en la ciudad de Washington, sede de la inteligencia estadounidense, el ejército y la agencia antidrogas de ese país (DEA).

Virtualmente le había hecho al *hacker*, pero con una buena y justificada utilidad, pues tenía una exclusiva nacional nuevamente. Esa tarde entregué mis notas habituales generadas en las fuentes que me tocaba cubrir, e hice los últimos arreglos a mi texto, que más tarde mi jefe propondría en la junta de editores, entre quienes se contaba a Rafael Pérez Gay, Editor de Cultura; Pablo Hiriart, Director Editorial, y Emilio Viale, Vicepresidente, entre otros.

Al día siguiente, el viernes 11 de marzo de 2004, me encaminé a la sala de prensa de Gobernación para una conferencia que ofrecería el entonces secretario, Santiago Creel Miranda. Cada que llegaba, como a todos los reporteros titulares de la fuente, las personas que trabajaban como enlaces de prensa de Gobernación, me proporcionaban el monitoreo de medios, un concentrado como de diez centímetros de ancho que contenía toda la información referente a la fuente y las primeras planas de todos los diarios. Al

hojearla me di cuenta de que mi texto “De Washington, página que paga por El Chapo”, había salido en portada, pero no sólo eso, era la de “ocho columnas”.

Varios compañeros reporteros que cubrían también la fuente se acercaron a mi escritorio para felicitarme y preguntarme cómo le sabía “a eso de la tecnología”; les dije que me gustaba la fuente de tecnología y que ahora había salido buena información.

A partir de la publicación de ese reportaje me quité mucha de la presión que había generado a mi llegada al diario, y comencé a trabajar con mayor confianza. Prácticamente a diario publicaba de dos a tres notas en el periódico, pues Gobernación, al ser la secretaría más importante, políticamente hablando, del gabinete, genera un gran volumen de información.

Cada semana entregaba mi especial, no obstante, no todos resultaron ser merecedores de la portada. Algo más que aprendí fue que había ocasiones que escribir la nota “de ocho” no pasaba por la calidad de investigación que tuviera tu información, sino era determinada por los mismos acontecimientos. Por ejemplo, la última semana de ese mes de marzo, Santiago Creel realizaba una visita oficial en los Estados Unidos para dialogar con el Secretario de Seguridad Interna de ese país, Michael Chertoff. El interés de la visita era saber si el mexicano le pediría una disculpa pública al norteamericano por las declaraciones del entonces director de la CIA, Porter Goss, quien había calificado a México como *backyard*, “patio trasero”.

No habíamos sido invitados a la gira, pues a excepción de Televisa y *El Reforma*, ningún otro medio era convocado para las giras internacionales. No era precisamente por eso de la austeridad, sino que eran los únicos medios con los que el jefe de prensa, Ricardo Rojo (sobrino del finado Secretario de Seguridad Pública, Ramón Martín Huerta), se sentía “cómodo”, por decirlo así.

De ese modo, debía reportear las actividades y los discursos del Secretario. Ese jueves 24 de marzo por la tarde me enteré, por medio de notas difundidas por agencias en los Estados Unidos, que sí había tenido lugar el polémico reclamo por parte de Creel a los EE.UU. Luego llamé a Gobernación, donde me lo confirmaron y me dieron más información, ello sin emitir boletín, pues ya era tarde.

Anuncié el hecho a mi redacción, fuera de adelantos a las ocho de la noche, y mi editor me pidió que escribiera la nota ya que se iría a portada. Mi

labor realmente no fue mucha, sólo estuve pendiente de mi fuente y la información se dio sola. Al día siguiente la nota “Reclamo oficial de Creel a EU por informe CIA”, se ubicaba en las ocho columnas (que en realidad eran cinco por tratarse de un tabloide).

Desafuero de AMLO: conociendo la línea dura

Inocente no era. Y hablo de mí. Desde que acepté trabajar en *Crónica* sabía la línea dura y poco tolerante que seguía. No puedo calificarlo como un periódico oficialista, pues para ese entonces, con la magra presencia del presidente Fox en el ambiente político, nadie sabía qué era “oficial” y qué no. Más bien respondía a un sentido “antilopezobradorista” que rayaba en la obsesión.

Todos los días, los reporteros de ciudad, que no era mi caso, tenían la encomienda de buscar historias que le pegaran al gobierno del D.F., pues así irían bien destacadas. Hasta ese momento sólo sabía de oídas que la línea del periódico era dura, y que repelía todo lo que oliera a izquierda, a determinados funcionarios panistas de extrema derecha y a la Iglesia; en resumen, un liberalismo de centro, para ponerlo en términos del librito.

Comenzaba a saber por qué el diario tenía fama de salinista. En esos momentos se estaba desarrollado el polémico proceso de desafuero contra el popularísimo jefe de gobierno Andrés Manuel López Obrador, quien para esas alturas ya había mostrado de sobra sus aspiraciones presidenciales.

El caso bien lo conocen ustedes. Llegó hasta el 7 de abril de 2005, fecha del esperado momento de todos los detractores de López Obrador: ese día se decidiría su desafuero en la Cámara de Diputados. Por la mañana, me encargaron en la redacción que además de cubrir mis fuentes asignadas de fijo, apoyara a un equipo de cuatro reporteros a cubrir las incidencias de la sesión de desafuero de la LIX Legislatura en contra de López Obrador.

La indicación en mi orden de trabajo era lamentable, por decir lo menos: “Tienes que buscar ángulos que dejen mal parado al tabasqueño; ponte de acuerdo con tus compañeros para que el que haga los ‘chacaleos’ de las reacciones, tenga una batería de preguntas para perredistas que casi no hablen en medios, para que así no tengan argumentos...”, palabras más, palabras menos.

No sabía si trabajaba para *El Nacional* hace veinte años o para *Crónica*. Estaba conociendo esa línea dura, que ciertamente venía de círculos salinistas, quienes profesaban un odio religioso contra López Obrador, a quien por orden de Pablo Hiriart, sólo se le mencionaba como “el señor López” y era una falta de ortografía poner su nombre completo en alguna nota.

Con todo, me dirigí a San Lázaro para cubrir la histórica sesión, en la que por vez primera se desaforaría a un gobernante de una entidad. Y aunque nunca me he considerado “perredista”, aunque sí con tendencias de izquierda, no hacía falta demasiado para darse cuenta que el proceso contra Obrador no era más que parte de una persecución orquestada desde el poder para impedirle ser candidato a la Presidencia. Por ello, trabajar para el periódico que trabajaba y cubrir la sesión de desafuero, me hacía sentir parte de lo que AMLO llamaba “el complot”.

En el lugar nos repartimos el trabajo los reporteros Raymundo Sánchez, quien cubría la fuente de GDF; Alejandro Sánchez, quien se encargaba de la Cámara de Diputados junto con el reportero Francisco Reséndiz; la reportera de Presidencia, Rosa, cuyo apellido no recuerdo. Obviamente, por ser el más nuevo, me tocó cubrir aspectos del exterior del inmueble de San Lázaro y la llegada de posibles protestas. Los demás se repartieron las bancadas, las reacciones y el discurso central, pero lo que más llamó la atención fue la rabia personal que todos estos reporteros le tenían al PRD y a López Obrador.

Hablaban de él como si la persecución fuera personal y se habían creído completito el cuento que el jefe de información les había construido acerca del tabasqueño. A ellos no era necesario pedirles que “le buscaran” a la nota para hallarle el ángulo (así sugería David Romero a los reporteros cuando quería que exageraran una nota): habían captado bien la idea.

No defenderé jamás a un político, pues por su naturaleza miente y es pragmático, la historia los condena a todos. Pero sí me interesa escribir acerca de cómo se manejaban las cosas en ese diario, lejos, pero muy lejos de un periodismo serio y comprometido.

Nunca me había tocado cubrir un acto entre tantos periodistas y de tantos países, era incluso difícil caminar en los pasillos de la Cámara, pues estaba blindada por elementos de la PFP y del Resguardo Parlamentario. Entre empujones aporté datos de las movilizaciones sociales en el exterior y del

movimiento en tiempo real de los actores principales de este “juego”: López Obrador y el tristemente célebre fiscal Carlos Javier Vega Memije.

Esta cobertura me dejó otra “primera vez”, y es que al desencadenarse los acontecimientos con tal rapidez era importante no esperarnos al día siguiente para difundirlos y me decidí a mandar notas breves de lo que reportaba en la Cámara, desde el movimiento de helicópteros de corporaciones policíacas e inteligencia, hasta la rabia de cientos de manifestantes que lograron llegar hasta el portón central del Palacio Legislativo para llorar lo que consideraban una injusticia.

Al terminar la jornada informativa escribí la información que se había generado en Gobernación y aporté tres o cuatro párrafos para la nota general que armarían los demás reporteros, quienes no incluyeron nada de lo que había escrito, y no me lo permitieron pues sabían que probablemente sería un poco más imparcial que ellos. Al día siguiente fue impresionante la manera en cómo manejó la nota *Crónica*: “Triunfó la justicia”, con un marcado tono de venganza política.

Lo que más me desconcertó de esa cobertura fue el odio, tal cual, le profesaban todos los reporteros del diario a López Obrador, con argumentos muy similares a los de Pablo Hiriart (conocido como publicirrelacionista de Carlos Salinas de Gortari), o los de la misma Procuraduría. No había análisis, sólo reproducción de la idea dominante. Desilusión, pues yo pensaba, por lo menos, que lo que escribían era sólo por dinero, pero no, estaban envenenados y no admitían un solo punto para el análisis. Sobra decir el nivel cultural de la mayoría de la plantilla de redacción, que a excepción de Rafael Pérez Gay y su equipo, eran personas con muy poca vocación de análisis.

Seguí cubriendo mis fuentes con información del día que no pasaba de ser relevante a medias, ya saben, las notas “cajoneras”, como se dice en el argot. Procuraba esquivar temas y enfoques controversiales para evitar una censura directa, en cierto modo me estaba autocensurando. Es un arte eso de escribir lo más objetivo posible en un ambiente en el que el “negocio” es pegar, pero no parejo, pegar a quien la deba.

A partir de la consumación del desafuero de López Obrador, una de las asignaciones de todos los reporteros era estar pendientes del tema, y una de las fuentes que más información generaría en ese momento sería

Gobernación, ya que el proceso había abandonado la instancia del Poder Legislativo y ahora se centraría en las decisiones que se tomaran del lado del Ejecutivo, del cual forma parte la Secretaría de Gobernación.

La participación del Secretario de Gobernación aumentó cuando torpemente dijo que aceptaría un debate con López Obrador. Entonces mucha de la tensión se trasladó al Palacio de Covián. Se incrementó el trabajo reporteril, pues además debía estar pendiente de lo que sucediera con el Trife, donde por esos días se había nombrado al nuevo magistrado, Alejandro Luna Ramos.

Aunque nunca me dijeron nada directo, me empezaba a molestar la manera en que editaban mis notas, incluso aumentando detalles para “pegarle” a López Obrador. Sin embargo, seguía haciendo mi reporte diario normal, apegado lo más posible a mi ética y a la realidad. Pero las cosas se comenzaron a poner mal cuando publiqué una nota en la que una parte de la cúpula de la Iglesia Católica se pronunciaba en contra del desafuero.

A la letra, la nota estaba encabezada como “Desafuero, regresión autoritaria: CEPS-Cáritas”, y la mandé a la mesa de redacción precisamente un día en que mi editor estaba de descanso. Al día siguiente, como castigo, me pidió que fuera a cubrir un evento a Ecatepec, donde el entonces Gobernador del Estado de México, Arturo Montiel, inauguraría una obra hidráulica, y en la orden explícitamente se decía que había que tratar “muy bien al gobernador... y ponerse de acuerdo bien con su jefe de prensa para que te diga qué quiere que salga”. En otras palabras me había mandado a cubrir un “chayotazo”.

Al no tener de otra, tuve que cumplir la orden de trabajo. Llegando hasta uno de los municipios más pobres de la entidad, donde el gobernador organizaría literalmente un circo, con payasos, banda de música, cómicos, y su respectiva torta y refresco: un espectáculo grotesco.

Me aterrorizó escribir lo que había visto, no lo haría, me dije. No obstante, llegando a la redacción, mi jefe me pidió la nota y la tuve que escribir tal y como el jefe de prensa de Montiel me lo había indicado: “Inaugura Montiel dos ramales de agua potable en beneficio de tres millones de habitantes de Ecatepec y Coacalco”, al puro estilo de la gacetilla publicitaria, y lo peor de todo es que me hizo firmarla.

Muy molesto por aquello, pero sin externárselo aún, seguí trabajando en mi nota diaria, y David Romero insistía en ponerme a cubrir temas relacionados con el desafuero. Como el viernes 22 de abril, cuando me tocó cubrir además de mis fuentes, la PGR y las fuerzas armadas. Todo marchaba bien ya entrada la tarde y habían salido unas cuatro notas en total de mis cuatro fuentes de información, pero una llamada de un contacto mío en Gobernación me alertó que esa misma tarde consignarían el expediente de López Obrador a un juez del Reclusorio Oriente, en Iztapalapa. De inmediato llamé a mi redacción para que reservaran espacio y me moví hacia la Procuraduría, en Paseo de la Reforma. Primero nos dijeron que no había nada al respecto, pero luego se nos convocó a los reporteros a una conferencia de prensa en el vestíbulo del reclusorio, donde el juez Juan José Olvera, que recibiría el caso, se pronunciaría al respecto.

Conté ochenta reporteros en el lugar en el que nos citaron en el reclusorio. Nos hicieron esperar por espacio de dos horas, todo para comunicarnos que se había decidido que por fallas en la integración de la averiguación previa, el expediente no podía ser recibido por el juez y que sería devuelto para su revisión, lo que significaba el comienzo de una victoria legal de López Obrador, ya que dejaba al descubierto los endebles argumentos que esgrimieron los detractores del tabasqueño para inhabilitarlo como candidato presidencial.

Al día siguiente, el sábado 23 de abril, mi nota se volvió a llevar la portada con el encabezado “Regresa juez expediente López a la Procuraduría”. Ésa sería mi última aparición en la portada durante mi estancia en el diario, pero no por ello la más importante.

Como mérito reporteril creo que el trabajo más importante que hice en *Crónica* fue un reportaje especial acerca del voto de los mexicanos en el extranjero. Como recordarán, la iniciativa había sido presentada por la Cámara de Diputados a inicios de 2002, y había sido aprobada por esa instancia, siendo enviada al Senado de la República, donde se había “atorado” por inconsistencias en el mecanismo de transportación de los votos hasta llegar a las urnas el día de la elección. No obstante, luego de entrevistar a senadores como Jesús Ortega y Manlio Fabio Beltrones, tenía la corazonada de que podía

aprobarse, a pesar de que los medios de comunicación ya habían publicado que no sería posible “sacarla” antes de las elecciones de 2006.

Entonces recordé que el principal impulsor de dicho mecanismo de votación había sido el Gobierno Federal, mediante la Secretaría de Gobernación. Así me puse a indagar el papel que había tenido la Subsecretaría de Enlace Político, entonces encabezada por el doctor Francisco José Paoli Bolio, destacado político conservador.

Fue así como me acerqué a él y le pedí una entrevista exclusiva sobre el tema. Luego de unos días de insistencia, aceptó y platicamos en su lujosa oficina de la antigua casona de Covián. Allí, luego de algunas preguntas, aceptó que esa tarde se acababa de acordar que se reavivaría la iniciativa del voto de mexicanos en el extranjero para aprobarse la semana siguiente.

Con esa información y detalles acerca de los cambios que se le harían, me puse a escribir mi nota “Retoma Senado propuesta de voto en el extranjero por correo”, que salió publicada el 25 de abril. Yaunque el editor en turno no le dio mucha importancia, la nota tuvo repercusiones en casi todos los medios al día siguiente, pues con ello cambiaban los planes de campaña de todos los contendientes por la Presidencia e incluso la agenda informativa de las semanas siguientes.

Ése sería uno de mis últimos trabajos trascendentes en el periódico, pues debido a las circunstancias que ya les conté, la situación entre mi editor y yo ya se había hecho un poco tensa, tanto que el 4 de mayo de ese mismo año me mandó a llamar a su oficina para comunicarme que la gente de Gobernación ya no me quería como reportero, pues “siempre les pegaba”, y que en lo que me movían de fuente, debía pasar unas semanas haciendo la guardia vespertina.

Asamblea Legislativa del DF: el sabor amargo del poder

El día que renuncié a *Crónica* me sentí descargado de mucha presión, pero sobre todo sentí rabia, pues me convencía, por las circunstancias, de que el periodismo serio era un privilegio de unos pocos, pues en la mayoría de los medios el negocio era lo único que importaba.

Mis problemas éticos se agravaron ese verano de 2005, cuando cayó en mis manos el libro *Los cínicos no sirven para este oficio*, del maestro Ryszard Kapuściński. En este breve texto, el maestro polaco recoge dos encuentros y una entrevista, celebradas en 1994 y 1999. En ellas se enfoca a enseñar al lector la importancia suprema del arte por sobre la política: "Es más útil entrar en un museo que hablar con cien políticos profesionales", dirá, pues para entender hacia dónde vamos, no hace falta fijarse en la política, sino en el arte". Esta gran enseñanza me volvió aún más romántico y necio, reacio a aceptar una realidad descompuesta que sólo exigía reflexiones elementales e imágenes para vivir.

En ese texto me llamó la atención una parte hermosa, acerca del oficio, en la que Kapuściński se refería a las características que debe tener un periodista: "Para ejercer el periodismo ante todo hay que ser buena persona". Denunciaba el empobrecimiento que ha sufrido el periodismo en su evolución histórica, que ha pasado (muy de acuerdo) de ejercicio de búsqueda de la verdad, a instrumento de poder político, y recientemente a un espectáculo al servicio de un negocio. Exactamente el dilema que estaba viviendo en esos momentos de mi vida profesional.

Estuve un mes descansando en casa y pensando por primera vez en mi vida si la elección de esta carrera había sido la correcta, pues me molestaba seguir el curso del *statu quo*, y comenzaba a vivir cada día con inconformidad permanente.

Luego de unos días, una ex-compañera de *Crónica* me comentó que un diputado de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal estaba buscando a una persona que se encargara de su contacto con la prensa y me recomendó que fuera a visitarlo. Se trataba del perredista Carlos Reyes Gámiz.

Con la recomendación de mi colega Miriam Castillo, acudí a una cita a la oficina del diputado Reyes. Me enteraría pronto que era el presidente de la Asamblea en esos momentos. Me recibió uno de sus asistentes, Sinhué Alvarado, quien me entrevistó y me platicó más acerca de las necesidades de la oficina de la Presidencia de la ALDF y me señaló que por el momento el diputado no me podía atender, pero que lo haría en cuanto pudiera.

Luego de revisar bien mi currículum, otro de los asesores de Gámiz, en esta ocasión la licenciada Brenda Arenas, me comentó que debía comenzar a

trabajar de inmediato, pues había que preparar algunas conferencias de prensa y difundir unas iniciativas de ley para el siguiente periodo ordinario de sesiones.

Así, me presenté a trabajar en la segunda semana de junio de ese mismo año, un mes después de haber renunciado a *Crónica*. Aunque confieso que no estaba seguro de tomar el rumbo de la política, la “plata” que ofrecían era mejor que en el periódico y no podía dejar de trabajar, pues, como les conté páginas atrás, las deudas eran un factor imperativo.

Mi incorporación al equipo de asesores del diputado Gámiz fue informal, nadie me presentó y al principio no sabía quién sería mi jefe directo y exactamente cuánto iba a ganar. Desde ahí comenzaron las incertidumbres, mismas que me desconcertaron, pues al ser una institución tan importante para el funcionamiento de la ciudad, sospechaba que tenían un poco más de orden. Por cierto, no tenía oficina fija.

Con todas esas dificultades comencé a trabajar en un proyecto de comunicación social para mejorar la imagen del diputado. El objetivo era posicionarlo como un líder de opinión ciudadano que generara confianza hacia la institución y que a la par lo pudiera catapultar a un cargo de elección pública cuando su periodo terminara.

No obstante, la tarea no era nada fácil. Al hacer el diagnóstico de la situación, me encontré a un diputado con una imagen corporal descuidada y poco amable a la vista del público. Era obeso y su lenguaje era muy limitado (es decir, no era precisamente Peña Nieto). Por si fuera poco, luego de hacer un par de *focusgroup*, su imagen generaba conceptos como desconfianza, deshonestidad, malaeducación, mentira y peladez.

No era su imagen personal ni su potencia discursiva la que ocuparía para mejorar la percepción y posicionamiento en la opinión pública del diputado. En lo que sugerí se debía basar la estrategia, fue en resaltar el trabajo con resultados tangibles hacia la ciudadanía en temas sensibles como seguridad pública, educación, ecología y honradez.

Al presentarle mi propuesta al diputado, quien me había contratado sin siquiera conocerme, le dio una medio leída y me dijo que me pusiera a trabajar en unas conferencias de prensa que quería sacar a propósito del tema de la creación del InfoDF, la instancia encargada de la transparencia y el acceso a la información gubernamental en el DF, un órgano similar al IFAI.

Antes de ello, mi primera meta fue organizar un muy buen directorio de medios pues hasta antes de mí, la Comisión de Gobierno, como se llamaba oficialmente el órgano interno de la ALDF que presidía Reyes Gámiz, no tenía una persona que se dedicara al manejo de la información de prensa y la imagen institucional.

Debo ser sincero, no sabía mucho acerca de imagen institucional, por ello solicité la ayuda de mi antiguo jefe Marcos Herrera Berenguer, dueño de la agencia de comunicación en la que trabajé como monitorista por primera vez. En varias charlas me orientó en la articulación de una estrategia de imagen institucional, misma que discutimos y me ayudó a perfeccionar.

Durante las primeras tres semanas estuve inmerso en la aclimatación de la oficina y luchando con las dificultades propias de un “gobierno austero”, como era el del PRD: sin oficina, sin personal, sin computadora. Tenía que hacerlo todo desde una máquina que en ocasiones la secretaria me prestaba.

Pero en términos redondos me acoplé bien a la manera de trabajar de la fuente. Fui poco a poco conociendo a los reporteros que cubrían la Asamblea, y programé una ronda de desayunos con cada uno de ellos, pues era importante no descuidar las relaciones públicas.

Inicialmente me costó trabajo lo referente a la organización de las conferencias de prensa, pues si bien había asistido a muchas, nunca había organizado una. Todo, desde la invitación, hasta el contacto telefónico con los reporteros, era importante para asegurar que pudieran asistir a la rueda de prensa y que el diputado tuviera la mayor cantidad de medios presentes que difundieran la información de su trabajo.

En ese tiempo ejercí mucho una capacidad de negociación que no me conocía, pues si era difícil convencer a un reportero de que la conferencia a la que lo invitabas iba a tener buena información, era aún más conseguir el salón para las conferencias a la hora que queríamos y más aún, hacer que los trabajadores sindicalizados de la Asamblea llegaran a tiempo con el sonido, las cámaras de televisión de Comunicación Social y hasta organizar el bocadillo y el café que se repartiría a los asistentes.

En mi segundo mes de estancia en la Asamblea ya había tomado mayor confianza y tenía uno que otro logro. Ya tenía oficina, una muy bonita dentro de las instalaciones del viejo edificio de Donceles. Además me habían asignado a

un practicante, Emmanuel, un chico estudiante de la ENEP Aragón, que hacía su servicio social en la Comisión de Gobierno, y que me vendría a aligerar mucho la intensa carga de trabajo.

Uno de los acontecimientos más importantes en que me tocó participar fue la designación de Alejandro Encinas como jefe de Gobierno del Distrito Federal, en sustitución de Andrés Manuel López Obrador, quien había pedido licencia al cargo para participar como candidato a la Presidencia en las elecciones de 2006, luego de una larga persecución del Gobierno Federal, que terminó con la destitución del procurador Rafael Macedo de la Concha y el retiro de las acusaciones que se le hacían al tabasqueño.

En ese relevo, la Comisión de Gobierno jugaba un rol importante, pues era el contacto directo entre ambos poderes locales y determinaría las reglas tanto de la designación, los tiempos y hasta la ceremonia de nombramiento, misma que ocurrió el 29 de julio de ese 2005.

Ese día todos los reflectores informativos nacionales e incluso internacionales estaban puestos en la Asamblea Legislativa, donde se pasaría el báculo del poder de Obrador a Encinas Rodríguez. Como Coordinador de Prensa de la Comisión de Gobierno, y directamente del Presidente de la Asamblea, me tocó llevar parte del protocolo de recepción de los invitados a la ceremonia, así como facilitar el trabajo de sus respectivos equipos de prensa.

Por ejemplo, me tocó dar la bienvenida y conducir hacia el salón privado de la Asamblea a personalidades como Enrique Peña Nieto, Genaro Góngora Pimentel, Manlio Fabio Beltrones—entonces Presidente de la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados— y al mismísimo Marcelo Ebrard, entonces envuelto en el escándalo del linchamiento de dos agentes de la AFI en San Juan Ixtayopan.

Ese día comprendí que a la prensa no se le “maneja”, como dicen muchos políticos, pues los reporteros somos a veces una mancha que lo devora todo y que es mejor facilitar su trabajo, encaminándolo por lo institucional, que tapar y ocultar datos.

Antes y durante la ceremonia de designación de Alejandro Encinas como nuevo jefe de Gobierno, contacté tanto a la Oficialía Mayor, encargada del protocolo oficial, a la Dirección General de Comunicación Social, presidida por Hugo Renán, como al Cuerpo de Resguardo Parlamentario.

Mi estrategia para servir mejor y facilitar el trabajo de los reporteros fue preelaborar el boletín con el discurso de Encinas en la ceremonia, el cual se me facilitó luego de algunas gestiones ante asesores del GDF. Tan pronto como terminara la ceremonia, las agencias informativas de todo el país, medios electrónicos e impresos tendrían el boletín para difundirlo con toda celeridad.

De pronto las cosas nuevas comenzaron a ser vivencias cotidianas. Todos los días llegaba a la oficina de Plaza de la Constitución 7, donde despachaba el diputado en una oficina con balcón hacia el Zócalo. Ahí leía la síntesis informativa y me comunicaba con el diputado Gámiz antes de las 9:00 para asesorarle acerca de cómo venía el día informativamente. Usualmente me hacía poco caso, pues nunca creyó en una estrategia de prevención, todas las acciones en la oficina eran contención y respuesta a situaciones externas. No tomaba las situaciones informativas en sus manos, sino que sólo salía a responder la agenda informativa que otros diputados o fracciones parlamentarias propusieran.

Eso comenzó a cambiar luego de una plática que tuve con él para decirle que no se veía como el “líder” de los diputados del DF. Había que remarcar presencia en medios locales, pues todos los reflectores se los llevaban figuras mediáticas, como la polémica diputada Lorena Villaviencio, o el audaz panista José Espina, líder de la bancada panista.

A propósito de la Nueva Ley de Transparencia y Acceso a la Información, que daría vida allInfoDF, le propuse que hiciéramos aparición en medios dirigidos a mejorar su presencia. Así, contacté a Televisa, CNN y Canal 11, donde logré que apareciera como uno de los principales promotores de la apertura y el acceso a la información en la ciudad, que lo era, pero no se había dado cuenta: tenía cosas buenas también el tipo.

Llegaba septiembre de 2005 y mi trabajo en la Comisión de Gobierno se comenzaba a hacer más notorio; prueba de ello es que tenía acceso irrestricto a la oficina del diputado, a pesar de los “asesores” del equipo, quienes en su mayoría me veían como el “usurpador”, pues no había hecho carrera política ni de campaña, para estar en esos niveles. Lo que ellos no sabían es que no me interesaba en lo absoluto la política o ser candidato para algo o para alguien.

En la medida en que fui haciendo relaciones públicas con los reporteros y con algunos editores de radio y medios escritos, el diputado consiguió mayor

exposición positiva, tanto que logró ganar el voto de todos los coordinadores parlamentarios para prolongar su periodo de gobierno al frente del órgano legislativo hasta el final de la legislatura.

A finales de septiembre de ese año decidí renunciar al cargo por una motivación ética: me gustaba mi trabajo siendo comunicador social para informar a la sociedad de lo que sucedía en su poder Legislativo, pero no podía permitirme ser cómplice de actos de corrupción. Y es que ver el dinero del erario pasar hacia bolsillos particulares y hacer comunicados “oficiales” para negarlo, no era precisamente ejercer mi profesión. Sin más, decidí retirarme y no saber más de la política. No daré detalles del asunto, por sus obvias repercusiones legales.

Pero el sabor de la política tuvo sus tonos dulzones, conocí un nuevo ambiente y me hice un tanto inmune a eso que genéricamente se llama “la grilla”. Además, conocí a personajes que después me ayudarían a tener algunos éxitos más en mi carrera. En particular dos diputadas y una asesora con quienes había trabado cierta amistad.

Semanas antes de dejar la Asamblea, había contactado al director de la *Revista del Consumidor*, Mateo Miguel García, por referencia de mi ex-compañera de *Cambio*, Adriana Hernández Uresti. Le ofrecí algunos temas para desarrollar en la revista, un poco previendo mi pronta salida.

A pesar de que no me conocía, Mateo fue muy receptivo conmigo y escuchó mis propuestas, entre ellas un tema acerca de las empresas que realizan cobranza extrajudicial, pues muchas de ellas violan los derechos del deudor, que también es un consumidor.

El tema le agradó mucho al editor y me pidió que lo comenzara a desarrollar, pero que debía estar muy bien documentado, pues toda la información pasaba a análisis por parte del Consejo Editorial de la revista, cuyos niveles de calidad eran muy rigurosos.

Tenía nociones del tema, pues había leído acerca de la polémica de las empresas que compran cartera vencida a los bancos e instituciones de crédito, para rescatar aquellos créditos calificados como “incobrables”. Dichas empresas tenían cientos de quejas ante la Profeco por sus prácticas de cobranza basadas en las amenazas y el terror. Pero, ¿hasta dónde un deudor

tiene derecho de que le cobren “a la buena”? Eso era precisamente lo que tendría que resolver.

Primero comencé por buscar un caso guía para mi reportaje, lo cual no fue difícil pues hay decenas de personas que deben por alguna razón un crédito y no tienen cómo pagarlo.Ése era el caso de Juan Carlos Martínez, un amigo de la infancia al que me encontré por esos días. Le pedí que me proporcionara el contrato que había firmado con la empresa Elektra y decenas de avisos intimidatorios e incluso humillantes que le habían dejado a la puerta de su departamento, con letras grandes que decían “prófugo”.

El caso de Martínez me dio pie para formular una buena batería de preguntas para un par de expertos que entrevisté, uno abogado de la Barra Mexicana de Abogados y el otro Director Jurídico de la Condusef.

Me documenté además en los archivos de denuncias de la Profeco en torno a este tipo de casos, y en casi todas los expedientes que revisé, había flagrantes violaciones al artículo diecisiete de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que estipula que “las deudas contraídas entre civiles no podrán ser motivo de sanción penal”, cuestión que echa por tierra todas las amenazas de las agencias de cobranzas que aseguran que si el deudor no cubre su responsabilidad se procederá a solicitar una orden de aprehensión.

Nunca había escrito un artículo que me demandara tanta documentación en el plano legal, pues además de recorrer los códigos civiles y penales en el ámbito federal y locales, también recurrí a leyes como la de Protección y a la del Ley del Mercado de Valores.

Un mes después de haber comenzado la redacción del texto lo entregué a Mateo, sin embargo, luego de pasar por dos revisiones del consejo editor, aún tuvo algunas modificaciones, incluida la incorporación de una entrevista con el Director Jurídico Consultivo de la Profeco, quien me aportó mayores datos para el consumidor. La colaboración estuvo lista a finales de agosto de ese 2005, pero no se publicaría sino hasta el número de noviembre, bajo el título “El señor Cobranza”, que daría pie a una serie de cuatro colaboraciones que publicaría en ese medio.

El giro radical hacia *H para Hombres* y el sexo

Aún no me deshacía bien del casete de la Asamblea Legislativa, sus iniciativas, puntos de acuerdo y sesiones extraordinarias, cuando mi vida giraba en un rumbo totalmente opuesto, hacia el periodismo de entretenimiento y en particular hacia el periodismo “sexual”.

Mi historia en la revista *H para Hombres* comienza en 2003, cuando realizaba un reportaje para la revista *Cambio* acerca de los multicitados “metrosexuales”. En dicho trabajo busqué al director de la *Revista H*, Alfredo Cedillo, para que me diera su opinión acerca del fenómeno. Una plática muy buena que derivó en una invitación de su parte a escribir en su publicación, misma que en el momento no me interesó tomar.

No obstante, luego de quedarme sin empleo después de renunciar al periódico *La Crónica de Hoy*, decidí usar esa “invitación” y llamé por teléfono a Cedillo para ofrecerle algunos temas de reportaje para su publicación; él me dio una cita y platicamos alrededor de lo que la revista necesitaba para mejorar, entre esas cosas, había una gran necesidad de refrescar las temáticas que se incluían en la revista e incorporar nuevas plumas a un esquema un poco avejentado.

Quedamos en que de entrada escribiría tres temas, uno acerca del mercado gay y el “desclosetamiento” de algunas marcas para el nicho; otro acerca de los “pornocorridos”, manifestación musical surgida en Monterrey, y uno más acerca de hábitos sexuales. Los tres para publicarse en un especial de sexo que se planeaba editar a principios de agosto de ese año.

En ese entonces estaba trabajando en la Asamblea Legislativa y a la par hacía mis colaboraciones, que terminé antes de llegar septiembre. Sin embargo, la revista especial en la que saldrían publicados estaría lista para noviembre, cuando aún me encontraba sin trabajo luego de dejar la política.

Un día de fines de diciembre al acudir a las oficinas de la revista *H*, propiedad del Grupo Editorial Notmusa, me encontré con la novedad de que el Coordinador Editorial de *H* había renunciado y que ese puesto estaba vacante. Al respecto platicué con Cedillo, pero él me hizo una contraoferta: no sería como coordinador inicialmente, sino como redactor y dependiendo de mi desempeño podría saltar hacia una mejor posición. Me gustó la propuesta,

pues ya habiendo hecho tres textos para la revista, había tomado el tono periodístico necesario para el *target*.

El 2 de diciembre de 2005 comencé a trabajar en la revista *H para Hombres*, una fecha difícil para incorporarme a un equipo, pues en pleno fin de año todo mundo se daba regalos y yo, como el chinito, “nomás milando”.

Una de mis primeras tareas como redactor fue hacer un diagnóstico acerca de cómo estaba escrita la revista y dar mi opinión al director editorial acerca de las áreas de oportunidad para mejorar. De las primeras cosas que detecté fue que la publicación tenía muy buenas fotografías pero carecía de contenido serio que le diera más “empaque”, es decir, parecía sólo un álbum de fotos muy bien organizado, pero con poco textointeressante que leer.

Me tardé un poco más de dos semanas para presentarle a mi jefe el informe acerca de la situación de la revista. Era importante para él, pues en mí veía a una persona que sabía mucho de periodismo, y se quería apoyar en mí, ya que él era diseñador.

En esas dos semanas salió a la venta la tan esperada edición “Especial de Sexo, un deleite voyeurista”, donde aparecerían mis tres primeras colaboraciones en la revista, mismas que había venido haciendo desde junio, mes que entré en contacto con Cedillo para pedirle trabajo. Se trataba de los temas “Dinero rosa... mexicano”, acerca del mercado gay en nuestro país; el segundo se publicó como “Pornocorridos: norteñas sin censura”; y el tercero “Encuesta sexual 2005”.

Todos, los tres temas, habían sido publicados en la misma edición, con lo cual entraba con el pie derecho y acumulaba una buena cantidad de pesitos para cobrar antes de mi sueldo formal. Luego de la publicación del especial de sexo llegó el fin de año y con ello unas pequeñas vacaciones de tres días, inmerecidas, pues no llevaba ni un mes trabajando en la empresa.

Regresando de vacaciones, ya abriendo 2006, me reuní con Cedillo para hacerle saber mi diagnóstico acerca de la publicación. Dentro de mis ideas, la principal era dotar a *H para Hombres* de mayor contenido editorial y de mayor seriedad, pues en cuanto a contenido era una publicación “ligera”, notablemente inferior a competidores como las revistas *DT*, *Playboy* o *GQ*.

Inicialmente mi sugerencia fue muy bien tomada por Cedillo, y quedamos en que me encargaría de editar la sección más importante de la

revista, llamada “Casillero”, unas treintaocuatenta páginas distribuidas a lo largo de la publicación, con información curiosa, de entretenimiento, pero de contenido. Lo que en el argot se llama “infoentretenimiento”, es decir, cápsulas científicas interesantes, datos sobresalientes de temas como sexo, salud, ciencia, tecnología, deportes y vida masculina.

La tarea era transformar dicha sección para ponerle mucha mayor veracidad y “funteo” a lo que se publicaba, con la intención de ir estructurándola como una revista que pudiera abarcar un mayor *target*, y no sólo ser una publicación para “taxistas y estudiantes calientes”, como el mismo director se refería a *H para Hombres*. Y tenía razón. Antes de que me incorporara a la revista, conocía pocas personas que supieran de la existencia del cabezal, y ése sería a futuro mi reto, hacer que se conociera, aumentando la calidad y la presencia del producto.

Editar el “Casillero” fue todo un reto profesional e incluso más difícil de lo que inicialmente había pensado, pues se trataba de hacer entre treinta y cuarenta notas cada mes, con una buena dosis de ingenio pues debían ser interesantes, informativas y graciosas, un punto en el que, según los propios directivos de la empresa, descansaban gran parte de las ventas de la revista, además de los modelos y los artículos de sexo.

Me recordó cuando hacía las cápsulas para la sección “Aldea Global” para la revista *Cambio*, sólo adapté el estilo y me dediqué a hacerme de buenas fuentes de información, como páginas de Internet, libros, etc.

Pronto el “Casillero” comenzó a tener mejor información, más nutrida y con fuentes confiables, de eso se dio cuenta el dueño de la editorial, Carlos Flores Núñez, quien en una junta general felicitó a la revista porque ya se estaba mejorando una parte que él consideraba fundamental para la publicación, pero faltaban otras.

Eran días de febrero, como les cuento, y cuando aún no terminaba de instalarme en mi puesto de redactor, a mi jefe se le ocurrió que me ascendería de puesto, pues necesitaba quién se hiciera cargo de los proyectos especiales de la revista y yo era el indicado. De esta manera, mi nuevo cargo fue Coordinador Editorial de Proyectos Especiales, con un aumento ligero de sueldo, pero con mucha más responsabilidad. En términos redondos tenía que

hacer que vendiéramos más y diversificar nuestros productos, para lo cual se me pidió un plan de acción, el cual elaboré en unos cuantos días.

Para mí era importante impulsar tres puntos principales. El primero era el mejoramiento editorial de contenidos de la revista. El segundo la ampliación sensible del *target* de nuestra revista, y el tercero el aprovechamiento de nuestro cabezal para impulsar productos nuevos que le dieran mayor valor agregado a nuestra actividad de producción. En este último punto propuse la creación de una versión más fuerte de nuestra revista, es decir con más desnudos y mayor contenido sexual, algo extremo y prohibido, dos palabras asociadas al *rating* en medios de comunicación.

El proyecto más exitoso de mi carrera

La propuesta fue aceptada en primera instancia y comencé a darle vueltas a los proyectos que la cristalizarían. En eso pensaba cuando en una de las juntas entre los ejecutivos de la empresa y el equipo editorial propuse que nos metiéramos más en el tema de la política en tiempos eminentemente electorales, meses antes de las elecciones del 6 de julio, con información acerca de política, pero de un lado amable e inteligente. Terminó la junta y me quedé pensando acerca de cómo podríamos conjuntar los dos conceptos, el sexo y la política, para entrarle de lleno a la coyuntura política.

Fue entonces cuando de la nada se me ocurrió la idea de presentar a las políticas más guapas de México en la revista. Inicialmente como un reportaje sin entrevistas, sino sólo como haciendo un *ranking*, pero luego de recordar algunas diputadas guapas que había conocido cuando trabajé en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, pensé en hacerlo más ambicioso.

A la junta siguiente con los ejecutivos de la empresa tenía la propuesta: “voy a convencer a cuatro o cinco políticas guapas para que hagan sesiones de fotos sexys para *H*, les podemos pagar o ayudar con difusión para sus campañas políticas”. La cara que hicieron los presentes fue de incredulidad y desprecio a la idea. No obstante, traté de hacerles entender que si nos aventábamos la apuesta, que a todas luces era inesperada, generaríamos un revuelo grande en los medios pues nadie lo había hecho nunca.

Con caras ceñudas aceptaron estudiar mi propuesta, pero la cuestionaron, como debe ser. Les dije que yo conocía a cinco o seis mujeres de la política que podrían aceptar y que me dieran el beneficio de la duda para por lo menos sondear si por una cantidad moderada de dinero ellas aceptarían.

Mi primera gran propuesta había sido muy arriesgada. De hecho si no funcionaba quedaría en ridículo completo, sin argumentos que apoyaran mi trabajo en la editorial. Con una gran presión sobre los hombros comencé los primeros contactos en la primera semana de febrero, pues la idea era tener el trabajo antes de las elecciones que se avecinaban en julio.

No hallaba cómo decirle a una legisladora o política, acostumbrada al protocolo y a las “buenas formas”, que quería que “se encuerara para una revista”, por decirlo de una manera jocosa. Después de muchas vueltas me logré reunir con la primera personalidad, se trataba de Marcela Guerra, diputada federal del PRI. Nos quedamos de tomar un café en el hotel Meliá de Reforma, donde muy amablemente me dijo que no se prestaría para mi reportaje, pero que le halagaba haber sido elegida como una de las políticas más hermosas del país.

La primera negativa me mostraba un panorama pesimista, pues cada quince días debíamos tener juntas con ejecutivos de la empresa, y me pedirían cuentas. Pero no me di por vencido y pensé muy bien mi estrategia de relaciones públicas para acercarme a más mujeres de la política.

Activé un contacto que tenía en la Asamblea Legislativa del DF, el jefe de prensa, Hugo Renán, con quien había trabado buena amistad durante mi estancia como encargado de prensa de la Comisión de Gobierno de ese órgano legislativo. Renán me recomendaría una manera más sutil de pedirles a mis potenciales modelos que posaran, “tienes que darles más por el lado del ego”, recuerdo bien que me dijo. Además me presentaría a la diputada Lorena Villavicencio, con quien había tratado un poco en mi trabajo en la Asamblea.

Le pedí una entrevista para comentarle acerca de un proyecto, aunque de entrada no le dije de qué se trataba, pues quería tomarla sentada, cómoda y relajada. Sabía que podía aceptar pues ella siempre se ha caracterizado por ser una política muy mediática con un carácter muy jovial y de ideas frescas. Nos vimos en su despacho privado junto con su publirrelacionista, Eduviges Bahena, quien era buena amiga mía y me ayudó a convencerla.

Después de dos horas de charla salí con un sí en las manos y con un panorama muy distinto, pues sabía que si la primera aceptaba, las demás vendrían un poco más convencidas.

A pesar de esas buenas noticias, en la revista las cosas no marchaban tan bien, pues se esperaba que mi trabajo diera frutos al primer mes, a lo cual yo les respondí pidiéndoles paciencia y confianza. Uno de los integrantes del consejo editorial, Verania Pérez, la Coordinadora de Producción, empleada de medio pelo en la organización jerárquica de la empresa se comenzaba a oponer sistemáticamente a todas mis ideas, entre ellas a la de las “diputadas sexys”; eso fue un hándicap fuerte, pues generó un ambiente de desánimo hacia la propuesta. A pesar de ello, seguía en pie con mi estrategia, que estaba seguro, lograría posicionarnos en un *target* más amplio, así como aumentar nuestra presencia y posicionamiento del cabezal en el mercado editorial.

Pero el trabajo con la diputada Lorena Villavicencio no terminó con el convencimiento de posar para nuestra lente, sino que tuve que verla dos veces más para mostrarle un repertorio de vestuario con el que ella se sintiera más cómoda, así como ofrecerle dos opciones de locación para la sesión de fotos. Recuerdo que le sugerimos que una playa podía ser buena opción o un lujoso hotel del la Condesa; ella prefirió lo segundo.

Teniendo ya el “sí” de Villavicencio me dispuse a contactar a otras legisladoras. La segunda fue la diputada local, también del PRD, Alejandra Barrales, a quien contacté directamente en una sesión de la ALDF. Le pedí una cita para explicarle el proyecto, pero tardó en dármela pues ella estaba en plena campaña como candidata a la jefatura delegacional de Benito Juárez.

Nos quedamos de ver en el café Starbucks que se encuentra cercano a la Comercial Mexicana de Pílares, en la misma delegación, por la colonia Del Valle. Ella se hacía acompañar por su esposo, un piloto aviador llamado “Nico”, que la protegía como guarura. En la escena le conté todo lo que tenía que saber acerca del proyecto y se lo vendí como un arma valiosa para ganar aparición mediática y atraer votos. Le ofrecí las mejores fotos, el mejor vestuario y la mejor locación, a cambio le ayudaría a posicionarse en los medios de comunicación, personalmente con algunos amigos periodistas. Me dijo que lo tenía que pensar muy bien.

Mientras, en la revista el trabajo incrementaba; tenía que partirme en dos para cumplir con las tareas de la redacción y la creatividad en los textos y por otra procurar que mi proyecto de las “políticas sexys” saliera a flote. En ese lapso comencé a realizar reportajes nuevamente, pues si mi propuesta había sido dotar de contenido interesante a la revista, alguien tenía que empezar.

Uno de los primeros trabajos periodísticos de reportaje que hice para *H* fue acerca de los alimentos transgénicos, cuyo contenido hacía reflexionar a los lectores acerca de la polémica que se estaba suscitando por la producción de este tipo de alimentos y su reciente apertura para sembrarlos en México. Ahora, no era tan fácil escribir un reportaje para un *target* como el de *H* (que es la revista del joven macho mexicano, como decía una amiga), pues había que explicarlo doblemente bien y de manera didáctica, ya que ese público casi no lee y había que darles la información digerida. Ése era un problema que realmente pensé que tenía controlado, pero me costó trabajo.

Otro de los temas que más me gustó en lo personal y que tuvo un impacto muy positivo al interior de la junta de ejecutivos de la empresa fue uno llamado “El número Telcel que usted marcó...”, donde entrevisté nada menos que a la chica que hace la voz de la grabación de Telcel, que todos hemos escuchado. Traté de mostrar a la mujer detrás de esa sugerente voz y contar la historia que había en el hecho.

A ella, Sonia Casillas, la ubiqué luego de una intensa búsqueda por agencias de locución y doblaje, pues mi objetivo era saber quién hacía la voz y presentarla como exclusiva, y lo logré en un reportaje de dos páginas que se publicó en el número de abril, muy bien recibido por la junta de ejecutivos, quienes monitoreaban el *rating* que tenía cada una de las páginas, mediante *focusgroup* y estudios especializados de mercadotecnia.

Seguí al mismo tiempo colaborando para la *Revista del Consumidor* y preparé en febrero de ese 2006 mi segundo tema, en esta ocasión abordaría diversos aspectos de las subastas en Internet entre particulares, un tipo de comercio electrónico que crecía exponencialmente al ritmo del mismo Internet.

Este tema lo escogí pues en ese entonces había logrado vender por este medio con éxito algunos artículos que no me servían, como una cámara fotográfica y una computadora portátil.

El tema “Subastas en Internet”, como finalmente fue encabezado en la edición número 349 de la popular revista, lo había comenzado a reportear desde diciembre de 2005. Entrevisté al director general del portal líder en el ramo de las subastas —es decir, mercadolibre.com.mx—, Francisco Ceballos, quien me explicó a detalle cómo funciona el intercambio comercial mediante este tipo de sitios.

Según la información que recabé, no existía hasta el momento ningún otro artículo o reportaje que hablara del *boom* que estaban generando las ventas en sitios de remates y subastas, que movieron en tan sólo un año (2005) mil millones de pesos en transacciones de compra-venta.

Si bien el tema puede hoy escucharse como más familiar, en el tiempo en que lo escribí aún parecía un poco lejano para una gran parte de la clase media de las ciudades, las cuales comenzaban a tener más acceso a Internet, pero aún no se familiarizaban con prácticas como ésta y menos con la banca en línea. Así, el reto fue hacer un texto entendible y didáctico tanto para internautas expertos como para principiantes o personas lejanas a Internet que leían la revista —que ciertamente eran muchas—, pues nuestro principal *target* eran las madres de familia de entre treinta y cincuenta y cinco años, población no tan relacionada con la nueva era de la información.

Luego de cuatro o cinco revisiones, el texto salió publicado en la edición de marzo de 2006, la cual ha sido la colaboración mejor pagada de mi vida, pues les gustó mucho a los integrantes del consejo editorial y me subieron el tabulador para ganar cerca de un mes de sueldo con sólo ese reportaje.

Era una etapa de mucho trabajo pues *H para Hombres* me exigía un horario de 9:00 de la mañana a 7:00 de la noche. Además en los días de cierre, que eran cada mes, tenía encomendada la tarea de verificar y auxiliar al editor, de modo que en ocasiones, durante semanas enteras salía a las tres o cuatro de la mañana por causa de atrasos en la edición.

Las “Diputadas sexys”, el éxito total

A la sazón de esos niveles de presión, mi proyecto de las “Diputadas sexys”, caminaba lentamente y aunque ya teníamos a la primera legisladora fotografiada, la diputada Lorena Villavicencio, nos faltaban por lo menos dos

más. Debido a ello me encontraba solicitando entrevistas con potenciales candidatas, entre ellas la panista Mariana Gómez del Campo, sobrina del actual presidente Felipe Calderón y entonces diputada local; además de Elvira Daniel, directora del sistema de Tranvías del DF, y con la titular de la Fiscalía Especializada en Atención a Delitos Electorales de la PGR (Fepade), María de los Ángeles Fromow. Todas ellas me dijeron que no.

Ante tal escenario junto con el director editorial, Alfredo Cedillo, manejamos en corto la posibilidad de no publicar el portafolio que ya se tenía elaborado y desechar la idea. Yo también me había desanimado un poco, pero aún conservaba la esperanza de que la diputada Alejandra Barrales aceptara mi invitación y posara para la lente de *H*, aunque tuviéramos que pagarle o regresarle el favor haciendo cobertura de su campaña en otras revistas del grupo Notmusa, como *Tv Notas* o la revista *Nueva*.

Poco antes de llegar a la primera quincena de abril, la diputada Barrales me llamó personalmente a mi celular y me dijo que le urgía verme pues había pensado bien el asunto y estaba dispuesta a ser nuestra modelo de lujo, pero con algunas condiciones, que básicamente eran menores: salir bien, no destaparse mucho y que las fotos fueran en un avión. Detalles que daba por cumplidos con tal de tenerla en poca ropa posando para mi proyecto. Sabía que si ella aceptaba, conseguir una tercera iba a ser más fácil y armando el paquete fotográfico, el éxito estaba garantizado, lo presentía.

Me reuní con la diputada Barrales en tres ocasiones para afinar detalles del vestuario, la entrevista y la locación, esta última era importante pues necesitábamos un avión para ello. Me comencé a mover con varias aerolíneas, pero fue Mexicana la que respondió a nuestra solicitud al ofrecerles una página de publicidad gratuita y por ser la personalidad de quien se trataba, pues recordemos que Barrales hace unos años fue líder de los sobrecargos del país.

Conseguida la locación, hicimos el llamado para todo el *staff* de la revista que participaría en la toma del portafolios. La cita fue en la base de mantenimiento de Mexicana, atrás del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, donde estaría estacionado un avión por espacio de tres horas, se trataba de un Airbus A-318 con capacidad para ciento veintinueve pasajeros que la empresa nos prestaría como favor excepcional tratándose de la diputada, pero no quiero sospechar cuánto cuesta parar un avión de una flota

comercial sólo para un estudio fotográfico, probablemente unos cuantos milloncitos. No obstante, era fabuloso, pues se trataba de una gran oportunidad para lograr buenas tomas en los cambios de ropa.

La sesión transcurrió sin contratiempos, el fotógrafo no era el mismo que le hizo el estudio a la diputada Villavicencio (Uriel Santana), en esta ocasión se trataba de Tito Trueba, un fotógrafo de menor renombre, pero con mucha calidad. Se hicieron unas fotografías en el interior del avión en los asientos y en la parte posterior denominada “gali”. También se lograron tomas en el exterior del avión y la que particularmente salió mejor fue una en la que la diputada se sentó en la turbina del Airbus con una sonrisa encantadora, desde que la vi, supe que esa fotografía iba a dar mucho de qué hablar, y no me equivoqué.

A pesar del entusiasmo que le ponía a este proyecto ideado y liderado por mí, las áreas de fotografía y coordinación de moda seguían pensando que se trataba sólo de una pérdida de tiempo y de una derrama innecesaria de recursos, y semana tras semana se ocupaban de recordarme de que “por culpa de tus diputadas”, no pudimos trabajar bien el cierre, y reproches por el estilo, que sólo dejaba pasar de largo, pues no valía la pena entrar en provocaciones

Mientras me quebraba la cabeza para “sacarme de la manga” a la tercera política que aceptara el proyecto, se me ocurrió la brillante idea de abrir el abanico de posibilidades y también invitar a integrantes de partidos políticos, sin ser necesario que éstas fueran “diputadas”. Así, llamé a una ex-compañera de trabajo con quien había laborado en la Asamblea Legislativa del DF, se trataba de Brenda Arenas, una atractiva chica de veintiocho años que había militado toda la vida en la izquierda y en ese momento se hallaba como fundadora del Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina, donde ocupaba la Secretaría de Desarrollo Social del partido.

En principio a Brenda le pareció una idea disparatada el hecho de ponerla en bikini junto a personalidades de la política como Villavicencio y Barrales, pues a pesar de su simpatía ella apenas comenzaba su carrera política. Pero era la “modelo” ideal para darle frescura al trabajo y abarcar un mayor *target*, pues tanto Villavicencio como Barrales, por su edad —cuarenta y uno y treinta y cuatro años respectivamente—, interesarían mucho más a nuestros lectores demás de treinta. Por eso, hacía falta el ingrediente que

reforzara nuestro compromiso con el lector de dieciochoaveintinueve años, que finalmente era nuestro fuerte de venta.

Después de un par de cafés y mucha labor de convencimiento, Brenda Arenas aceptó pensarlo, pero no había mucho tiempo pues ya era casi mediados de abril y el objetivo era detonar “la bomba” antes de junio de ese año, ya que las elecciones se avecinaban inevitablemente.

La misma semana en que me confirmó que participaría en nuestro proyecto, moví cielo, mar y tierra para que no pasara más tiempo y hacer el llamado y la consecuente sesión de fotografías. Mi intención era presentar a Brenda en un concepto más sensual que las otras dos legisladoras, pues, para decirlo en términos coloquiales, ella “tenía más que enseñar”.

Se preparó la locación en una habitación del piso once del hotel W de Polanco, uno de los más lujosos y de moda de la Ciudad, así como el vestuario y el tipo de maquillaje y luces que se utilizarían, que para eso los profesionales de la revista se pintaban solos. Lo que sí tenía que revisar personalmente era que los canales de comunicación, las agendas y las necesidades de las políticas-modelos estuvieran de acuerdo con los tiempos previstos y que todo estuviera muy organizado.

La sesión de fotografías se llevó a cabo al siguiente sábado, desde las 11 de la mañana y hasta pasadas las 4 de la tarde, con tres cambios de ropa muy sugerente. La calidad de las fotos y su alto contenido mediático me comenzaba a entusiasmar. Terminando esa tercera sesión fue la primera vez que personalmente sentí que el gran éxito que un día soñé de mi proyecto sería una realidad.

Preparábamos entonces el número de mayo de 2006 y además de asegurarme de que el reportaje de las diputadas saliera de acuerdo con lo planeado, no podía olvidarme de mis labores de edición, e incluso de reporte. Recuerdo que para ese mes tenía preparado un reportaje acerca del márketing político, para reforzar la eventual publicación del reportaje de las diputadas.

El artículo que les comento surgió a raíz de una pregunta que un día lanzó al aire el encuestador Francisco Abundis, director de la empresa de opinión Parametría, quien dijo, “¿Qué vamos a vender señores, candidatos o detergentes?”. Él hacía una comparación entre una campaña de márketing para la venta de productos de consumo masivo y las nuevas campañas

políticas cuyas luchas principales se daban ya no en la arena política, sino en la mediática. Sin embargo, el doctor Abundis puntualizaba “el máquetin político sí puede ganar elecciones, pero no gobernar países”.

“Candidatos o detergentes”, así titulé el reportaje, cuya publicación se programaría en el mismo número en que apareciera el trabajo de las diputadas, para apoyarlo temáticamente y dar un poco de marco de referencia para nuestro *target*, no tan acostumbrado a temas de política en nuestra revista.

Además de hacer la extensa sección de cápsulas de infoentretenimiento, los proyectos especiales y reportajes, el director ya me había encargado cada mes hacer la entrevista a la modelo-actriz, que apareciera en la portada. Entre las que entrevisté durante mi estancia en la publicación estuvieron personalidades como Ludwika Paleta, Ivonne Montero, Ana de la Reguera y Mayrín Villanueva, entre otras. Había que, literalmente, arrancarles una entrevista interesante, pues a excepción de Ana de la Reguera, las demás “artistas” tenían poco que comentar o su léxico no llegaba a más de treinta palabras y todo sobre una misma idea.

Todo un reto era entregar una entrevista de calidad cuando la entrevistada no tenía una historia medianamente inteligente que contar, “puros lugares comunes”, como diría mi maestro de periodismo Marco Lara Klahr. Cada mes, días antes de la entrevista me pasaba horas diseñando un cuestionario no complicado e inductivo para hacerlas que se soltaran en la entrevista y dijeran algo más que “gracias a todos, los quiero mil”.

La edición de mayo, la recordaré toda mi vida: unas semanas atrás había entrevistado en las instalaciones de Televisa San Ángel a la actriz Mayrín Villanueva, mujer escultural que actúa en varias telenovelas. Con sólo veinticinco minutos para que me contestara quince preguntas, logré una plática fluida en la que combiné lo interesante de su vida privada con un poco de sexo e incluso política. A los ejecutivos de Notmusa les interesaba mucho que no dejara fuera el “morbo” sexual de las entrevistas, y que encontrara la forma de que, aunque no fueran bien escritas, sí generaran escándalo con sus declaraciones. Lógicamente no les hacía ni medio caso, pero sí me determinaba un poco ese tipo de exigencias.

Recuerdo que esa edición fue prácticamente toda hecha y escrita por mí, pues con dos reportajes de contenido, un especial y además la entrevista de portada, era justo el derecho de paternidad.

A mediados de abril, el director y yo decidimos probar de qué tamaño era la bomba que había estado fabricando y así reprogramamos buena parte del contenido editorial que estaba por cerrarse para insertar siete páginas con las fotografías de nuestras políticas con un texto de referencia, mismo que tuve que elaborar rápidamente. En un par de días el trabajo ya estaba puesto en plana con el llamado en portada que decía “Destapamos a las 3 políticas más sexys de México”. Se diagramó unas tres o cuatro veces hasta que por fin quedó para el cierre de la revista el día 20 de abril de ese 2006.

Una semana después, faltando un día para que se terminara abril, la publicación llegó a nuestras manos y comenzó a distribuirse en voceadores y locales cerrados, mientras yo, por iniciativa propia la comenzaba a promocionar con algunos medios esperando maximizar el impacto de la noticia. En el fondo sabía que venía un “hitazo”, pero no del tamaño que después observamos.

Un día después logré hablar con el Editor de la sección de Ciudad del periódico *Reforma* que en ese entonces era Héctor Zamarrón, a quien le ofrecí las fotos y la nota para esa misma tarde; él aceptó la información gustoso sabiendo que era material muy atractivo para las ventas. Lo único que le pedí fue que nos diera el crédito en las fotografías y en la autoría del reportaje. Lo mismo hice con el diario *El Universal*. Era una estrategia en la que cederíamos un poco de “fama”, pero en el corto plazo ése sería el mejor modo de hacernos una buena campaña publicitaria y de relaciones públicas para incrementar las ventas de la revista y la presencia del cabezal en los medios de comunicación.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía a la redacción, me encontré con que en primera plana tanto de *Reforma* como de *El Universal* y sus respectivos periódicos populares (*Metro* y *Gráfico*), el tema predominante era el proyecto que cuatro meses atrás comencé a dilucidar y al que tanta confianza le tuve. Supe de cierto en ese momento, que vendrían una o dos semanas muy pesadas, pues con ese nivel de exposición a la opinión pública no tardaría en aparecer la televisión y otros medios pidiéndonos entrevistas y también a ellas, nuestras queridas políticas.

Al llegar a la oficina, tenía ya dos llamadas en espera, una del director de la agencia AFP en México y otra del reportero Alejandro Sánchez, de *Excélsior*, con quien había trabajado en la redacción de *Crónica* apenas un año atrás. Ambas entrevistas eran acerca de la forma en que logré que las legisladoras y Brenda Arenas, posaran para la lente de *H* un par de meses antes de la elección presidencial, tiempo en que los ánimos electorales se encontraban a tope.

Para media mañana la noticia ya estaba en todos los espacios noticiosos de televisión y radio. Además los portales de Internet de todos los periódicos nacionales hacían mención a la entrevista que había dado apenas unos momentos antes a la agencia AFP. Comenzaba el “campanazo mediático”, como lo llamó el mismísimo Javier Alatorre en su noticiario de la noche.

Con toda esta promoción favorable para la revista, sus trescientos treinta mil ejemplares se terminaron en sólo dos días y se tuvo que hacer una reimpresión de ciento quince mil ejemplares más, los cuales se vendieron como pan caliente durante las siguientes cuatro semanas. La citada reimpresión tuvo algunos aspectos relevantes del escándalo nacional que generamos, el cual denominé “El efecto *H*”, poniéndolo un poco en paralelo al eslogan del desodorante Axe.

Publicamos una recopilación de las principales reacciones de actores políticos como el presidente del PRD, Leonel Cota; Alejandro Encinas, entonces Jefe de Gobierno del Distrito Federal; Jesús Ortega, Coordinador de la campaña electoral de Andrés Manuel López Obrador, y comunicadores como Javier Alatorre, Carlos Loret de Mola y Javier Solórzano.

Las siguientes dos semanas giraron en torno de “las diputadas” en la redacción. Ya sea que hubiera que acudir a entrevistas en canales de televisión o de radio o bien hacer paquetes especiales con fotografías y boletines para medios nacionales e internacionales que querían retomar la nota en sus respectivos espacios noticiosos y de entretenimiento.

Tampoco tardaron en venir las llamadas de felicitación. Desde amigos que hace mucho tiempo no veía, hasta funcionarios públicos y periodistas, entre los que estuvieron mi amigo Salvador García Soto, Martha Ramos, Editora de Ciudad de *El Universal*; Sonia Casillas, Eloy Valtierra y muchos más que vieron el trabajo y su impacto mediático.

Un día después de la publicación de la revista, me llamaron las tres políticas, dos para felicitarme (Brenda y Villavicencio) y una para reclamarme, Alejandra Barrales, pues según ella sus fotografías no habían tenido la calidad que ella esperaba. De todos modos no había marcha atrás, las cámaras y los reflectores las siguieron a las tres durante las semanas siguientes, e incluso gente en la calle las reconocía, y las paraba para pedirles su autógrafa o una foto del recuerdo. Incluso Brenda Arenas me comentó que ahora sabía lo que sentía una estrella del pop al ser asediada por decenas de personas en la calle para tomarse una foto o no pagar la cuenta de un restaurante porque el dueño la había reconocido y habría ofrecido la cortesía de la casa.

Lo que siguió fueron felicitaciones internas, que detrás tenían una marcada intención de celo profesional. Y es que no era para menos, en menos de cinco meses de trabajo, había logrado posicionar el cabezal como nunca, abrir el *target market* a tope y duplicar el tiraje de la revista.

El dueño de Notmusa, Carlos Flores, me había mandado a felicitar por conducto de la vicepresidenta de revistas de la empresa, VerennaBorman, y se me otorgó un bono especial de dos mil dólares por el logro, más una promoción del sueldo muy atractiva, lo que comenzó a incomodar mucho a mi jefe, Alfredo Cedillo.

Las decisiones importantes

Pasó el vertiginoso mes de mayo y el reto ahora era gigantesco: mantener la revista en el estándar demostrado con “las diputadas” y el enriquecimiento de contenido que le había inyectado a la publicación. Además, los ejecutivos de la empresa comenzaron a preguntarme cuándo saldría el siguiente “tranco” para poder ir planeando vender más cara la publicidad con sus clientes e integrar con más proyección el programa de ventas de los siguientes meses.

Yo me limitaba a contestarles que el trabajo editorial era a veces impredecible y que trabajaría para encontrar ideas novedosas, aunque no les podía garantizar que el siguiente proyecto tuviera tanto impacto como el anterior, ya que se conjugan muchos factores, que la mayoría no podemos controlar nosotros mismos como el ambiente sociopolítico coyuntural, la situación económica del país, el cambio generacional del *target*, etc.

En los meses subsecuentes seguí con mi labor creativa elaborando la sección de “infoentretenimiento”, la entrevista de portada y un reportaje mensual, pero ya la gente al interior de la empresa me veía diferente y en ocasiones editores y directivos se acercaban a mi lugar a saludarme o a cruzar comentarios diversos. Estos hechos incrementaron la molestia de mi jefe, quien de inmediato me comenzó a meter más presión para “mejorar resultados”, aunque pareciera a todas luces que los resultados no podían ser mejores.

Fue entonces cuando me hice cargo de la publicación *H Extremo*, producto paralelo a la revista *H*, con mayor contenido erótico y dirigida al mismo *target*, cuya idea original había sido de Carlos Flores pero que me encargó perfeccionar, adicionar y editar.

Al principio la idea de *H Extremo* se me hacía inacabada, pues el sólo hecho de tener mayor contenido erótico y más sexo, no justificaba la salida de una nueva publicación, y opiné abiertamente que debíamos dotar a la publicación de temas de fondo que le dieran un mayor vestido al producto.

En un par de reuniones con Ventas para definir exactamente el perfil de la publicación, hubo momentos ríspidos, pues tanto los ejecutivos comerciales como Carlos Flores, el dueño de la empresa, insistían en que la fórmula para que tuviera éxito *H Extremo* era únicamente sexo-entretenimiento, y nada de contenido interesante como reportajes o artículos investigados.

En medio de un ambiente enrarecido en la redacción debido al celo profesional que se generó con mi trabajo y mi relación con el presidente de la empresa, comencé la edición de la revista *H Extremo* que se proyectaba para el mes de agosto, muy contra mi voluntad, pues había ganado la idea de hacer una publicación ligera y sin contenido.

Prácticamente no había mucho trabajo de edición, pues el 90% de la revista estaba compuesta de fotografías y ningún texto que relajara el ritmo y le diera volumen a la publicación. Así, ya con el material fotográfico, el trabajo mayor fue del diseñador, yo sólo tuve que darle un poco de ritmo al paginado y revisar detalles como el foliado de las páginas, el directorio, la carta editorial y la portada. El trabajo de edición no fue tan grande pues no se incluyó un solo artículo de contenido, fueron ciento veintiocho páginas sólo de fotografías de mujeres semi-desnudas. No era propiamente una revista, sino un catálogo de fotos.

Poco antes de la salida de *H Extremo* el 1 de agosto de 2006, los problemas se habían agravado internamente en la redacción con el despido de una de mis colaboradoras, la diseñadora Ivonne Flores, con quien había llevado buena amistad. La comunicación con mi jefe, el Director Editorial se había desgastado a tal grado que sólo nos hablábamos lo indispensable.

En ese ambiente llegué al 22 de agosto de ese mismo año, día en que tuve una reunión privada con el Director Editorial, quien me dijo abiertamente que no le estaba conviniendo mi presencia en el proyecto y que quería negociar conmigo una salida bien remunerada. No lo pensé mucho y de hecho no busqué contradecirlo, sólo le dije mi requerimiento económico y treinta minutos después estaba tomando mis pertenencias y entregando mi computadora para despedirme de mis compañeros de trabajo. Se cerraba así un ciclo de trabajo muy importante en mi vida como periodista, tal vez los diez meses más intensos de mi carrera.

V. Del periodismo de negocios al interés comercial

Luego del 22 de agosto de 2006, fecha en la que dejé formalmente la revista *H*, comenzaba una nueva etapa en mi vida de comunicador, pero antes vendría un desempleo de un par de meses en los que sentirme “fuera” era el sentimiento más incómodo. Me torturaba saber que había sido arquitecto de un éxito editorial grande, pero en ese momento estaba fuera del círculo y veía cómo otros disfrutaban lo que había construido. Impotencia, se llama, lo recordé.

Con esa idea de que pude haber tenido muchos más logros en la revista, salí a buscar trabajo. Estaba completamente seguro de que mi éxito de las diputadas me garantizaría el regreso a un buen medio de comunicación. Toqué muchas puertas, incluidas las de los principales diarios nacionales como *Excélsior*, *El Universal* y *Reforma*, pero sólo se abrió una puerta llamada *Desarrollo Económico*, una revista de negocios regionales cuyo principal logro había sido sobrevivir siete años.

Dicho proyecto estaba dirigido por su dueño y fundador, Horacio Rivera del Ángel, quien me entrevistó una tarde de diciembre gracias a un currículum que envié por Internet respondiendo a una vacante. A pesar de que me había confesado que ya tenía un candidato para contratar en esos días, le convenció mi entrevista y la breve exposición de motivos que hice acerca de algunas mejoras para su revista y los demás productos de su grupo editorial.

Comenzaría a la semana siguiente a trabajar como Director Editorial en Corporativo Desarrollo Económico, teniendo como unos de mis primeros proyectos la edición del libro *México y su industria automotriz*, que debía salir en un par de semanas, es decir, antes de terminar el año; de lo contrario, la empresa no podría cobrar la publicidad correspondiente a ese proyecto y año.

De acuerdo con mi experiencia en revista, hice un diagnóstico de los elementos que teníamos para un posible cierre en dos semanas, dándome cuenta de inmediato que el trabajo que se había hecho previamente no estaba editado y había muy poco material fotográfico de calidad, pues la mayoría de las imágenes no cumplían con el tamaño ni con la resolución mínima para ser publicadas (300 dpi a un tamaño mínimo de 15 X 30 centímetros), y estamos

de acuerdo que si se pretendía hacer un libro ilustrado de autos, debía tener buenas fotos.

Comenzó entonces una larga ruta para hacerle entender al dueño y a los diseñadores que con eso no podíamos trabajar, algo muy difícil pues ellos estaban acostumbrados a trabajar prácticamente sin políticas editoriales mínimas, permitiendo que las imágenes se reventaran o que los textos fueran cortados en un punto y aparte, sin tomar en cuenta la coherencia del texto.

Me propuse entonces rediseñar el flujo de trabajo de la editorial, ya que era sumamente errático. No se revisaban impresiones antes de mandarlas a la imprenta y sólo les bastaba con una corrección de los textos en Word. Además de ello, la editorial no tenía corrector de estilo, así que las faltas de ortografía y los errores propios de una puesta en plana empírica eran muy frecuentes.

El primer paso fue contratar a un coeditor que me auxiliara en las funciones de edición, corrección y puesta en plana. Junto con él rehíce en tres días los textos que integrarían las ciento doce páginas del libro y nos pusimos a conseguir material de fotografía específico para cada una de las páginas que ya habíamos puesto dentro del esquema de edición. Era una tarea difícil pues al hablar de la actividad industrial en sector automotriz, la mayoría de las imágenes sólo podían ser proporcionadas por las marcas, un trabajo que implicaba además un poco de relaciones públicas.

Después de hacer una distribución de todo el contenido a lo largo de las ciento doce páginas de la edición, se comenzó con el armado, con la ayuda de los tres diseñadores que entonces laboraban en la empresa. Necesitábamos trabajar a un ritmo de 100% pues los clientes esperaban el producto. Éste se mandó a la imprenta faltando diez días para terminar el 2006, con una edición bien realizada, pero con muchos detalles, producto del apremio en los tiempos.

Los conceptos editoriales aprendidos durante mi estancia en *Cambio* y en la revista *H*, acerca del ritmo de una publicación, la calidad de las fotografías y la claridad de los textos me sirvieron mucho para juzgar mejor la calidad de nuestro trabajo. Finalmente habíamos cumplido la meta de cerrar el libro y mandarlo a imprenta después de dos semanas de ardua edición; pero luego vendría la otra mitad del trabajo: la imprenta.

Hasta mi llegada a *Desarrollo Económico* no había conocido mucho acerca de los procesos de impresión, ni la diferencia entre la rotativa y la

prensa plana. Fue hasta que mi entonces jefe, me dijo que él se iría de viaje y necesitaba que estuviera “a pie de máquina”, revisando que la edición fuera saliendo “en registro”, conceptos completamente nuevos, que fui aprendiendo sobre la marcha, con la ayuda de algunos buenos amigos que fui haciendo en la imprenta de Arturo Arreola, un empresario de las artes gráficas tan amable como conocedor de su negocio.

Aprendí cómo se hacía la composición de los colores dependiendo de los formatos en los que se mandara la revista a la imprenta: no era lo mismo codificar un PDF para que mandara información en “negro sólido” que en negro de “composición de color”, pues el negro de “composición de color”, que como su nombre lo dice, está compuesto por los demás colores (rojo, amarillo y cian), quedaba siempre más pardo que un color de plasta negra absoluto.

Otro de los conceptos que aprendí era cómo se imprimía en pliegos de ocho páginas por los dos lados. Era todo un arte, para el impresor, calibrar muy bien la imprenta para equilibrar las imágenes de cada página, pues era frecuente que todo el pliego se cargara hacia los rojos o hacia los verdes, debido a la deficiente distribución del color en el origen de los archivos PDF. Por ejemplo, si había un pliego en el que siete de las ocho páginas fueran de una misma sección en la que predominara el rojo y la restante tuviera solamente una imagen de un rostro, se corría el peligro de que ese rostro se contaminara de la predominancia roja de las demás páginas. Ése era mi trabajo también, estar pendiente de las variaciones de color.

Puedo decir que la experiencia de estar “a pie de máquina” me formó mucho en una parte del trabajo editorial que no conocía, actividad que lejos de adornar mi currículum me sirvió personalmente para hacer un poco más sólidos mis argumentos al editar una publicación. Finalmente el objetivo de cualquier trabajo de edición es salir editado, impreso pues.

Con el logro de haber sacado el libro antes de la fecha fatal, pude operar un poco mejor mis piezas al interior de la empresa, pues no era fácil llegar a un lugar nuevo y cambiar por completo la forma de trabajar de las personas. Tampoco podía esperar amabilidad por parte de ellas, pues la gente llevaba años trabajando allí y había adquirido “modos” propios de un sindicato, en donde no importaba cómo saliera el trabajo, lo importante era trabajar ocho horas y recibir un sueldo completo.

Con la implementación de un flujo de trabajo editorial regido por un esquema de cierres editoriales parciales, pude darme cuenta dónde estaban generándose los “cuellos de botella” en la producción de la revista. El gran problema de la publicación es que más de 80% de lo que se publicaba era comercializado con clientes del interior de la República que muchas veces no contaban con la infraestructura para diseñar adecuadamente sus publicidades o publirreportajes, desconocían acerca de formatos de imagen, píxeles y, por supuesto, de rebases y calidad de impresión. De esta manera la mayoría de los anuncios que, supuestamente, nos mandaban hechos, debíamos repetirlos e incluso corregirles uno que otro error de ortografía.

Paralelo al trabajo en la redacción, comenzaba a ver la verdadera naturaleza del “negocio” en el que estaba metido, pues lejos de hacerse periodismo serio de negocios, únicamente se “maquilaba” una revista donde pudieran entrar las páginas de publicidad oficiales que unos cuantos amigos del dueño le compraban al triple de precio, claro, con una comisión para cada uno de los involucrados, incluyendo a los propios funcionarios públicos; en otras palabras: corrupción.

A pesar de que ahí no se hacía periodismo, era un lugar donde la paga era segura y debía seguir allí, por lo menos para ver qué más había detrás. Comencé entonces el 2007 con una limpia de personal, dejando fuera a dos de los diseñadores “sindicalizados” y contratando a mi eficiente ex-compañera de Notmusa, la diseñadora editorial Ivonne Flores. Además cambié algunas reglas como el horario de la oficina, los estándares de calidad de las fotografías, los textos y las publicidades.

Necesitaba hacerle saber a la empresa y al dueño, que hacer una revista era mucho más serio de lo que se pensaba. De hecho, al principio estaba tan mal editada, que cuando le pidieron a la distribuidora editorial CITEM que la incluyera en los anaqueles de Sanborn's, ésta les dijo que la revista tenía muchas deficiencias y que seguramente no se vendería, y así fue. Cuando se logró colocar por tres meses de prueba en algunos Sanborn's, hubo un 99.2% de devolución, es decir, de mil revistas sólo se vendieron ocho.

Debíamos hacerle un rediseño urgente, pues si bien en sus siete años de historia la publicación había resistido el paso del tiempo, se hallaba con muy pocas innovaciones, avejentada y poco atractiva para el lector. Además se

imprimía en un papel *couché* de doscientos gramos en interiores, muy grueso, “para que se vea la revista gorda y mejor presentada”, decía el dueño, pero lo único que se conseguía con eso era que, al ser un papel tan grueso, ni siquiera se pudiera manipular a la hora de la lectura, y la publicación se cerrara sola.

De esta manera la primera edición de enero de 2007 ya salió con una nueva fórmula de portada, con tipografías mejor jerarquizadas según la importancia dentro de la portada y sólo incluyendo un elemento fotográfico dominante, acompañado de cabezas con ideas cortas y de fácil lectura. No era necesario poner un enunciado completo para afirmar nuestra idea en la mente del lector.

Fue un trabajo arduo, pero muy formativo, pues tuve que implementar un esquema de trabajo que no existía, lo cual me dio mucha más capacidad de resolver problemas y una visión de campo amplia.

Conforme fue pasando el tiempo me iba acomodando en mi puesto de Director Editorial, editando mensualmente la revista con menos y menos recursos cada vez, primero sin presupuesto para fotografía y luego sin dinero para pagar el banco de imágenes; de modo que conseguir con qué ilustrar la publicación era todo un malabar.

Fueron diez números de *Desarrollo Económico* y un libro, los cuales se editaron bajo mi responsabilidad, hasta que un mes de septiembre de 2006 decidí abandonar la tarea. Decidí esto pues los dueños de la revista se habían negado en repetidas ocasiones a acatar los cambios editoriales que sugerí para la revista, como el cambio de tipografía, la disminución del gramaje del papel y la contratación de un corrector de estilo, pues por más que el coeditor y yo revisáramos los textos, no teníamos el ojo de un especialista y comúnmente se nos colaban erratas. Unos siete meses después, en junio de 2008, la revista dejó de publicarse.

De agosto de 2007 a junio de 2008 pasé un largo periodo de desempleo, manteniéndome de mis colaboraciones *freelance*, haciendo corrección de textos escolares hasta que me decidí a formar una pequeña empresa junto con mi amigo y socio Roberto Marmolejo Guarneros, ex-director de la revista *Muy Interesante* y con quien había compartido firma en *Milenio*.

El concepto de la agencia propia comenzó en una charla de café y poco a poco fue tomando forma, hasta ser una realidad con nuestra primera cuenta

ganada, nada menos que la farmacéutica Pfizer, que contrató a nuestra empresa, Imagina Comunicación & RP como asesores para una campaña de difusión masiva y publicidad que lanzaría en revistas de la Editorial Televisa.

La idea era sugerir temas periodísticos e informativos para presentarlos a manera de publrreportajes que no fueran eminentemente comerciales, sino que tuvieran contenido y que estuvieran bien escritos. Resultó una estrategia buena, pues según las mediciones de *rating* que se hicieron meses después, los publrreportajes no comerciales que redactamos, fueron 40% más leídos que si hubiesen sido sólo inserciones comerciales pagadas como anuncios publicitarios. Nuestra estrategia logró mejor impacto, así que la empresa trabajó con nosotros otros proyectos más, entre ellos la asesoría para discursos de motivación para su fuerza de ventas y análisis periódicos de la información de salud que publicaban medios específicos que a la compañía le interesaba dar seguimiento.

Apenas dos meses estuve echando a andar el proyecto de Imagina, consultoría que continúa afortunadamente trabajando, cuando recibí la llamada de Luis Díaz, Gerente de Mercadotecnia de CV Directo, empresa de venta por “infomerciales” de televisión, quien me propuso encargarme de las relaciones públicas de la firma. Le mandé mi currículum el primer jueves de mayo de ese 2008 y el lunes siguiente una de sus asistentes me estaba llamando para presentarme a trabajar el 2 de junio.

Luego de acordar el sueldo comencé a trabajar como Encargado de Relaciones Públicas y Medios de las firmas CV Directo y Homedics. Significaría mi primera experiencia dentro del campo de las relaciones públicas en forma, ya que si bien conocía el medio, no había dedicado el 100% de mi tiempo a una estrategia de posicionamiento de marcas en medios, medir impactos informativos o bien acercar intereses de la empresa con entes públicos y privados de diversa índole.

Con un poco de cautela respecto de lo anterior, comencé mi trabajo dándome cuenta que nunca antes se había hecho trabajo de relaciones públicas en la empresa: no había siquiera un manual de identidad gráfica, un *brochure* corporativo o una base de datos sobre la presencia de las marcas de la empresa en medios de comunicación, a pesar que CV Directo tiene su negocio preponderante en la emisión de “infomerciales” televisivos.

Lo primero que hice fue ubicar las necesidades de la empresa en cuanto a comunicación externa e incluso interna se refería. Mapear los recursos y herramientas con los que contábamos y comenzar a hacer bases de datos referentes a la empresa, pues si quería difundir una buena imagen de ella, primero debía conocerla.

No me fue extraño ni difícil escribir mis primeros boletines para la empresa y sus marcas, pues con el *feeling* de periodista que traía, de inmediato supe seguirle a las temáticas que a los periodistas les interesan, lo que nos aseguró una aparición mediática fuerte con productos como Tofipill, MasajeadoresHomedics y otros productos.

Uno de mis principales proyectos dentro de mis primeras semanas de estancia en CV Directo fue la introducción de la marca por relaciones públicas, es decir, sin costo para la empresa, al nicho de las carreras atléticas. Logré un acuerdo de intercambio con la operadora de eventos deportivos AS Deporte, la cual nos incluyó en carreras como el Cuarto Medio Maratón de la Ciudad de México, y la Carrera de Mexicana de Aviación. Mismas en donde hicimos promoción de marca, venta de artículos relacionados con el deporte, como escaladoras y aparatos para adelgazar.

Al 15 de julio de 2008 cumplí siete años exactos de ejercicio de la labor periodística. Cumplí también mi objetivo de terminar esta memoria laboral, que espero pueda servirle a alguien para conocer un poco más acerca del ejercicio de este, mi oficio. Muchas gracias.

Conclusiones

Al día en que escribo estas conclusiones han pasado exactamente siete años, desde que comencé a dedicarme a este oficio. No es fácil condensar todas las experiencias y vivencias en palabras, y más cuando he aprendido que el periodismo no tiene una fórmula para su ejercicio, cada periodista sigue un camino único. Parafraseando nuevamente a García Márquez "... el periodismo no se enseña, se aprende".

A lo largo de todo este tiempo he tenido la satisfacción de conocer una buena parte del trabajo periodístico de mi país, pues la labor realizada en periódicos y revistas me ha dado una visión un tanto panorámica de eso que todo mundo llama "los medios". Trabajando en distintas áreas como el reporteo, la edición y hasta la dirección, he tomado un poco de experiencia en el proceso creativo y operativo que implica hacer una publicación de cero a cien. Además lo he hecho en el área de relaciones públicas, como brevemente les relaté en el último capítulo.

Mi segunda escuela, como lo mencioné en este trabajo fue *El Universal*, lugar donde comenzaría a formarme como profesional. La gran ventaja que tuve en el "Gran Diario de México", fue el contacto directo con periodistas de gran calidad como Jorge Alejandro Medellín, Carlos Acosta, Gerardo Galarza o Marco Lara Klahr, de quienes aprendí algunos de los muchos secretos de la profesión, aún sin sospechar cómo funcionaba la maquinaria de "los medios".

Luego, en mi experiencia como reportero de *Cambio* fui aprendiendo más allá del reporteo y la información, metiéndome un poco más allá de la elaboración de notas. Supe que una publicación no sobrevive únicamente por estar muy bien hecha, y que los factores políticos y mercadológicos influyen de gran manera: ya ven, ni el Nobel Gabriel García Márquez pudo salvar su propia revista. Conocer la voracidad del mercado editorial me serviría para mis posteriores experiencias y para saber que aquello no era un juego.

Tal vez el momento más incierto en mi carrera fue cuando dejé la revista *Cambio* para entrar a la burocracia en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, pues no conocía la forma como se hacía la política al interior del PRD

ni el manejo de una jefatura de prensa. Mi juventud (tenía entonces veinticinco años) jugaba muy en mi contra frente a los tiburones expertos que navegaban en las aguas impregnadas de viejos esquemas políticos.

Muchas veces dudé de si haberme relacionado tan temprano en mi carrera con la burocracia había sido buena idea, no obstante ahora estoy seguro que era necesario conocer la dureza y pragmatismo de los políticos para poder entender mejor su manera de actuar, cuyas consecuencias casi siempre son nefastas.

En mi siguiente experiencia profesional, es decir, en la revista *H para Hombres* me convencería que mi paso por la Asamblea Legislativa no fue una pérdida de tiempo ya que, como decía la Madre Teresa de Calcuta "...el sentimiento más hermoso que puede experimentar un ser humano es el deber cumplido". A la distancia siento que he cumplido mi deber en todas las responsabilidades que se me han encomendado en las empresas que he trabajado; me siento con un saldo positivo.

Al mismo tiempo, me queda un sabor amargo luego de conocer el verdadero funcionamiento de los medios de comunicación y su inevitable función de control social y manipulación. El solo hecho de "estar en los medios" se vuelve un problema ético desde el momento en que sabes que tienes que callar realidades y maximizar triunfos gubernamentales, pues el funcionario es prácticamente quien paga tu sueldo, o por lo menos la publicidad de donde sobrevive tu medio.

Otra vertiente de ese saldo negativo que me deja el ambiente de los medios es el extraño vicio que tienen los reporteros y sus empresas. Éstos optan por una visión inmediata de la realidad, por contar los fenómenos sociales como una serie de fotografías sucesivas sin relación alguna, cuando lo que en realidad estamos viendo es una película que pasa incluso a más de veinticuatro cuadros por segundo, en donde cada hecho no puede explicarse sin un antecedente en el tiempo.

Con lo anterior no quiero demeritar la función social importante que tienen los medios de comunicación, no obstante, dicha función social en las últimas décadas ha pasado a última importancia ante los intereses comerciales de los anunciantes y gobiernos en turno.

No podemos negar el alto grado de empobrecimiento que ha sufrido el periodismo en el tiempo que me ha tocado ejercerlo, “la búsqueda de la verdad, ha pasado en demasiadas ocasiones a instrumento de poder político, y finalmente se ha convertido en espectáculo al servicio de un negocio”, cita el maestro Ryszard Kapuscinski en su libro *Los cínicos no sirven para este oficio*. Y lo podemos ver, remarca el maestro, sólo notando que “ahora al frente de los medios no suele haber periodistas, sino hombres de negocios, y la información se ha separado de la cultura”.

En este escenario, la tarea más importante del periodista es, creo ahora, encontrar los resquicios por donde colar el buen periodismo, crítico, serio, veraz y oportuno, pues es imposible para nosotros que no somos empresarios, cambiar las prioridades actuales que tienen los medios. Hay lugares, tiempos y momentos para hacerlo y también es parte del talento del periodista hallar las circunstancias para hacerlo.

En esta memoria laboral me permití incluir pasajes y situaciones que tal vez no obedezcan mucho a las diferentes teorías de los grandes clásicos o a procedimientos estrictos de la ejecución de las técnicas de investigación o de los géneros periodísticos, pero el mundo real del periodismo se ha convertido en el más pragmático que conozco después de la política y los negocios. Por ello, creo importante abordar detalles del “cómo” y del “porqué”, más que sólo relatar el “qué”.

Me siento muy satisfecho de haber elegido esta carrera, pero siento que más que ser una licenciatura que garantice buenos ingresos económicos, es un oficio que ayuda a vivir mejor, pues te pone en primera línea de los acontecimientos reales de una sociedad, con la oportunidad de aprender de ellos. Hay quienes toman esa oportunidad y otros la dejan pasar; yo he decidido intentar tomarla.

oOo

Bibliografía

LAGARDE MOGUEL, Sergio

- “Drogas online”. *El Universal*. 13 de oct. 2002: A14.
- “Ciber Policía”. *El Universal*. 29 oct. 2002: A14.
- “Cartas a un dictador”. *El Universal*. 20 nov. 2002: A19.
- “San Francisco Magú, donde la vida no cuesta nada”. *El Universal*. 21 nov. 2002: C4.
- “Opera escuela de ladrones en Iztapalapa”. *El Universal*. 16 ene. 2003: Portada.
- “Arrancones, peligro latente”. *El Universal*. 9 feb. 2003: A12.
- “Me alistaré aunque sea por una causa injusta”. *El Universal*. 19 mar. 2003: El Mundo.
- “Echelon, voyerismo imperial” *Seguridad Magacín*. 15 jun. 2003. México: Contendencia, pp. 48-52.
- “Internet: navegantes con insignia pirata”. *Seguridad Magacín*. 15 jun. 2003. México: Contendencia, pp. 31-33.
- “¡Hay fuego en mi casa! Guía y sensores contra incendios”. *Seguridad Magacín*. 15 jun. 2003. México: Contendencia, pp. 60-63.
- “Terrores infantiles” *Cambio*. 14-20 sep. 2003. México: Contendencia
- “Sin Ataduras”. *Cambio*. 28 sep.-4 oct. 2003, México: Contendencia, pp. 64-65.
- “Escuderos de motores”. *Cambio*. 5-11 oct. 2003, México: Contendencia, pp. 58-60.
- “Polémica del voto eclesiástico”. *Nueva Izquierda*. Num 9. Oct. 2003, México: Contendencia, pp. 44-47.
- “Esta perrón”. *Cambio*. 26 oct.-1 nov. 2003, México: Contendencia, pp. 64-65.
- “México se escribe .MX”. *Cambio*. 16-22 nov. 2003, México: Contendencia, p. 67.
- “Regresa por más. Ricardo ‘El Finito’ López”. *Cambio*. 30 nov-5 dic. 2003. México: Contendencia, pp. 52-53.
- “La izquierda que nació del polvo” *Nueva Izquierda* Núm. 10, dic. 2003, México: Contendencia, pp. 8-13.
- “Si los manteles hablaran”. *Cambio*, 18-24 enero 2004, México: Contendencia, pp. 20-22.
- “¡Me enferma la oficina!”. *Cambio*, 28 mar.-3 abr. 2004, México: Contendencia, pp. 62-64.
- “Metrosexuales, una nueva clase de hombres”. *Cambio*, 26 abr.-1 may. 2004, México: Contendencia, pp. 90-92.

“La adicción del Siglo XXI”. *Cambio*. 2-8 may. 2004, México: Contendencia, pp. 10-13.

“Inminente colapso ecológico en el DF” *Milenio Diario*, 28 jun. 2004. *Salud* p. 13.

“A mí nadie me compra” *Encuesta, resultados y análisis constructivo*. Núm. 21. Jul. 2004. México: Contendencia. *Consentidos* pp. 16-19.

“Encuestas similares no llegan ni a ‘patito’”. *Encuesta, resultados y análisis constructivo*. Núm. 21. Jul. 2004. México: Contendencia. *Vox populi* pp. 12-13.

“Las confesiones de Nelson Vargas” *Cambio*. 12-18 sep. 2004. México: Grupo Mac, pp. 10-15.

“España invierte fuertemente en la hotelería mexicana”. *Milenio Diario*, 28 nov. 2004. *Tornavuelta* p. 13.

“Cholula, la ciudad sagrada”. *Milenio Diario*, 28 nov. 2004. *Tornavuelta* pp. 8-9.

“¿Quién mató a la célula Beta?”. *Milenio Diario*, 29 nov. 2004. *Salud* p. 4.

“De Washington, página que paga por El Chapo” *La Crónica de Hoy*. 11 mar. 2005: Portada.

“Regresa juez expediente López a la Procuraduría”. *La Crónica de Hoy*. 23 abr. 2005: Portada.

“El señor Cobranza” *Revista del Consumidor*. Núm. 345. Nov. 2005. México: Procuraduría Federal del Consumidor, pp. 54-59.

“Dinero rosa... mexicano” *H para Hombres. Especial de Sexo*. Nov. 2005. México: Notmusa, pp. 72-75.

“Pornocorridos: norteñas sin censura”. *H para Hombres. Especial de Sexo*. Nov. 2005. México: Notmusa, pp. 96-98.

“Encuesta sexual 2005”. *H para Hombres. Especial de Sexo*. Nov. 2005. México: Notmusa, pp. 62-67.

“Subastas en Internet”. *Revista del Consumidor*. Núm. 349. Mar. 2006 México: Procuraduría Federal del Consumidor, pp. 48-56.

“Transgénicos, la polémica por los OGT’S”. *H para hombres*. Mar. 2006. México: Notmusa, pp. 122-125.

“El número Telcel que usted marcó...”. *H para Hombres*. Abr. 2006. México: Notmusa, p. 14.

“Candidatos o detergentes?”. *H para Hombres*. May. 2006. México: Notmusa, pp. 108-111.

“Destapamos a las 3 políticas más sexys de México”. *H para Hombres*. May. 2006. México: Notmusa, pp. 69-73.

Drogas online

Compleja "red" para distribución al menudeo

POR SERGIO LAGARDE MOGUEL

—Están buena vibra, chido, alegría y además no te vistan mucho" es la voz en el teléfono de Jélicou, quien ofrece a través de Internet sus "ruinas", mejor conocida como éxtasis. Tiene 20 años y es sólo el último eslabón de una compleja red de distribución de drogas al menudeo que se ha desarrollado de sitios mexicanos y extranjeros en la web.

—¿Cuál es el precio de la "ruina"?

—Te cuesta 250... también tengo el LSD en 250.

—¿Y éstas de dónde te las traen?

—Son holandesas, pero me las trajeron de Monterrey, te aseguro que el producto está garantizado, te dan un buen paquete, es buen material.

La entrega se realizza cerca de la gloria del maestro Inaugurante.

—Pero que sea seguro, sino el material lo voy a boy en la noche", dice, y cuelga, no sin antes dejar la aclaración de no llamar al mismo teléfono.

El tráfico de drogas utilizado como herramienta Internet, un fenómeno que invade Europa, ha traspasado las fronteras de la información en línea para llegar a México, donde, a través de la "super-carretera", y prácticamente en tiempo real, se pueden conseguir desde drogas convencionales como la cocaína y la marihuana, hasta las más sofisticadas como el MDMA (éxtasis), LSD (síntesis del ácido láctico), hongos alucinógenos y las llamadas smart drugs, o drogas inteligentes, estas últimas muy populares en las fiestas electrónicas o rave.

Quiénes se valen de la red para traficar con drogas, saben que el riesgo es mínimo y que están a sólo un clic de cerrar un navegador que les puede permitir millonarias ganancias, prácticamente sin meter las manos, ya que al hacer el pedido vía correo electrónico se solicitan los recursos del cliente para después contactarse por medio de distintos celulares o telefonía pública. Después se acuerda el precio y la entrega es realizada por un mensajero.

Muchos de estos *smugglers*, como los cataloga la DEA (Drug Enforcement Administration), actúan en México establecidos en chats y conversaciones encriptadas, "colgándose" de servidores en su mayoría en Europa. Otros pueden estar a la luz de una página mexicana a la que se puede acceder a través de www.electrorave.com, autoconocida "el movimiento electrónico y rave de México".

En esta dirección, en la sección de foros, se pueden encontrar tertulias acerca de la cultura de las fiestas electrónicas, así como información de estas fiestas, pero en su mayoría es punto de encuentro para "conectar" por medio de correo electrónico, las sustancias que se consumirán en los distintos rave.

—¿Quieres el mejor éxtasis? mándame un mail y vemos que trama, importado de Amsterdam", es el mensaje de *Provaldus*.

A lo que *Joanna*, otro miembro de la comunidad le responde: "Estoy lista para hacer negocio contigo, díjeme que tienes buen éxtasis. Mándame un mail a [cuenta dirección] con los precios".

Añade de paso que la mayoría de las drogas conviven locales como la marihuana y la cocaína son provistas por distribuidores que operan en la zona de Tepic.

"A mí me falla el conoche del éxtasis, el de cocaína fácil, yo compro polvo en Tepic, pero hasta la otra semana, por este medio te contacto cuando voy y te contacto, no hay problema", firma el alias: *PLIB*, que significa, por sus siglas en inglés, Paz, Amor, Unidad y Respeto, máxima del movimiento electrónico en el mundo.

Otras drogas que son muy populares entre los miembros de esta comunidad (Proyecto Pólvora 10 y los 10 años), son los llamadas *smart drugs* sintetizadas como el 2-CB1, que posee un efecto estimulante que se prevé desplazar rápidamente al éxtasis.

Aunque los "terminos y condiciones" de electrorave.com, prohíben la entrada a menores de 18 años, y se advierte que "cualquier persona que use este medio para comprar o vender estas sustancias, será expulsada de la comunidad", la mayoría de los mensajes se refieren a la compra y venta de drogas.

Estas discusiones se complementan con ligas que se intercambian entre los miembros, mismas que llevan a sitios europeos, tal es el caso de <http://www.bluelight.nl>, y www.painconium.org, en esta última dirección se pueden encontrar las instrucciones precisas de cómo fabricar cualquier tipo de droga sintética hasta el lugar en donde se puede conseguir la materia prima en México.

También se encuentran mensajes de miembros europeos interesados en conseguir alucinógenos mexicanos con cápsulas. Inapertadamente, se ponen en contacto expendedores locales para enviárselos.

Y mensajes acerca de cómo pasar drogas en los aeropuertos de México, de miembros europeos que con frecuencia las transportan ocultas en sus equipajes y que necesitan saber de la seguridad en la carretera a través para evitar ser detectados por la policía.

Internet en México: tierra de nadie

Para el experto en delitos cibernéticos, Julio Tizón Vázquez, se observa que es sumamente fácil traficar con drogas por Internet en México, debido a tres factores: el primero, la facilidad de quienes conocen las redes de información; el segundo, la ve-

Los miembros de las comunidades, aprovechan la "libertad" que da el portal para ofrecer estupefacientes

El tráfico de drogas utilizado como herramienta Internet, un fenómeno que invade Europa, ha traspasado las fronteras de la información en línea para llegar a México, donde, a través de la "super-carretera", y prácticamente en tiempo real, se pueden conseguir desde drogas convencionales como la cocaína y la marihuana, hasta las más sofisticadas como el MDMA (éxtasis), LSD (síntesis del ácido láctico), hongos alucinógenos y las llamadas smart drugs, o drogas inteligentes, estas últimas muy populares en las fiestas electrónicas o rave.

Quiénes se valen de la red para traficar con drogas, saben que el riesgo es mínimo y que están a sólo un clic de cerrar un navegador que les puede permitir millonarias ganancias, prácticamente sin meter las manos, ya que al hacer el pedido vía correo electrónico se solicitan los recursos del cliente para después contactarse por medio de distintos celulares o telefonía pública. Después se acuerda el precio y la entrega es realizada por un mensajero.

Muchos de estos *smugglers*, como los cataloga la DEA (Drug Enforcement Administration), actúan en México establecidos en chats y conversaciones encriptadas, "colgándose" de servidores en su mayoría en Europa. Otros pueden estar a la luz de una página mexicana a la que se puede acceder a través de www.electrorave.com, autoconocida "el movimiento electrónico y rave de México".

En esta dirección, en la sección de foros, se pueden encontrar tertulias acerca de la cultura de las fiestas electrónicas, así como información de estas fiestas, pero en su mayoría es punto de encuentro para "conectar" por medio de correo electrónico, las sustancias que se consumirán en los distintos rave.

—¿Quieres el mejor éxtasis? mándame un mail y vemos que trama, importado de Amsterdam", es el mensaje de *Provaldus*.

A lo que *Joanna*, otro miembro de la comunidad le responde: "Estoy lista para hacer negocio contigo, díjeme que tienes buen éxtasis. Mándame un mail a [cuenta dirección] con los precios".

Añade de paso que la mayoría de las drogas conviven locales como la marihuana y la cocaína son provistas por distribuidores que operan en la zona de Tepic.

"A mí me falla el conoche del éxtasis, el de cocaína fácil, yo compro polvo en Tepic, pero hasta la otra semana, por este medio te contacto cuando voy y te contacto, no hay problema", firma el alias: *PLIB*, que significa, por sus siglas en inglés, Paz, Amor, Unidad y Respeto, máxima del movimiento electrónico en el mundo.

Otras drogas que son muy populares entre los miembros de esta comunidad (Proyecto Pólvora 10 y los 10 años), son los llamadas *smart drugs* sintetizadas como el 2-CB1, que posee un efecto estimulante que se prevé desplazar rápidamente al éxtasis.

Aunque los "terminos y condiciones" de electrorave.com, prohíben la entrada a menores de 18 años, y se advierte que "cualquier persona que use este medio para comprar o vender estas sustancias, será expulsada de la comunidad", la mayoría de los mensajes se refieren a la compra y venta de drogas.

Estas discusiones se complementan con ligas que se intercambian entre los miembros, mismas que llevan a sitios europeos, tal es el caso de <http://www.bluelight.nl>, y www.painconium.org, en esta última dirección se pueden encontrar las instrucciones precisas de cómo fabricar cualquier tipo de droga sintética hasta el lugar en donde se puede conseguir la materia prima en México.

También se encuentran mensajes de miembros europeos interesados en conseguir alucinógenos mexicanos con cápsulas. Inapertadamente, se ponen en contacto expendedores locales para enviárselos.

Y mensajes acerca de cómo pasar drogas en los aeropuertos de México, de miembros europeos que con frecuencia las transportan ocultas en sus equipajes y que necesitan saber de la seguridad en la carretera a través para evitar ser detectados por la policía.

Internet en México: tierra de nadie

Para el experto en delitos cibernéticos, Julio Tizón Vázquez, se observa que es sumamente fácil traficar con drogas por Internet en México, debido a tres factores: el primero, la facilidad de quienes conocen las redes de información; el segundo, la ve-

Modo DE OPERACIÓN

Se publica el mensaje en los distintos foros, desde se especifique qué tipo de drogas se solicita y qué cantidad

El vendedor se pone en contacto con el comprador por medio de e-mail, solicitándole sus teléfonos

El vendedor llama al comprador, se acuerda la cantidad, el precio y el lugar de entrega

Un mensajero acude a la cita y entrega "la mercancía" al recibir el pago.

Drogas que se pueden conseguir:

- Marihuana
- Acidos
- Ajos
- Cocacas
- Éxtasis
- LSD (síntesis de ácido láctico)
- DMT (potente alucinógeno)
- Drogas inteligentes
- Alucinógenos

CONTACTOS

Conversación extraída de electrorave.com. Título del foro: "Drogas, cómo, cuándo y por qué".

Malagula dice: Necesito saber si los perros de la policía pueden detectar tachas y ketamina. Es importante porque me puedo llevar muchos para México desde Madrid.

El Adicto dice: Ya he y ketamina en México y más barata que en España, tachas no sé si los perros las huelen, pero me gusta a creer que sí, el LSD es la droga más fácil de pasar por el fríete todo lo que puedas.

El Adicto dice: Hey, tengo un compa que acaba de llegar de Sacramento, California. Viene bien armado, pedidos 20 dólares a [cuenta dirección]@hotmail.com.

El Gato dice: Hola bros! Les tengo excelentes noticias! Ya tengo 5-htp produce los efectos del éxtasis, para los que visiten www.biorganik.com/5htp/5htp.

El Gato dice: Precios: 5-10 \$30 e/a... 11-50 \$25 e/a... 51-100 \$25 e/a USD... incluye envío en el DF, ciudades \$30.

El Chicharo dice: Directamente desde Real de Caceres? Mezclina en polvo y cabezas de vivas, echáme un mail vivo en "Guajalajara", lo garantizo un 100%.

El Joanna dice: Estoy lista para hacer negocio contigo, díjeme que tienes buen éxtasis, mándame un mail a [cuenta dirección], con los precios.

Malagula dice: Otra vez yo envío, a ver alguien con pasta que me quiera enviar algunas cosas, compo de todo desde España.

El Adicto dice: Tengo éxtasis puro y ajos, busámame! \$200 e/a. (cuenta dirección)@electrorave.com

El Adicto dice: ¿Necesitas algo? A partir de agosto precio y calidad en el DF y alrededores, contactame.

El Boy dice: Por favor, necesito comprar most, estoy en el DF, cerca de Reforma e Insurgentes. Gracias.

Anexo 2. Portada de *Nueva Izquierda* Núm. 10, "La izquierda que nación del polvo"

■ Demetrio Sodi y Francisco Carrillo debaten sobre la reforma eléctrica.....48

2003

nueva IZQUIERDA

DICIEMBRE DE 2003, NÚM. 10 Desafío político contemporánea

LA UTOPIÍA, A REVISIÓN

El PRD requiere más que banderines para ganar la Presidencia de la República. El riesgo de otra alternancia fallida, que incluso deje intacta la arquitectura del Estado mexicano, es latente. Si las aspiraciones no residen sólo en asirse al Ejecutivo, el partido del sol debe consolidarse y luchar por un frente ciudadano amplio que concurra a las urnas el 2 de julio, ahora de 2006.



CRÓNICA DESDE CHALCO Sergio Lagarde

Reportajes:
Elecciones internas y educación en los gobiernos perredistas

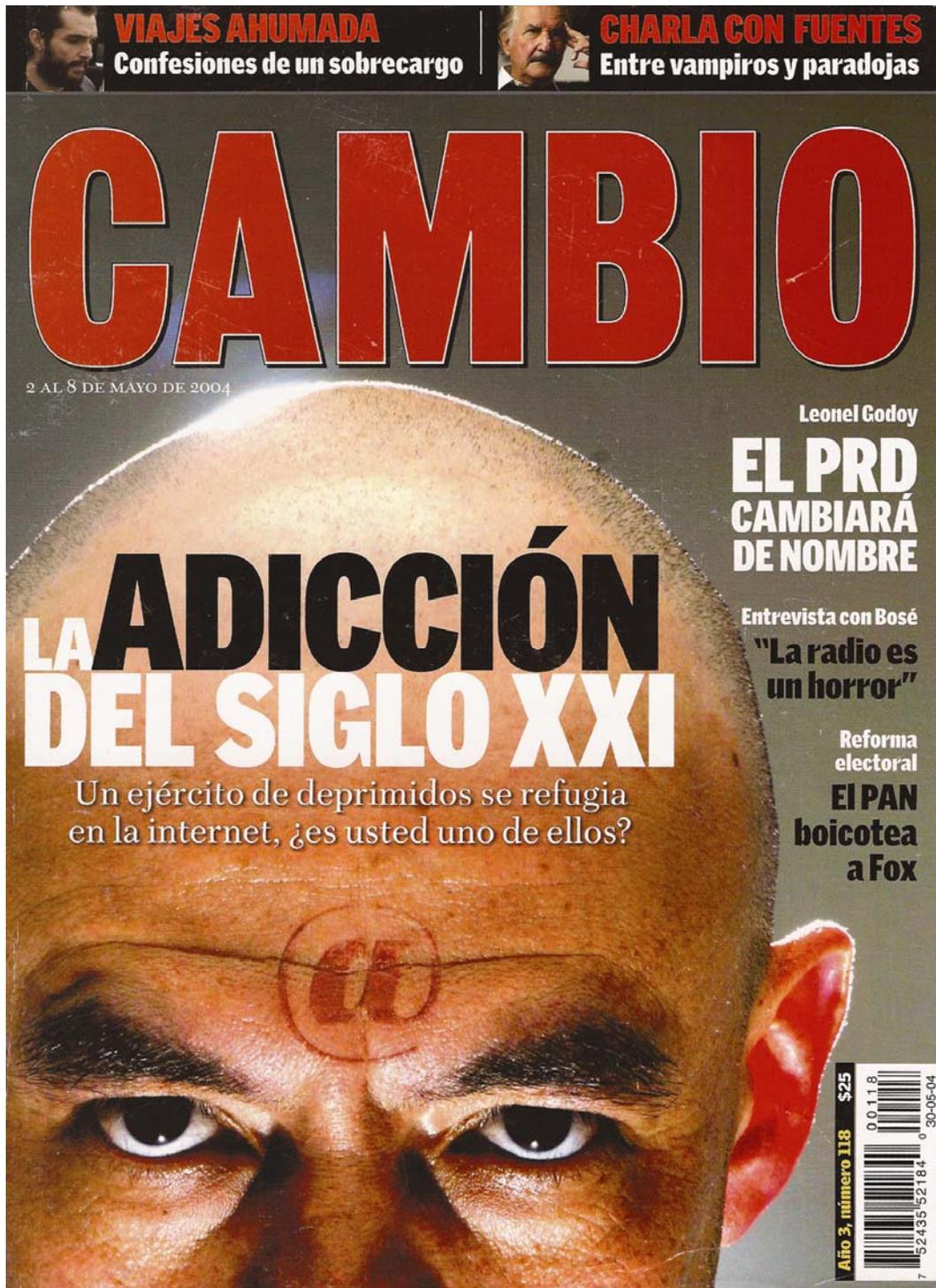


Lula tras un año
Luis Alberto García

Opinan:
Manuel Canto,
Silvia Gómez Tagle,
Miguel González,
Gabriel Santos

01
174470933035

Anexo 3. Portada de *Cambio*. 2-8 may. 2004, "La adicción del siglo XXI"



Anexo 4. Portada de *La Crónica de Hoy*, 11 mar. 2005, "De Washington, página que paga por El Chapo"

BAGDAD. Marines que protegían a Negroponte mataron a Calipari, el *Rambo* italiano | 20

NACIONAL | 4 a 6



López acusa a Fox de recoger los discursos de Díaz Ordaz y Echeverría; la Presidencia pone fin a la confrontación

[ALEJANDRO PÁEZ Y RAYMUNDO SÁNCHEZ]

NACIONAL | 14 y 15



Rice no trajo más críticas a México, pero las justifica; dice que Bush quiere acuerdo migratorio que respete derechos humanos

[LESLIE GÓMEZ Y SERGIO LAGARDE]

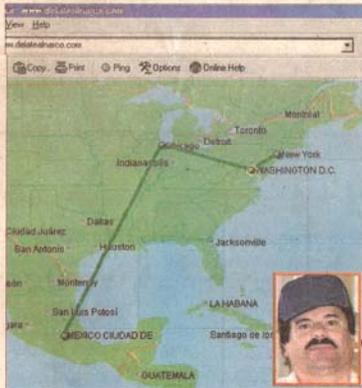
LA ESQUINA

En el DF acceder a la información pública es peor que un viacrucis. Para obtenerla hay que convencer a las autoridades y luego realizar trámites engorrosos. Conocer documentos del 2° piso cuesta 300 mil pesos. O sea, además de trabas y ocultamiento hay que pagar cantidades inaccesibles para un ciudadano común. Valiente honestidad la de este gobierno nada transparente.

PRESIDENTE:
Jorge Kahwagi Gastine
VIERNES 11
MARZO 2005
Año 9 Nº 3107 / \$7.00
www.cronica.com.mx

LA CRÓNICA DE HOY

De Washington, página que paga por El Chapo



Esta imagen muestra el rastreo realizado para dar con el origen de la página que ofrece 5 millones de dólares por informes sobre el paradero de Joaquín 'El Chapo' Guzmán (en el recuadro).

■ Investigación de CRÓNICA descubre que el sitio www.delateaharco.com fue dado de alta en diciembre 12 de 2004

■ La ciberdirección está blindada contra *hackeos*, ofrecen 5 mdd a quien informe paradero del narcotraficante prófugo

[SERGIO LAGARDE MOGUEL]

La página de Internet www.delateaharco.com, que ofrece una recompensa de cinco millones de dólares por información que lleve a la captura de Joaquín 'El Chapo' Guzmán, está radicada en Washington, DC, sede de la Agencia Antidrogas (DEA). Se sospecha que este organismo colocó, en el norte del territorio mexicano, posters como parte de una campaña para ubicar y detener al líder del Cártel de Sinaloa.

Una investigación realizada por CRÓNICA revela que el sitio fue dado de alta el 12 de diciembre de 2004, un día después de que en Cancún cuatro hombres fueran ejecutados por *Los Zetas*, ex militares al servicio de Osiel Cárdenas Guillén.

Expertos afirman que el sitio está "blindado" para impedir *hackeos*. El origen de la página fue hallado en la dirección IP 69.44.59.108 (38.911N, 77.017W), en una computadora cuya dirección electrónica es "Apache/1.3.26 (Unix) Debian GNU/Linux PHP/4.1.2 mod_perl/1.26 X-Powered-By: PHP/4.1.2", cuya localización geográfica es Washington, DC. **.11**



CARLOS SLIM es el 4° hombre **MÁS RICO** del mundo con 23,800 mdd

■ **EN 2004** ocupaba el sitio 17, pero avanzó 13 lugares al ganar 10,000 mdd en un año

■ **JERÓNIMO** Arango, en el 151 con 3,600 mdd; Alberto Bailleres, en el 219 con 2,700 mdd

■ **RICARDO** Salinas ocupa el 228 al acumular 2,600 mdd; Azcárraga está en el 620 con 1,000 mdd

■ **ARAMBURUZABALA** trepó al 366 con 1,800 mdd **.23**

El GDF cobra \$300 mil por dar informes del 2° piso

■ Inaccesible para la ciudadanía, la información pública que guarda el Fimevic

[ELBA MÓNICA BRAVO]

.34



MUNDO | 19

Madrid cumple un año del 11-M con la pinta anónima "El día 11 tened miedo, mucho miedo"; sobrevivientes no quieren repique de campanas

[FRAN RUIZ, CORRESPONSAL EN MADRID]



SUPLEMENTO

■ **Robots muestra un mundo lleno de amor, envidias, fantasías y sueños**

■ **En su retorno a los escenarios Gloria Trevi se presenta mañana en el Palacio de los Deportes**

ESCRIBEN

JOSÉ CARRERO CARLÓN	3
LEOPOLDO MENDIVIL	6
RAÚL TREJO DELARRE	7
OTTO GRANADOS	12
UBALDO DÍAZ	14
ARTURO DE LAS FUENTES	15
LUIS DE LA BARRERA	16
VIVIANNE HIRIART	28
ADOLFO MARTÍNEZ PALOMO	33
TERESITA AGUILAR	35

Anexo 5. Portada de *H para Hombres*, May. 2006, "Destapamos a las 3 políticas más sexys de México"

